BENJAMIN JACOBS

# EL DENTISTA DE AUSCHWITZ

La historia real de
un sobreviviente del Holocausto



AGUILAR

BENJAMIN JACOBS

# EL DENTISTA DE AUSCHWITZ

La historia real de
un sobreviviente del Holocausto

AGUILAR

*A mi hermano Josek, quien por gracia de Dios*
*se libró de la muerte en los campos de concentración*

*A mi hermana Pola, a mi madre y a mi padre*

*Y a quienes no sobrevivieron para contar su historia*

# Mapas y figuras

## Mapas

1. Campos de concentración nazis en el centro y oeste de Polonia, 1939
2. Área de la bahía en Lübeck

## Figuras

1. Plano de Auschwitz III, Fürstengrube
2. Plano de la enfermería de los prisioneros en Fürstengrube

# Prefacio

En julio de 1985 me uní a doce mujeres y hombres judíos estadounidenses con la misión de buscar información del otro lado de la Cortina de Hierro. En las capitales de Polonia, Rumania, Hungría y Checoslovaquia visitamos a un modesto grupo de judíos que ya eran demasiado ancianos para irse y reiniciar su vida en otro lugar. La mayoría vivía en *altersheims*, hogares para ancianos financiados por filántropos judíos. La vida judía que alguna vez conocieron ya no existía y el antisemitismo aún estaba generalizado. Desde la perspectiva de los judíos, quien ganó la Segunda Guerra Mundial fue Hitler.

Cuando volví a Boston me senté a analizar la situación. Sentí que tenía que enfrentar mi obligación, por eso empecé a dar pláticas públicas respecto a cómo y por qué casi un pueblo entero había sido borrado de la faz de la tierra. Durante este proceso, los pequeños fragmentos de recuerdo, plasmados en mi mente como imágenes holográficas, se expandieron y trajeron de vuelta mis experiencias en vívido detalle.

No obstante, como lo aprendí en mi juventud, la vida no siempre es lineal. Un día, durante una visita de rutina al consultorio médico, cuando solo me esperaba resultados positivos sobre mi salud, escuché justo lo opuesto.

—Usted tiene cáncer de garganta —me dijo mi buen amigo el doctor Goroll.

Estaba tan devastado como yo e insistió en que me operaran al día siguiente.

Me imaginé lo peor. Mis conferencias se habían vuelto muy relevantes para ese momento; incluso me percaté de su efecto al ver cómo ayudé a los jóvenes a entender el significado de los prejuicios. "¿Conservaré mi voz tras la operación?", me pregunté. El simple hecho de imaginarme mudo era abrumador. Les pedí a los médicos un pronóstico, pero los profesionales son cautelosos, no especulan.

Por suerte, el tumor era pequeño y, gracias a la cirugía inmediata y a varias semanas de radiación, mi voz solo cambió un poco. Sabía, sin embargo, que los doctores no podían pronosticar el futuro. Una voz en mi interior me seguía diciendo: "Escribe. Tal vez no puedas seguir hablando por mucho tiempo".

Decidí plasmar mis experiencias en papel y mi labor se intensificó. Una enorme cantidad de comentarios de otras personas se desbordó en una especie de respuesta a mi propia urgencia de escribir. Esta, entonces, es mi historia.

A PESAR DE QUE ESTE LIBRO ES EL RESULTADO DE MIS RECUERDOS, algunos tal vez continúan encerrados en mi subconsciente y se encuentran en lugares demasiado profundos como para sacarlos a la superficie. No habría podido escribirlo sin la valiosa ayuda que recibí de muchas personas. Son tantas que no podría mencionarlas a todas, pero sería muy descuidado de mi parte si no les agradeciera por lo menos a algunas.

Por recopilar documentación sobre Auschwitz III, Fürstengrube, estoy en deuda con Tadeusz Iwaszko, escritor y activista del Museo Estatal de Auschwitz. También les agradezco al doctor Dirk Jachomowski del Ladesarchiv Schleswig-Holstein y al doctor Marienhöfer del Bundesarchiv-Militärarchiv en Freiburg, Alemania, por los documentos sobre el desastre del Cap Arcona en el mar Báltico. Me siento en particular agradecido con Edith Pfeiffer de Hamburg-Südamerika Dampfschiffahrts-Gesellschaft y de la línea

Hamburg-Amerika (Hepag) por los registros y documentos de la empresa, por la historia sobre el trasatlántico de lujo Cap Arcona y por ayudarme a obtener archivos "ultrasecretos" sobre el bombardeo y hundimiento del barco. Le agradezco a Barbara Helfgot-Hyatt, profesora de la Universidad de Boston y distinguida poeta, quien desde el primer día me animó a escribir este libro. También me gustaría agradecerle a Ina Friedman, una prolífica escritora sobre el Holocausto, quien leyó las primeras cien páginas del manuscrito y me dijo: "Escriba. Es obvio que tiene usted el gusanito de escribir".

Gracias en especial a Arthur Edelstein y a Marge Garfield por sus talentosas revisiones del manuscrito. Gracias en particular a Mark Dane por su valioso tiempo y por su procesador de textos, sin el cual todavía estaría yo escribiendo este manuscrito en mi máquina de escribir.

Le expreso también un agradecimiento especial a la doctora Karen E. Smith por sus valiosos consejos durante la realización de este proyecto.

Por último, le agradezco a Else, mi esposa, por mantener mi ánimo en alto durante los más de cuarenta y cuatro años que ha durado nuestro matrimonio. Y al resto de mi familia, a mis amigos y a mis vecinos, les ofrezco mis más sentidas disculpas por haberme convertido en un ermitaño mientras escribía el libro.

Me he abstenido a propósito de saturar el libro de notas y referencias porque no quería molestar a los lectores que no están interesados en la investigación.

Los errores, equivocaciones y desaciertos son solo míos; no pueden atribuírseles, por ninguna razón, a las personas que aquí he mencionado por su más que generosa contribución.

# 1

# Deportación

La mañana del 5 de mayo de 1941, tres viejos camiones avanzaban trabajosamente por un camino rural y transportaban a ciento sesenta y siete judíos. Eran de Dobra, un pueblo en la región polaca de Warthegau, y su destino solo lo conocían los captores. Era primavera, pero en aquella lóbrega mañana, los campos llenos de coloridas flores en ciernes se veían muertos. Las aves cantoras, que usualmente inundaban el aire rural de mayo con su canto, permanecían extrañamente en silencio.

Era un día oscuro en nuestro pueblo. Por decreto de *Herr* Schweikert, gobernador nazi de la región, el consejo judío había entregado para su deportación a un campo de trabajos forzados a todos los hombres judíos de entre dieciséis y sesenta años, con excepción de un varón por familia. Mi padre quería ir y yo me ofrecí a acompañarlo porque mi hermano mayor era propenso a enfermarse. Mi hermano se quedó con mi madre y mi hermana en el gueto. Nos permitieron llevar dos maletas y mi madre insistió en que, además de mis objetos personales, llevara algunas de las herramientas dentales que tenía de mi primer año de formación como dentista. En ese momento no tenía idea de que esas herramientas me salvarían la vida.

Mi madre tenía el rostro desencajado por el dolor. Pola, mi hermana mayor, fue valiente y contuvo el llanto, en tanto que mi

hermano Josek prometió estar a la altura de su nuevo papel como jefe de la familia. A todos nos dolió separarnos. Yo incluso tuve que dejar de mirarlos y voltear en otra dirección para reunir valor.

Mis padres casi nunca se demostraban afecto en público y mucho menos frente a nosotros, pero ese día, que sería la última vez que se verían, se abrazaron en nuestra presencia. Cuando empezamos a alejarnos, mamá nos recordó el acuerdo al que habíamos llegado:

—Cuando esta pesadilla termine, nos reuniremos aquí todos de nuevo —dijo con lágrimas en los ojos.

Camino a la escuela del pueblo, el lugar donde nos reuniríamos, vimos escenas parecidas. En la entrada de todas las casas se desarrollaba un breve drama. Una niña gritó y no dejaba ir a su padre. Parecía saber que no volvería a verlo.

Cuando llegamos al patio de la escuela, vimos a miembros de las ss en todos lados. Empezando por sus uniformes negros y sus botas brillantes, y terminando con el cráneo y los fémures cruzados en sus cascos, eran la malicia misma personificada. En la hebilla de sus cinturones se leía el irónico lema: "Dios nos acompaña". Al centro del patio se encontraba el temido *Herr* Schweikert, acompañado de Morris Francus, jefe del consejo judío. Dos de los policías judíos del gueto viajarían con nosotros. Chaim Trzan, antiguo carnicero, era perfecto para esta tarea, pero Markowicz se veía fuera de lugar, era un hombre simple de los que parecían ladrar más de lo que mordían. El doctor Neumann, diputado de asuntos judíos para Warthegau, parecía un enano en comparación con los altos oficiales de las ss. Era de edad mediana, fornido, con barba blanca como la nieve y deslumbrantes ojos azules. Su actitud lo decía todo: era obvio que estaba a cargo.

Los nazis sabían cómo poner a los judíos uno en contra del otro. Con ese propósito fundaron el *Judenrat*, es decir, el consejo judío. En Dobra, los miembros del consejo eran falsos líderes de la comunidad y tenían poca conciencia. Con ayuda de los policías que ellos mismos nombraron, ejercían un poder indiscriminado sobre nosotros.

Aunque seguramente les fue difícil tomar decisiones que ningún ser humano debería tener que tomar, los miembros del *Judenrat* se protegían a sí mismos, a sus familias y a sus amigos de la discriminación que todos los demás teníamos que enfrentar. En ese momento no tenían idea de que, tras haber enviado a su gente a morir, ellos serían víctimas del mismo destino.

Francus leía nuestros nombres en voz alta y nosotros respondíamos: *Jawohl*. A las 9:00 a. m. se abrieron las puertas del patio de la escuela y abordamos los tres camiones en grupos de alrededor de cincuenta y seis por unidad. Los guardias de las SS saltaron a la parte de atrás para hacer una última revisión y nos cubrieron a todos con una red.

Cuando empezamos a avanzar un poco más rápido por las calles adoquinadas, alcanzamos a ver en una entrada a dos mujeres que vieron a los camiones acercarse. Papá y yo nos asomamos un poco más y reconocimos a mamá y a Pola. Las vimos cubrir con timidez sus respectivos parches de la estrella amarilla de David y ondear la mano cuando pasamos. Nos quedamos mirándolas con el corazón tan denso y oscuro como las nubes que nos cubrían, hasta que quedaron muy lejos. En ese instante nuestra familia se separó para siempre.

Y ahí estábamos, ciento sesenta y siete hombres judíos de entre dieciséis y sesenta años. Uno, dos y, en algunos casos, hasta tres de la misma familia, con diferentes habilidades, estilos de vida y antecedentes. Estábamos unidos por el mismo destino y reunidos durante un viaje que nos resultaba tan ajeno como los tiempos que estábamos viviendo. Miré de reojo a mi padre. El alguna vez orgulloso jefe de nuestra familia se veía avergonzado e impotente.

Me recargué en un costado del camión y me quedé contemplando la oscura nube de humo que salía del escape, con la idea de que estaba mirando mi negro futuro. En busca de un poco de consuelo, traté de recordar mis días de infancia.

# 2

# Un pequeño *Shtetl* en Polonia

Un frío día de noviembre de 1919 fui lanzado al mar de la vida en Dobra, un pequeño pueblo al oeste de Polonia. De acuerdo con la tradición, me llamaron Berek en honor a mi fallecida abuela materna: Baila. Viéndolo en retrospectiva, ahora me doy cuenta de que mis sueños de juventud difícilmente se verían cumplidos, pues nací en el momento equivocado, en el lugar equivocado y en la religión equivocada.

Acompañado de mi hermano Josek y mi hermana Pola, crecí hasta convertirme en adulto en Dobra, el lugar donde, por lo que sé, mis abuelos habían vivido desde que los judíos se establecieron en Polonia. Nuestra familia tenía una casa con dos hectáreas y media de tierra que mis padres compraron después de casarse. Era una casa modesta, incluso para los estándares de aquella época. Teníamos dos habitaciones, un comedor, sala y cocina. Durante el invierno, el horno de carbón, con sus dos metros de altura cubiertos de mosaico de cerámica color café, le daba calor a la sala y al comedor. En la cocina había una estufa negra de hierro. Detrás de la casa, en el patio, había un granero con techo de paja, dos establos y un gallinero modesto. Un árbol enano daba las cerezas amarillas más dulces, pero los gorriones siempre nos ganaban a recogerlas. Ahí también florecían ciruelos, perales y manzanos. El peral Seckel siempre era el último en dar frutos. En el resto de la tierra

sembrábamos suficiente centeno, trigo y papas para que nos duraran todo el invierno. Trabajábamos en nuestra granja, nos despertábamos todos los días al amanecer y de inmediato comenzábamos las tareas diarias de arado, siembra y cosecha. No éramos ricos. Nuestro mundo no era materialista, no teníamos ni deseábamos mucho, pero nos sentíamos cómodos y felices.

El único lujo que recuerdo de nuestra casa estaba debajo de la mesa del comedor: la colorida alfombra oriental con reyes y un castillo bordados. Cuando era niño me recostaba en ella y pasaba horas leyendo historias de aventuras o escuchando música en mi radio de galena. Las paredes de nuestro comedor y de la sala estaban tapizadas de retratos familiares, de fotografías de hombres con largas barbas grises y mujeres con vestidos tradicionales de encaje: nuestros ancestros.

Papá tenía y operaba un modesto negocio de granos en el que todos ayudábamos. A los diez años yo cargaba sobre la espalda, desde la bodega hasta la báscula, sacos de cien kilos de grano. Mi padre era bueno, sencillo y trabajador, y estaba dedicado a su familia por completo. Era bajo de estatura, más bajo que mi madre, y estaba casi calvo. Tenía rostro redondo y mejillas rosadas. Cuando sonreía, expresaba su amable naturaleza. Recuerdo que era bastante corpulento, pero adelgazó luego de que un médico le diagnosticara que tenía el corazón agrandado. Él y sus ocho hermanos y hermanas quedaron huérfanos cuando solo tenía ocho años, después de eso se mudó a la casa de mi abuelo materno y ahí conoció a mi madre. Tenían el mismo apellido, pero no estaban emparentados. Como papá tuvo que trabajar desde muy niño, no fue a la escuela. Difícilmente leía y escribía, y su firma eran tres cruces, pero en el pueblo la aceptaban en todos lados. Mis padres se casaron en 1912; papá tenía dieciocho años y mamá dieciséis. Rara vez reñían, y si llegaban a tener un desacuerdo, siempre era producto del choque entre la frugalidad de él y la generosidad de ella, pero lo más a lo que llegaban era una discusión.

Mamá era la mujer judía más progresista del pueblo, fue la primera que dejó de usar la peluca tradicional. Tenía cabello oscuro y ondulado y la piel bronceada porque trabajaba en el exterior. Su diabetes leve la mantenía delgada. Como fue bendecida con un corazón de oro, los pobres siempre sabían en qué puerta tocar. Izchak, el ciego, nos visitaba por lo menos una vez a la semana, seguro de que nunca se iría hambriento de nuestra casa. Con un carrete de alambre, un bastón y el arco de un instrumento musical, tocaba canciones que cualquier músico con estudios habría envidiado. Con su instrumento falso interpretaba las partes de todos los instrumentos de la orquesta. Mamá incluso les daba algo a los gitanos cuando llegaban a mendigar.

A nosotros los niños nunca nos castigaban. Bastaba con negarnos ciertas comidas y mantenernos dentro de la casa hasta que perdíamos la paciencia. Mi madre era del tipo que cualquier niño habría deseado tener. Su autoridad en el hogar era absoluta, salvo en un lugar: la cocina era responsabilidad de Toba, prima mía por el lado paterno. Mis hermanos y yo amábamos y respetábamos a nuestros padres, no por miedo, sino por el cariño y la gentileza con que nos trataban. Nos educaron para tenerle devoción a la tradición judía y para creer firmemente en Dios.

Mi hermana Pola era dos años mayor que yo. Era muy inteligente e igual de alta que mamá. Su cabello castaño con un corte bob enmarcaba su alargado rostro. Salvo por el labial, rara vez se maquillaba. Sus ojos color avellana, sus densas pestañas y la atractiva forma de sus cejas bastaban para acentuar su apariencia. Mi hermano Josek era seis años mayor que yo. Después de su bar mitzvá empezó a estudiar el Talmud, pero como el considerable rigor de la *yeshivá*, la escuela judía, fue demasiado para él, la abandonó y estudió para ser técnico dental.

Los mejores momentos de nuestra infancia llegaban con el verano, cuando viajábamos a una diminuta casa de campo que mi padre rentaba en Linne, en medio de un bosque lleno de hongos y

bayas silvestres. Por las mañanas salíamos a explorar un pequeño río en el que abundaban los *kielbiki*: pequeños peces regordetes que pescábamos con redes de aro.

Cuando yo apenas tenía siete años, mamá me regaló a principios de la primavera una modesta parcela del tamaño del granero. Me dijo: "Esto será tuyo". Era mi trozo especial de tierra, y sentí mucho orgullo de recibirlo siendo tan pequeño. Como para ese momento ya crecían muchas flores silvestres cerca de ahí, preferí plantar verduras en mi jardín.

Mi abuela materna murió antes de que yo naciera, por eso mi abuelo vivía con nosotros. Era un hombre alto y esbelto, y tenía una barba de chivo bien delineada; caminaba erguido, inclinándose un poco hacia el frente y con un movimiento rítmico. Usaba un bastón con mango de plata, no solo para apoyarse, sino también como expresión de su buen gusto. Amaba a sus tres nietos, pero siempre sentí que a mí me tenía un afecto especial por ser el más pequeño. Mi abuelo jugó un papel decisivo en mi formación. Era un pescador experimentado. Me llevaba al río en los días soleados y, con el tiempo, también llegué a pescar peces grandes.

En el verano, cuando regresaba del jéder, con frecuencia encontraba a mi abuelo sentado en una banca con su solideo inclinado y leyendo las Escrituras. A veces sus ojos se cerraban de forma involuntaria y se adormilaba bajo el calor del sol. En aquel tiempo, a las personas de más de sesenta años se les consideraba viejas; por lo general tenían el rostro arrugado y les faltaban dientes. Nuestro abuelo, en cambio, tenía su dentadura intacta y todavía podía leer sin lentes.

A veces me esperaba con dos cañas de pescar, una red y un bulto bajo el brazo, listo para llevarme caminando a un pequeño afluente del río Varta, que quedaba a quince minutos a pie de nuestra casa. Cuando mi abuelo se levantaba el pantalón por encima de las pantorrillas y se metía en el agua, su cuerpo se veía mucho más delgado. Yo lo seguía y él observaba cómo colocaba la carnada en el

gancho. Luego levantaba los brazos y hacía girar la línea en círculos amplios hasta que la carnada caía justo donde quería. "Lento, Berele, lento", me decía al verme luchar con mi línea. Mi abuelo sabía que podía hacerlo bien, así que no se conformaba con malos lanzamientos. Yo lo seguía de cerca y la grava se me clavaba en las plantas de los pies. Cuando pescábamos con una red de aro, como las que se usan para atrapar mariposas, nos movíamos juntos e íbamos empujando la red en silencio debajo de los nenúfares. Me decía: "Busca en lo profundo, muévete lento y camina con ritmo". Ningún pescado se desperdiciaba. Las percas se convertían en cenas y mamá usaba los lucios pequeños para cocinar pescado gefilte.

Mi abuelo también me enseñó a jugar ajedrez. "El ajedrez agudiza la mente", solía decirme. Yo sabía que, en la Primera Guerra Mundial, el mariscal Jozef Piłsudski le otorgó una distinción militar por su valentía, pero mi abuelo nunca quiso hablar al respecto.

El antisemitismo en Polonia ya era un mal social desde antes de los tiempos de Hitler. Aunque a otras minorías se les trataba bien, los judíos eran la excepción. A finales de la década de los treinta, quienes antes se habían mostrado indecisos se unieron a Hitler y a su política racial de nazi. Aunque nacimos allá, nos consideraban extranjeros. Para que un judío fuera tratado con igualdad en Polonia, primero tenía que convertirse al cristianismo. Aunque la clerecía polaca no promovía la violencia contra nosotros, tampoco fomentaba el amor fraternal. La generación de mis padres estuvo dispuesta a aceptar un papel así de oprimido en la sociedad polaca, pero a mi generación le resultaba difícil vivir así porque no éramos judíos antes que polacos. Pensábamos que si adoptábamos una nueva forma de vida y nos apegábamos a las costumbres polacas, a la vestimenta, la cultura y la lengua, quienes no eran judíos nos tolerarían más, pero nada parecía funcionar. No había nada más increíble que la gran mentira de que los judíos en Polonia vivían con lujos.

A los judíos los atacaban verbalmente y a menudo también los golpeaban a plena luz del día, pero mientras el daño no fuera visible,

la policía aseguraba que no podía hacer nada al respecto. A los hombres de negocios judíos les llamaban *handlarz*, un término que sugería la noción de usurero o especulador. Ni mi hermano ni yo queríamos continuar en el negocio de mi padre, por eso optamos por una profesión. Aunque no sabíamos que, sin importar a qué nos dedicáramos, el enraizado sesgo persistiría.

En la escuela pública de Dobra, los libros ignoraban nuestra historia, nuestra cultura e incluso nuestra existencia, y no había ni un solo maestro judío. Debido a mi nombre de pila, Berek, los no judíos me llamaban con el horrible nombre de Beilis. La referencia era el Asunto Beilis en la Rusia zarista: un judío con ese nombre fue acusado de matar a un niño como parte de rituales. Me avergonzaba tanto que me llamaran así, que antes de entrar a la secundaria me cambié el nombre al equivalente polaco: Bronek.

A mediados de los treinta, la Unión de Granjeros estableció cooperativas en Polonia. Su propósito era obvio: impedirles a los judíos comerciar con productos agrícolas. El lema de la cooperativa era: "Nosotros, a los Nuestros, para los Nuestros". Este apretón económico afectó a los negocios judíos y, por supuesto, a toda la población judía en Polonia.

Asimismo, proliferaron los intentos por establecer cuotas en las instituciones educativas. La prohibición de la shejitá, el sacrificio kosher de animales, fue otro acto de franco antisemitismo. Aunque Polonia estaba muy cerca de la guerra con Alemania, sus grandes enemigos eran los judíos. Incluso las personas más prudentes trataron de encontrar maneras de deshacerse de nosotros. Los fascistas siguieron el ejemplo de los nazis y exigieron la expatriación de todos los judíos de Polonia.

Los impuestos excesivos era otro de nuestros dilemas. Aunque pagábamos un impuesto parroquial, ni las escuelas judías ni las sinagogas recibían parte del dinero. Un día, un recaudador fue a la casa con un camión para llevarse nuestros muebles, y recuerdo haber escuchado a mamá implorarle que esperara a papá. El

recaudador la ignoró y llamó a sus dos asistentes para que sacaran las cosas. Tiraron al suelo ropa limpia y recién planchada y luego la pisotearon. Mamá les suplicó que esperaran, pero no la escucharon. De pronto vimos el resplandor de los relámpagos y un rayo cayó cerca de ahí, lo cual terminó de destrozar los nervios de mi madre que estaba temblando para ese momento.

—El rayo que tal vez cayó en algún inocente debió caerle a usted —le dijo angustiada al recaudador y salió corriendo.

Algunas semanas después comenzó un juicio en su contra; la acusaban de insultar al Estado. El recaudador tergiversó sus palabras y aseguró que mamá había dicho "el rayo debió caerle a Polonia". Sus asistentes respaldaron la cruel mentira y, cuando el juez dictó sentencia, condenó a mamá a pasar un año en la cárcel. Esta falsedad generó mucha preocupación entre los judíos, no por la barata venganza personal del recaudador, sino porque el Estado había participado en un acto de abierto antisemitismo.

Era impensable que mamá en verdad terminara en la cárcel porque ahí seguro la mataría algún patriota fanático. Como era año de elecciones, esperábamos que tarde o temprano el gobierno perdonara a la gente condenada por ofensas políticas menores, pero mamá tuvo que ocultarse de todas formas y mudarse de un lugar a otro con regularidad.

De vez en cuando se atrevía a visitar la casa. Una de esas noches oímos que alguien golpeaba con violencia la puerta del frente.

—¡Abran! ¡Es la policía! —gritó la voz con exigencia.

—Espere —les contestó mi abuelo y dejó pasar un poco de tiempo.

Cuando por fin abrió la puerta, dos oficiales lo empujaron para entrar.

—¿Dónde está Ester? —le preguntaron a mi abuelo.

—No lo sé —contestó él con calma.

Como si nada le preocupara, volvió a la cama, se giró y al parecer se volvió a dormir. Sabíamos que no pasaría mucho tiempo antes de

que encontraran a mamá. Cada vez que salían de una habitación tras haberla revisado, yo cerraba los ojos, temeroso de que la hubieran encontrado y la trajeran con las manos esposadas. Para nuestra sorpresa, no fue así. Me preguntaron dónde estaba mi madre, y yo me mordí el labio.

—No está aquí —dije, preguntándome qué tan bien habría mentido. Pero eso no importó, insistieron en que sabían que estaba en la casa.

Un oficial se dirigió a papá.

—Mire, Wigdor, sabemos que Ester está aquí, solo díganos dónde.

—Se equivocan, no está aquí —afirmó papá muy serio.

Finalmente se fueron, salieron todavía negando con la cabeza incrédulos. Nosotros también nos preguntábamos dónde estaría mamá porque no pudo solo haberse desvanecido en el aire. Entonces el abuelo nos pidió que verificáramos si los policías en verdad se habían ido. Cuando le aseguramos que sí, se levantó de la cama y vimos dónde se había escondido mamá: en la cama, ¡detrás de su padre! Más tarde, papá llenó la carreta con heno, metió a mamá en el montículo y la llevó a un nuevo escondite. Tiempo después, cuando terminaron las elecciones, llegó el tan esperado perdón. Aunque mamá se había salvado de ir a la cárcel, en realidad cumplió una sentencia autoimpuesta, ya que tuvo que ocultarse durante más de ocho meses.

La depresión mundial extendió una amplia sombra en Polonia, muy pronto se volvió muy difícil ganarse la vida. Para empeorar las cosas, papá había solicitado préstamos bancarios para *Herr* Heller, un aristócrata alemán. *Herr* Heller cayó en bancarrota y papá tuvo que pagar los préstamos. El alemán luego forzó a papá a que fuera el aval de otro préstamo; le aseguró que le pagaría con la próxima cosecha, y papá aceptó en un intento de salvarse de la pérdida anterior. Fue un engaño muy ingenioso, pues *Herr* Heller nunca nos pagó y, de hecho, casi nos dejó en bancarrota. Quedamos muy

endeudados, las verduras de mi jardín fueron lo que nos permitió cenar en muchas ocasiones. A pesar de que aquellos años fueron muy difíciles para nosotros, muchas otras personas de nuestro pueblo la estaban pasando peor. Quienes se encontraban en una situación más acomodada ayudaban a las familias necesitadas. Recuerdo que, siendo niño, mamá en muchas ocasiones me envió más temprano al *sabbat* con un paquete para regalarles a los pobres.

La situación era muy sombría, pero no teníamos a dónde ir. El mandato británico sobre Palestina representaba un obstáculo importante para migrar ahí. La Liga de las Naciones se debatía respecto a reubicar a los judíos en Birobidzhán, en la Unión Soviética, o en Madagascar. A pesar de que el apoyo para los judíos de Polonia se desvaneció, la gente no creía en el nazismo de manera universal. Es decir, no todos los cristianos creían en un mundo construido con base en el odio y el engaño, y muchos nos ayudaron. Como se verá en las páginas por venir, mi propia supervivencia dependió de la ayuda de muchos cristianos amables.

En 1938 Hitler le exigió a Polonia el Corredor, una estrecha franja de tierra que separaba el este de Prusia del territorio alemán, pero el mariscal Edward Rydz-Śmigły, que sucedió a Piłsudski en 1935, dijo: "¡No entregaremos ni un solo botón!".

# 3

# La *Blitzkrieg*: la guerra relámpago

En el verano de 1939 se intensificó la amenaza de que Alemania invadiría Polonia, y como Dobra estaba solo a ciento sesenta kilómetros al este, teníamos buenas razones para estar preocupados. Mis padres recordaban bien la Primera Guerra Mundial, por eso le temían más a la guerra que a la amenaza de los alemanes. Sus experiencias los perseguían como una pesadilla. Yo, en cambio, todavía no tenía ni veinte años, así que la guerra me intrigaba más de lo que me asustaba.

Josek había servido dos años en la Caballería Amarilla del ejército polaco, así que lo convocaron de nuevo cuando empezó la histeria de la guerra y lo movilizaron con su unidad a la frontera polaca. La tensa espera terminó el 1 de septiembre de 1939, cuando los ejércitos de Hitler cruzaron a Polonia y la Segunda Guerra Mundial comenzó. Muchas personas se enlistaron y yo también traté de unirme a pesar de que iba en contra de los deseos de mi madre, pero como en ese momento la edad mínima de reclutamiento era de veintiún años en Polonia, el oficial encargado me regresó a casa.

—Lo llamaremos cuando lo necesitemos —me dijo, tal vez sabiendo que no tenía sentido luchar contra los bien equipados ejércitos nazis.

Al día siguiente, el hospital psiquiátrico dio de alta a todos sus pacientes, y cientos de enfermos mentales desfilaron por el pueblo

produciendo escenas imposibles de creer. Un hombre dijo ser Napoleón Bonaparte y declaró que sus ejércitos ya llegaban a luchar contra los alemanes. Otro, que marchaba como si en verdad fuera en un desfile, fue saludando con un gesto militar a todas las personas que veía. Una joven muy bonita, que al principio nos pareció normal, de pronto empezó a dar una especie de discurso sin sentido. Fue grotesco y lastimoso verlos vagando por las calles con la vista perdida. Cuando los alemanes llegaron, los colocaron a todos contra una pared y los ejecutaron.

Para el 3 de septiembre, los ejércitos nazis estaban a solo treinta kilómetros; dentro de poco entrarían marchando al pueblo. Nuestros oficiales en retirada juraron enfrentarse a ellos y luchar en el río Varta, el lugar más lógico para resistir los avances alemanes. Nuestros padres recordaban una situación similar de la Primera Guerra Mundial, cuando nuestro pueblo cambió de manos en varias ocasiones. Nos preparamos para partir y, justo antes de irnos, Josek apareció.

—En nuestro batallón solo teníamos rifles y lanzas. Nos forzaron a retirarnos en medio del caos —explicó.

El lunes 4 de septiembre decidimos irnos de Dobra. Como nuestra vieja camioneta Peugeot solo parecía funcionar cuando no la necesitábamos, papá, para estar seguro, enganchó dos caballos a una carreta y ató un tercero a la parte de atrás por si les pasaba algo a los otros dos. Después de empacar nuestras provisiones más esenciales, ropa, artículos valiosos, cobijas y ropa de cama, estuvimos listos para partir.

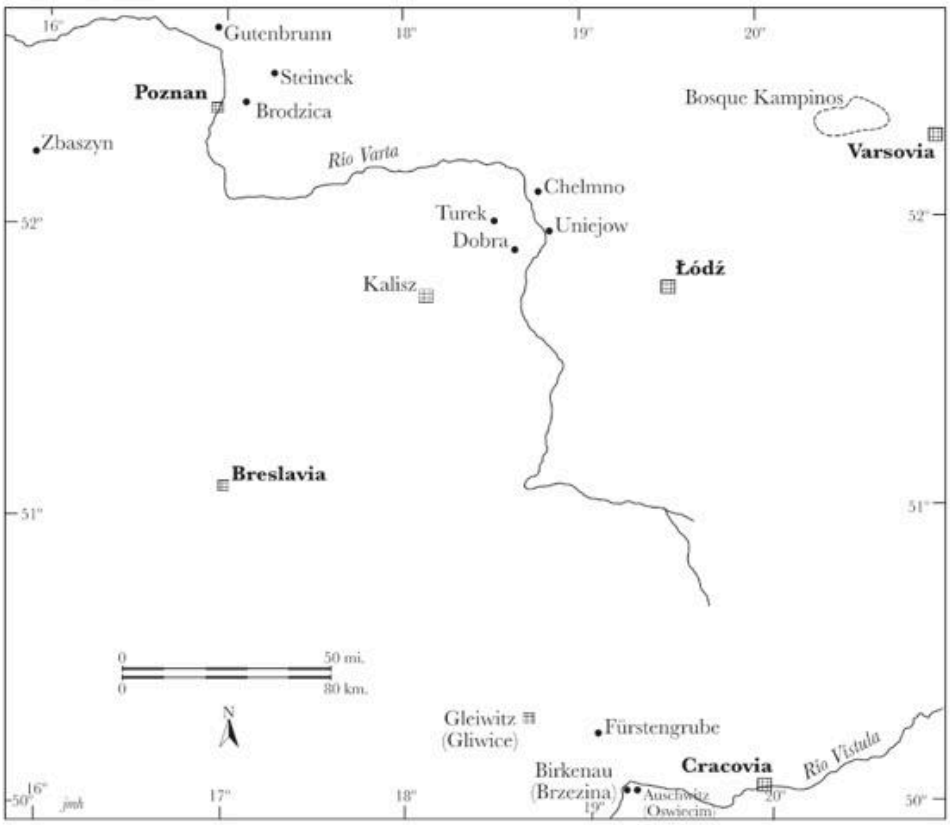
El abuelo se negó a venir con nosotros, no les tenía miedo a los soldados alemanes.

—Luchamos contra ellos en la última guerra. Los soldados no dejan de ser soldados, no van a lastimar a un viejo —dijo con calma.

Y así, lo dejamos atrás y nos incorporamos al congestionado sendero de los refugiados de la guerra.

El camino estaba repleto de vehículos jalados por caballos. Algunas familias incluso llevaban a sus vacas para tener leche para sus hijos. Vimos pocos automóviles porque el ejército había confiscado la mayoría. Como había pasado mucho tiempo desde que nuestros caballos estuvieron en su mejor momento, nos bajábamos y caminábamos cada vez que tenían que jalar la carreta para subir una colina. Después de una hora de avance lento, oímos el sonido de aviones acercándose. Al principio creímos que eran polacos, pero conforme avanzaron comprobamos que no era así. Su profundo rugido era peculiar. Las insignias de cruces negras nos bastaron para saber que eran del enemigo. Aunque tuvimos mucho miedo, sabíamos que desde el cielo podrían ver que por ese camino solo viajaban civiles.

Cuando bajaron planeando pensamos que lo hacían solo para verificar que fuéramos civiles inocentes; estábamos seguros de que no nos harían daño en ese momento. Pero para nuestra sorpresa nos empezaron a disparar. El pánico fue masivo. Al lado derecho estaba el río Varta y al izquierdo un campo. Solo unos cuantos árboles flanqueaban el camino. Estábamos atrapados, no teníamos a dónde correr. Como los vehículos avanzaban uno detrás del otro, separados por solo algunos centímetros, cada descarga de balas nos pasó la factura. Nuestros tres caballos se levantaron, relincharon alarmados y trataron de liberarse de la carreta. Tras el asalto, los Stuka volvieron a elevarse y se fueron, dejando detrás de sí muerte y destrucción. Sobre el camino quedaron desparramados los muertos, las personas y los animales heridos, así como las carretas destruidas. Esa fue mi primera degustación de la guerra, pero lo que siguió fue lo que en verdad me convenció de que la preocupación de mis padres estaba justificada.




*Mapa 1. Campos de concentración nazis en el centro y oeste de Polonia, 1939*

Algunos kilómetros más adelante nos vieron otros dos aviones alemanes. Como no había aviones polacos para luchar contra ellos, desde el principio supimos qué debíamos esperar. Teníamos buenas razones para estar asustados. Del lado derecho del camino había una ribera que descendía hacia el río. De pronto, del lado izquierdo junto a nosotros pasó una unidad armada y nos empujó hacia la resbalosa ribera cubierta de pasto. Papá bajó de la carreta, sujetó las riendas de los caballos y se las acercó al hocico para calmarlos.

—¡Salgan del camino! —gritó la gente, tratando de hacerse espacio.

En ese momento, mamá, Pola, Josek y yo íbamos caminando detrás de la carreta.

—¡Desaten al caballo de atrás! —gritó papá de pronto.

En cuanto mi hermano desató al caballo, una bomba cayó en el río. La explosión inundó el camino y empujó nuestra carreta hacia el agua. La gravedad la jaló junto con los caballos y terminó sumergida. El Varta se dividió. Después de un salpicón colosal, el agua se arremolinó, echó espuma y succionó nuestras pertenencias con todo lo que teníamos de valor hacia el fondo del río. Se formaron grandes olas que luego comenzaron a alejarse formando un círculo hasta que se disiparon. Solo quedaron ondas sobre el agua que cubría nuestros objetos y ahora también era la tumba de dos de los caballos. No nos quedaba nada excepto el caballo al que Josek se aferró. Los bombarderos se alejaron dejándonos horrorizados, pasmados. Toda la gente que vio lo sucedido comenzó a avanzar y pasó junto a nosotros. Estaban asustados, pero también querían que nos quitáramos del camino.

Papá sugirió que fuéramos a la casa de su hermano en Uniejów.

—Nos quedaremos ahí hasta que termine la guerra —dijo.

El tío Chaim era el hermano mayor de papá. Era un judío muy ortodoxo y piadoso en extremo, pero a veces descuidaba a su familia. Él y su esposa tenían nueve hijos y vivían al borde de la indigencia en un pequeño departamento. Toba, su hija mayor, vivió con nosotros varios años, pero regresó a casa en los meses previos a la guerra.

Cuando llegamos al departamento del tío Chaim, lo encontramos vacío. Como la mayoría de la gente de Uniejów, él y su familia se dieron cuenta de que nuestro ejército no podría detener a los alemanes. Era muy probable que ellos también se dirigieran al este en ese momento. Nosotros no podíamos dar marcha atrás, teníamos que avanzar, pero continuar arrastrando a un caballo no tenía sentido. Lo dejamos pastando en un campo y nos fuimos de Uniejów enlodados, abatidos y hambrientos.

En las afueras del pueblo oímos que alguien gritaba el nombre de papá. Era el señor Chmielinski, un hombre que había comprado la propiedad en bancarrota de *Herr* Heller algunos años antes. Mi

padre hizo muchos tratos con él desde entonces. Encontrarlo ahí fue un milagro inesperado.

—¡Wigdor! ¿Qué haces aquí? —gritó el señor Chmielinski—. ¿Son tu esposa y tus hijos quienes te acompañan? Ven, ven, los alojaremos —gritó sin poder detenerse a esperarnos en medio del tránsito.

Su carreta era alta y espaciosa, la jalaban robustos caballos belgas. Contrastaba muchísimo con el pequeño vehículo que acabábamos de perder. Comenzaron a avanzar más lento, lo suficiente para que él y Karol, su hijo, nos ayudaran a subir. Papá explicó nuestro problema. El señor Chmielinski y su esposa iban sentados al frente, y mamá y papá se acomodaron en el mismo asiento, pero mirando hacia atrás. Nosotros nos sentamos con Karol en un asiento en la parte trasera. "Al menos ahora vamos más cómodos", pensé.

Cuando el tránsito comenzó a disminuir, el señor Chmielinski se detuvo a un lado de camino para alimentar a los caballos. Les colgó sacos llenos de avena en el cuello y también esparció heno en la tierra. Luego su familia compartió con nosotros los alimentos que tenían. Pan horneado en casa, mantequilla y leche. No nos fue difícil aceptar su generosidad.

Los soldados polacos que pasaron junto a nosotros en el camino ya ni siquiera parecían conformar un ejército.

—¿Dónde están los alemanes? —les preguntamos.

—Sigan avanzando, sigan avanzando —contestaron.

Y a pesar de que empezaba a oscurecer, seguimos su consejo. El señor Chmielinski arreó a los caballos para que trotaran con vigor. Como había menos vehículos militares en el camino, avanzamos más rápido.

Karol era un joven alegre de veintisiete años. Estudió en la Universidad Jagellónica, en Cracovia. Le gustaba hablar de marxismo, de pacifismo y de Hitler. El atardecer y el vaivén rítmico

de la carreta me adormilaron y, poco después, ya estaba profundamente dormido.

No me pareció haber dormido demasiado y desperté al oír un sonido familiar. Miré al oeste y vi dos puntos en el horizonte. El rugido se oyó con más fuerza y los puntos se agrandaron hasta que pude ver los temidos aviones Messerschmitt. El señor Chmielinski hizo girar su carreta y se adentró en un campo que había sido cosechado. Cuando se detuvo, todos nos bajamos. La gente corría enloquecida. Se resbalaba, tropezaba. Estaba desesperada, pero no había dónde ocultarse. Cuando los dos bombarderos volaron juntos en círculo cerniéndose sobre nosotros, el ruido se tornó ensordecedor. De pronto oí el silbido de las bombas y me tiré al suelo. La explosión hizo volar la tierra y dejó enormes cráteres detrás. Los caballos, aterrados por el ruido, relincharon al tiempo que se levantaban apoyados en sus patas traseras. Aunque solo éramos civiles y no había ningún blanco militar a la vista, los alemanes continuaron disparando con sus ametralladoras.

Finalmente se alejaron, pero solo porque se quedaron sin municiones. Me levanté temblando y con el corazón palpitándome con fuerza. Y entonces, sobre una carreta destruida y un caballo muerto, vi una chaqueta ensangrentada. Con ella había un trozo de brazo que aún se aferraba a un poste telefónico. Todos estábamos asustados, pero agradecimos a Dios haber sobrevivido. Esta guerra no se parecía en nada a las del pasado. La gente decía que eso no era una guerra, sino un asesinato a sangre fría.

—Es el resultado de nuevas armas terribles —murmuró Karol negando con la cabeza.

Continuamos avanzando hacia el este hasta que el sol se puso y comenzó a tostarnos con un inusual calor septembrino. Fuimos encontrando decenas de animales muertos y vehículos destruidos; en todos lados olía a carroña. Yo no podía sacar de mi mente el brazo que vi colgado del poste telefónico. Nos detuvimos unos kilómetros más adelante, papá trató de comprar provisiones y pagar

con eslotis, pero descubrió que los suministros que abundaban hasta apenas unos días antes habían desaparecido. La comida de nuestros amigos ya casi se terminaba, pero continuaron compartiéndola con nosotros.

Durante algunas horas pudimos descansar de los bombardeos, pero poco después, el rugido que ya conocíamos nos recordó que los alemanes ahora reinaban en los cielos. Ya sabíamos qué esperar, así que corrimos a guarecernos en cuanto el vagón se detuvo a un lado del camino. Seguí a mi hermano hasta unos espinosos arbustos de salvia y nos ocultamos pecho tierra, tratando de desaparecer lo más posible. Los aviones llegaron igual que los anteriores, descendieron en picada y cubrieron el área con una lluvia de ametralladoras. Dejaron caer más bombas, pero lo que más daño causó fueron sus armas de fuego. Después de cada descarga, yo miraba mi cuerpo para ver si no me habían dado y si no sangraba.

Alguien cayó de golpe no muy lejos de nosotros. Nos acercamos y vimos la sangre correr desde su sien derecha: una bala le había dado fin a su vida. Entonces se acercó una mujer de unos cuarenta y tantos años.

—¡Dios mío! ¡Es Stasiek! ¡Stasiek! —gritó aterrada.

Detrás de ella había dos hombres y en sus rostros se veía la tristeza y la pena, también la empatía. Pero la gente tenía demasiado miedo, todos sabían que los siguientes podrían ser ellos y por eso trataron de huir sin ayudar. Los gritos de "¡Stasiek!" de aquella mujer retumbaron en mis oídos durante mucho tiempo.

En ese momento entendí por qué mis padres le temían tanto a la guerra. Ese día, en medio de un campo polaco, bajo el cielo desbordante de veloces ráfagas de ametralladoras, perdí la ilusión de que la guerra sería solo una aventura. Continuamos avanzando, pasamos por Łódź y luego nos dirigimos al este, hacia Varsovia. Decidimos no detenernos sino hasta el amanecer porque ahora sabíamos que viajar de día era peligroso. A partir de ese momento solo nos moveríamos de noche. Por otra parte, vivir a costa de

nuestros benefactores se tornó demasiado vergonzoso y, además, la comida ya casi se les había acabado. Hablamos con ellos y acordamos que nos detendríamos en el siguiente pueblo y trataríamos de comprar provisiones de nuevo.

En el cielo aparecieron nubarrones oscuros y, con ellos, la amenaza de la lluvia, pero luego salió el sol y las nubes se dispersaron para dar paso a una mañana soleada. Sabíamos que no pasaría mucho tiempo antes de que volvieran los aviones. Nos atemorizaba pensar en el siguiente bombardeo y en la posibilidad de que hubiera heridos o muertos entre nosotros, pero teníamos que continuar. Ya estábamos cerca del infértil bosque de Kampinos. El pueblo estaba muerto. Nos detuvimos en la primera granja, y ahí me quedó claro que ser barón y terrateniente tenía su peso. El estatus del señor Chmielinski explicaba el notable recibimiento que nos dieron. Un granjero, acogedor en extremo, no solo nos permitió entrar a su jardín, sino que también nos dio acceso al granero. No dejaba de parlotear en un dialecto que nos era difícil de entender, pero cuando se dio cuenta de que nos costaba trabajo comprenderlo, empezó a gesticular con las manos.

Su esposa acababa de ordeñar a las vacas. Salió del establo con sus dos hijos, una niña como de ocho años y un niño de no más de catorce. Ambos nos miraron con timidez. Oír el sonido de la leche tibia cayendo en la cubeta de la mujer nos despertó el hambre. No habíamos podido comer algo caliente desde que dejamos nuestra casa, pero por fin pudimos hacerlo gracias al pan, la mantequilla, los huevos y la leche que le compramos a aquella familia.

Después de la larga noche que habíamos pasado en la carreta, fue muy reconfortante bajarnos y estirar las piernas, pero los bombarderos alemanes, los Stuka, no tardaron en volver. “Dios, ¿cuándo terminará todo esto?”, pensé. En esta ocasión, sin embargo, solo pasaron por ahí. Seguramente camino a Varsovia.

A la mañana siguiente escuchamos que las tropas alemanas habían avanzado con rapidez. Polonia ya no podría seguir

resistiéndose, lo que quedaba de nuestro ejército no pudo frenar el avance. La frase bravucona de Rydz-Smigły, "¡No entregaremos ni un solo botón!", ahora sonaba hueca, y la idea de que nuestra familia continuara huyendo más al este parecía inútil. Como nos pareció que la hospitalidad del granjero era genuina, decidimos quedarnos. Los aviones alemanes que se dirigían a Varsovia ya no nos dispararon, solo pasaron volando de ida y vuelta como si se tratara de una ruta aérea común.

Durante las siguientes cuarenta y ocho horas escuchamos el rumor de que los soviéticos le habían declarado la guerra a Alemania. Gran Bretaña y Francia ya estaban en guerra con ellos, pero nos preguntábamos en dónde se encontraban. Declarar la guerra ¿sería solo una estratagema política? Para ese momento, ya no era cuestión de si caeríamos en manos alemanas o no, la pregunta era cuándo.

# 4

# La ocupación alemana

EXTRAÑÁBAMOS NUESTRO HOGAR Y ESTÁBAMOS CANSADOS DE CORRER. Solo esperábamos con ansia el día en que terminaría nuestra huida. Kaziek, el hijo del granjero, se convirtió en mi compañía diaria, siempre estaba ansioso por mostrarme el pueblo. El 10 de septiembre, poco antes del mediodía, fuimos a dar un paseo. Apenas habíamos recorrido un kilómetro cuando oímos el rugido de una motocicleta. De pronto la vimos en la cima de una pendiente, avanzando a toda velocidad hacia nosotros y dejando un rastro denso de polvo y humo. Un soldado de apariencia extraña la conducía y nadie ocupaba el sidecar. Nos dio miedo, pero era demasiado tarde para correr.

El soldado detuvo la motocicleta, apagó el motor y se quedó inmóvil un instante, luego se levantó las gafas de protección, se las acomodó sobre la frente y nos preguntó si hablábamos alemán.

—Sí —contesté temeroso y mirando hacia el suelo.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—No —dije con claridad.

—¿Hay muchos soldados polacos aquí? —continuó.

—No —respondí.

—¿Ha pasado alguno hoy?

—No —repetí.

Como no había visto a nadie en el camino, nos preguntó dónde estaban todos.

—¿La gente nos tiene miedo? Deben decirles a todos que no hay necesidad —dijo antes de meter la mano en su bolso, sacar algunas barras de chocolate y cigarros alemanes, y entregárnoslos—. Esto es para ustedes —indicó y se nos quedó viendo.

Como yo no estaba preparado para ese tipo de amabilidad o generosidad por parte de un invasor alemán, titubeé. Él asintió y nos instó en varias ocasiones a aceptar sus regalos hasta que lo hicimos. Para ese momento, varios soldados más en motocicleta se habían estacionado junto a nosotros también. Si sus uniformes no hubiesen sido tan extraños, habrían parecido gente local. Luego se acercaron más vehículos y camiones blindados. Los soldados de las motocicletas se alejaron entre el rugido de los motores y nosotros nos quedamos contemplando impresionados el desfile. Entonces comprendimos por qué a los alemanes les había sido tan fácil vencernos. A diferencia de nuestro ejército, que se movía a pie o a caballo, todos ellos se transportaban en vehículos motorizados.

Volvimos corriendo a la granja para dar las noticias, les dijimos lo decentes que se habían comportado los soldados. Todos sabían para entonces que los alemanes estaban ahí.

—Si todos son así, no tendremos mucho de qué preocuparnos —dijimos Kaziek y yo.

Por el camino de afuera pasaban las tropas alemanas de manera constante, cantando sus gloriosas odas al *Führer*.

No podíamos huir más lejos, la única opción era regresar lo antes posible a nuestra casa, pero el flujo de tanques y vehículos alemanes que se dirigían al este nos lo impedía. Además, escuchamos que los alemanes acababan de anunciar la prohibición de todo desplazamiento de civiles por el resto del día.

A la mañana siguiente partimos temprano y viajamos todo el día sin incidentes. El segundo día, sin embargo, vimos a varios oficiales alemanes parados en una colina, observando el paso de los

refugiados. Las mujeres y los niños podían pasar en silencio, pero los hombres tenían que tocar sus sombreros en un gesto de temeroso respeto. Cuando pasamos frente a la gran tribuna alemana, un oficial nos gritó en tono beligerante:

—¡Miren a los judíos! Querían escapar. Malditos sean, ¡ahora los atraparemos!

El señor Chmielinski vio palidecer nuestro rostro y supo enseguida el impacto que la frase tuvo en nosotros.

—¡Esos bastardos! —dijo furioso—. Algún día ajustaremos cuentas con ellos —añadió.

El pobre señor Chmielinski no imaginaba entonces que, solo dos semanas después, lo arrestarían, y que después volvería a su familia convertido en un puñado de cenizas.

Entonces, con todo el dolor de mi corazón, recordé lo que había predicho nuestro tío Shlomo, negando con la cabeza cuando hablamos sobre los alemanes: "Que Dios nos ayude".

Al atardecer nos detuvimos a un lado del camino polvoso. Como hacía calor, nos resguardamos debajo de un grupo apartado de árboles. Esto atrajo a otros y, poco después, ya estábamos rodeados de bastante gente. Durante la noche escuchamos el rumor de que los soviéticos habían ocupado el este de Polonia, y tiempo después confirmamos que era cierto. Regresaron a quienes trataron de huir hacia donde se encontraban ellos. Les ordenaban: "Vayan a casa. Muy pronto iremos a donde están". El "misterioso acuerdo" de 1939 entre Ribbentrop y Molotov ahora era muy claro, pero nadie creía que aquel par de acérrimos enemigos pudieran mantenerse en buenos términos mucho tiempo. Esa noche no pude dejar de recordar las amenazas y la forma en que nos ridiculizaron los nazis, y eso me mantuvo despierto haciéndome la misma pregunta una y otra vez: "¿En verdad seremos gente menos valiosa?".

Gracias a la generosidad y la amabilidad del señor Chmielinski, pudimos volver a salvo a nuestro hogar. Aunque la casa se veía exactamente igual, los alemanes ya habían hecho lo necesario para

que su autoridad se sintiera en todo el pueblo. El segundo día de la ocupación, ahorcaron a diez hombres al azar mientras el resto de la gente tuvo que permanecer ahí y presenciar la ejecución colectiva. Su objetivo era desalentar cualquier tipo de resistencia. Uno de los ejecutados fue Szymon Trzaskała, mi mejor amigo.

El 27 de septiembre cayó Varsovia y, por una parte, nos alegramos de que la guerra hubiera llegado a su fin. Bueno, eso era lo que creíamos. Una de las primeras formas en que los nazis se apoderaron de Polonia fue anexando el Corredor y Warthegau. Fuera de eso, excepto por la escasez de alimentos, al principio casi no cambió nada. Para hacer que los polacos cooperaran para reprimir a los judíos, Radio Varsovia difundió mentiras espantosas sobre nosotros. Si no mal recuerdo, alguien dijo: "Si repites lo suficiente una mentira descarada, finalmente se transformará en la verdad". Y eso fue lo que sucedió.

No pasó mucho tiempo antes de que prohibieran las publicaciones polacas y judías. El tabloide de ocho páginas que las sustituyó estaba repleto de boletines e historias sobre la persecución de los alemanes en Polonia antes de la guerra. Era su forma de justificar la ocupación. Después de que nos confiscaron los radios, ya solo supimos lo que los alemanes nos decían y el resto del mundo se convirtió en un lugar muy remoto.

Hans Frank fue nombrado gobernador de Warthegau y *Herr* Schweikert administrador de nuestro condado. En cuanto ocuparon sus respectivos cargos promulgaron varias directivas que restringían la libertad judía. Las reglas a veces eran tan turbias que tuvimos que dar por hecho que estaba prohibida cualquier cosa que no se nos permitiera de forma explícita.

La última vez que nuestra familia se reunió para una celebración fue en diciembre de 1939, durante Janucá, la fiesta de las luces. No habíamos comenzado cuando el cielo enrojeció por completo; parecía que todo el pueblo se estaba incendiando. Nos aterró, pues nos enteramos de que los alemanes estaban quemando la sinagoga

y las dos casas de oración adyacentes, y que también estaban destruyendo las Torá. Los judíos del pueblo estaban devastados; los ortodoxos rentaron sus atuendos y pasaron la shivá en duelo. A partir de entonces, cada diciembre me recuerda este suceso: nuestra última celebración juntos, y la más triste también.

El gobernador nos imponía más restricciones cada día. A cada funeral solo podían asistir seis personas, a pesar de que se requerían diez para el servicio de la oración. También impusieron un nuevo toque de queda que nos mantenía encerrados entre las siete de la noche y las ocho de la mañana, y lo hacían cumplir de una manera tan estricta que incluso les dispararon a algunos judíos que encontraron afuera. Teníamos límites para lo que podíamos comprar y dónde podíamos adquirirlo. Como cerraron las rutas que usábamos para tratar con los granjeros, ni siquiera los que teníamos dinero podíamos comprar gran cosa. A nuestros pocos amigos no judíos, los que aún estaban dispuestos a ayudarnos, les prohibieron hacerlo. Poco después, todas las casas judías tenían que exhibir la estrella de David, y todos los judíos a partir de los seis años, tenían que portarla. Los insultos no paraban ahí: en el interior de la estrella debíamos incluir, en tipografía hebrea, la palabra alemana *Jude*, que significaba "judío".

Nuestro emblema se convirtió en la insignia de la vergüenza. Luego nos vimos forzados a caminar por las cunetas porque nos prohibieron usar las banquetas, mientras los alemanes se divertían manejando sus vehículos muy cerca de nosotros. Los judíos barbados se convirtieron en su primer blanco: les cortaban o arrancaban la barba y le prendían fuego. Confiscaron todo nuestro oro y nuestra plata, y si decidíamos no entregarlos, el castigo era la muerte. Los brutales ataques físicos se volvieron cosa de todos los días.

Una noche de diciembre despertamos al oír un violento golpeteo y la orden de abrir la puerta de inmediato. Al principio no respondimos, teníamos la esperanza de que los intrusos se fueran,

pero entonces amenazaron con romper la puerta. Mamá se acercó, pues sabía que buscaban principalmente a los hombres.

—¿Quién es? ¿Qué quieren de nosotros?

—¡Abra! —repitieron sin dejar de golpear con fuerza—. Inspección de armas.

Sabíamos que la inspección era solo una excusa, pero negarnos a abrir solo provocaría más la ira de los oficiales. Mamá le quitó el cerrojo a la puerta y los dejó pasar. En cuanto vio que eran cuatro empleados postales, pareció aliviada.

—¿Judíos? —preguntó uno de ellos, pero mamá no respondió.

Mientras los otros tres deambulaban por la casa, el cuarto le preguntó a mamá dónde guardábamos nuestras armas.

—En esta casa no hay armas —respondió negando con la cabeza.

Otro de los hombres se acercó al vestíbulo, donde dormía el abuelo.

—¿Dónde están sus armas? —preguntó al tiempo que se asomaba debajo de la cama.

Ahí encontró la pequeña caja donde guardaba mis instrumentos dentales, y con una sonrisa triunfante que se extendió en su rostro, la levantó y gritó:

—*Was ist da drin?*

—Son las herramientas dentales de mi nieto —respondió mi abuelo.

—¿Herramientas dentales? —preguntó disgustado el alemán antes de golpearle el rostro a mi abuelo con la caja. Los instrumentos cayeron por todo el piso y mi abuelo gritó de dolor.

Mientras tanto, otro de ellos maldecía a mi padre.

—Ustedes, los judíos, son la causa de todo el mal. Ustedes quisieron esta guerra y ahora tendrán que pagar por ella.

Mi padre protestó en voz baja, con el rostro lívido.

—Vea por usted mismo, no tenemos armas —dijo, pero el empleado postal no quiso escuchar.

Ni siquiera si hubiera confesado algo los habría hecho cambiar de opinión. Estaban ahí por una razón, para castigar y golpear judíos.

El empleado golpeó a mi padre en la cabeza con su bayoneta. Cuando vi que le escurría sangre en la cara, pensé que lo había matado. Otro de los alemanes empezó a dispararles a nuestros muebles y a los espejos. El tercero abofeteó a mi hermano y luego volteó a verme.

—*Auch Jude?* —vociferó.

Solo quería confirmarme que yo también merecía una golpiza.

Estaba aterrado, solo logré mover mi cuerpo hasta una esquina de la habitación y dejarme caer al suelo. Doblé las rodillas hasta que me llegaron al pecho y me cubrí el rostro con la esperanza de escapar de lo peor que podría sucederme.

—Déjalo en paz, ¿qué no ves que no está aquí del todo? —escuché que le decía otro de los alemanes.

Pero no me salvé por completo. El alemán me pateó varias veces en la espalda con su bota. Después de eso me dejó en paz.

Se fueron y la pesadilla terminó. Josek tenía la nariz rota; a papá fue necesario hacerle varios puntos de sutura en la frente, y el abuelo, ensangrentado, se quedó tirado en el vestíbulo. Mamá cambió varias veces la toalla mojada que le había puesto a papá en la frente.

—Pero si solo eran empleados de la oficina postal —murmuró con un suspiro.

Lo que acabábamos de vivir era impensable y demasiado cruel. A pesar de que yo ya tenía veinte años, seguía siendo muy ingenuo, me costaba trabajo entender que la gente pudiera odiar tanto a otros. Luego pensé en la historia del gólem, que data de los tiempos de la Biblia y el Talmud, y ha sido contada una y otra vez a lo largo de los siglos. Durante un rito místico, un sabio invocó el Nombre Divino y le dio vida artificial a un cuerpo humano hecho de arcilla o madera. Luego se le ordenó a aquel cuerpo sin alma obedecer ciegamente y hacer sus tareas. El gólem era la metáfora perfecta y

respondía a varias de las preguntas que me hacía en silencio: ¿quiénes somos? ¿Qué hicimos? ¿Por qué nos desprecian tanto? Comprendí que nuestras vidas se vieron alteradas de forma irremediable.

Una mujer del pueblo admitió que había escuchado a los alemanes preguntar dónde vivían los judíos.

—Alguien debió dirigirlos a ustedes —dijo.

A la gente de origen alemán que no vivía en Alemania, es decir, los alemanes étnicos, también se le llamaba *Volksdeutsche* en Polonia, y parecían haberle vendido el alma al *Führer*. El mejor ejemplo eran los Marx, vecinos y amigos nuestros de mucho tiempo. La señora Marx ahora defendía a los nazis sin importar lo que hicieran; ni siquiera vino a vernos después de aquel incidente. A partir de entonces comenzamos a vivir con miedo, cada vez que oíamos a alguien afuera de noche, nos preguntábamos si no serían otra vez los alemanes viniendo a aterrorizarnos. Esa no fue ni la primera ni la última vez que invadieron un hogar judío por la noche ni que golpearon a una familia, el miedo nocturno se convirtió en una compañía permanente. Para ese momento ya se permitía asesinar judíos e incluso se alentaba a la gente a hacerlo.

Luego llegaron las razias o redadas. Reunían a los judíos y les ordenaban hacer labores humillantes. Un día detuvieron a Pola y la llevaron a las barracas del ejército alemán, donde la obligaron a limpiar las letrinas.

—Es una lástima que una chica tan bonita como tú sea judía —bromeó un soldado y los otros se rieron.

Pola volvió temblando a casa.

—Preferiría morir que volver a pasar por eso —dijo.

Pola y yo decidimos escapar a la parte de Polonia ocupada por los soviéticos. Aunque nuestros padres no estaban de acuerdo, reconocieron que en circunstancias como la que vivíamos, cada uno tenía que tomar una decisión personal. Nos fuimos a finales de diciembre, ya casi era Año Nuevo. Aunque hacía suficiente frío para

que nevara en abundancia, no había nevado. Le quitamos los parches amarillos a nuestra ropa con la esperanza de no parecer judíos. Solo llevamos con nosotros algunos artículos personales para no llamar la atención. Nos despedimos de la familia y partimos. El aire estaba helado. Un manto de escarcha cubría los campos y los riachuelos estaban congelados. Comenzamos a caminar por el bosque e iniciamos nuestra funesta odisea.

Cuatro horas después llegamos a la estación de trenes; era el fin de la primera parte de nuestro viaje y aún teníamos varios kilómetros que recorrer. Como Pola tenía el cabello castaño claro y sus facciones no eran semitas, no tuvo problema para comprar los boletos para ir a un pueblo cerca de la frontera con Rusia. Nos sentamos y esperamos a que el tren llegara. En la sala de espera vimos a más judíos con las mismas intenciones, pero no hablamos con nadie por miedo a que nos reconocieran. Cuando por fin llegó el tren y pensamos que lo habíamos logrado, nos asombró el anuncio que escuchamos a través de los altavoces. Los judíos tenían prohibido usar el tren, pero toda la demás gente podría abordarlo. Los hombres de las ss se enteraron de alguna manera que había judíos entre los viajeros.

Poco más de diez personas permanecieron en la plataforma, nosotros entre ellas. Solo vimos al tren alejarse lentamente y desaparecer. Entonces dos oficiales de las ss recogieron nuestros documentos y les pusieron un sello: *J*. Y antes de devolvérnoslos nos hicieron una feroz advertencia.

—Cualquiera que intente volver a abordar un tren recibirá un tiro.

Nuestros planes estaban arruinados, no nos quedaba otra opción más que volver a casa. Estábamos devastados.

Aunque nuestra familia fue empática, todos estaban felices también de tenernos de vuelta. Como era su costumbre, papá vio el lado positivo de la situación.

—Sin importar lo que suceda, al menos estaremos juntos —dijo. Y luego añadió una frase que decía con frecuencia—: ¡Todo llega a

su debido tiempo!

Algunas semanas después, uno de los amigos de mi hermana también volvió muy desilusionado. Provenía de la zona de Polonia ocupada por los soviéticos y nos advirtió que no fuéramos ahí.

—Los rusos han estado juntando a los judíos que llegan y deportándolos a campos de trabajos forzados en Siberia —nos informó.

Nos costaba mucho trabajo entender por qué los soviéticos también nos verían como enemigos, la advertencia destruyó nuestra noción de que otras comunidades bajo el régimen comunista veían a los judíos como sus pares.

Mientras tanto, como a mi abuelo lo acosaban todo el tiempo en la calle por su barba, dejó de salir de casa. Se alejó de sus amigos y se debilitó. Una mañana lo encontramos en un profundo sueño del que nunca despertó; estábamos conmocionados. Sabíamos que falleció porque perdió el deseo de vivir. Mi ídolo había muerto; comprendí que mi vida nunca volvería a ser la misma ahora que no estaba. En la procesión al cementerio solo participó la familia porque a los otros les prohibieron asistir. Cubrimos todos los espejos en nuestra casa y guardamos los siete días de duelo de la shivá. A pesar del riesgo, algunos amigos vinieron para completar el servicio de oración de diez personas, y mientras estuvieron ahí los escuché decir que envidiaban la pacífica muerte que tuvo mi abuelo.

Unos días después, mi madre y yo caminamos por un sendero diferente para ir al otro lado del pueblo. A medio camino noté que se acercaba a nosotros un antiguo compañero de clase. Como lo hicieron muchos otros de los polacos con ascendencia alemana, él se había unido a los nazis. Vestía camisa café y en la banda que llevaba en el brazo había una *Hakenkreuz* roja: la suástica. Mi antiguo compañero se conducía como alemán y quería demostrar su fidelidad al *Führer*. Cuando estuvo cerca de nosotros empujó a mi madre y ella cayó al suelo.

Me quedé atónito, pero miré su cara tratando de entender.

—¿Por qué haces esto, Otto? —pregunté furioso. En su mirada vi una crueldad siniestra, una carencia absoluta de piedad. Mi otrora compañero de clase era el enemigo del presente.

Otto recurrió a la retórica de odio típica de los nazis.

—Maldito cerdo judío. Son como una plaga. Solo son criminales de guerra.

Me di cuenta de que sabía bien quiénes éramos, pero no mostró ningún remordimiento, solo se alejó sin dejar de balbucear palabras de odio. La sangre me palpitaba en las sienes. Pensé que debí haberle arrancado la suástica del brazo, pero me quedé paralizado, como si no tuviera control sobre mis extremidades. Mi madre estaba pálida, se veía humillada, no podía dejar de temblar, pero por suerte no se había lastimado. No pude reconfortarla; tampoco la había defendido y eso me provocaba una culpa muy profunda. Ese incidente me convenció de lo rápido que se podía envenenar la mente de las personas. Fue un mal año y el siguiente tal vez sería peor.

# 5

# El gueto en Dobra

La codicia por el tesoro judío le ganó muchos seguidores a Hitler. Poco a poco, sin fingir ni limitarse, los nazis nos habían ido despojando de nuestros hogares, nuestras pertenencias, la esperanza y el orgullo. Y aunque cada espiral en descenso parecía habernos llevado al punto más bajo imaginable, en algún momento comprendimos que el abismo no tenía fin.

En la primavera de 1940 nos ordenaron abandonar nuestra casa. Éramos la única familia judía en el área. Todo lo que nos pertenecía —el negocio, la casa y el terreno— se lo dieron a Anders, un *Volksdeutsche* que antes trabajó para nosotros. Su único logro en la vida era su ascendencia alemana. El consejo judío, el *Judenrat*, nos asignó un ático al otro lado de la calle, en lo que alguna vez fue una escuela. Nos permitieron llevarnos las pertenencias que pudiéramos cargar. Pola logró entrar otra vez a nuestra casa y rescató algunos de sus libros favoritos. Como Anders no tenía lo necesario para administrar un negocio, cerró el nuestro poco después. Nada le causó más dolor a mi madre que pasar y ver tan ajena la que fue su casa.

Aquel ático en el tercer piso que alguna vez fue usado como bodega se convirtió en nuestro dormitorio. Pola, Josek y yo dormíamos sobre camastros de heno en el suelo, y mamá y papá

tenían un catre cada uno. Para tener un poco de privacidad, colgamos algunas cobijas.

Continuamos observando el *sabbat*. Todos los viernes por la noche mamá encendía velas y decía la oración. Papá actuaba como si nada hubiera cambiado gran cosa.

—No se ha perdido nada, todo es temporal. Cuando la guerra termine, nos mudaremos de vuelta a nuestra casa y todo volverá a ser como antes —dijo una vez.

A finales de marzo de 1940 volvieron las aves. La naturaleza retomó su curso un poco antes ese año. Un día soleado me encontraba parado en el patio de la escuela cuando cinco alemanes con uniformes del ejército dieron vuelta en la esquina. "Qué raro, ¿qué querrán?", pensé. En la escuela no vivíamos más que nosotros y el antiguo cuidador. Los alemanes caminaron hacia mí y su líder, el cabo, me preguntó con aire estricto si era Bronek Jakubowicz.

—Sí —contesté.

—Está arrestado.

Pensé que se trataba de un error.

—¿Está seguro de que soy la persona que busca? —pregunté—. ¿Por qué? ¿Qué hice?

—Más tarde lo averiguará, ahora venga con nosotros.

Aunque sabía que sí me buscaban a mí, no podía entender por qué querrían arrestarme ni por qué necesitarían hacerlo cinco soldados. Para ese momento mamá y Pola ya habían oído el revuelo. Bajaron al patio y se nos quedaron mirando boquiabiertas.

—¿Por qué están arrestando a mi hijo? ¿Qué quieren de él? —les preguntó mamá a los soldados.

—Vendrá con nosotros —contestó uno de ellos furioso al tiempo que me ordenaba que empezara a caminar.

—Espere, por lo menos déjeme traer su chaqueta —suplicó mi madre.

—No la necesitará, será ejecutado —dijo el cabo malhumorado.

Mamá estuvo a punto de desmayarse; solo se cubrió el rostro mientras mi hermana la abrazaba para sostenerla.

Salí con los soldados del patio de la escuela. Dos de ellos me flanqueaban, dos iban atrás, y el cabo nos iba guiando. El ruido alertó a los vecinos y varios de ellos salieron para ver. Yo había vivido en ese pueblo desde que nací y casi todos me conocían, no podían entender por qué me estaban arrestando y mucho menos por qué habían enviado a cinco soldados. A pesar del miedo que sentía, mantuve la cabeza en alto como personaje de una obra de Shakespeare.

Caminamos mucho. Me llevaron hasta el otro extremo del pueblo y ahí entramos al cuartel general y a la residencia de *Herr* Schweikert, el gobernador nazi. Cuando llegamos al patio, vi a varios soldados con rifles cuidando a cuatro hombres apoyados en el muro de las barracas. El cabo me indicó con un gesto que me uniera a ellos.

Entonces miré a mi derecha y reconocí a Wigdor Celnik, un amigo de mi hermana. Junto a él estaba Jan Kozłowski, un polaco de Dobra con reputación cuestionable, a quien habían apresado en varias ocasiones. "Más vale no tener nada que ver con él", había escuchado decir a muchas personas. El tercero era Paweł; solo lo conocía de nombre. Al cuarto nunca lo había visto. Me pareció que Celnik tal vez estaba ahí porque alguna vez fue representante del Bund, una organización laboral socialista judía. ¿A mí me habrían arrestado por haber pertenecido a la organización juvenil sionista Hashomer Haklal Hazoni?* Antes de eso, nunca me arrestaron por esa ofensa.

Le pregunté a Wigdor por qué estaba ahí.

—¿Qué te dijeron a ti? —me preguntó susurrando a modo de respuesta.

—Los escuché decir que me iban a ejecutar.

—A mí también —dijo.

De pronto uno de los guardias amartilló su rifle.

—¡Callados! —gritó.

Yo no estaba listo para morir. ¿Por qué me habían llevado ahí? ¿Sería "la voluntad de Dios", como dicen algunas personas? "Si este es mi destino, ¿qué puedo hacer para que la agonía sea más simple?", pensé. Traté de convencerme de que había vivido lo que sería mi vida y que, después de todo, nadie vivía para siempre. Me esforcé mucho por persuadirme y, aunque no me parecía lógico ni me resultaba consolador, era lo único que podía hacer. Todos estábamos azorados. Aunque no sabíamos por qué nos encontrábamos ahí, nos miramos entre nosotros preocupados. Incluso los soldados que pasaban por ahí les preguntaban a sus camaradas quiénes éramos y por qué estábamos bajo arresto. Los guardias tampoco lo sabían.

Dos horas después llegó un sargento y nos ordenó que lo siguiéramos. Caminamos varios cientos de metros por un sendero y llegamos a donde había unas carretas muy raras. Eran tres plataformas, tres carros poco profundos con ruedas enormes y seis caballos belgas enganchados a ellos. Nos ordenaron abordarlos y, cuando lo hicimos, el sargento y los guardias también subieron. Cuando salimos del complejo militar y vi que nos dirigíamos al pueblo, reuní valor y le pregunté al sargento a dónde nos llevaba, pero no me respondió. Parecía sorprendido de que me hubiera atrevido a hablarle. Wigdor Celnik, que iba en la misma carreta, me miró como diciendo: "¿En verdad esperabas que te dijera?". Me sentí desalentado y decidí no preguntar nada más.

Después de un rato nos desviamos del camino y llegamos a un pozo de grava. "¿Por qué nos habrán traído aquí?", pensé. La gente cava todo el tiempo en los pozos de grava, sería un lugar muy inadecuado para enterrar cuerpos. El sargento se bajó de la carreta y nos ordenó llenar los vagones con grava, lo cual tampoco resultaba lógico. Un par de minutos después, el sargento miró alrededor con cautela.

—Descuida. No los van a ejecutar —me susurró y luego mencionó un apellido: Krusche. Un dentista de Dobra.

A Krusche yo solo lo conocía de nombre, sabía que había llegado a Dobra un par de años antes y que era el único dentista en el pueblo. La gente no hablaba mal de él, pero llegué a escuchar que era "un híbrido entre un polaco decente y un alemán decadente". Cuando los alemanes llegaron a Dobra, Krusche ascendió con rapidez hasta ocupar un lugar prominente en la aristocracia nazi.

De pronto me embargó la sensación de haber vuelto a nacer. Le dije la noticia a Celnik y él se encargó de divulgarla entre los otros. Empezamos a llenar los vagones con grava, lo hicimos con vigor, como si quisiéramos mostrarles a nuestros jueces lo útiles que éramos, como agradeciéndoles por perdonar nuestra vida.

En cuanto tuve una oportunidad, le pregunté al sargento qué tenía que ver Krusche con mi arresto.

—No puedo decírtelo aquí —me dijo incómodo—. Dame una dirección donde pueda encontrarte y vendré a verte. Entonces le di instrucciones de cómo llegar a la escuela y me prometió que vendría.

Llenamos los vagones de grava en un tiempo récord. Para las cinco de la tarde, después de haber hecho diez rondas, toda la grava estaba apilada en el patio del complejo militar. Y sin hacerle saber a ninguno la razón por la que nos habían arrestado, los alemanes nos liberaron.

Le agradecí a Dios incontables veces y me apresuré, quería estar fuera de su vista lo antes posible. En cuanto llegué al camino, corrí lo más rápido que pude y, cuando llegué a casa sin aliento, el rostro de mamá se iluminó. En cuanto me vio, el gozo remplazó a la agonía. Entonces me enteré de que había ido a visitar a los consejeros judíos para suplicarles que averiguaran por qué me habían arrestado y que intervinieran para que me soltaran. Papá, en cambio, en ningún momento dejó de pensar que solo se trataba de un error. Algunos días después volvieron a arrestar a Jan Kozłowski y nadie volvió a verlo ni a saber de él. Según los rumores, murió en uno de los campos de trabajos forzados.

Al atardecer me pregunté si el sargento cumpliría su palabra y, poco después, vi a alguien parecido a él caminando por nuestra calle y viendo los números de las casas. Cuando me vio, se acercó.

—Tengo que ser muy cuidadoso —dijo susurrando y luego entró rápido a la escuela conmigo.

Cuando lo presenté con mi familia, nos dijo que era el sargento Sprengle y nos suplicó no decirle a nadie que había estado ahí. Luego me explicó que Schweikert ordenó mi arresto porque Krusche había interpuesto una queja. Según él, yo había practicado la odontología en el pueblo y eso había reducido sus ingresos. Todo era mentira, por supuesto. Muy pocos polacos prestaban atención al cuidado dental y, además, la mayoría eran demasiado pobres para pagar por un servicio de ese tipo. Incluso si perdían sus dientes naturales, no veían razón alguna para pagar por prótesis dentales.

El sargento Sprengle forjó en poco tiempo una amistad con nosotros y empezó a visitarnos diario. Al principio éramos cautelosos, pero con el tiempo llegamos a confiar en él porque nos pareció que carecía del veneno antisemita que caracterizaba a la mayoría de los nazis. Algo que quedaba en entredicho respecto a él era que en realidad perteneciera a una "raza superior". Sprengle era un joven peculiar. Tenía estatura promedio, pero sus piernas eran demasiado cortas, casi al punto de lo anormal. Tenía el típico cabello rubio alemán, pero su corte militar lo hacía ver grueso como pelaje de tejón. Tenía la piel tan encendida y los pómulos tan cuadrados que parecía que a su rostro lo habían esculpido en un tronco de secuoya roja. Cuando uno lo veía, era imposible no pensar que tal vez se encontraba atrapado interpretando un papel que no le correspondía.

A veces Sprengle llevaba a casa periódicos alemanes y, como era de esperarse, estaban repletos de propaganda antisemita: nos retrataban como Luciferes, como propagadores de enfermedades, como los misántropos de la sociedad. Algo de lo que nunca

hablábamos con el joven oficial alemán era de política y nazismo, pero sí nos advertía que debíamos irnos.

—Nosotros no les haremos mucho daño, pero los que vendrán después les dificultarán muchísimo la vida —murmuró en varias ocasiones.

En mayo de 1940, cuando los alemanes invadieron Francia, se burlaron de la Línea Maginot: dijeron que no era más que una cerca de madera y, unos días después, leímos que Francia se había rendido y que Hitler celebró la victoria en París. Poco después, la compañía del sargento Sprengle fue transferida al oeste; nosotros lo estimábamos tanto para entonces, que en verdad lo extrañamos cuando se fue. Aunque prometió escribirnos, nunca volvimos a saber de él.

A medida que llegaron nuevas tropas alemanas que reemplazaron a las primeras, se acumularon más leyes discriminatorias contra nosotros. Se nos prohibió asociarnos con cualquier otra raza porque, según las autoridades, así los arios estarían a salvo de la impureza de la sangre judía.

Para el verano de 1940 nos apretaron aún más las tuercas. Los nazis decidieron despejar los barrios pobres de Dobra y crear un gueto. Algunos de los judíos pobres que llevaban años viviendo ahí solo pudieron conservar una habitación, el resto se lo tuvieron que dar a otras familias. Nosotros tuvimos que mudarnos de la escuela y, cuando nos dieron un cuarto con suelo de tierra, comprendimos que el apretado ático donde habíamos vivido tuvo sus ventajas. Para ese momento, la que fue nuestra casa ahora era solo un recuerdo lejano.

Las raciones que nos daban en el gueto eran nuestra única fuente de alimento; el hambre se volvió nuestro mayor enemigo. Casi nunca había mantequilla ni leche ni azúcar ni harina. Nosotros estábamos listos para renunciar a lo que fuera con tal de ganar un día más de vida, pero las personas que comerciaban con nosotros lo hacían bajo la máscara de benefactores cuando, en realidad, solo

veían por su interés personal. Como cada vez teníamos menos bienes que intercambiar, en algún momento los comerciantes dejaron de venir.

Los hombres judíos, y a veces también las mujeres, tenían que reportarse para realizar labores arduas y humillantes todas las mañanas. Nunca olvidaré el esfuerzo que significó permanecer arrodillado a un lado de la calle quebrando grandes piedras con un enorme martillo para la construcción de caminos.

Mientras tanto, los nazis se movían por toda Europa con una facilidad incomparable. Al oeste, estaban en Francia, Bélgica y Países Bajos; en el norte, estaban en Noruega; al sureste, tenían bajo su control a Italia, Yugoslavia, Grecia, Rumania, Hungría y Bulgaria, y en el Norte de África, el general Rommel se encontraba cerca de El Alamein. Parecía que su influencia se había extendido por todo el mundo, tanto que resultaba difícil creer que Gran Bretaña y la Unión Soviética pudieran enfrentarse a los ejércitos del *Führer*. En sus respectivos discursos, Hitler, Himmler y Goebbels usaban una retórica antijudía cada vez más ponzoñosa. Desde la perspectiva de los alemanes, fracasar era impensable.

Habíamos perdido la esperanza, nos sentíamos abatidos, esperábamos un milagro que en realidad nunca creímos que llegaría. Nuestro mayor problema era que los judíos nunca creían lo que estaba a punto de suceder porque desafiábamos la sabiduría tradicional. Es decir, cada vez que los nazis ejercían una nueva acción antijudía, la gente decía: "¡Esto es lo más lejos que podrían llegar! ¿Qué más serían capaces de hacernos?". Pero estábamos viviendo en un mundo ilógico, en el que sucedía lo que nos parecía inconcebible. Escapar del gueto de Warthegau implicaba riesgos extraordinarios, e incluso si lográramos salir de ahí, ¿a dónde iríamos? Por eso tuvimos que aceptar lo que nos tenía deparado el destino, fuera lo que fuera.

Un día, cuando nos llevaban en un camión a realizar trabajos forzados, de pronto rechinaron las llantas y viramos para eludir a

una vaca que cruzaba el camino. Abrí los ojos, vi que me encontraba en el vehículo y mi padre me miraba tratando de comprender la expresión en mi rostro.

Poco después, el camión se salió del camino y se detuvo en una ribera cubierta de pasto.

—Bajen todos —gritó el guardia—. Hagan sus necesidades en el bosque y regresen en cinco minutos —agregó. Entonces los guardias nos rodearon.

—Si a alguno se le ocurre escapar, todos pagarán por ello —sentenció, y sabíamos que no era una amenaza hueca.

Los camiones se habían detenido al lado de una densa zona boscosa; del otro lado del camino había un prado verde con amapolas rojas. Cuando me adentré en el bosque, noté que el follaje era tan denso que casi repelía toda la luz. En medio de la oscuridad prevalecía el aroma a pícea. Caminé y las ramas se quebraron bajo mis pies. Después de hacer mis necesidades, regresé al camión. Al acercarme vi que el doctor Neumann tenía la vista fija en mí.

—Oye, tú, ven aquí —me gritó. Me pregunté por qué querría hablar conmigo de entre todos los que estábamos ahí. No respondí. Hasta que volvió a gritar—. Te estoy llamando a ti —dijo.

Aunque sabía que el hecho de que un nazi te eligiera y te llamara muy rara vez significaba algo bueno, no tuve otra opción más que obedecer. Me acerqué rápido a Neumann, pero me detuve a unos dos metros de distancia, como lo exigía el protocolo nazi. "Que no se dé cuenta de que tienes miedo", pensé.

—*Jawohl* —dije alto y claro.

Neumann me preguntó mi nombre y mi edad, y le respondí.

—¿Qué hacía usted antes de la guerra? —preguntó a continuación.

—Estudiaba odontología, señor —respondí con amabilidad.

—Cuando lleguemos al campamento, repórtese conmigo —ordenó.

—*Jawohl* —logré decir por segunda vez y luego volví al camión.

Mi padre había visto y escuchado todo; también se dio cuenta de que el encuentro me inquietaba. Pero, optimista como siempre, me instó a olvidarme del asunto.

—Descuida, para cuando lleguemos al campo ya se habrá olvidado de ti —dijo.

De pronto, desde el camión vi a una mujer piadosa arrodillada frente a la estatua de la Virgen Negra de Częstochowa, cubriéndose el rostro con un pañuelo. En aquel tiempo era muy común encontrar estas estatuas a lo largo de las carreteras polacas. Poco después llegamos a Turek, el centro administrativo del condado, y vimos que en la plaza había otros camiones iguales al nuestro. En ellos viajaban judíos de Kłodawa, Kutno, Golina y, claro, de Turek. Treinta minutos después, el convoy de camiones inició la marcha y se dirigió al norte.

—Significa que vamos a Poznan —me dijo papá.

Él había viajado con frecuencia por esa área y conocía bien las carreteras. En cuanto salimos de Turek, el camino se ensanchó y los ruidosos camiones aceleraron la marcha. El sol cubría todo a la vista y entibiaba los campos y a los granjeros que trabajaban duro en ellos. La mayoría se ponía de pie y se quedaba viendo el convoy de camiones llenos de desconocidos cuando pasábamos frente a ellos. En nuestro vehículo viajaban dos guardias de las Waffen-ss, o sea, del escuadrón de protección de élite, pero permanecieron impávidos y rara vez hablaron durante el trayecto.

Después de un viaje de tres horas, dimos vuelta en un camino de grava y los saltos del camión hicieron que fuera incómodo incluso recargarse en los tablones que formaban la estructura del vehículo. El traqueteo de las llantas sobre el camino levantó grandes nubes de polvo que nos cubrieron por completo y se adhirieron a nuestra ropa y nuestra cara, mientras la grava no dejaba de golpear el guardafangos.

Cuando el sol comenzó a descender lentamente, los vehículos se acercaron a lo que parecía una típica escuela de dos plantas. Cerca de la construcción principal había tres barracas de madera, y a todo

el conjunto lo rodeaba una valla de alambre de púas afianzado en postes de unos tres metros de altura. Salvo por estas estructuras, no había nada más en los campos. "Esta debe ser nuestra nueva casa", pensé.

# 6

# Steineck

El vehículo que guiaba el convoy se detuvo en la entrada, donde varios guardias de las SS nos esperaban con sus pastores alemanes al lado. El doctor Neumann le entregó a uno de ellos una lista con nuestros nombres y habló brevemente con él; luego, otro de ellos tomó un megáfono y se dirigió a nosotros.

—Los han traído al campo de trabajo Steineck, donde aprenderán a trabajar —dijo.

Luego se quitó el megáfono de la boca y miró nuestro vehículo de lado a lado; nos vio a la cara como diciendo: "¿Hay alguna pregunta?". Pero si la hubiera, ¿quién se habría atrevido a hacerla? Después de eso, avanzó e hizo lo mismo junto a los otros camiones: repitió la información y se aseguró de que a todos les quedara clara.

Los guardias que viajaban en el camión descendieron, abrieron la puerta de atrás e hicieron bajar a su carga humana empujándola con la culata de sus rifles.

—¡Abajo todos, rápido! —gritaron.

Presas del pánico, todos tomamos nuestras bolsas y maletas y bajamos del camión de un salto. Dos de los guardias de las SS que estaban en la entrada nos obligaron a entrar apretujados, como el ganado al que se le prepara para marcarlo. Nuestro grupo, que era el primero, llegó a la entrada y se desató el caos. Los dos guardias parados a los lados comenzaron a azotarnos al azar mientras

pasábamos, y como los perros percibieron la violencia contra nosotros, parecieron comprenderlo y se nos lanzaron a los brazos y las piernas. Los que se tambaleaban se convertían en un blanco especial, así que me quedé paralizado en cuanto comprendí lo que pasaba. Si quería pasar por ahí con mi papá y evitar que nos azotaran, tendríamos que hacerlo rápido y justo en el momento en que los oficiales levantaran los látigos. Aunque yo tenía mis maletas en una mano y la caja de instrumentos odontológicos colgada del brazo, me aferré a mi padre. Me hice un poco hacia atrás, esperé un momento y, en cuanto vi los látigos levantarse, avancé a toda velocidad con él a mi lado. Yo logré eludir los azotes, pero mi padre no tuvo tanta suerte y terminó con el cuero cabelludo lacerado.

Al entrar al campo de trabajos forzados subimos por una serie de escaleras, pasamos un par de puertas abatibles y luego caminamos por el corredor de lo que antes fue una escuela. Del lado derecho había ventanas que daban al patio y en el lado izquierdo se encontraban los cuartos.

—Todos al cuarto —gritó Chaim, el policía que viajó con nosotros.

En tres de las paredes del cuarto había varias hileras de literas que, en realidad, solo eran repisas montadas una sobre la otra. Sobre ellas había tarimas llenas de paja con cobijas grises y almohadas. La mayoría ya estaban ocupadas. Nos recibieron con cierto miedo. El caos prevaleció mientras todos buscaban literas sin éxito. Finalmente, papá y yo vimos dos en el nivel más bajo. Entonces no sabíamos que eran las menos deseables. Había tan poco espacio entre las tablas que tuvimos que arrodillarnos y deslizarnos para entrar en las repisas. Apilamos nuestras pertenencias junto a la pared, cerca de la ventana. Guardé mi caja de herramientas debajo de la almohada sintiendo que no solo habíamos llegado a un campo de trabajos forzados, sino a otro mundo. En ese momento supe que tendría que aprender a vivir de nuevo, desde cero.

Luego llegó más gente. Muchos deambularon de ida y vuelta entre los distintos cuartos, tratando de encontrar un lugar.

—¡Atención! —gritó alguien por encima del tumulto. El oficial que nos dio instrucciones al entrar al campo entró al cuarto 4 acompañado de Chaim—. Aquí trabajarán todos. Deberán saludar en cuanto vean a hombres uniformados. Cuando les hablen deberán ponerse en posición de firmes, sacar el pecho, levantar la cabeza, echar los hombros hacia atrás y colocar las manos junto a las costuras de su pantalón. El primero que nos vea entrar al cuarto deberá indicarles a los demás que tienen que ponerse en posición de firmes. Todos los prisioneros deberán estar en sus literas para las ocho de la noche y, media hora después, se apagarán las luces. Se despertarán a las cuatro de la madrugada y tendrán una hora para prepararse antes de trabajar. El sábado y el domingo serán días libres. Mañana su ropa será despiojada y se les rapará el pelo. ¡El lunes se les asignarán sus labores! —gritó y dio media vuelta para irse, pero luego se detuvo como si hubiera olvidado la instrucción más importante. Entonces volvió a girar—: Y cualquiera que contemple la posibilidad de escapar, ¡que ni siquiera lo intente!

Después de eso, con el policía detrás, el oficial salió de ahí dejándonos aterrados y preguntándonos cuáles podrían ser las consecuencias si desobedeciéramos.

Quince minutos después oímos un silbido.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Todos al patio para pasar lista! —gritó alguien.

Entonces aprendimos otra lección: en Steineck nadie caminaba. Con papá a mi lado, avancé a toda velocidad por el mismo corredor hacia la salida, donde nos esperaba un oficial con su perro al lado. Logramos eludir los latigazos utilizando la misma maniobra que antes, pero en esta ocasión, el pastor alemán me enterró los colmillos en el muslo y agitó el hocico con vigor. Cuando logré liberarme tenía los pantalones rotos y la pierna ensangrentada. Me dolía como si me hubieran clavado más de diez clavos. Quise revisar

la herida, pero sabía que era más importante estar presente cuando pasaran lista, así que caminé detrás de los demás hasta el patio.

A principios de 1941, mucho antes de que tuviera lugar la Conferencia de Wannsee —en la que los nazis establecieron como política oficial el asesinato de los judíos—, Alfred Rosenberg, ministro del Reich para el territorio de Warthegau, propuso establecer campos de trabajo para los judíos que vivían en la región. Durante un discurso que ofreció en la Universidad de Poznan, el cual se difundió ampliamente, dijo: "Los judíos tendrán que pagar con sangre por los veinticinco años de sufrimiento que les infligieron a los alemanes y los polacos aquí". Y como las demás propuestas de Rosenberg, esta también fue aceptada de forma unánime. En mayo de 1941 se estableció el primer campo de trabajo judío o *Judenarbeitslager* en el Stadium, el campo deportivo de Poznan. Mil varones judíos fueron transportados ahí desde el gueto de Łódz. El segundo campo de trabajo fue Steineck.

El *Kommandant* del campo Stadium fue quien pasó lista. Estaba ahí porque lo enviaron a montar Steineck. Nos ordenaron que nos formáramos en filas de cinco y luego tuvimos que contarnos, uno tras otro, hasta que los guardias estuvieron satisfechos y creyeron que todos estábamos presentes. Cuando nos dejaron ir, pude por fin ir al baño, donde un tubo de trece metros dejaba caer agua a través de un hueco debajo.

El baño tenía una apariencia desconcertante, era una afrenta a la dignidad. Un extenso medio cilindro de cemento que corría entre dos paredes y tenía tubos arriba. También se veían varias llaves de paso. Los baños en sí eran un largo tablón de madera no lijada sobre un foso de veinte metros de profundidad. Me limpié la herida del muslo, enjuagué la sangre alrededor de las dos hileras de marcas de dientes, lavé mi ropa interior y mis pantalones y me fui.

Papá me esperaba en el cuarto, todavía le dolía la cabeza. De pronto sonó la campana para anunciar que había llegado la hora de nuestra primera ración de comida. La fila se extendía dos veces a lo

largo del corredor. Después de veinte minutos de espera, todos recibimos una "pica", es decir, un trozo de pan que pesaba menos de la quinta parte de un kilo, y algo que parecía café. De hecho, lo único que ese oscuro líquido tenía en común con el café de verdad era el color: era amargo e imposible de beber sin endulzante. El pan no era mucho mejor, estaba rancio y sabía a avena.

—Si esta es una muestra de la comida que nos darán aquí, creo que nos moriremos de hambre —dijo alguien.

Como esa comida no era adecuada para animales y mucho menos para humanos, al principio la idea de comer nos produjo repulsión, pero con el paso del tiempo, para evitar morir de hambre, todos terminamos consumiéndola.

El cocinero era un prisionero de cara redonda llamado Rachmiel.

—Mañana también tendremos margarina y mermelada —nos prometió.

En la mañana, cuando sonó la campana, papá tuvo que sacudirme para despertarme. Ese día nos dieron la margarina que nos habían prometido. Rachmiel también sirvió apresurado una cucharada de mermelada sobre la pica de pan, pero se goteó incluso antes de que pudiéramos comerla. Entonces oímos un llamado.

—*Eintreten!* —gritó la voz.

Una vez más, cada uno dijo un número para contarnos nosotros mismos: "*Eins, zwei, drei, vier…*".

Luego nos ordenaron que nos desvistiéramos y dejáramos nuestra ropa en un montículo para que la despiojaran. La mayoría de los barberos ahí nunca le habían cortado el cabello a alguien, pero a nosotros nos cortaron el pelo y el vello, de los pies a la cabeza. A partir de entonces nos convertimos en una visión espantosa para quienes pasaban por fuera del campo de trabajo.

Al mediodía encontramos nuestra ropa después de buscar entre los montículos. Ahora tenía un penetrante olor a naftalina. Luego nos dieron una raquítica mezcla de nabos y papas como la ración correspondiente a esa hora. Aunque al principio hizo que se nos

revolviera el estómago, el hambre terminó ganando y nos la comimos. En la tarde volvieron a pasar lista, esta vez, con el propósito de hacer una inspección. Los guardias parecían tener un interés especial en que las camisas y las chaquetas estuvieran abotonadas de arriba abajo, y a quienes no cumplían con esa exigencia les daban cinco azotes. También a quienes tenían desamarrada alguna agujeta.

Después tuvimos que hacer una exhibición de nuestra marcha, con la cual no estuvieron conformes, así que nos enseñaron a marchar al "estilo nazi". Los más jóvenes pudimos adaptarnos, pero para mi papá y los otros hombres de su edad, la marcha a paso de ganso era algo extrañísimo. Además, ¿cómo esperar que el rabino Yankev, un estudioso que siempre vivió de acuerdo con la Ley de Dios, levantara las piernas y luego las dejara caer golpeando el suelo de la forma en que lo exigía el paso de ganso? Para él, el mero hecho de caminar en línea recta era ya raro, por eso terminó siendo el más maltratado. Los guardias lo empujaron, lo tiraron y lo hicieron arrastrarse sobre los codos. Luego le ordenaron que se levantara y volviera a hacerlo, y después que corriera hasta que no pudo más y se desplomó. Al final, cuando vieron que se encontraba en un estado de extrema fatiga y que no comprendía las órdenes, lo azotaron sin piedad.

*Du Scheiss Judei* era la forma en que comenzaban sus típicos insultos; después seguían las acusaciones, cuando nos culpaban de todos los males en el mundo. ¿En verdad creerían eso o sería solo una justificación autoimpuesta? En cualquier caso, era obvio que les agradaban los papeles que desempeñaban. Aunque para ese momento ya nos resultaban conocidos sus castigos, seguían siendo difíciles de aceptar. Nunca entendí qué habíamos hecho para que nos acusaran de tantas cosas.

En cuanto nos dejaban ir, nos sentábamos en grupos sobre el césped cerca de la valla. Relajarnos bajo la luz del sol nos ofrecía a la mayoría un poco de revitalización física y emocional, pero a los

intelectuales, al sentir que habían perdido el respeto y su propósito, les costaba trabajo desafiar al destino.

Ese día recordamos que era el *sabbat*. Cuando estábamos en el gueto nos reuníamos para orar aunque no tuviéramos un lugar de culto, pero ahí nuestra celebración era solo un día más.

—Parece que a todos los dioses los remplazó uno solo, Adolf Hitler. Y al perder al nuestro, perdimos casi todo —señaló alguien de nuestro grupo.

El rabino Yankeb no pudo permanecer en silencio.

—El Señor no nos dejará sufrir —predijo—. "Solo tú serás alabado y solo tú reinarás sobre toda la unidad" —oró.

Después de eso se produjo un peculiar silencio, como si todos estuvieran cuestionando la sabiduría del líder religioso. Después de algunos minutos, mi padre, como si le hubiera llegado un pensamiento tardío, comentó con su típico optimismo:

—Solo es cuestión de meses.

Esto me hizo pensar en lo mucho que lo estaría extrañando mamá. Dependían mucho el uno del otro, en especial en tiempos de crisis.

Miré a David Kot, un buen amigo mío. Nuestras familias fueron muy cercanas cuando vivíamos en nuestras respectivas casas, de hecho, pasé muchos días en la suya. Su densa cabellera y la apariencia valiente y alerta de sus ojos negros se habían esfumado, también se había ido nuestra desenfadada y feliz adolescencia, y la intimidad que compartimos en algún momento como amigos. El repentino tañer de la campana que anunciaba las raciones de la noche interrumpió mis recuerdos.

Desperté muy temprano el domingo por la mañana. Ya todo me parecía rutina: los silbidos, los latigazos y el ladrido de los perros. Después de que se pasó lista, el *Kommandant* les pidió a los médicos, los cocineros y los sastres que dieran un paso al frente. Como entre nosotros había una buena cantidad de cocineros y sastres, pero ningún médico, eligió a Goldstein, un barbero de

Dobra, para hacerse cargo del dispensario, en el que solo había algunas vendas, un poco de yodo y aspirinas.

Rachmiel se hizo de cuatro ayudantes en la cocina. La gente envidiaba tanto ese empleo, que muchos se peleaban por él. Además de que la cocina ofrecía la oportunidad de obtener más comida, el lugar siempre estaba tibio y el trabajo no era agotador. También eligieron a un sastre para el campamento y a cuatro prisioneros que trabajarían como policías adicionales. Tuvimos libre el resto del domingo. Todavía era de día afuera cuando sonaron las campanas que anunciaban que debíamos apagar las luces, pero nosotros solo podíamos ver la madera no lijada de nuestras literas. Aunque por la noche seguía haciendo fresco, el calor combinado de los más de ochenta prisioneros que había en nuestro cuarto era suficiente para hacernos sudar. A pesar de la oscuridad, pude ver a mi padre meterse en su litera con cautela para no astillarse.

Al principio nuestro campo de trabajo era la novedad en el área. Los domingos los granjeros se paseaban por ahí para averiguar quiénes éramos y por qué estábamos ahí. Aunque la región era conocida por lo mucho que le desagradaban los judíos a la gente, cuando los locales se enteraban de que nuestro único crimen era ser judíos, mostraban una indignación genuina. Las visitas duraron hasta que uno de los guardias de las SS vio a unos granjeros junto a la valla y les advirtió que se fueran y que no volvieran nunca.

El lunes fue un día peculiarmente cálido para ser mediados de mayo. Fue nuestro primer día de trabajo. Las campanas sonaron a las cuatro de la madrugada, todavía estaba oscuro cuando nos reunimos en el patio. El *Kommandant* del campo Stadium y el doctor Neumann estaban al centro, rodeados de varios guardias y de algunos de los policías elegidos entre nuestros hombres. Yo tenía la esperanza de que, como papá me había dicho, Neumann se hubiese olvidado de mí. Pero no. Después de que cuatrocientos prisioneros, entre ellos mi padre y yo, fuimos separados del resto, escuché algo que me alteró mucho.

—Dentista, repórtese con el doctor Neumann —me ordenaron.

Sentí que una descarga eléctrica me atravesaba. No sabía qué hacer, me daba miedo responder y también no hacerlo. Cada segundo que pasaba se sentía como una hora. Cuando volvieron a convocarme, seguía dudando.

—No tienes opción —susurró papá—, tienes que ir.

Avancé por entre las filas y luego corrí al frente. Me detuve y choqué los talones a dos metros de él.

—Bronek Jakubowicz, doctor Neumann, reportándome con usted como se me ordenó —dije con vigor.

Neumann me miró de pies a cabeza y luego me movió hacia un lado.

—Espere aquí —dijo.

Cuando giré, me encontré parado en la misma fila que los guardias, los oficiales de las SS y de todos los dignatarios nazis. Levanté la cabeza y vi a mil compañeros mirándome, preguntándose qué haría yo ahí, cuando en realidad quería estar al lado de ellos porque este no era mi lugar; yo no elegí estar ahí. A los hombres que quedaron los reacomodaron enseguida en grupos. Luego Neumann señaló a los primeros cuatrocientos y volteó a verme.

—Dentista, usted será su *Kolonnenführer*, el líder de su grupo —dijo, y luego eligió a un líder para cada uno de los grupos restantes.

Cuando nos sacaron, vi que en la entrada nos esperaban muchos hombres vestidos de negro, el color de la Gestapo. El doctor Neumann les entregó una lista con nuestros nombres y, a partir de entonces, ellos se hicieron cargo de nosotros. Para empezar, nos ordenaron marchar, y en el camino nos incitaron a caminar con ritmo militar.

—*Eins, zwei, drei, vier* —repitieron.

Yo me quedé al final y caminé con la última fila, no tenía idea de lo que esperaban de mí. Aún no amanecía y no había mucha luz, pero pude ver que, a pesar del color de sus uniformes, nuestros comandantes no eran ni de la Gestapo ni de las SS. En sus abrigos no

había insignias ni distintivos. Se veían modestos, sencillos. Eso despertó mi curiosidad. ¿Quiénes serían?

El hombre con uniforme negro que caminaba detrás de mí llevaba un portafolios. Desaceleré un poco la marcha hasta que me encontré caminando a su lado. Quería decirle algo, empezar a hablar con él, pero las palabras se me atoraron en la garganta. Él ni siquiera me miró. De pronto vi un anuncio desgastado en un poste que indicaba que ese camino llevaba a Poznan. Por fin me atreví a preguntarle al hombre si nos dirigíamos ahí. Pasó un momento agonizante en el que no me respondió; estaba a punto de repetir mi pregunta cuando me miró.

—Nos recomendaron no fraternizar con nuestros prisioneros —explicó—. Vamos a la Hoch und Tiefbaugesellschaft, a Brodzica —añadió poco después.

Aunque hablaba el idioma, estaba seguro de que el oficial no era alemán. Supuse que era o polaco o *Volksdeutsche*.

—¿Qué es Hoch und Tiefbaugesellschaft? —pregunté para continuar la conversación.

—Están construyendo un ferrocarril en Brodzica —respondió.

Después de eso, la conversación fluyó de manera más normal. Me dijo que nos faltaba una hora de camino, lo que quería decir que tendríamos que caminar cuatro horas diarias, dos de ida y dos de regreso. Para cuando nos separamos del camino principal, el sol comenzaba a mostrarse entre la bruma matinal. Marchamos alrededor de un lago en forma de medialuna; nuestros pasos se oyeron fuerte y levantaron nubes de polvo. Poco después vimos las barracas.

—Aquí es —dijo el hombre señalando al frente.

Era obvio que la primera edificación estaba destinada a oficinas. La segunda parecía ser para la cocina y el salón, y al frente de la tercera había picos, palas y carretillas: era el cobertizo. Un guardia insistió en que nos acercáramos de forma respetable a nuestro lugar de trabajo.

—Uno, dos, tres, cuatro, izquierda —nos instó a contar, pero tuvo que conformarse con el sonido del *tra-tra* y el *ta-ta*.

El guardia con el que hablé parecía estar al mando. Le entregó algunos documentos al guardia de la puerta, quien los miró rápido y luego le preguntó en polaco cuántos éramos.

—Cuatrocientos siete —contestó el otro con dificultad.

Luego el guardia de la entrada volteó y habló en alemán esta vez. Les preguntó a las personas a su alrededor cuántos prisioneros necesitaba cada una.

—Cincuenta.

—Cuarenta.

—Treinta y cinco.

Le asignó a cada uno la cantidad solicitada y luego los grupos salieron del patio. Veinte hombres, yo entre ellos, nos quedamos parados. A la izquierda vimos un par de calderos sobre un fogón y, en la entrada a la cocina, a una mujer como de treinta años.

—Señor Witczak, no lo olvide, necesito tres hombres —gritó.

El guardia señaló a los tres más cercanos y le dijo a la mujer que los tomara, luego ella le recordó que necesitaba dos más para traerle agua. Entonces el guardia nos señaló a mí y al hombre que estaba a mi lado.

—Ustedes dos trabajarán con Stasia —ordenó, se volteó y se fue con el resto de los prisioneros.

La mujer, que ahora sabíamos que se llamaba Stasia, les dio a sus tres nuevos ayudantes cuchillos y varias cubetas con papas. A nosotros nos dio cuatro cubetas vacías.

—Tomen —dijo en tono amable al tiempo que señalaba hacia el bosque—. En estos bosques encontrarán un manantial. Sigan ese camino y llegarán a un sendero angosto y… —como le costó trabajo seguir explicando qué habría después, se dirigió al guardia—. Señor, ¿cómo se llama?

—Tadeusz, pero todos me dicen Tadek —respondió él.

—Tadek, ¿puede mostrarles cómo llegar al manantial? —le preguntó.

El guardia también estaba desconcertado. Stasia señaló algunos otros indicadores, pero él solo negó con la cabeza. Ella, con muy buenas intenciones, nos dio dos varas con cadenas para cargar las cubetas llenas.

—Tomen, con esto les será más fácil —explicó.

Para ese momento, los tres peladores ya estaban trabajando de lleno y eso me permitió ver lo torpe que era para pelar papas David Moszkowicz, un anciano judío de Dobra, confidente del alcalde Muszynski. El cuchillo incluso se le caía de las manos, era obvio que esta era su primera vez en la cocina. Stasia lo notó también, así que tomó una papa y le mostró con habilidad cómo rodearla con el cuchillo para quitar la cáscara.

Nosotros nos fuimos cargando las cubetas con las varas y seguimos a Tadek, nuestro guardia. Como el otro hombre al que eligieron era más alto que yo, tenía que dar tres pasos por cada dos zancadas suyas para no quedarme atrás. A pesar de eso, él se mantuvo indiferente, casi ni levantaba la mirada, solo continuó caminando delante de mí.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Marek —dijo.

Me pareció que Marek tendría unos treinta y cinco años. Parecía inteligente, tenía la apariencia de un abogado citadino. De haberlo visto con esos pantalones grises confeccionados a la medida, el saco de espiga, la corbata roja y, claro, sin las cubetas que iba cargando, cualquiera habría pensado que se dirigía a un juzgado. Tenía un rostro amable que me llamó la atención. Marek me agradó desde el primer instante.

Seguimos en silencio las instrucciones de Tadek, sintiendo cómo las cubetas rebotaban en nuestras rodillas. El aroma del pasto recién cortado aguzó mis sentidos. En muchas de las casas de la Polonia rural, el agua se suministraba de esta manera, a través de personas

profesionales que acarreaban agua. Sus artefactos para cargar estaban fabricados con leña y diseñados para seguir el contorno de los hombros. La longitud de las cadenas era ajustable, bastaba con hacer un nudo al centro. Para nosotros, sin embargo, los artefactos resultaban tan incómodos que, después de intentarlo una vez, decidimos mejor cargar las cubetas con las manos. El trauma que sufrimos en los últimos tres días había tenido un efecto deshumanizante demasiado profundo en nosotros; yo me sentía cada vez más atrapado.

Los densos arbustos en la parte interna del bosque nos obligaron a caminar más lento. En varias partes del sendero encontramos moho resbaloso; dondequiera que pisábamos había raíces y árboles podridos. Más adelante tuvimos que saltar un pequeño arroyo y después de eso encontramos el manantial. Sobre él había una capa de rocío, alrededor de la cual se arremolinaban mosquitos y otros insectos. El agua que borboteaba de la tierra era tan prístina y fresca que su apariencia nos invitó a probarla y nos pareció pura, refrescante y deliciosa. Como la cuenca del manantial era bastante superficial, nos tomó algún tiempo llenar las cubetas. Le pregunté al guardia en polaco si había estado ahí antes.

—No —contestó.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo este servicio? —pregunté para seguir ahondando.

—Empecé a hacer esto el miércoles pasado.

—¿Qué tipo de servicio es? —se atrevió a preguntar Marek.

—Lo organizaron los alemanes hace poco para proteger todo tipo de instalaciones.

—¿Incluyendo los campos? —continuó Marek.

—Sí, sobre todos los campos judíos —reveló. Gracias a eso, ahora sabíamos que nuestros guardias eran polacos.

Llenamos las cubetas lo más que pudimos y volvimos al campo de trabajo.

Stasia nos estaba esperando donde se encontraba el fogón abierto. Las papas ya estaban peladas, ahora solo había que lavarlas. Después de eso, fuimos por más agua. Tadek estaba ansioso de reunirse con sus compañeros, por lo que nos preguntó si podríamos llegar al manantial sin él.

—¡Claro! —contestamos al unísono, ansiosos por estar solos. Cuando nos internamos en el bosque, nos dimos cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que no nos vigilaban.

En el bosque me enteré de que Marek Lewinski era un ingeniero eléctrico de Koło, un pueblo a menos de cincuenta kilómetros de Dobra. Era bien parecido y esbelto, medía casi dos metros. Tenía piel aceitunada, frente recta y la nariz un poco alargada. Lo arrestaron en una razia y a los nazis no les importó que fuera el único hombre en su familia. A él y a otros hombres de Koło los subieron a camiones y los llevaron adonde nos encontrábamos nosotros para que abordaran nuestro transporte. No pudo despedirse de su esposa ni de sus dos niños; en su rostro se adivinaba la amargura de su suplicio. Me contó todo con la mirada pegada al suelo, y no me fue difícil notar que estaba furioso y repudiaba al *Judenrat* de Koło.

No tardamos mucho en llegar al claro. Dejamos las cubetas sobre la tierra viscosa que rodeaba el pozo de agua y nos sentamos en una roca grande. La paz y la serenidad que sentimos al estar solos produjo una liberación de emociones, a ambos nos alegraba tener esa oportunidad de descargar la rabia acumulada en los últimos días. La impotencia y la desesperación enterradas en nuestro corazón durante la semana forzaron a las lágrimas a salir y, entonces, ambos lloramos.

Unos quince minutos después, como al cuarto para las ocho, oímos voces a lo lejos. El volumen aumentó, eran muchachas cantando una dulce y popular canción polaca de graduación escolar. El canto secó nuestras lágrimas, pero un instante después la canción dejó de escucharse, y su alegría y su belleza se desvanecieron. El silencio persistió; aquel minuto de dulzura de pronto nos pareció

solo un sueño. Cerré los ojos, me costaba trabajo olvidar. Entonces oí movimiento entre los arbustos y levanté la vista. Vi un par de ojos mirándome. Los arbustos se abrieron y cinco jóvenes aparecieron. Marek y yo no podíamos creerlo, pero eran reales.

—*Dzień dobry* —dije; les deseé "buenos días" de inmediato para que no nos temieran.

—*Dzień dobry* —contestaron al unísono.

Eran cinco muchachitas vestidas con esmero y con bultos bajo el brazo, radiantes de felicidad.

—¿Quiénes son ustedes? —nos preguntaron.

—Somos judíos. Yo me llamo Bronek Jakubowicz y soy de Dobra. Mi amigo Marek es de Koło.

—¿Qué hacen aquí?

—Estamos en un campo de trabajo llamado Steineck, hoy es nuestro primer día de labores en la empresa de ingeniería civil, la Hoch und Tiefbaugesellschaft.

—¿En Brodzica? —preguntó una de ellas.

—Sí.

Ellas eran Jadzia, Halina, Kazia, Anka y Zosia. Fueron compañeras de clases antes de la guerra, todas eran de Poznan y ahora trabajaban en una plantación cercana. Los alemanes reclamaron Poznan, una ciudad en la que vivían muy pocos judíos. Poco después de que los nazis entraron se volvió completamente *Judenfrei*: libre de judíos. Cuando les contamos a las jóvenes sobre las condiciones en nuestros guetos, se sintieron indignadas. También les impresionó saber cuáles eran las condiciones en el campo de trabajo.

—¿Y todo esto se debe a que ustedes son judíos? —nos preguntaron—. ¿Por qué? ¿Por qué?

Era la misma pregunta que no dejábamos de hacernos nosotros. Su curiosidad no tenía fin, también quisieron saber por qué no teníamos pelo. Una de ellas se me quedó mirando.

—Soy Zosia Zasina —se presentó extendiendo la mano.

"Qué bonito nombre", pensé.

—No puedo creer que los alemanes sean tan horribles. Pero ustedes deben estar hambrientos. Por favor tomen esto —dijo mientras nos ofrecía su almuerzo.

Fue vergonzoso, yo no pude aceptar, no estaba listo para renunciar a la caballerosa respuesta que habría tenido en otras circunstancias.

—No puedo aceptarlo, Zosia —respondí.

Su nombre se deslizó con suavidad hasta la punta de mi lengua.

—Tómelo por favor, compártalo con su padre —insistió, y en cuanto la oí mencionar a mi padre, supe que debía aceptar el almuerzo.

Y como tratando de seguir el ejemplo de Zosia, las otras jóvenes también renunciaron a su almuerzo.

—Por favor, por favor —suplicaron—, lleven los almuerzos y compártanlos con otros.

—Muchas gracias —les agradecimos de manera profunda.

—Pasaremos por aquí mañana, a la misma hora —dijeron antes de irse, y luego las vimos desaparecer entre el denso bosque con lágrimas en los ojos.

Dado que volver al campo con los bultos de los almuerzos sería peligroso, decidimos enterrarlos y, luego, temerosos de que el guardia viniera a buscarnos, llenamos rápido las cubetas con agua y volvimos de inmediato. Esta vez, yo caminé delante de Marek, sintiéndome emocionado y anhelando el día siguiente. De pronto vi a Tadek caminando hacia nosotros. No estaba seguro de cómo reaccionaría si se enterara de lo que acababa de suceder.

—Nos extraviamos un rato —dije y él aceptó mi explicación.

Luego regresamos juntos a la cocina de Stasia, quien ya estaba muy impaciente.

—Oh, nos perdimos un poco, pero ahora conocemos bien el camino —expliqué, con la esperanza de que no nos perdiera la confianza y nos prohibiera volver a ir por agua solos.

Por suerte, como los guardias preferían permanecer sentados bajo la sombra hablando, fumando o jugando cartas, no tenían demasiadas ganas de escoltarnos. Stasia dio un breve discurso sobre lo ineficientes que eran los peladores de papas, dijo que tuvo que revisar cada una para quitarles lo que llamó "ojos".

—Stasia, verá que con el tiempo irán mejorando —le dije.

En realidad quería explicarle que hasta ese momento desconocían el arte de pelar papas, pero solo atiné a hacer un comentario trivial que, por un instante, sonó parecido a la vieja aseveración nazi de que los judíos éramos flojos.

Cuando regresé al manantial, mi mente continuaba ocupada con lo que sucedió un poco antes. El hermoso rostro de Zosia hacía que los de las demás desaparecieran de mi visión. Me había conmovido su generosidad, su amabilidad y lo genuino de su preocupación. La comida que nos dejaron era irresistible: tentador pan fresco, jamón, galletas, fruta y *kiełbasa*, la típica salchicha ahumada polaca. Comimos más que suficiente cuando estuvimos en el manantial, y el resto lo escondimos en nuestros bolsillos para llevárselo a los otros. Stasia ya no necesitaba más agua, así que esperamos a que llegara el siguiente descanso.

El trabajo se detuvo a mediodía. En cuanto el capataz llevó a los prisioneros al frente de la cocina, empezaron a salir las cacerolas, las ollas y las sartenes. Los capataces, los supervisores, los técnicos y los ingenieros comieron en el comedor, y Stasia preparó sus alimentos con una reverencia particular. Cuando todos se fueron, almorzó con el señor Witczak. Yo, por mi parte, noté que mi padre se veía fatigado a pesar de que solo había pasado medio día de trabajo. Le pregunté si sus labores habían sido demasiado difíciles.

—No, no, soy fuerte. Puedo con ellas —fue lo único que contestó.

Papá estaba trabajando en el destacamento de un capataz austriaco llamado Schmerele, quien en muy poco tiempo se hizo la reputación de ser un hombre que aterrorizaba y acosaba a la gente. Exigía, por ejemplo, que cada vez que alguien levantara una pala,

esta estuviera llena. Pero mi papá, a los cuarenta y siete años y con problemas del corazón, no era la persona idónea para levantar palas con catorce kilos de tierra todo el día. Le di a mi padre una parte de los alimentos que Marek y yo trajimos del bosque sin decirle de dónde provenían, y él no me preguntó nada.

La sopa de Brodzica no olía tan mal como la bazofia del campo de trabajo y, aunque los ingredientes principales eran papas y nabos, también tenía algunos trozos de carne de caballo.

Comimos hasta la última miga y, después de comer, Marek y yo fuimos por agua de nuevo. Nuestros compañeros volvieron a su trabajo en el pantano. Más tarde, Witczak me ordenó que averiguara cuántos prisioneros tenía cada capataz en su respectivo sitio, así que solo quedó Marek libre para ir por el agua que Stasia necesitaba para lavar los platos.

En aquel tiempo, en especial en Polonia, la mayor parte del trabajo que requería remover tierra se hacía con pico y pala. Cuando pasé por el sitio de construcción, vi lo duro que trabajaban los prisioneros judíos: cavando y levantando la tierra en hebras, cargándola y subiéndola a carretillas que empujaban por cientos de metros hasta llegar a donde la depositaban para crear la base para nuevas vías ferroviarias. La mayoría de los capataces eran bastante más humanos que Schmerele. A medida que la fuerza de los prisioneros disminuía, también cambiaba su actitud. Conté a los prisioneros de esa área y quise darle mi reporte a Witczak de inmediato. Como sus cortinas estaban corridas cuando llegué, toqué a la puerta. Él solo abrió y tomó mis notas sin decirme nada. Muy pronto me di cuenta de que era un hombre que no desperdiciaba sus palabras.

Aunque la Hoch und Tiefbaugesellschaft era un asunto estrictamente alemán, quienes dirigían esta parte del proyecto eran tres polacos: Witczak, Kmiec y Basiak. Kmiec y Basiak formaban parte de la inteligencia polaca, pero Witczak no pertenecía a esa aristocracia. Kmiec y Basiak a menudo expresaban su desagrado por

la forma en que nos trataban los alemanes, pero a Witczak nunca lo escuché opinar al respecto.

El trabajo terminó a las cuatro de la tarde y los guardias trataron de enseñarnos a marchar con ritmo en el camino de vuelta a Steineck.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! ¿Qué dirá la gente cuando los vea caminando como patos tambaleándose? —nos gritaban.

Pero a nosotros, un grupo de esclavos exhaustos, nos importaba muy poco lo que la gente dijera. ¿Quién esperaría que Cantor Pinkus y otros estudiosos marcharan, si vivieron tanto tiempo en un mundo en el que caminar como patos ni siquiera existía? Ellos pasaron toda su vida estudiando el Talmud y enseñando la fuente de la riqueza espiritual. Después de un rato, los guardias se dieron cuenta de que estábamos agotados y aceptaron que marcháramos de la única manera que podíamos hacerlo.

Cuando por fin volvimos al campo de trabajo, el patio se convirtió en una colmena debido a la actividad. Todos los prisioneros estaban tratando de atender sus necesidades personales al mismo tiempo, muchos hermanos, padres e hijos habían sido asignados a grupos distintos, y realizar cambios era casi imposible. En cuanto nos vieron regresar, quienes ya estaban en el patio nos rodearon para hablar de su trabajo, y descubrimos que todos estábamos haciendo lo mismo: colocando vías de ferrocarril.

Esa noche me acosté pensando en Zosia, viendo su rostro en la oscuridad. A las cuatro de la mañana estaba tan dormido que ni siquiera el fuerte tañer de las campanas de la escuela pudo despertarme. Lo único que me hizo ponerme de pie fue la forma en que mi padre me jaloneó.

La fuerza de los prisioneros empezaba a menguar, teníamos que encontrar la manera de complementar nuestras raquíticas raciones de sustituto de café, pan de mortero y mermelada falsa. Todos conocíamos el aforismo: "La necesidad es la madre de la creatividad", también por eso aplanábamos los mangos de las

cucharas con rocas, y así teníamos cucharas y cuchillos en el mismo objeto.

Después de que nos dieron las raciones de la mañana, nuestro grupo se reunió y fue a la puerta. Ahí, Tadek, el guardia en jefe, se hizo cargo de nosotros. Apenas era nuestro segundo día de trabajo y la vida ya se había transformado en rutina. El cielo se veía amenazante, pero no llovió. El simple hecho de pensar que papá seguía trabajando bajo el mando de Schmerele me incomodaba muchísimo, tenía que sacarlo de ahí pronto.

Llegamos a las barracas de la obra en construcción poco antes de las siete de la mañana. Stasia, Witczak y sus capataces nos esperaban. Los picos, las palas y las carretillas estaban afuera del cobertizo. Después de que Tadek hizo su reporte, se les ordenó a los prisioneros seguir a sus respectivos capataces.

—Si su capataz no está presente —dijo Witczak—, vayan a su zona de obra y retomen el trabajo que dejaron pendiente ayer.

Stasia nos dejó a Marek y a mí en las barracas, y escoltó a sus tres ayudantes a donde se encontraban las papas y los cuchillos. Marek y yo nos fuimos al manantial solos, sin guardia. Apenas pasaban de las siete, era demasiado temprano para que las jóvenes estuvieran ahí. Poco antes de las nueve, cuando acabábamos de llenar nuestras cubetas por segunda vez, las oímos acercarse.

—Buenos días —dijeron con alegría al llegar al manantial.

—Buenos días —respondimos.

No hubo la misma curiosidad ni espontaneidad del día anterior, incluso hablamos del clima. Solo Zosia parecía conservar aún la fascinación inicial que sintió por nosotros. Me dio la impresión de que quería decir algo, pero fue Jadzia quien rompió el hielo.

—En la escuela tuvimos algunos estudiantes judíos —explicó. Kazia y Halina asintieron.

—Yo tuve un maestro de música que me dio clases de piano, el señor Kaplan. Creo que era medio judío, me simpatizaba mucho —

dijo Zosia—. Él y su esposa ya eran mayores cuando comenzó la guerra, no sé qué sucedió con ellos.

—Usted dijo que era casado y tenía dos niños —mencionó Kazia dirigiéndose a Marek.

—Así es. Mi hijo tiene nueve años y mi hija tres. La próxima semana es su cumpleaños —contestó mientras sacaba del bolsillo a la altura del pecho una billetera de cuero café con sus iniciales grabadas en oro.

Les mostró a las chicas una fotografía de su esposa y sus hijos y, como todo padre orgulloso, las observó sonreír mientras ellas se la pasaban para mirarla.

—Su esposa es muy atractiva. Y qué lindos niños —dijeron.

—¿Le pueden escribir? —preguntó una de ellas.

—Todavía tienen autorización para enviar cartas desde el gueto, pero a nosotros no nos las entregarían aquí —respondió Marek.

Las chicas se miraron entre sí, estaban asombradas.

—¿Qué mal puede hacer que tengan contacto con sus respectivas familias? —preguntó Kazia—. Si quisiera escribirles una carta o una postal, yo con mucho gusto la enviaría por usted —continuó.

—Es muy amable de su parte —respondió Marek en un polaco impecable.

Sus modales no eran los de un cargador de agua. Les agradeció a todas y acepto el ofrecimiento con gusto.

Yo aproveché la oportunidad y pregunté si también podría enviarles una carta a mis familiares. Halina y Zosia asintieron enseguida.

—La enviaremos con gusto —dijeron.

De pronto recordamos que no era buena idea tardar tanto; Stasia necesitaba el agua y además podrían enviar a alguien a buscarnos. Como ya pasaban de las ocho, las jóvenes también tenían que irse a trabajar. Junto a Zosia había una caja grande. “Un esfuerzo colectivo”, pensé. Ella la señaló con discreción, tratando de no avergonzarnos.

—Trajimos esto para ustedes —dijeron.

Nosotros aceptamos porque sabíamos que no se estarían privando de mucho al darnos un obsequio como ese.

—Bronek, ¿podría venir al manantial a la hora del almuerzo? Nosotras tenemos tiempo libre entre las doce y la una. ¿Podría?

—Me parece que sí —respondí sintiendo una dulce tibieza en mi interior.

"¿Estará interesada en mí?", pensé, pero un instante después se fueron, llevándose consigo su vitalidad: la vitalidad de la libertad.

Escondimos los alimentos, recogimos las cubetas y nos fuimos. Cuando regresamos, Witczak caminaba por ahí con impaciencia. Poco después me enteré, sin embargo, de que tenía el hábito de hacerlo, nunca se quedaba quieto. Parecía que siempre tenía prisa, caminaba rápido mientras hablaba con la gente que iba detrás de él. En cuanto nos acercamos, me indicó que lo siguiéramos.

—Sí, *Herr Obermeister* —respondí mientras caminaba detrás de él, pero no dijo nada.

Pasamos por el cobertizo y por el comedor de los administradores y luego entramos a una oficina donde no había nadie. Witczak señaló un escritorio junto a la ventana que daba al patio. Encima había manuales y libros sobre la supervisión de obras, estaban apoyados en la pared. De ahí sacó un libro de registro.

—A partir de ahora llevarás un control diario de la gente que traigan —ordenó—. También tendrás que registrar la hora de llegada y la cantidad de horas que trabaje cada uno. Como seguro ya sabes, nosotros le pagamos al campo de trabajo por las labores que ustedes realizan —explicó.

Era algo de lo que yo no estaba enterado. De un cajón abierto sacó una lista, al parecer era la que le había dado Tadek.

—Usa este escritorio —dijo sin dejar de moverse y luego salió del lugar.

—Sí, señor Witczak —contesté, pero ya no me escuchó; iba camino a la obra.

En el aire se percibía un sofocante aroma a savia de pino. La oficina estaba vacía excepto por tres escritorios y sillas, y por una mesa de dibujo, todos muy desgastados. Abrí la puerta y encontré a Marek esperando afuera. Me agradó el tiempo en que trabajamos juntos y que pude conocerlo mejor. A veces nos sentábamos a oír el sonido del agua que fluía del manantial y recordábamos el mágico momento en que las chicas llegaron a nosotros de forma inesperada. "¿Volveré a ver a Zosia?", pensé.

—El señor Witczak quiere que trabaje en la oficina —le dije.

Marek pareció desilusionado. Empecé a trabajar en mi nuevo empleo, pero el comentario de Witczak seguía resonando en mi cabeza: "Le pagamos al campo de trabajo por las labores que ustedes realizan". Nunca imaginé que los nazis estuvieran vendiendo el sufrimiento de la gente. Enterarme de que cobraban por nuestro trabajo me conmocionó. Abrí el registro y empecé a escribir los nombres de los capataces en orden alfabético, junto con los de los prisioneros que les habían sido asignados y con el número de horas trabajadas a diario. Algunos de los nombres en la lista eran de gente de Dobra, y eso me hizo pensar en nuestro pasado común.

Poco después llegó Stasia con cara de felicidad.

—¿Sabes? Cuando el señor Witczak dijo que necesitaba a alguien que le ayudara en la oficina, fui yo quien le sugirió que te trajera —explicó para ponerme al tanto de su influencia en el campo de trabajo—. El señor Witczak es un buen hombre. Me agradas, Bronek, y le agradas también a él aunque no lo muestre. Es solo que necesita ser cauteloso en su puesto —continuó, asegurándose de que yo comprendiera la intención de su comentario.

Le dije que entendía y le agradecí con amabilidad. Entonces llegó Tadek. Asomó la cabeza y preguntó qué hacía yo ahí. Cuando le dije que estaba trabajando para el señor Witczak, me miró con más respeto.

—Comprendo —dijo asintiendo.

Basiak llegó a la oficina y detrás de él iba Kmiec; a ambos les sorprendió encontrarme ahí. Trabajar con ellos me daría la oportunidad de conocerlos y eso me interesaba porque, aunque fuera por razones distintas, teníamos en común el odio por los alemanes. Los polacos odiaban a Alemania, esa era una realidad histórica, pero la última ocupación alemana también parecía haber renovado la antipatía. A mí ambos me parecían amigables.

Marek me esperaba a mediodía.

—A partir de ahora trabajaré con Witczak —le dije. Cuando le sugerí que buscara a alguien para remplazarme, me dijo que se las arreglaría solo.

La caja que nos regalaron las jóvenes seguía en el lugar donde la dejamos. Si quería ver a Zosia, tendría que ir en ese momento al manantial. Caminé hasta la parte de atrás de las barracas sin llamar la atención, de ahí crucé una pequeña colina; una vez detrás de ella, ya nadie podía verme desde el patio. Avancé dando grandes zancadas y, cuando llegué, Zosia estaba sentada en un tronco. Se puso de pie y estrechamos la mano.

—Lo logró —me dijo emocionada.

—¿Acaso dudó que lo haría? —respondí.

No sabíamos por dónde empezar, me miró como lo hacían otras jóvenes de mi edad en Dobra poco antes. ¿Su interés por mí sería romántico? Yo no sabía qué decir, pensé que tal vez podría decirle que me daba gusto verla.

—Es muy valiente de su parte haber venido —fue lo que terminé diciendo.

Zosia empezó a contarme sobre su vida. Vivía en Poznan. Su padre era contador y su madre ama de casa. Era hija única. Me dijo que quería obtener su *matura* cuando las escuelas volvieran a abrir, es decir, su certificado de preparatoria. Le encantaba tocar el piano, hacer jardinería, leer y ver películas estadounidenses que, para ese momento, ya no se proyectaban en los cines polacos. Yo sabía algo de cine porque, cuando estudié en Kalisz, la familia de uno de mis

amigos era propietaria del cine Apollo. Con frecuencia íbamos a recoger los carretes de película a la estación del ferrocarril y podíamos ver las películas cuantas veces quisiéramos. Zosia y yo comparamos las películas que recordábamos haber visto y hablamos de nuestros actores y actrices preferidos. Luego llegó el momento de dar fin a nuestro encuentro. Ella sabía que ya no podría verla en la mañana, pero dijimos que almorzaríamos juntos al día siguiente.

Cuando volví al campo, la mayoría de los prisioneros seguía ahí. Nadie salvo Marek supo dónde estuve. Me dijo que le parecía peligroso que fuera al bosque en ese momento.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Stasia.

Tenía algo de comer para mí, no me lo esperaba. Pero mis compañeros estaban comiendo de las cacerolas, ¿cómo podría yo consumir alimentos distintos en su presencia?

—Gracias, comeré con mis compañeros —dije.

En ese momento decliné la oferta de Stasia y le agradecí, pero luego hubo ocasiones en que acepté las sobras que me ofrecía cuando llegaba a ganarme el hambre.

Papá también se inquietó al no verme al mediodía en el patio, pero irónicamente, mi preocupación por él era mucho mayor. Noté que su fuerza disminuía con rapidez. Schmerele, su capataz, resultó ser el terrible hombre que todos decían. Yo sabía que, con el tiempo, los roles que papá y yo teníamos se intercambiarían, pero no creí que fuera a suceder tan pronto.

—¿Cómo se comporta Schmerele? —le pregunté.

—Bien —contestó—. Grita mucho, pero no me trata peor que a los demás.

—¿Qué significa eso, papá?

—A veces se enoja porque cree que no nos esforzamos lo suficiente, pero no es tan malo como parece.

Mi padre no era el tipo de persona que se quejara y, en especial, no conmigo. Era apenas su segundo día ahí, pero sus mejillas, que por lo general eran rosadas, ahora se veían moradas. Tenía los ojos

hundidos y rodeados de grandes ojeras. Además, caminaba con mucha menos vitalidad que antes. Me preocupaba mucho y decidí hacer algo al respecto, sabiendo que mi nuevo empleo me traería un poco de influencia. Aunque Kmiec y Basiak me veían como parte de su equipo, yo me sentía más en confianza con Stasia, y por eso se me ocurrió preguntarle si no le serviría la ayuda de mi padre en la cocina. Pero entonces oímos las voces de los capataces.

—¡Regresen a trabajar! —gritaron a coro.

Marek fue al manantial y yo volví a la oficina. Encontré a Basiak en la mesa de dibujo. Tenía cuarenta y tantos años, pero su piel clara y el denso cabello rubio lo hacían parecer mucho más joven. Tenía la nariz pequeña y estilizada, así como delicados rasgos eslavos que se sumaban a su atractivo. Era de disposición tranquila y eso facilitaba hablar con él. Sobre su escritorio había una pequeña fotografía de él y su esposa, Cesia, que podía ver de frente cada vez que se sentaba a trabajar. Se acababa de casar hacía poco y no tenía hijos. Me prometió que algún día me llevaría a su casa, pero eso nunca sucedió. Lo envidiaba. No veía mucha diferencia entre nosotros. "Pero entonces, ¿por qué a mí me sometían a tanta discriminación? ¿Mi cabello oscuro me hace *Unmensch*? ¿Un no humano?", pensé. Los silbatos se oyeron como siempre a las cuatro para anunciar el final de nuestra jornada. Marek se encargó de repartir los alimentos que aún quedaban en la caja que nos regalaron las jóvenes: pan y un poco de queso. En cuanto empezó a entregarlos varios se acercaron, pero todo se acabó antes de que pudieran formarse siquiera.

Era obvio que nadie sobreviviría con las raciones que nos daban, y lo que las muchachas nos daban no sería suficiente. Con el tiempo me di cuenta también de que haber recibido un puesto con algo de ventaja provocaba que otros prisioneros me rechazaran.

Ya había visto en una esquina la pequeña casa con el letrero *Piekarnia* (panadería), pero hubo un día en que me llamó la atención al regresar de la obra ferroviaria. "¿Aceptaría el panadero vendernos

algo de pan?", me pregunté. Podríamos investigar. Entonces recordé algo que me había dicho Tadek: "Entre ustedes debe de haber muchos ricos".

Diseñé un plan y quise compartirlo con Marek. En cuanto le dije que viniera más tarde a mi cuarto, notó que se trataba de algo importante y no tuve que esperar mucho.

—¿Viste la panadería cuando regresamos de la obra? —le pregunté. Me miró con curiosidad.

—Si Tadek nos permitiera entrar, camino a la obra, uno de nosotros podría preguntarle al panadero si nos vendería algo de pan.

—¿Y quién pagará por él? —preguntó Marek.

—Todos, de acuerdo con nuestras posibilidades.

—Bueno, sería maravilloso si funcionara.

—De acuerdo. En cuanto salgamos del campo de trabajo mañana, le preguntaré a Tadek.

—¿Y qué hay del resto de los guardias?

—Si Tadek lo permite, no creo que se nieguen —respondí—. ¿Podrías entrar a hablar con el panadero? —le pregunté.

Decidimos poner el plan en marcha, pero no se lo revelamos a nadie en ese momento, ni siquiera a mi padre. En el gueto tampoco nos daban mucha comida, pero ahí no teníamos que realizar el pesado trabajo que hacíamos en Steineck. Ahora realmente necesitábamos calorías para soportar las jornadas.

Después de comer la sopa por la noche, la cual me costó mucho trabajo tragar, me deslicé al interior de la litera, me tapé y me quedé dormido. Poco después las campanas anunciaron que era hora de levantarse y la caótica carrera empezó. En una hora teníamos que lavarnos, vestirnos, ir a la cocina por las raciones, comer y luego reportarnos para pasar lista antes de ir a trabajar. En el camino decidí arriesgarme. Pensé en las muchas ocasiones en que Tadek le había permitido a Marek ir solo al manantial y supuse que tenía razones para confiar en nosotros.

—Tadek, ¿permitirías que Marek entrara a la panadería unos minutos? —le pregunté, y le dije que lo compensaría.

Tadek aceptó, pero reticente.

—Asegúrate de que regrese rápido —ordenó.

El momento fue tenso hasta que Marek no volvió con dos hogazas redondas de pan debajo de los brazos, cada una del tamaño de una rueda de bicicleta. Detrás de él se percibía el aroma a pan recién horneado.

—El panadero dijo que nos venderá todo el pan que queramos —exclamó Marek triunfante—. A partir de la próxima semana, todos los días horneará veinte hogazas extra para nosotros.

Salvo por el dinero para comprar el pan, el plan iba bien. Las hogazas que llevó Marek se repartieron en trozos y los prisioneros empezaron a refunfuñar porque se terminaron de inmediato. No era suficiente, por supuesto.

—Mañana yo también iré —dijo un compañero.

De pronto me dio miedo que eso condujera al caos y diera fin a nuestro plan. Le pedí al hombre que no lo hiciera y le dije que el plan era obtener pan para todos. Además, todavía teníamos algunos días para resolver los detalles. Sabíamos que necesitaríamos apostar para sobrevivir, lo que no sabíamos era qué tan lejos podríamos llegar y cuán seguro sería continuar. Ese día fui a encontrarme con Zosia al mediodía. Nuestra conversación fue ligera y no mencionamos el campo de trabajo ni a los nazis ni la política. Para ese momento ya teníamos una relación de jóvenes un poco más normal y habíamos comenzado a tutearnos. Ella era mi heroína, me emocionaba. Le pregunté si tenía novio y me dijo que no.

Zosia se llevó la carta que le había escrito a mi familia y me prometió enviarla en la primera oportunidad. En la carta no mencioné las duras condiciones de vida en Steineck, solo le aseguré a mi madre que podía confiar en Zosia como intermediaria.

Cuando nos despedimos besé a Zosia en la frente y las mejillas. Me hacía sentir una tibieza especial, tenía ganas de verla con la

mayor frecuencia posible. Cuando volví a la construcción, todos los prisioneros ya estaban trabajando. Pasé junto a las barracas donde estaban los comedores sin ser visto. No había nadie en la oficina, pero Stasia había notado mi ausencia. En cuanto volví, me llevó un plato. Comer sobras me recordó el lugar que ahora ocupábamos en aquel peculiar desorden social, pero era difícil tener hambre y sentir orgullo al mismo tiempo.

—No permitas que los alemanes te alejen de la obra del ferrocarril, Bronek. Como sabes, algunos odian a los judíos —me dijo en tono protector.

Le encantaba desempeñar ese papel. Me di cuenta de que uno no podía ocultarle cosas por mucho tiempo y que era mejor tenerla de tu lado. Por eso decidí confiarle mi secreto.

—Stasia, conocí a una joven de la plantación y me agrada —confesé.

Entrecerró los ojos y me sonrió. Me miró a la cara, con su colorida *kupka* subida hasta la frente. Sonrió triunfante, como feliz de confirmar sus sospechas.

—Sabía que algo así estaba sucediendo. Ten cuidado, ya sabes que tienen prohibido convivir. No me refiero a ti en especial, sino a todos ustedes —dijo y se detuvo un momento a reflexionar—. A algunos polacos no les agradan los judíos porque se oponen al cristianismo. Pero yo sé, Bronek, que los primeros cristianos eran judíos y que nuestra religión la fundó un judío. Para mí siguen siendo personas, aunque no sean cristianos —explicó filosofando.

En cuanto pudo expresar lo mucho que le desagradaba la ocupación alemana, Stasia empezó a mirarme de manera distinta. Sabía que lo que a mí me impedía hablar no era solo la necesidad de ser discreto, sino también el límite de lo que podía decir un prisionero. Por eso me convertí también en su confidente y tuve acceso a muchos chismes de la empresa. Ella también guardaba secretos: estaba teniendo un romance con Witczak.

Cada día el rostro de papá se veía más delgado y cetrino; sabía que tenía que encontrar la manera de que lo transfirieran lo más pronto posible. Al día siguiente me esperaba en la oficina. Aunque todos siempre decían que me parecía a mi madre, Stasia vio de inmediato nuestro parecido. Más tarde le pregunté si no necesitaba a alguien más en la cocina.

—¿Estás pensando en tu padre?

—Sí —dije sin rodeos.

—¿Quién es su capataz?

—Trabaja para Schmerele.

—¿Schmerele? —repitió sorprendida—. Ese hombre es un impredecible hijo de puta. Todos lo son —añadió.

Stasia insistió en que seguía insatisfecha con los peladores de papas. Yo le prometí volver a hablar con nuestra gente y, para el final del día, había arreglado la situación para que papá comenzara a trabajar el lunes en la cocina.

—Y no te preocupes por el señor Witczak, yo me encargo —agregó.

Mi padre recibió las noticias con gran alegría a pesar de que, en aquel tiempo, ni lo bueno ni lo malo tenía un gran impacto en él. Mi padre poseía un tipo de dignidad peculiar, era una dignidad espiritual. Como yo era el menor de la familia, me había vuelto el centro de su vida y, dado que él era analfabeto, se enorgullecía de mi progreso académico. En aquel momento tuve la sensación de que había logrado hacer algo para ayudar a mi propio padre.

Era jueves y tenía que decirle a Tadek que queríamos recoger cosas de la panadería todos los días. Entonces empecé a escuchar rumores de que a él y a los otros guardias les agradaba un anillo que yo usaba.

—El panadero prometió hornear un poco de pan adicional para nosotros. ¿Nos permitirían recogerlo? —le pregunté a Tadek.

—Mmm —se quejó. No era ni "sí" ni "no".

Entonces me quité el anillo del dedo.

—Tadek, esto es algo que no tiene mucho sentido para mí usar aquí. Me gustaría ofrecértelo.

Tadek me miró y luego contempló el anillo.

—No tienes que hacer esto —dijo titubeante, pero al final aceptó —. Está bien, pero si atrapan a alguien, yo no sé nada.

—A esa hora todavía está oscuro, nadie se dará cuenta. Y si alguien lo hace, te garantizo que no te verás involucrado —le prometí.

Claro que no podía asegurarle nada, pero al menos así podríamos continuar con nuestro plan. Nos estábamos arriesgando, yo sabía que algo podría salir mal y sucedió, pero muchísimo después. Por el momento teníamos una fuente de alimento que necesitábamos con desesperación.

Marek reunió suficientes eslotis para pagar el pan de la semana. Pensé que reunir dinero para las siguientes compras no sería tan difícil. En Steineck sucedieron muchas cosas en solo siete días.

# 7

# Zosia

ZOSIA Y YO NOS REUNÍAMOS TODOS LOS DÍAS. Se convirtió en más que una "conocida" mía, pues la atracción entre nosotros era real y ambos lo sabíamos. Un día noté que olía a flores exóticas; también su ropa. Se acercó a mí con esa característica modestia suya y con su denso cabello castaño que la tibia brisa hacía ondear alrededor de su rostro. Su piel satinada brillaba al contacto con la luz. Su delicada sonrisa tenía una expresión sexual. La atraje hacia mí y ella rodeó mi cintura con sus brazos. La abracé y acaricié su rostro con suavidad. Nuestros labios se tocaron. El aroma de su piel y la suavidad de sus labios hicieron que mi corazón palpitara a toda velocidad. De pronto sentí que lo que me guiaba era mi sexualidad. Nos besamos, nos separamos y nos volvimos a besar. Yo la deseaba y ella a mí. Nos sentamos en un tronco cubierto de musgo y nos miramos sabiendo que nuestra relación tenía que llegar a su clímax, pero no en ese lugar ni en ese momento. Despedirme de ella ese día fue bastante difícil. Antes de irse, dijo con timidez que el lunes tal vez podríamos reunirnos en un lugar más cercano a la plantación. Nos besamos abrazándonos con pasión descontrolada. Para un joven judío, prisionero en un campo de trabajos forzados, la sensación de ser amado y amar un día de primavera era invaluable.

Recordé que cuando era estudiante en el gimnasio judío en Kalisz, mi primo Josek, diez años mayor que yo, quería que yo

experimentara el sexo. La prostituta era una joven muy atractiva. Recuerdo que me sentía fascinado por su oficio, pero también me apenaba que tuviera que vender su cuerpo para conseguir dinero. Todo el tiempo que pasé con ella traté de reformarla y al final me fui sin tocarla.

Cuando volví a la oficina, Stasia me miró con los ojos entrecerrados. Tenía curiosidad. No pasó mucho antes de que le confesara que había estado con Zosia.

—Ten cuidado, Bronek —me recordó en su tono maternal.

Cuando volvimos al campo de trabajo tras nuestra primera semana laboral, nos dijeron que había llegado el *Kommandant* del lugar. Entré al corredor y lo vi saliendo del dispensario con un policía trotando detrás de él. Medía casi dos metros y tendría unos cuarenta y cinco años. También tenía sobrepeso y su cuadrada mandíbula lo hacía verse muy tosco. A su sobresaliente panza la cubría un uniforme negro de las ss hecho a la medida, y de su cinturón de cuero colgaba una funda con una pistola de punta chata. Al uniforme lo completaban unos pantalones de montar y botas relucientes. En su gorra de las ss se veía que su rango en la específica jerarquía nazi era *Scharfürer*, es decir, líder de grupo. Irónicamente, su apellido era Krusche, como el de aquel infame dentista de Dobra. Tenía una mirada fría y distante. Desde los primeros días hizo nuevas asignaciones y nombró a los *Stubenältester*: los encargados de cada cuarto. Finalmente, con la arrogancia típica de los oficiales de las ss, hizo énfasis en que debíamos obedecer.

Ahora realmente no quedaba duda de quién dirigía el campo de trabajo. A partir de ese momento nos empezaron a entregar, una vez por semana, ropa interior gris con rayas azules y un fuerte olor a desinfectante. El sábado por la tarde llegó Krusche a nuestro cuarto para inspeccionar a su grupo. Lo seguía el policía encargado del lugar. Ese año, la primavera fue más cálida que de costumbre y cerca de las vallas aparecieron claros de hierba verde. Un día, un

pájaro pasó volando entre las líneas de alambre de púas, agitó las alas y cayó al suelo. Trató de levantarse, pero no lo logró.

—¿Será un presagio? —me pregunté en voz alta, y eso dio inicio a un debate.

—¿Por qué siempre somos los chivos expiatorios? —exclamó alguien.

—Sobreviviremos a esto como siempre lo hemos hecho. Sobreviviremos al mal, a Amulek, al diablo —dijo el rabino Moishe, que estaba sentado a su lado—. Con el tiempo la gente tendrá que empezar a vivir de acuerdo con la Ley de Dios.

—¿Dios en verdad creía que los hombres vivirían de acuerdo con sus leyes? —preguntó otro.

—Sí —dijo el rabino y luego recitó—: "Haré de ti una gran nación y te bendeciré. Y maldeciré a quienes te maldigan".

—¿Por qué nos sacaron de nuestra tierra y nos dispersaron por el mundo? ¿Por qué nos convierten en esclavos despreciables? ¿Por qué somos el punto central del odio en todas las épocas? —interrumpió otro prisionero.

—Perder la fe y la capacidad de creer en Dios contradice nuestros principios, contradice nuestra *Halajá* —respondió con calma y dignidad el rabino Moishe.

Estaba tan convencido de lo que decía que le costaba trabajo escuchar a los otros.

—Creer en Dios es nuestra esperanza, también es nuestra única salvación —dijo el rabino para dar fin a la discusión.

Pero mi convicción no era tan rotunda como la suya.

—Las guerras no duran para siempre. En cuanto esta termine, todos celebraremos la victoria sobre este amulek —señaló papá.

Nadie mencionó la posibilidad de resistirnos, todos parecíamos resignados a lo que nos deparara el destino.

En ese tiempo encontramos el eufemismo que usábamos para referirnos a los robos sencillos que nos mantenían con vida: *organizar*. Para continuar teníamos que encontrar la manera de

complementar nuestras escasas raciones y eso implicaba actividades peligrosas, ponernos a prueba y ver cuán lejos nos atreveríamos a llegar. En la semana, mi grupo esperaba con ansia el pan fresco que comprábamos en la panadería. Algunos curiosos se acercaban a las vallas los domingos. La mayoría de los visitantes sintieron empatía al principio, pero la novedad se acabó a medida que se multiplicaron los distintos campos.

Con base en las noticias que llegaban a filtrarse en el campo de trabajo, no parecía posible que la guerra terminara pronto. Teníamos que separar lo probable de lo deseable. Era fácil ver algunas mentiras, pero solo podíamos especular respecto a otras. Nos enteramos de los éxitos rotundos de Alemania, sabíamos que Europa estaba a merced de Hitler. La simple mención de su nombre hacía temblar a los países. Sus éxitos más recientes habían sucedido en el Norte de África. También era común escuchar que los nazis invadirían Rusia, y la esperanza de que los otros países europeos los detuvieran era mínima. Nos parecía que solo Estados Unidos podría darles un golpe decisivo, pero no creíamos que eso fuera a suceder en verdad. La libertad se veía muy lejana.

Esa noche soñé que estaba con Zosia en un parque extraño. Íbamos caminando por ahí y todo parecía tener vida. Ella rodeaba mi cintura con su brazo y apoyaba la cabeza en mi hombro.

El lunes, después de un deprimente inicio, el cielo se aclaró y nos enfrentamos a otro día cálido. A diferencia del primer fin de semana, esta vez no sucedió nada en especial. Marek me dijo que había reunido suficiente dinero para comprar el pan de toda una semana. Cuando nos acercamos a la panadería, él y otros tres prisioneros corrieron para adelantarse.

—Tengan cuidado. Si ven a alguien con uniforme, solo dejen los sacos en el campo —les advertí, y los vimos entrar a la panadería.

Todo salió bien. El olor a hogaza recién horneada era irresistible. Esa mañana, el pasaje del pan por la fila se vivió con dramatismo. Algunos lo cortaban con cuchillos improvisados y otros solo lo

partían en trozos con las manos. El pan fresco era mi alimento favorito, me recordaba los domingos por la mañana en casa, cuando mamá servía pastel o *challah*, el pan *brioche* judío, para el desayuno, y yo lo intercambiaba con los niños del vecindario por pan común.

No me costó trabajo encontrar el nuevo lugar de reunión que Zosia propuso para vernos al mediodía. Me quedaba a la misma distancia que el manantial y, además, ahí sería más difícil que me descubrieran porque era un área apartada y hundida. De un lado nos flanqueaban altos árboles de pícea y del otro espigas de trigo que se balanceaban de un lado al otro. Hablamos un poco de mi vida en Dobra.

Al día siguiente llegué temprano y vi a Zosia aparecer con su elegancia de costumbre. Llevaba la *krakowianka*, el vestido con encaje y bordado a mano, típico de la cultura de Cracovia. La llamativa falda acentuaba su delgada cintura, la blusa blanca estaba cosida con hilos de seda de brillantes colores. Sus pequeños senos color durazno sobresalían un poco del escote cuadrado y sus deslumbrantes ojos irradiaban una belleza profundamente polaca. El sol bañó su rostro y a mí me embargó el deseo. Cuando tomé su mano, la sentí temblar. Caminamos hacia el campo de trigo y, finalmente, sucumbimos a nuestra piel. Rodeé su cintura con mis manos y ella se inclinó un poco hacia mí. Cuando la hice descender lento hacia el suelo, vi la expectativa en su mirada. La idea de hacer el amor me electrizaba. El corazón y la sangre me palpitaban en las sienes. Empezamos a besarnos y luego nos detuvimos, pero nuestros labios no soportaron la separación. Si acaso es posible morir de pasión, estuve cerca de hacerlo. Sus senos se inflamaron y comenzaron a ascender y descender con rapidez.

—Oh, Bronek —repitió cuando me introduje en ella con vigor.

Sentir su cuerpo exacerbó mis sensaciones, me sentí en el paraíso. Eran emociones desconocidas para mí hasta entonces, el éxtasis me hizo llorar y a eso le siguió una agradable sensación de

agotamiento. Levanté la vista y, al ver el resplandor del cielo, comprendí la riqueza que le había infundido aquella mujer a mi cuestionable existencia.

—Te amo, Zosia —dije por primera vez. Ella me miró y me besó con dulzura, entonces supe que también me amaba. Sin embargo, ambos teníamos que volver a nuestros respectivos trabajos: ella a la plantación y yo a la oficina.

Camino a la sede de la obra me di cuenta de lo riesgosa que se había tornado aquella relación y los peligros que implicaba. Según la teoría nazi, el sexo entre diferentes razas era el mayor pecado. Si llegaban a descubrirnos, a ambos nos costaría la vida. A pesar de todo, sabía que, después de lo sucedido, no podríamos volver a ser solo amigos. Ambos deseábamos algo más y eso hacía que enlazar nuestras vidas fuera un asunto amoroso demasiado aventurado. Más me valdría guardar el secreto de lo que acababa de pasar.

Tras convertirse en nuestra intermediaria postal, Zosia recibió un paquete de mi madre, el cual me entregó lo más pronto posible. Papá y yo sabíamos que, lo que fuera que nos hubieran enviado mamá y Pola, era algo que no les sobraba. En nuestra siguiente carta les pedimos no enviar raciones y no preocuparse por nosotros. Entre nuestras porciones del pan de la panadería, los regalos de Zosia y las sobras ocasionales que nos daba Stasia, ni papá ni yo sufríamos de hambre. El trabajo en la cocina era más adecuado para la fuerza que él tenía y, además, me permitía cuidarlo de cerca.

Cuando caminábamos a la obra y de vuelta al campo de trabajo, notamos que muchos vehículos y tanques alemanes blindados se dirigían al este. No pasó mucho antes de que nos enteráramos de la invasión nazi a la Unión Soviética. Por algún tiempo la noticia nos reanimó, pues teníamos la esperanza de que los soviéticos dieran fin al apetito de dominación mundial de los alemanes. Para mantener en movimiento la maquinaria bélica alemana y su guerra relámpago contra su antiguo amigo y aliado, los nazis nos obligaron a trabajar con más vigor. Querían que termináramos de construir las vías del

ferrocarril que iban al este. Mientras tanto, ellos seguían anotándose una victoria tras otra. Aunque casi todos creíamos que los soviéticos vencerían, los nazis se apoderaron de buena parte de Rusia en el primer asalto.

Los campos de centeno y trigo por los que pasábamos en nuestras marchas diarias parecían mecerse, debido a que los tallos, doblados por el peso de los granos, se arqueaban. Uno de los campos de papas adquirió un tono verde exuberante. En los bordes de los riachuelos y las ciénagas había miles de iris y caléndulas. Las ranas croaban sobre verdes algas. Así llegó nuestro sexto domingo en Steineck. Antes del mediodía, un niño vino corriendo a mí, casi sin aliento, y miró alrededor para asegurarse de que nadie lo oyera.

—Alguien en la valla te busca —susurró y lo seguí. En cuanto nos acercamos al lugar, olvidó ser cauteloso—. ¡Ahí! —señaló—. La chica y el hombre preguntaron por ti.

Cuando me acerqué, vi a un hombre mayor y a Zosia parada a su lado. A través del encaje rosa de su blusa vi brillar su piel. Tenía una falda rosa. Mis compañeros parecían tener curiosidad de quién sería. Era obvio que ella no sabía que visitar a un prisionero en Steineck estaba *verboten*, prohibido.

—Mi padre quería conocerte —explicó Zosia y el hombre asintió.

—Mi hija me ha hablado mucho de usted —dijo mirándome a través de los cuadros que formaban las líneas de alambre de púas de la valla. Sonaba amigable, se veía conmovido.

—Zosia —musité en tono de disculpa, casi grosero—. Olvidé decirte que no nos permiten tener visitantes. Si nos llegara a ver un guardia, tendríamos muchos problemas.

No estaba seguro de qué sabría su padre sobre nosotros, pero el hecho de que estuviera ahí significaba que aprobaba que Zosia me ayudara. Aunque corría el riesgo de sonar malagradecido, no dije nada más. Mientras me miraban, recordé una visita al zoológico, pero ahora era yo quien estaba del otro lado de la valla.

—Tengo una carta para ti —dijo Zosia. Entonces vi la carta y el paquete que llevaba bajo el brazo.

Los guardias no nos habían visto hasta ese momento, solo dijimos algunas palabras más, pero era obvio que el señor Zasina sintió que algo no andaba bien.

—Deberíamos irnos, Zosia.

Debajo de la valla había espacio suficiente para deslizar la carta y el paquete. Zosia me pasó ambos, luego se despidieron en voz baja y se fueron. Al verlos alejarse, me preocupó lo que pensarían mis devotos compañeros judíos al verme en compañía de una *shiksa*, una mujer no judía. Después de eso, volví con la carta y el paquete a nuestro cuarto para reunirme con mi padre.

Papá leyó varias veces la carta de mamá. Eran malas noticias. Él, el eterno optimista, ahora estaba en verdad preocupado por el acoso y la brutalidad que se habían propagado en el gueto. A pesar de todo, el hecho de recibir una carta de casa nos recordó que, aun separados, seguíamos siendo una familia.

El sol salía más temprano cada día y, poco después, tuvimos el día más largo del año. Despertábamos y los zapatos comenzaban a retumbar en el piso, éramos más de mil prisioneros que nos apresurábamos a afeitarnos, lavarnos y prepararnos para ir a trabajar. Luego seguían las interminables horas formados para recibir nuestras raciones y para el *Zahlappell*, el importantísimo acto de pasar lista al que nadie se atrevía a faltar jamás.

Camino a la obra vimos que las intensas lluvias de la noche habían abatido a las jóvenes ramas de los sauces, que ahora se columpiaban con el suave viento como si estuvieran ebrias. En los enormes árboles de acacia ahora florecían brotes del tamaño de globos. La frescura de la lluvia y la tibieza del aire entibiado por el sol parecían exprimirles un perfume abundante. Y aunque nos habían visto ir y venir por semanas, los perros de las granjas aún nos ladraban cuando pasábamos.

Cada vez nos resultaba más difícil comprar pan. El panadero aumentaba los precios de forma continua y se había vuelto casi imposible reunir el dinero para pagar. Además, ahora los guardias también querían su tajada. Pero no importaba, teníamos que seguir ayudándonos los unos a los otros.

La siguiente vez que me reuní con Zosia le expliqué mi extraño comportamiento del domingo. De pronto noté que algo subía por mi manga, era un piojo. Lo sacudí con la esperanza de que ella no lo hubiera visto, le pedí que me disculpara un momento y fui a revisar mi ropa. Había más. Recordé que una vez mi abuelo me dijo que él se vio en un predicamento similar en una trinchera, cuando participó en la Primera Guerra Mundial. Me dijo que él y los otros habían enterrado su ropa en la tierra y que solo dejaron un trozo visible. Se suponía que, al no tener oxígeno, los bichos se arrastrarían hacia afuera y se quedarían en solo esa parte de la tela, de la que luego sería muy fácil retirarlos. Lo intenté, pero no funcionó. Como estaba muy consciente de lo que significaban esas terribles plagas, de pronto sentí que tenía piojos en todo el cuerpo. Me dio miedo que Witczak, Basiak o Kmiec notaran la plaga y ya no me dejaran trabajar en la oficina. La espantosa conciencia de mí mismo me impidió comer esa noche. La sopa de nabo sabía tan asquerosa que juré no volver a comer nabos jamás si sobrevivía. Esos salones de escuela que usábamos como cuartos no fueron construidos para albergar a ocho personas. Cuando hacía calor por la noche, el hedor de nuestros cuerpos era abrumador. Sin importar cuánto me forzara a dormir, los bichos no me lo permitían. Esta parecía una nueva forma de la crueldad nazi, algo que parecía confirmar la idea de que "los judíos son una plaga social". A veces me daba la impresión de que todo era una pesadilla, y pensaba que algún día despertaría y todo sería como antes.

El día siguiente, por la noche, vi a mi padre levantando piojos de nuestras cobijas. Yo creía que la mejor manera de deshacerse de ellos era con naftalina, así que fui al dispensario para pedir un poco.

Era la primera vez que visitaba el lugar. Era espacioso, había un gabinete, dos sillas, una mesa común, una mesa de trabajo y un banco. En el gabinete de vidrio había aspirinas, vendas y algunas botellas con yodo y sustancias similares. Goldstein, el asistente de primeros auxilios, tenía los mismos remedios para todos los males: aspirina y las amargas gotas Baldrian. Cuando le pregunté si tenía naftalina para deshacernos de las moscas y los piojos, se rio.

—No tenemos naftalina —dijo—, e incluso si tuviéramos no podríamos deshacernos de los bichos. Todos los cuartos están infestados.

Goldstein sabía que yo había estudiado odontología antes de la guerra. Unos días después, el sábado por la tarde, fue a buscarme.

—¿Podrías ayudar a un prisionero que tiene dolor de muelas? —me preguntó.

Lo seguí hasta el dispensario. El hombre tenía unos treinta y cinco años, llevaba un pañuelo atado alrededor de la mejilla derecha, y la tenía muy inflamada. En el gabinete de Goldstein no había nada que pudiera usar para ayudarlo, entonces pensé en la caja de herramientas que aún tenía debajo de mi almohada. Fui por ella y, cuando regresé, examiné su boca. Vi una fístula junto a su segundo molar superior. Desinfecté el escalpelo con una llama y corté la fístula para drenar la pus. Mi primera operación fue un éxito y Goldstein empezó a llamarme con regularidad a partir de entonces. En ese entonces, a la mayoría de los prisioneros le sangraban las encías debido a la falta de vitaminas, en especial la C. Lo único que podía yo hacer era untar yodo en ellas para brindarles alivio temporal, pero con el tiempo de todas formas me empezaron a llamar "el dentista".

Llegó el día en que tuve que intentar extraer una muela. Hice un gesto de dolor cuando me enfrenté a la idea de extraerla en verdad, pero no había nadie más para hacerlo. No había novocaína, pero no tenía opción. Estaba temblando, me temblaban sobre todo las manos. El sudor me corría por la frente y me empañó la vista. Tuve

secar mis párpados de forma constante. Cuando sujeté la muela con un fórceps en ángulo, Goldstein apretó la cabeza del prisionero para mantenerla firme, pero de cualquier forma el molar se rompió y se desmoronó, y las tres raíces quedaron insertadas en la encía. Aún con las manos temblorosas, volví a meter el fórceps y traté de sacar cada raíz por separado usando palancas. El pobre hombre se encogió de dolor y gritó, pero aguantó y me permitió seguir trabajando. Tras media hora de tortura logré extraerle dos de las tres raíces. Para ese momento ambos estábamos exhaustos. Por suerte, sus encías sanaron y el resto de la muela no lo molestó más. Extraer un molar podrido sin novocaína me dio confianza para futuras experiencias. Sabía que podría volver a hacerlo a pesar de lo rudimentario de mis habilidades y de no contar con anestesia.

En los cuartos, los bichos ahora se reproducían más rápido de lo que podíamos matarlos. Mi mayor preocupación era que me los vieran las personas que trabajaban en la oficina. Cuando me mordían, solo me rascaba discretamente sobre la ropa, pero eso hacía que me diera más comezón y dolor. A veces no soportaba y tenía que irme de la oficina. Un día los vi arrastrándose en mi manga. Kmiec estaba a mi lado. Contuve el aliento temiendo que los hubiera notado, salí a un lugar solitario y ahí intenté de nuevo la técnica que me había descrito mi abuelo. Me desvestí, enterré la ropa y esperé. La piel se me veía como si me hubieran enterrado mil agujas. Tenía puñados de piojos en las axilas y en la entrepierna. Esperé igual que la primera vez, pero el método no me funcionó. Tal vez no era el mismo tipo de piojos. No eran piojos de la Primera Guerra Mundial. Estos eran casi inmunes, solo se les podía matar aplastándolos con una uña muy dura. Maté todos los que me dio tiempo y volví a la oficina. Seguir aplastándolos era inútil porque sabía que volverían a infestarme al regresar al campo de trabajo.

Para evitar la vergüenza, empecé a ver a Zosia con menos frecuencia. Un día insistió en saber por qué y se lo expliqué. Incluso le dije que tal vez debería dejar de verme.

—Bronek —me interrumpió—. Esto no va a cambiar nuestra relación —dijo y continuó yendo a verme como hasta entonces.

Los bichos estaban decididos a prevalecer. Entre más mataba, más rápido se reproducían; ahora incluso cambiaban de color. Cuando estaban en las cobijas eran grises y cuando estaban en nosotros adoptaban el color de nuestra piel. Sacudirlos de nuestra ropa solo liberaba espacio para nuevas colonias. Un día, sumidos en la desesperación, quemamos toda la paja que había en nuestras almohadas y en las tarimas, y dormimos sobre las placas de madera descubiertas. Los compatriotas de Heine, Kant y Goethe nos estaban degradando a una vida en pozos de piojos. Después de tantos años que han pasado, este recuerdo aún me produce escalofríos.

Una noche de luna llena en que hacía un calor insoportable, noté que mi padre no estaba en su litera. Esperé un poco y, como no regresaba, fui a buscarlo. No estaba en el baño ni en el patio. Volví al cuarto con la esperanza de que ya hubiera regresado, pero me asusté al ver que no era así. Esto era raro en papá. Volví al edificio de servicios y lo vi sentado al fondo, mirando hacia la reja. Estar ahí en la noche era muy peligroso. Caminé al abrigo de la sombra del edificio para que no me vieran los guardias.

—Papá, ¿eres tú? —pregunté susurrando. Papá se levantó al oírme—. ¿Qué haces acá, papá? A esta hora es muy arriesgado estar aquí. ¿Sucede algo malo?

—Oh, es que no podía dormir —dijo mientras caminábamos de vuelta a nuestra barraca. Cuando estuvimos en el cuarto, vi que tenía los ojos enrojecidos y supe que había estado llorando. De pronto me di cuenta de lo vacua que sonaba mi pregunta. Claro que sucedía algo malo. Sucedían muchas cosas malas. Para empezar, estaba mal que nos encontráramos ahí, que nos hubieran convertido en esclavos y ¡muchas cosas más! Nunca pude averiguar por qué mi padre salió esa noche y se sentó a llorar bajo la luz de la luna. Los judíos de su generación creían que estaban a merced de su destino, que no tenían ni derechos ni capacidad de cambiar. A mí me

entristecía mucho ver a aquel hombre, que alguna vez se sintió tan orgulloso, limpiando pisos, pelando papas y lavando trastes.

Los judíos no éramos los únicos que odiábamos a los nazis. Un día, cuando entré a la oficina, vi a Basiak parado junto a la ventana.

—Esos bastardos —susurró—. Se llevaron a mi hermana para que trabajara con ellos como esclava en Alemania.

Para ese momento, Tadek ya tenía mi anillo y necesitábamos seguirles pagando a los otros guardias para darle continuidad a nuestro proyecto de compra de pan. Casi todos habíamos encontrado la manera de comunicarnos con nuestras respectivas familias y las noticias del gueto no eran nada alentadoras. En cada carta se mencionaba a una nueva víctima. Con la ayuda de Zosia y las sobras de Stasia, Steineck seguía siendo soportable para mi padre y para mí, pero un incidente cambió nuestra vida.

# 8

# Krusche

EL CLIMA CÁLIDO HABÍA TERMINADO A FINALES DE AGOSTO. Un día, cuando regresamos al campo de trabajo, Chaim me miró incómodo.

—Krusche quiere verte en el dispensario.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Para qué me quiere?

—Solo quiere verte —respondió.

Se veía intranquilo, yo estaba seguro de que me ocultaba algo. Krusche no llamaba a nadie sin razón. Chaim sabía más.

—¿Para qué me quiere? —insistí asustado.

Entonces Chaim miró alrededor y susurró que Krusche se había enterado de nuestro sistema para comprar pan. Pensé en el predicamento en que me encontraba y el miedo me causó escalofríos

—¿Quién le dijo? ¿Cómo se enteró? —le pregunté con inquietud.

—Creo que fue alguien de tu grupo.

¿Uno de nosotros? ¿Por qué? Yo no podía creerlo.

—Me parece que fue Baran —masculló.

Me quedé azorado. ¿Feivel Baran? ¿El respetado miembro de una de las familias más sobresalientes de Dobra? ¿El estudioso de la aclamada *yeshivá* para rabinos? Me resultaba increíble que Baran hubiera delatado a sus compañeros prisioneros, pero Krusche estaba esperando, así que Chaim me instó a ir con él.

Cuando entramos al dispensario, el vulgar alemán se levantó con las piernas separadas y el látigo en la mano. Cheetah, su feroz pastor alemán, estaba a su lado. El rostro de Krusche y sus apretados labios nunca habían sido agradables, pero esta vez, además, desbordaban violencia.

—*Herr Lagerführer*. Bronek Jakubowicz se reporta con obediencia como se le ordenó —dije para anunciarme.

Me esperaba lo peor. Me atravesó con su inclemente mirada y me hizo sentir que estaba frente a un tribunal de un solo juez. Entonces comprendí que tenía buenas razones para estar asustado.

Ató a Cheetah a la silla sin dejar de mirarme fijamente y luego se acercó a centímetros de mi cara. Olí su asqueroso aliento y sentí su implacable ira.

—*Du Schweinehund* —gritó en su gutural alemán—. ¿Quién fue el guardia que te permitió ir a la panadería a comprar pan? ¿Quién fue?

Me encogí de miedo. Tenía que reunir el valor suficiente para mentir porque sabía que no podía delatar a Tadek.

—*Herr Lagerführer*, no compramos pan, la gente lo dejó en el camino para que nosotros lo recogiéramos —respondí tartamudeando.

Krusche estaba convencido de que mentía. Su voz aumentó de volumen y se tornó amenazante. Me di cuenta de que lo que más le interesaba era el guardia que nos permitió separarnos del grupo.

—Malditos judíos, lo único que saben es mentir. Sé que compraron pan. ¿Quién les permitió ir a la panadería? —dijo mientras me abofeteaba con sus manos enguantadas—. ¡Dime quién te dejó ir!

Estaba furioso, me di cuenta de que era demasiado tarde para admitir que sí había comprado pan. El corazón me palpitaba con fuerza, empecé a sudar frío por la espalda. Le había dado a Tadek mi palabra de que no lo delataría y ahora tenía que cumplir. "Además, nada de lo que diga ahora importa", pensé. Krusche me

castigaría de todas maneras. Me mordí los labios, enterré las uñas en mis propias palmas de las manos hasta herirme y volví a mentir.

—*Herr Lagerführer*, el único pan que tomamos fue el que la gente dejó para nosotros en el camino.

Pero nada lo disuadiría. Volvió a hablarme con violencia. En ese momento estuve seguro de que me mataría. Me atacó con furia, me abofeteó las dos mejillas con sus manos enguantadas y mi cabeza osciló como pelota de ping-pong. Cheetah ladró, el hocico empezó a espumarle. Trató de acercarse y agarrarme. Tuve suerte de que Chaim lo contuviera, de otra forma me habría desgarrado. Mi valor comenzaba a menguar, pero no dejaba de repetirme: "No cedas". De pronto me pareció que mi persistente mentira comenzaba a obsesionar a Krusche: le vi más ganas de castigarme que de averiguar la verdad. La sangre que me salió de la boca y la nariz salpicó en mi ropa y el suelo. Sentí espasmos en el estómago. "¿Algún día terminará esto?", me pregunté.

Krusche levantó su látigo de alambre cubierto con cuero y se lo entregó a Chaim. La verdadera tortura estaba a punto de comenzar. Me ordenó inclinarme sobre una silla y bajarme los pantalones. Luego le ordenó a Chaim darme veinticinco azotes en el trasero desnudo. Sabía que Chaim quería con desesperación no tener que hacerlo, pero no tenía opción. El látigo pegó con fuerza, pero no lo suficiente para el agrado de Krusche, así que lo tomó él mismo y me dio tres azotes lentos y deliberados en las nalgas.

—Así es como se hace —le dijo a Chaim y lo obligó a empezar de nuevo. Y, esta vez, a quien le ordenó contar fue a mí.

Uno, dos, tres*…* sentí cada vez que el látigo se elevaba y solo podía apretar los dientes hasta que lo sentía caer.

—Uno a la vez —le dijo Krusche a Chaim—. Lento: deja que sufra.

El tiempo de espera que pasaba entre un latigazo y el siguiente duplicaron mi dolor. Me mordí los labios hasta que sangraron, pero el

castigo continuó, parecía infinito. El último número que recuerdo haber contado fue el quince.

—Más lento. Más fuerte —gritó Krusche.

En ese momento sentí que la vida me abandonaba. No recuerdo nada más.

Para cuando me di cuenta de que seguía vivo, me encontraba en el suelo del corredor, apenas consciente. Tenía las manos en el vientre y me doblaba de dolor. Vi a papá y a otros prisioneros inclinados sobre mí, observándome. Me sentía adormecido. Poco a poco fui recuperando la conciencia y recordé lo que sucedió. Papá y los otros trataron de ayudarme a ponerme de pie. Lo hice tambaleándome. Me salía sangre de la boca y la nariz. Papá me ordenó echar la cabeza hacia atrás hasta que terminara el sangrado. Sentí que compartía toda mi angustia. Cuando me llevaron al baño, vi las marcas de las manos de Krusche en mi rostro. Debido a lo golpeado que tenía el trasero, tuve que caminar con las piernas separadas y tratando de que la ropa no me rozara la piel. No obstante, el dolor más persistente y lacerante lo sentía en el estómago.

Regresé al cuarto y me metí en mi litera. Me quedé pensando en si en verdad existiría Dios, como me habían enseñado a creer. Me obsesioné con esta pregunta. Pensé en Feivel, algo debió haberle pasado, ¿cómo pudo delatar a sus hermanos si era prisionero también? ¿Querría congraciarse con Krusche? Esta y otras preguntas no dejaban de darme vueltas en la cabeza.

Era la primera vez que Krusche castigaba a alguien de una manera tan brutal. La noche pasó y el palpitar en mi estómago no cesó. Entonces me pregunté si tendría que vivir con ese dolor a partir de entonces. La verdad es que no cesó esa noche. No lo ha hecho desde entonces.

Los rayos del amanecer lograron atravesar la mugre de nuestras ventanas y mancharon de colores el piso. Cuando sonaron las campanas, yo ya estaba en el baño, limpiándome la cara y

mojándome el trasero con agua fría. Mientras mi grupo se reunía, vi a Krusche hablando con Chaim. Era el policía en que más confiaba y casi todas las órdenes que tenían que ver con nosotros se las daba a él. Vi a Chaim dirigirse a la entrada y llamar al guarda principal: Tadek. Regresaron juntos y se detuvieron frente a Krusche. Tadek lo saludó de la manera tradicional.

—*Heil* Hitler.

—¡Este es un cerdo judío! —le gritó Krusche a Tadek señalándome—. ¿Sabías que ha estado separándose del grupo para comprar pan?

Me pregunté cómo respondería Tadek.

—No, no sabía nada al respecto, *Herr Hauptscharführer* —respondió.

Krusche no lo interrogó más. Mi desobediencia era mucho más importante.

—Tendrá que ser remplazado como líder del grupo de inmediato —dijo señalándome de nuevo.

—*Jawohl* —respondió Tadek de inmediato.

—Uno de estos días lo voy a colgar —dijo Krusche y todos se quedaron callados—. ¿Alguien en este grupo habla alemán? —preguntó.

Al principio no respondió nadie, pero cuando Chaim repitió la pregunta, Chaskel, su sobrino, levantó el brazo y dio un paso al frente. Yo lo conocía bien, apenas y hablaba polaco, y su alemán era en realidad un pésimo yidis. Chaskel ocupó mi lugar y yo fui a formarme junto a mi padre. Luego Krusche le ordenó a Tadek que le dijera al capataz que me pusiera a trabajar en las labores más difíciles para que muriera.

—*Jawohl* —repitió Tadek.

Naturalmente, Krusche sabía que yo trabajaba en la oficina. Cuando por fin nos fuimos, apretó los dientes. Cuatrocientos pares de pies pasaron retumbando por la puerta y una hilera de hombres salió del lugar. Me costó trabajo mantener el paso porque tenía que

caminar con las piernas separadas. Comprar pan en la panadería era asunto muerto.

La amenaza de Krusche me aterraba. Sabía que podría colgarme en cualquier momento. Los nazis tenían la política de usar los ahorcamientos para poner el ejemplo, para advertir a los otros. En Dobra colgaron a mi amigo Szymon con ese propósito. Salí del campo de trabajo sintiéndome desalentado, deshonrado y temeroso.

Más tarde, Chaskel vino a verme para disculparse. Me dijo que "lo lamentaba". Después de todo, alguien tenía que ocupar mi lugar. Dijo también que esperaba que no le guardara resentimiento. Yo sabía que mi vida en Steinbeck había sido fácil hasta cierto punto, pero ahora llegaba a su fin. ¿Qué me deparaba el futuro? ¿Qué me sucedería en Brodzica?

Cuando llegamos a la sede de la obra, Tadek le contó a Witczak lo que había sucedido. En cuanto Stasia notó que tenían una conversación peculiar, abrió la puerta de la cocina para escuchar. Tadek, que seguía órdenes, le dijo a Witczak que debía enviarme a hacer el trabajo más arduo en la obra, y yo empecé a agonizar con solo escucharlo.

—De acuerdo —dijo Witczak y se encogió de hombros—. Toma a tus hombres y vamos a trabajar.

Yo no estaba seguro de qué hacer, no creí tener autorización de volver a la oficina bajo esas circunstancias, pero cuando me dirigí al cobertizo, Witczak me gritó y me dijo que volviera. Me indicó que fuera a la oficina y que hiciera el trabajo que había estado realizando hasta entonces. Tadek le volvió a recordar las órdenes del *Kommandant*.

—Sí, sí —respondió Witczak—, ya sé —agregó, y se fue antes de que Tadek pudiera seguir argumentando.

Yo sabía que a Witczak no le gustaba que le dijeran qué hacer, pero en mi opinión, desafiar a un oficial de las ss lo ponía en una categoría muy distinta como hombre. Por otra parte, temí que el hecho de que se negara a obedecer sus órdenes encolerizara a

Krusche aún más. Eso me recordó lo común que era que, cuando dos personas reñían, los testigos terminaran pagando los platos rotos. Aunque odiaban a los alemanes, los tres polacos dirigían el proyecto como si fuera suyo, pero seguro sabían que su diligencia ayudaba a los nazis. Tal vez todos lo sabíamos.

Le conté a Stasia cómo llegué a la situación en que me encontraba.

—Fue una tontería arriesgarte de esa forma, ya conoces a los alemanes —espetó—. El señor Witczak dijo que el *Kommandant* no dirige esta empresa. Nosotros somos quienes decidimos en qué puestos trabaja la gente aquí —añadió con la autosuficiencia de alguien que toma decisiones.

Después de eso, salió erguida de la cocina, con aire triunfante. Me sentí agradecido de conservar mi empleo a pesar de que, sin duda, había otros que podrían hacerlo tan bien como yo.

Cuando le pregunté a Feivel por qué nos había delatado, se volteó, murmuró algo que no alcancé a escuchar y me dejó intrigado. Aún no lo comprendía. ¿Se habría vuelto loco? Tal vez el hambre, el arduo trabajo, el aislamiento y el miedo lo enloquecieron. Era difícil creer que un ser humano decente como él pudiera cambiar tanto. Los favores que tal vez esperaba de Krusche nunca se materializaron. Cuando Kmiec y Basiak se enteraron de lo sucedido, también resolvieron mantenerme en la oficina. En ese momento, mi destino estaba en sus manos.

A mediodía me fui para reunirme con Zosia. En el camino me detuve en el campo de trigo para aplicar tintura de yodo en mis heridas. Me desnudé y, bajo la luz del sol, vi cómo los piojos habían masacrado mi cuerpo. Me vestí y me dirigí al borde del bosque. En cuanto Zosia me vio el rostro golpeado, quiso saber qué había sucedido y se lo expliqué. Me sentía tan humillado y herido que nuestra reunión de ese día no duró mucho. El romance era en lo que menos podía pensar en ese momento.

Tadek no se me acercó mucho ese día, pero por la tarde, en el camino de vuelta al campo de trabajo, hablamos. Él sabía que había cumplido mi palabra, que no le dije a Krusche que nos ayudó a conseguir el pan. Más adelante tuve la oportunidad de comprobar que seguía siendo mi amigo. Esa noche, Chaim me dijo que los azotes que me había dado también lo lastimaron a él, pero no tuvo opción. Yo sabía que todos teníamos que encontrar la manera de sobrevivir bajo las nuevas reglas, si hubiera desobedecido a Krusche, él también habría terminado siendo azotado en la silla.

Esa noche, cuando me quedé dormido, lo hice con una sensación extraña. Soñé que estaba en la horca y desperté sudando. No quería que Krusche cumpliera su amenaza, la vida era demasiado valiosa para perderla ahí, en ese lugar que Dios había olvidado. Al día siguiente, Zosia me dijo que debería escapar. Lo sabía, pero ¿a dónde iría? Regresar al gueto no era una opción y tampoco podía dejar a mi padre en el campo de trabajo.

Con tantos golpes, mi rostro fue cambiando de color, tenía un ojo morado y medio cerrado. El estómago me palpitaba como si me estuvieran revolviendo las tripas con un destornillador. Cuando comía algo, el dolor menguaba por algún tiempo, pero cuando volvía, lo hacía con más encono. Los dos semestres de biología que estudié en la escuela no me servían para hacer mi propio diagnóstico. Todos los días, cuando regresaba a Steineck, sentía como si volviera a una pesadilla.

Me daba miedo que Krusche me encontrara en el dispensario, pero cuando Goldstein me llamó, tuve que ir. Al estar ahí, me dio la impresión de encontrarme en una cámara de tortura, por eso me fui lo más rápido que pude. Cuando pasaban lista, me escondía detrás de mi padre para eludir la mirada de Krusche, y todas las mañanas, cuando pasábamos por la panadería, nuestros guardias extremaban precauciones. Me pregunté si el panadero sabría por qué ya no le comprábamos pan.

Tadek me dijo que cuando Krusche se enteró de que lo habían desobedecido en Brodzica, les recordó que debía cumplirse lo que había ordenado respecto a mí. Cuando llegamos a la obra y los guardias pusieron al tanto a Witczak, se irritó muchísimo.

—Su *Lagerführer* no nos da órdenes a nosotros —sentenció de forma rotunda, y yo entré a la oficina inquieto por lo que me depararía el destino. No me gustaba el papel que estaba jugando en aquella lucha de poder. Recordé el proverbio: "Cuando dos hombres luchan por el poder, los que pierden son siempre los inocentes".

Poco antes del mediodía fui a la colina detrás de las barracas y me desnudé. Mi ropa interior estaba ensangrentada y desbordante de piojos. Volví a intentar el remedio de mi abuelo, enterré la ropa y esperé a que aparecieran los piojos, pero una vez más, no funcionó, y tuve que volver a matar tantos como pude, uno por uno.

Al día siguiente recibí una carta de Pola.

> Nos da gusto que hayas encontrado a alguien tan dulce como Zosia. Nuestra situación ha empeorado. Solo nos dan un kilo de pan al día y sopa. Josek ya no tiene que reportarse todos los días a la oficina del trabajo, solo pasa el tiempo limpiando las barracas del ejército. Aún nos las arreglamos con la ayuda de nuestros amigos y antiguos vecinos, pero la mayoría de la gente en el gueto no tiene tanta suerte. Todos los días mueren jóvenes y viejos. Desearía tener mejores noticias.
>
> ¿Cómo están tú y papá? Por favor escríbannos.

Había llovido durante días. Nuestra ropa, que ahora estaba hecha jirones, apestaba y siempre estaba húmeda. Yo aún tenía miedo de regresar por las tardes al campo de trabajo y ver a Krusche. ¿Qué pasaría si me preguntara dónde trabajaba ahora? ¿Qué sucedería si se enterara de que ignoraron sus órdenes? Que un polaco despreciara a un oficial nazi era algo inusitado. "Esta vez, Witczak se ha atrevido a demasiado", pensé.

Todas las mañanas abría los ojos en cuanto sonaba la campana, pero luego los volvía a cerrar para eludir la realidad de un miserable día más. Entonces papá jalaba mi cobija y yo sabía que tenía que levantarme.

La tensión aumentó porque Krusche siempre estaba presente cuando se pasaba lista. Nosotros teníamos que contarnos solos, gritando nuestro nombre lo más fuerte posible, y quien no gritara se llevaba un latigazo o dos. Una mañana, Krusche le preguntó a Tadek dónde estaba yo trabajando. Tadek dijo que, a pesar de haberle recordado a Witczak sus instrucciones, yo seguía en la oficina. Krusche enfureció y apretó los dientes.

—Iré a verlos, ¡dígales que iré a verlos hoy! ¿Me entiende? —gritó señalando a Tadek con el dedo índice.

—*Jawohl, Herr Lagerführer* —respondió Tadek muy obediente.

Ahora en verdad me encontraba en medio de un conflicto entre Krusche y Witczak, y sabía que el único perdedor sería yo. Cuando le conté a Witczak sobre las intenciones de Krusche, no pareció preocuparse. Le dije a Basiak que ese día iría a trabajar a otro lado para evitar problemas, pero se negó. Kmiec también estaba molesto.

—Ese hijo de puta —dijo—. Nosotros no nos metemos en sus asuntos. Tiene que aprender de una vez por todas a no interferir en los nuestros.

Stasia escuchó todo.

—¿Lo ves, Bronek? Les simpatizas. Porque eres diferente.

—Stasia, piensas eso porque me conoces de manera personal, pero todos los prisioneros son como yo —dije.

Me sentía muy agradecido de que Witczak se enfrentara a un nazi para defenderme, para defender a un judío.

A media mañana vi que un Mercedes se detenía en la oficina. Krusche salió de él con dos cabos detrás. Kmiec salió a saludarlos y poco después se les unió Witczak. Al principio hablaron de forma casual y fueron a inspeccionar varias zonas de la obra. Volvieron media hora después. Krusche y sus dos acompañantes abordaron el

automóvil y se fueron. Witczak y Kmiec volvieron al trabajo y no me dijeron nada. Más tarde vi a Witczak con Stasia y supe que ella se enteraría de lo sucedido. Cuando entró a la oficina, tenía una sonrisa de oreja a oreja, como si trajera buenas noticias.

—¿Ya te enteraste de lo que Witczak le dijo a tu *Kommandant*, Bronek? —preguntó susurrando.

—No, Stasia, ¿qué le dijo?

—Te habría encantado escucharlo. El *Kommandant* te odia —murmuró y yo no pude negarlo, ¿quién podría saberlo mejor que yo? —, pero ¿sabes? ¡Witczak no le tiene miedo! —exclamó con bravura y con una desbordante admiración.

—Bueno, pero ¿qué pasó? —pregunté.

—Krusche insistió en que te pusiéramos a trabajar en lo más arduo aquí, pero a nosotros, es decir, al señor Witczak, no le importa lo que el nazi quiera. Le dijo a Krusche que nosotros sabemos qué le conviene más a la empresa y que te iba a mantener trabajando aquí, en la oficina —explicó Stasia.

Aunque me era imposible saber qué resultaría de todo esto, lo que Witczak hizo me causaba mucha admiración. Continué haciendo mi trabajo y seguí recibiendo los beneficios que venían con él. Lo más importante, por supuesto, era que podría seguir viendo a Zosia.

Sé que estaba viviendo una vida con dobles estándares. Me aterraba vivir en el campo de trabajo, pero tenía la posibilidad de ir a Brodzica todos los días, y eso era un alivio. Mientras tanto, la piel de mi cara, que en algún momento llegó a estar negra por los moretones que me dejó Krusche, ahora se veía verde y amarillenta. Las heridas en la boca ya habían sanado, pero el dolor en el estómago solo empeoró.

Un amor mágico e inexplicable me seguía atrayendo a Zosia. Que ella me amara me hacía sentir que estaba volviendo a mí mucho de lo que me habían arrebatado de una manera abrupta. Ahora la veía con la mayor frecuencia posible. El siguiente día que nos reunimos estaba bastante fresco. Ella llevaba un vestido ligero y empezó a

temblar cuando nos sentamos. Poco después salió el sol y entibió nuestro diminuto escondite. La miré, era justo la mujer que soñé encontrar algún día. En un momento en el que yo no podía seguir viéndome como un ser humano, ella le dio sentido a mi vida. Nos quedamos sentados, observando cómo las golondrinas planeaban sin esfuerzo y atrapaban insectos en el aire. Habríamos podido permanecer ahí durante horas.

Witczak dejó de reprimirse y empezó a tratarme de una forma más amigable, sin caer en el exceso. Un día se sentó y me preguntó de dónde era, por qué estaba en el campo de trabajo y otras cosas similares, pero no mencionó la conversación que había tenido sobre mí con Krusche, y yo tampoco le pregunté nada. Al final de nuestra conversación me ordenó ir a verificar con cada uno de los capataces que todos los prisioneros registrados en nuestra obra estuvieran trabajando.

Me rompió el corazón ver a mucha de nuestra gente parada en pozos de lodo que le llegaban hasta los tobillos, cargando palas con catorce kilos de arena para llenar las carretillas. Con la piel de las manos callosa y agrietada. Algunos incluso tenían heridas en carne viva. Cuando le conté a Basiak lo que había visto, a pesar de la compasión que sentía, me dijo que mientras los siguieran enviando del campo de trabajo, más valía que los hicieran trabajar. Las nubes se hicieron más densas camino a casa y, de repente, empezó a diluviar.

En las filas para la comida, los prisioneros deambulaban tratando de hacer trueques, ofreciendo cigarros en las ventanas de la cocina a cambio de algo de comer. Los cigarros en realidad eran colillas usadas y vueltas a envolver en papel común. Los policías y los cocineros solían ser sus mejores clientes. Una vez vi a un prisionero levantando una colilla de cigarro, pero también lo vio un capataz. Se acercó y pisó la colilla hasta destrozarla. En la línea, delante de mí, estaba David Kot, mi viejo amigo.

—Por favor voltea la olla para que caiga algo —le dijo al cocinero, y luego pasó a mi lado mascullando su desilusión: no había ni un solo trozo de papa en su sopa.

Éramos un grupo de desgraciados y ahora también nos veíamos como las hurañas criaturas que retrataban en las imágenes de la propaganda. Había días en que me desagradaba mucho ver mi cuerpo. Me daba asco ver lo que habían hecho los piojos conmigo, a veces incluso los sentía arrastrándose en mi interior.

Para octubre de 1941, un mes después del segundo aniversario de la *Blitzkrieg* que, según Hitler, catapultaría al Tercer Reich a un reinado de mil años, nos habíamos resignado a la predicción de Churchill: "Esta será una guerra larga". Había muy pocas posibilidades de que nuestra desgracia acabara pronto y, para colmo, empezó a inquietarnos el nuevo rumor: unidades especiales nazis estaban matando a comunidades judías enteras. Mi padre no podía creerlo. Sonaba tan escandaloso que a quienes les provocaba terror se negaban a creerlo. En una ocasión vi a papá cantando en voz baja; era *Yom Kippur*, el día más sagrado del año. Era inconcebible no ayunar o rendir alabanza el Día de la Expiación, pero en Steineck, incluso el día más solemne pasaba como cualquier otro.

Mientras nos dirigíamos a trabajar, recordé un incidente del pasado. En una ocasión vieron a mi hermano y a dos de sus amigos en un restaurante, a pesar de que era *Yom Kippur*. Cuando se realizó el siguiente servicio en nuestro Templo, el devoto rabino insistió en que, a los ojos de Dios, aquel crimen le traería desgracia a toda la comunidad. Dijo que deberíamos orar y pedirle perdón al Todopoderoso de forma colectiva.

"Si Dios es en verdad para nosotros, ¿por qué sucede todo esto? ¿Habrá decidido que merecemos lo peor?", me pregunté. No estaba seguro de muchas de las cosas que alguna vez nos dijeron que debíamos creer. Cuestioné a Dios y mi fe en él. ¿En verdad existiría? Mi padre nunca estaría de acuerdo con aquellos cuestionamientos, él nunca dudaría.

Mi dolor de estómago era más intenso cada día. Zosia lo notó y me recomendó hablar con el médico en nuestro campo de trabajo.

—No hay un médico en nuestro campo, Zosia —expliqué.

Tras un momento de silencio, me dijo que tenía una idea. Iría a ver a un médico y le describiría mis síntomas como si fueran de ella. Luego me llevaría lo que le prescribiera.

Una mañana, Marek me dijo que quería que fuera con él al manantial, y supe que tenía algo en mente. A medio camino, se detuvo.

—No se lo digas a nadie, pero voy a escapar.

No debió sorprenderme, sabía que estaba deprimido en extremo. Quienes provenían de hogares menos adinerados se adaptaban a la vida en el campo de trabajo mejor que la gente como Marek. Para la gente acomodada, soportar la degradación era demasiado difícil. Aunque yo sabía lo mucho que se arriesgaba, no podía ni intentaría hacerlo cambiar de opinión.

—Marek, solo ten cuidado por favor, no permitas que te atrapen —le supliqué. Levantó la vista y vi la determinación en su mirada. Me dijo que en cuanto le hubiese llevado suficiente agua a Stasia, lo intentaría. Como a las dos de la tarde se asomó por la ventana de la oficina y me dijo adiós ondeando la mano. Yo salí, estreché su mano por última vez y le deseé suerte. Luego lo vi alejarse por la colina. Dado que él sería el primero en escaparse de Steineck, yo no tenía idea de cuáles podrían ser las consecuencias de su decisión para quienes nos quedábamos atrás.

Durante el día nadie notó su ausencia, y para cuando salimos de Brodzica, los guardias solo pudieron reportar que no estaba en la obra. A la mañana siguiente, Krusche preguntó quién estaba enterado de que Marek escaparía, pero nadie habló. Luego nos amenazó a todos.

—Si alguien intenta escapar, todos serán responsables. Por cada uno que escape, colgaré a diez —dijo. Algunos días después aseguró que habían atrapado a Marek y que lo ejecutaron, pero nadie podía

confirmarlo. Yo tenía la esperanza de que, gracias a un milagro, hubiera logrado volver al lado de su familia y que Krusche nos estuviera mintiendo.

El clima empezó a deteriorarse, el crepúsculo arribaba cada día más temprano. Lo único que quedaba de los florecientes campos de trigo y centeno eran raíces secas, cortas y llanas. El ciclo se había completado, las plantas también se marchitaron y murieron. Recordé que después de que poníamos las papas en el sótano de la casa, nosotros, los pequeños, seguíamos encontrando algunas entre los arbustos. Cuando eso pasaba, reuníamos ramas secas, formábamos una hoguera y las cocinábamos. Ni siquiera las papas que mamá horneaba en su cocina podían competir con las que nosotros asábamos.

El clima de pronto se volvió frío y lluvioso. Nuestra ropa no era más que capas de jirones, nuestros zapatos habían quedado destrozados mucho tiempo atrás. El simple hecho de ir a trabajar era una lucha, algunos de los prisioneros sobrevivían al día por pura fuerza de voluntad. Un día, un compañero se desmayó debido a la debilidad. Me dijeron que el capataz solo lo dejó ahí tirado porque no quería interrumpir la labor de los otros. Cuando por fin lo llevaron al campo de trabajo, era demasiado tarde, ni un milagro lo habría salvado. Miles de bichos se estaban agasajando con su piel. "Pero el festín no durará mucho", pensé. Nuestro compañero murió al amanecer; escenas como esta se volvieron más comunes. Después de él murieron muchos más, pero el fallecimiento que más conmoción causó fue el suyo porque fue el primero.

Zosia me dijo que cuando le describió al médico "sus" síntomas, le diagnosticó una úlcera gastroduodenal. Me llevó belladona, un antiácido en polvo, píldoras de papaverina y un neutralizador de ácidos en líquido. El médico le dijo que no era una cura, pero que disminuiría las molestias. El antiácido me ayudó con el reflujo, pero noté que la papaverina me secaba la boca.

El paisaje iba cambiando conforme pasaban las estaciones. Los árboles estaban desnudos y los vientos soplaban con furia. Aunque la desnutrición y el trabajo excesivo ya me habían pasado la factura, el frío del invierno sería aún más devastador. El 11 de noviembre, día de la Independencia de Polonia, dos prisioneros colapsaron mientras trabajaban. Nadie podía ayudarlos, nadie podía intentarlo siquiera. Sus vidas solo llegaron a su fin. Esto ya pasaba con tanta frecuencia que todos los días llevábamos camillas al trabajo. Entonces surgió un nuevo término: *mussulman*. Tal vez les empezaron a llamar así a ciertos prisioneros debido al color que adquiría su piel cuando "ya iban de salida". Sus ojos, sumamente hundidos en las cuencas, nos recordaban a la gente del desierto. Nadie podía decir quién sobreviviría, pero siempre era posible predecir quién sería la siguiente víctima. Y a pesar de ello, a todos nos enviaban diario a trabajar sin falta. Los enfermos se tambaleaban y tropezaban para llegar a la obra ferroviaria; algunos no regresaban vivos.

A medida que fue creciendo la tragedia que significaba saber que nos dirigíamos al desastre, nuestros sentidos se apagaron y la indiferencia nos embargó. El deseo de sobrevivir se enfrentaba a la dolorosa impotencia con que vivíamos. Nadie sentía ya una pérdida al ver morir a sus compañeros. Mayer Siskind, que solo tenía veintisiete años, fue el siguiente. Yo en algún momento había llegado a creer que nos conservarían con vida porque necesitaban nuestra mano de obra, pero después fue evidente que ese no era el plan. En seis meses, de los ciento sesenta y siete hombres que fueron llevados de nuestro pueblo, habían muerto más de veinte. En poco tiempo los nazis se vieron en la necesidad de remplazar con esclavos nuevos a los muertos en nuestro campo de trabajos forzados. Entonces llegó un transporte con cien judíos provenientes de Konin, un pueblo cercano. Aunque Konin se encontraba a solo ochenta kilómetros de Steineck, los hombres que llegaron ni siquiera sabían que el lugar existía. Al principio era posible distinguirlos

porque su apariencia era diferente y porque vestían ropa decente, pero pasadas algunas semanas ya se veían como el resto.

El invierno trajo consigo su primera carga de nieve, pero nada le impidió al *Kommandant* Krusche enviar a todos a trabajar. Después de Año Nuevo llegaron más judíos, esta vez de Łódź. Nos contaron una aterradora historia sobre un pueblo llamado Chelmno donde, al parecer, los nazis utilizaban un mejor método para matarnos. Tenían vehículos nuevos en los que redirigían los gases del escape hacia el interior. Los nazis estaban engañando a los judíos. Bajo el pretexto de un reasentamiento en otro lugar, los subían a los vehículos, se los llevaban y los mataban en el camino. Luego llevaban los cuerpos a Chelmno, donde se encontraba el crematorio más grande de la zona, con capacidad para incinerar quinientos cuerpos al día. Este acto era tan atroz y diabólico que Rumkowski, un importante ciudadano judío de Łódź, preguntó si la orden venía de esferas superiores o si la decisión la tomaban los fanáticos nazis locales. La respuesta llegó de Berlín: dijeron que era una política oficial y que dentro de poco habría muchos más lugares como ese. Como Chelmno estaba a solo sesenta y cinco kilómetros de Dobra, la noticia reavivó nuestros temores más profundos respecto al gueto y a mi familia: mamá, Josek y Pola.

Un crudo y lluvioso día, al regresar del trabajo, vi una estructura en forma de "U" invertida con largos ganchos en el área de reporte. Era una estructura inconfundible: un patíbulo. Palidecí. Pensé que como Krusche no había logrado hacerme trabajar hasta morir, ahora estaría decidido a cumplir su amenaza: ahorcarme. En cuanto nos dejaron ir, tras pasar lista, le pregunté a Chaim por qué había un patíbulo. Me dijo que a él también le sorprendió ver que lo habían construido. Esa noche no pude dejar de pensar en que moriría. Cuando por fin me quedé dormido, me vi a mí mismo en un sueño, con las manos atadas en la espalda. Me llevaban al patíbulo. Trataba de correr, pero adondequiera que volteaba había guardias de las SS listos para detenerme. La pesadilla terminó cuando desperté agitado,

sintiendo que me ahogaba. Seguramente desperté también a mi padre porque lo vi asustado cuando volteé. Cada vez que pasaba y veía el espantoso artefacto sentía escalofríos.

Un día me encontré a Moniek, un joven al que conocía de Dobra. Aunque tenía mi edad, ahora parecía un hombre viejo. Los bichos le habían comido la carne y daba la impresión de que corría agua por sus venas. Apenas podía mover los dedos cuando se abotonaba la camisa. Era todo un *mussulman*. Lo llevé al dispensario y Goldstein le preguntó si estaba enfermo. Nadie quería admitir que se sentía enfermo porque imaginaba que sucedería lo peor si lo hacía. El mejor remedio para permanecer vivo era seguir trabajando. Dado que Moniek no tenía ninguna herida ni ningún mal discernible, Goldstein no podía permitirle que se quedara. Eran las reglas, nos dijo. Así que, como no estaba enfermo, fue a trabajar. Poco después volvió en una camilla y murió al día siguiente. No hubo nadie para lamentar su muerte, nadie para decir una plegaria por su alma. Tantos murieron de hambre que en poco tiempo esta se volvió la principal causa de los fallecimientos.

A mí me bastaba con ver cómo caminaba un hombre y el color de su piel y de sus labios para saber que se estaba transformando en *mussulman*. Tiempo después supe que había otros campos de trabajos forzados que, aunque eran más perniciosos y destructivos, contaban con mejores instalaciones sanitarias. En algunos incluso se ofrecían cambios periódicos de ropa y zapatos para los prisioneros, y en la mayoría había médicos e incluso pequeños dispensarios, que también eran prisioneros.

El invierno de 1942 fue sumamente frío. Todos los árboles estaban desnudos excepto las píceas y los pinos. Los caminos estaban tapizados de nieve; los arroyos y los lagos se encontraban cubiertos de capas de hielo. En la obra del ferrocarril, antes de poder poner la tierra en las carretillas, era necesario cortarla en grandes pedazos. Por primera vez oímos hablar de un campo de concentración llamado Auschwitz. Escuchamos que en Auschwitz los

oficiales de las SS mataban a los hombres mayores, a las mujeres y a los niños en cuanto llegaban. Pero ninguna mente normal era capaz de asimilar esta información, muchos ni siquiera estábamos dispuestos a escucharla. Insistíamos en que no podía ser cierta.

Para mediados de marzo, en el campo de trabajo se propagó el rumor de que iban a transferir a cien prisioneros de Steinbeck, pero nadie sabía a dónde los llevarían. "Esta podría ser nuestra oportunidad para salir de aquí", pensé. Mi padre estaba de acuerdo. Chaim, que solía estar bien informado de asuntos como este, no sabía nada más fuera de los rumores. Hablé con él, le pregunté si podría hacer arreglos para incluirnos a mi papá y a mí en la lista, en caso de que el rumor resultara cierto. No estaba seguro de lo que diría Krusche, pero como tenía muy presente la amenaza del *Kommandant*, me prometió que lo intentaría. Pocos días después, la noticia se hizo oficial. Cien hombres partirían de Steineck el sábado, y yo solo quería irme de ahí, no me importaba a dónde.

Stasia no estuvo de acuerdo.

—Bronek, yo podré seguir ayudándote, pero solo mientras permanezcas aquí —me advirtió.

Lo más probable era que Krusche no me hubiera ahorcado aún debido a la intervención de Witczak, Basiak y Kmiec. La idea de dejar a Zosia también pesaba mucho en contra de mi decisión porque sabía que si me iba de Steineck, podría perderla. Cuando volvimos a vernos, llevaba un pañuelo de flores atado al cuello, iba lo bastante holgado para ondear con la temprana brisa de la primavera. Sus ojos eran de un color ahumado, como el del cielo invernal. Nos sentamos en una roca tapizada de musgo. La miré. Pensar en dejarla me rompía el corazón, significaba mucho para mí y ahora tal vez todo llegaría a su fin, quizá no volvería a verla jamás.

Cuando escuchó mis planes, entristeció.

—¿En dónde estarás? ¿Cómo te encontraré? —me preguntó. Hablamos durante un largo rato asegurándonos el uno al otro que volveríamos a estar juntos en cuanto todo aquello terminara. Nos

abrazamos y nos besamos hasta que tuvimos que irnos. Ella me tomó de la mano cuando caminamos juntos por última vez.

—Zosia, recuerda que, si no me ves el lunes, será porque logramos irnos de Steineck. Nunca te olvidaré —le dije—. Siempre te amaré.

—Envíame una carta para decirme dónde estás —suplicó.

Le prometí que lo haría. Luego me fui y subí por la colina, caminé apesadumbrado hasta la oficina. Sabía que si nos íbamos, una parte de mí siempre le pertenecería a Zosia.

Al final del día les agradecí a Stasia, a Witczak y a todas las demás personas en la oficina que fueron amables conmigo.

—Tal vez regrese el lunes —dije en tono de broma—, pero si no, siempre les estaré agradecido.

No teníamos mucho que llevar con nosotros. Fui al dispensario, guardé mis instrumentos dentales de nuevo en la caja, me despedí de Goldstein y volví a donde estaba papá. Permanecí despierto toda la noche pensando, aterrado por lo que podría hacer Krusche si me viera irme, pero sabía que tenía que aprovechar esta oportunidad. Me daba miedo el hecho de que Krusche todavía no hubiera claudicado ante Witczak porque eso hacía impredecible mi futuro en Steineck.

El sábado nos despertaron media hora antes de lo normal. Chaim me dijo que mi nombre y el de mi padre estaban en la lista. Aún estaba oscuro, era muy probable que Krusche no me viera, pero cuando llegamos al patio, ahí estaba, con su perro, su látigo y sus ayudantes. Papá y yo nos fuimos a la parte de atrás de la fila y, cada vez que Krusche miraba hacia donde estábamos, sentía que me paralizaba. Me aterraba que me viera y que me obligara a quedarme. ¿Qué pasaría con papá entonces? ¿Podría sobrevivir sin mí? Cuando vi a los prisioneros en nuestra fila, noté que casi todos eran *mussulmen*. Era obvio que Krusche le había ordenado a Chaim deshacerse de los menos productivos. Todos nos preguntábamos si en verdad íbamos a otro campo de trabajo. Solo esperé ansioso que

nos ordenaran empezar a marchar, pero de pronto, Chaim gritó y dijo que se volvería a pasar lista. Era algo que hacía con frecuencia porque sabía que le agradaba al *Kommandant*.

Finalmente escuchamos la orden.

—¡Marchen al frente! —se escuchó.

Por fin salimos de los dominios de Krusche.

# 9

# Gutenbrunn

Mi corazón latió con fuerza cuando pasamos por la puerta al lado de Krusche. Esperaba no volver a verlo jamás y se me estaba concediendo mi deseo, pero al mismo tiempo me dolía dejar atrás a gente de Dobra, personas con quienes habíamos vivido mucho tiempo. Sabía que también ese capítulo de mi vida se cerraría para siempre.

La mañana se fue iluminando poco a poco. Vi a David Kot, al rabino Moishe, a Hershel Sztein, a Josef Glicensztein y a algunos más que también esperaban irse. A nuestro lado iban dos oficiales de las ss y algunos de los guardias que yo conocía, Tadek entre ellos. Me dijo que íbamos a Gutenbrunn, un campo de trabajos forzados como Steineck, pero más grande. Sentí un gran alivio.

—Yo me quedaré ahí con ustedes —añadió. Tadek era un hombre decente y, como cumplí mi palabra de no delatarlo en el asunto del pan, confiaba en mí—. Gutenbrunn está a veinticinco kilómetros de aquí y forma parte del mismo proyecto del ferrocarril —me explicó. Eran buenas noticas y se difundieron rápido.

Por fin era de día. Lo único que se oyó en el camino cuando pasamos por una granja solitaria fue el cacareo de un gallo y los ladridos de un perro. Frente a nosotros vi a Rachmiel, el cocinero, y a Leibel, un hombre jovial que con frecuencia transportaba grano para nosotros en Dobra. Recordé las pasturas cerca de su casa.

Cuando yo tenía cinco años, le gustaba jugar conmigo a atraparme y, para asegurarse de que no escapara, me quitaba la ropa. Yo sabía que era broma, pero no me agradaba que me molestara. Le suplicaba que me devolviera mi ropa y siempre terminaba dejándome ir.

Llegamos a un camino asfaltado y a partir de ahí fue más fácil caminar. En el trayecto vimos muchas estatuas de la Virgen Negra. Cuando apareció el sol, supimos que nos dirigíamos al norte. Pasamos por una llanura arenosa y por un peñasco desprovisto; luego vimos una serie de construcciones. Una era una pequeña tienda de abarrotes. Varios pollos hambrientos seguían a un granjero que iba quitando los restos del invierno con un rastrillo. Luego aparecieron mujeres abrazando a niños semidesnudos. Se nos quedaron mirando en silencio. Todos los pueblos en esta región eran similares: lugares indistintos, manchones sin nombre que iban apareciendo a lo largo de la ruta. Un granjero nos saludó.

—*Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* —respondieron los oficiales de las SS y algunos de los guardias.

—*Heil Hitler!* —gritó también un ciclista que pasaba por ahí.

Todos esos "*Heil Hitler*" resonaron con amargura en nuestros oídos.

Afuera del pueblo había molinos de viento. Más adelante llegamos a una presa, y más allá vimos varias barracas donde vivían mujeres polacas. Pero ahí no había vallas, estas personas no vivían como parias.

Unos kilómetros después, los oficiales de las SS nos sacaron del camino para descansar. Más tarde, en la siguiente bifurcación, giramos a la derecha. Poco después llegamos a un lugar donde había varios edificios de cemento y, al centro, una torre que parecía fortaleza. Al acercarnos más vimos cuatro edificios enormes organizados alrededor de una plaza, con una entrada y una torre al frente. Era la típica distribución de los *Junkers*, las tradicionales

fincas rústicas de los nobles alemanes y de los condes polacos. Estas personas controlaban la industria agrícola en Polonia y los granjeros les rendían veneración.

Nos detuvimos en la entrada frente a dos centinelas armados. A diferencia de la endeble puerta de alambre de púas de Steineck, esta estaba fabricada con roble sólido y unía a dos edificios de concreto de veinte metros de altura. En cada edificio había ventanas pequeñas protegidas por barrotes de hierro. Sobre la entrada había un letrero herrumbroso que decía "Gutenbrunn".

Los oficiales de las ss nos condujeron al interior. Como al patio lo rodeaban cuatro edificios enormes, estaba muy oscuro. Habíamos llegado a una granja y esos edificios alguna vez fueron establos. Al fondo, en el extremo del patio, vi un patíbulo que se parecía mucho a aquel del que acababa de escapar. Ahí, sin embargo, parecía separado del resto del mundo. En el centro del patio había dos oficiales de las ss rodeados por la policía del campo de trabajo. Era obvio que nos esperaban.

Había un hombre muy alto, más que todos los demás. Nos observó asqueado con su mirada severa, como de felino.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó—. ¿Un montón de *mussulmen*?

El hombre vestía como civil, pero no portaba parche de prisionero, así que era imposible saber quién o qué era, pero estábamos seguros de que era alemán. Medía más de dos metros, tenía la mandíbula cuadrada, mejillas encendidas y labios grandes y protuberantes. Llevaba pantalones de montar negros, insertados en unas botas negras relucientes, como las de los oficiales. También vestía camisa café, suéter beige y bufanda de lana en el cuello. Tenía un peculiar sombrero que bien habría podido ser de la Legión Extranjera Francesa. Comenzó a caminar mirándonos con desprecio, golpeando sus botas con la cachiporra. El ruido hacía eco en los edificios de concreto. De pronto convocó a la policía del campo sin dejar de insultarnos, diciendo que éramos un montón de

desorganizados. Nos quedamos mirando a aquel cruel gigante que insistía en intimidarnos y luego nos miramos entre nosotros, intrigados por lo que teníamos en frente.

—Este es Gutenbrunn, malditos hijos de puta. Aquí tendrán que ganarse el pan, malditos *Ost-Juden* flojos —dijo.

*Ost-Juden* era la forma en que se les llamaba a los judíos nacidos al este de Alemania.

Los oficiales de las SS solo permanecieron de pie, ni siquiera necesitaban intimidarnos, el gigante lo estaba haciendo por ellos. Después de los insultos, nuestro nuevo jefe nos dividió en tres grupos y les ordenó a sus policías que nos llevaran a tres bloques distintos. Cuando íbamos saliendo, maldijo y dio bofetadas por aquí y por allá. Al ver la caja que yo llevaban en las manos, la golpeó con su cachiporra y me preguntó qué guardaba en ella.

—Son mis herramientas dentales —expliqué mirando su rostro encendido.

—¿Qué? —exclamó como si no hubiera entendido lo que dije—. ¿Herramientas dentales? ¿Quién te permitió traerlas?

—Las traje porque en Steineck resultaron útiles —argumenté.

Se me quedó mirando intensamente sin decir nada más. Menashe, un joven policía, se hizo cargo de mi grupo. Cuando estuvimos a una distancia prudente, le pregunté quién era aquel hombre.

—Es un prisionero de Hamburgo. Aquí es el *Lagerälteter*, el decano del campo —me explicó, y luego, al notar que había omitido la información principal, volteó y añadió:

—Es judío, igual que todos nosotros.

Me quedé perplejo. Nunca había oído hablar de los *Lagerälteter* y mucho menos de judíos con ese nivel de poder en un campo de trabajos forzados. Era difícil entender cómo este hombre había logrado tener toda esa autoridad. Pero tal vez lo más importante era: ¿cómo podía tratar a sus compañeros judíos de una manera tan fría y cruel?

—¿Cómo se llama? —le pregunté a Menashe.

—Kurt Goldberg —respondió.

Cada edificio del campo de trabajo parecía medir treinta metros de largo y unos doce de ancho. En el interior había ocho hileras de literas de cuatro pisos que albergaban a ochocientos prisioneros. En los gruesos muros de cemento había anillos clavados que alguna vez sirvieron para atar y mantener al ganado quieto mientras lo ordeñaban. Nuestro nuevo hogar era un establo, solo que ahora ahí se alojaban bestias humanas de carga. Los pisos eran del tipo de arcilla que mantenía el frío en el interior.

—Incluso en los días calurosos, la temperatura nunca sube por encima de trece grados centígrados —nos dijeron.

La poca luz que entraba al lugar provenía de ventanas con barrotes de hierro y, a veces, de algún foco que colgaba de forma precaria del techo. Solo había la suficiente para permitirnos ver las literas. En esta ocasión, papá y yo estábamos decididos a encontrar literas que no estuvieran al nivel del piso. Alguien nos ayudó y conseguimos dos espacios en la parte más alta. Los prisioneros ya habían regresado del trabajo. La mayoría era de Łódź, ciudad a la que ahora los alemanes llamaban Litzmannstadt. En Gutenbrunn había judíos de Alemania, Países Bajos y Austria. La mayoría de los que proveníamos de Steineck éramos artesanos y comerciantes de pueblos pequeños, y los prisioneros que encontramos ahí eran más sofisticados. En ese lugar conocí a intelectuales, autores y abogados. Claro que, como sucedía en el mundo exterior, también había algunos rufianes. El campo era multilingüe, y si alguien hablaba en yidis, podía esperar que le respondieran en algún dialecto del alemán, por ejemplo.

Kurt Goldberg tenía veinticuatro años, era producto de un matrimonio mezclado y se sentía más alemán que judío. En 1933 se unió a las Juventudes Hitlerianas, pero después fue reclasificado como judío y lo expulsaron de la organización "aria" debido a las leyes de Nuremberg. A pesar de ello, estaba convencido de que

merecía un trato mejor y por eso empezó a desquitar su ira y su frustración con sus compañeros judíos. Su osadía y su dominio total de la lengua alemana lo hacían una herramienta perfecta para el malévolo sistema nazi. En una ocasión admitió que si su madre le hubiera mentido y le hubiera dicho que su padre fue un ario, estaría libre del estigma judío. Goldberg reservaba su mayor desprecio para los judíos polacos. Aseguraba que los *Ost-Juden* eran responsables de su desgracia. En mi opinión, entre los muchos personajes diabólicos nombrados en esa era, él siempre prevalecerá como el más enigmático. Al final, los nazis dejaron de apoyarlo y murió.

Gutenbrunn empezó a operar como un campo de trabajos forzados cuatro meses antes de que nosotros llegáramos. Otros campos empezaron a surgir muy rápido alrededor de Poznan: Eichenwalde, Lenzingen, Antoninek, Fort Radziwill. Para cuando llegamos a Gutenbrunn, entre sus muros ya había ochocientos prisioneros, todos judíos. Al igual que en Steineck, los guardias eran polacos. Las raciones de alimento también eran idénticas: una "pica" de pan en la mañana y en la noche y sopa dos veces al día. Pero este lugar era distinto en muchos otros sentidos. Las instalaciones eran mejores, incluso había duchas, una enfermería y un hospital de doce camas supervisado por un médico austriaco: Seidel. Por otra parte, aunque las literas eran más espaciosas y la paja en la almohada y sobre las tarimas estaba fresca, no pudimos acabar con la plaga de bichos. Solo sentíamos un poco de alivio al tomar duchas periódicamente y despiojar nuestra ropa.

La vida era mejor ahí en apariencia, pero no en la realidad. En nuestro bloque, un niño de apenas unos doce años captó mi atención. Era la persona más joven que había visto yo en un campo hasta ese momento. Se llamaba Mendel, pero todos utilizaban el diminutivo: Mendele. Lo arrestaron en Łódź por meter a escondidas alimentos al gueto. Como dijo que tenía dieciséis años y le creyeron, terminó en Gutenbrunn. Mendele tenía el rostro redondo y ojos fulgurantes y expresivos, era muy agradable mirarlo. Tenía el típico

acento yidis de Łódź y hablaba de forma convulsiva. Sabía que en Gutenbrunn tenía que hacer lo necesario para sobrevivir. No trabajaba con ahínco, pero tampoco muy poco, era más bien ingenioso. Aunque se fingía enfermo y le gustaba estafar a la gente, a los capataces les agradaba en general. Sabía hacerles creer que trabajaba mucho, solo se enjugaba el sudor de la frente cuando volteaban a verlo y, en cuanto se iban, dejaba de trabajar. Mendele tenía un talento para engañar a todo mundo, podía organizar y burlar a prisioneros que le duplicaban la edad. Mientras a otros los castigaban por una falta, a Mendele solo le daban una advertencia por lo mismo. Conocía a todas las personas de las que sabía que podría beneficiarse; la vida en el gueto lo había provisto con un profundo instinto de supervivencia. Era producto del nuevo orden y, sin embargo, era imposible que no le agradara a alguien.

En Gutenbrunn no podíamos mirar hacia fuera, los cuatro edificios altos y los muros que rodeaban el complejo lo impedían. A veces daba la impresión de que ese lugar era lo único que quedaba del universo.

Llevábamos menos de una hora en el bloque cuando nos indicaron que debíamos ir otra vez al *Appellplatz*, la zona donde se pasaba lista. Los oficiales de las SS ya no estaban ahí, solo quedaban Goldberg y sus policías. El gigante empezó a ladrar órdenes de nuevo y a humillarnos con sus insultos y gritos crueles. La policía lo ayudaba a ofendernos. Nos dijeron que el lunes todos iríamos a trabajar al *Kommando* Herdecke, un grupo que se acababa de formar. Aunque sabíamos que el trabajo usual de todos era construir vías para el ferrocarril, no teníamos la menor idea de lo que era el *Kommando* Herdecke. Solo nos parecía que la experiencia que teníamos en la construcción de vías sería valiosa en Gutenbrunn. A diferencia de los prisioneros que ya se encontraban en el lugar, los cien que llegamos de Steineck llevábamos un año trabajando en ese ferrocarril. Tal vez esa era la razón por la que nos llevaron ahí.

La monotonía de los alimentos no llegó a su fin, nuestras comidas consistían en un cuadrito de margarina y una cucharada de mermelada, y en la tarde y la noche también nos daban un plato con sopa de nabo, que ahí era la cosecha principal. Les tomaba el doble de tiempo darnos la comida en comparación con Steineck, era claro que necesitaban ayuda en la cocina con desesperación. Igual que en Steineck, a los policías nunca les hacía falta ni comida ni cigarros alemanes ni alcohol. Cuando volvimos a nuestras literas me enteré de que Goldberg había estado preguntando dónde estaba el dentista y, poco después, lo oí gritando desde el otro extremo del edificio. Cuando me vio, se acercó y me preguntó cuál era mi litera. No supe qué decir, sin embargo, en esta ocasión actuó de forma más racional y habló con calma. No tardé en saber por qué. Quería tener una litera junto a la mía. Me sorprendió que un hombre poderoso como él no tuviera un mejor lugar para dormir. Estaba desconcertado, no comprendía por qué querría dormir cerca de mí. ¿Me habría convertido en el blanco de su maldad? En Steineck no había homosexualidad, al menos no que yo supiera, pero esto era Gutenbrunn, estábamos en un campo de trabajo distinto. Ahora que sabía que Goldberg también era prisionero, decidí ignorar su autoridad y tratarlo como a todos los demás, aunque me quedaba claro que la situación exigía que fuera cauteloso. No podía negarme a que trajera sus pertenencias y las dejara en una litera junto a la mía. Esa misma noche volvió, ya tarde y mucho después del toque de queda. Ni mi padre ni yo nos habíamos dormido aún. Goldberg notó nuestra incomodidad y me susurró algunas palabras, luego giró sobre la litera y se quedó dormido. Aunque nunca me sentí a gusto teniéndolo cerca, ya no le temía. Un par de semanas después decidió moverse a otra litera y, con el paso del tiempo, nuestra relación se volvió más fluida. Incluso hizo más de lo necesario para ayudarme.

El lunes a las seis de la mañana llegaron unos policías al bloque y empezaron a golpear en las literas con sus cachiporras.

—*Aufstehen!* —gritaron y todos obedecimos.

Nos levantamos y la prisa de siempre empezó enseguida. Cuando estaba formado para recibir mi porción, comenzó el debate silencioso. "¿Debería comerme la pica entera de una vez o guardar una parte para más tarde?", pensé. En la confusión de esa primera mañana en el campo, un joven prisionero tiró su plato de sopa al suelo y empezó a llorar porque sabía que tendría hambre todo el día.

—*Eintreten!* ¡Formados! —gritaron los policías mientras nos hacían formarnos en hileras de cinco.

Poco después comprendimos de dónde venía el nombre *Kommando* Herdecke*.* Herdecke era el ingeniero a cargo de la construcción de esta sección del ferrocarril. Al igual que todos los capataces de ahí, era alemán. A mi padre y a mí nos ordenaron cargar piedras partidas en dos, ponerlas en las carretillas y llevarlas a las bases de las vías. Empujarlas sobre el suelo arenoso ya era bastante difícil, pero hacerlo cuesta arriba por la colina era mucho más de lo que mi padre podía hacer con la poca fuerza que le quedaba. Por supuesto, tenía que hacerlo porque de lo contrario quedaría como flojo, una imagen muy perjudicial en cualquier campo de trabajo. Después de algunos días teníamos los brazos y los hombros tan adoloridos que casi no podíamos levantarlos. Por suerte, Herdecke lo notó en una de sus inspecciones y a papá le asignaron la tarea de rastrillar, eso le permitió tomar algunos descansos breves. Ese día pudimos volver al campo de trabajo a mediodía para que nos dieran sopa. Como ya no contábamos con los paquetes de alimentos que nos llevaba Zosia ni con las sobras que nos guardaba Stasia, dependíamos por completo de lo que nos daban ahí.

Aunque me había sido imposible contactar a Zosia, un día ella fue a Gutenbrunn. Me dijeron que estaba en la puerta de la cocina y que preguntaba por mí. Esa puerta la mantenían abierta todos los días para los camiones que entregaban alimentos. "¿Cómo me habrá encontrado?", me pregunté.

—La gente de Brodzica me dijo dónde estaban y no me costó trabajo encontrar este campo —explicó.

Para ese momento, casi todos los prisioneros sabían que yo tenía una relación con una *shiksa* y atraer la atención nos hizo sentir incómodos. Cuando se fueron los centinelas que estaban en la puerta, caminamos de forma casual afuera. Descubrí que ahí teníamos un poco de privacidad, así que la abracé y nos besamos. Estaba encantado de volver a verla.

Primero le preocupó la cantidad de medicamentos que me quedaba, luego hablamos un poco sobre Gutenbrunn y sobre nuestro trabajo. Como fue costumbre, llevó comida para mi padre y para mí. Nos despedimos y la vi alejarse y desaparecer en la distancia. Me pregunté si algún día tendríamos la libertad de la que gozábamos en Steineck. Regresé al campo de trabajo con el paquete y papá y yo pudimos comer pan de verdad por primera vez desde que llegamos. Es probable que mi padre estuviera enterado de la existencia de Zosia aunque nunca la vio y yo no le había contado nada sobre ella.

Los prisioneros en Gutenbrunn no recibían ningún cuidado dental, pero como Goldberg estaba enterado de que yo tenía mis instrumentos y de que había trabajado como dentista en Steineck, decidí preguntarle si me permitiría ayudar en caso de que me necesitaran. Me escuchó y me envió a hablar con el doctor Seidel, a quien yo aún no conocía en persona. Fui después de mis labores. La primera enfermería estaba repleta de prisioneros que sufrían de varios males. Muchos tenían las piernas inflamadas o los tobillos a punto de estallar y me pregunté por qué sería. El doctor Seidel me dijo que era edema. Me explicó que para aplacar el hambre, algunos de los prisioneros bebían más agua de la que su sistema podía soportar y el exceso de líquido se acumulaba en sus piernas.

—Sus heridas no se curan, ni el menor rasguño ni la abrasión más ligera. Las heridas se infectan y eso tiene consecuencias

desastrosas para los pacientes —me explicó—. La única manera de curarse es con descanso y alimentándose de forma adecuada.

Pero nosotros no teníamos acceso a esos lujos. Algunos de los enfermos le suplicaban al médico que les diera uno o dos días para descansar porque tenían la esperanza de que así se recuperarían, pero él no podía cumplir sus deseos.

El doctor Seidel tenía poco más de cuarenta años. Era bajo de estatura, tenía hombros estrechos y el pecho un poco hundido. Era un hombre silencioso y de buenos modales. Cuando hablaba lo hacía con una voz chillona y sentía que su mirada me atravesaba cada vez que me veía. Era franco y parecía seguro de lo que decía. Daba la impresión de que siempre estaba masticando algo. Su consejo de costumbre era: "Dejen secar esas heridas y se curarán solas". Al principio pensé que sus remedios eran el resultado de contar con pocos suministros médicos, pero más adelante me enteré de que en realidad creía que la terapia que prescribía era eficaz, a menudo lo era.

Debido a que muchos de los prisioneros lo esperaban, pensé en irme y volver después, pero cuando Seidel oyó que Kurt Goldberg me había enviado a hablar con él, me indicó con un gesto que entrara a la siguiente sala. Ahí le expliqué quién era y por qué me encontraba ahí; él me escuchó con atención. Le dije que podía ir después del trabajo y ayudar si acaso se necesitaba un dentista y estuvo de acuerdo enseguida.

—Podrías guardar tu material en uno de estos dos compartimentos —me dijo señalándolos.

Yo tenía pocas herramientas y medicamentos: tres fórceps de extracción, un par de escalpelos, algunos exploradores y excavadores, un cincel y dos escaladores. También tenía unas doce limas para el canal pulpar. Algunos de mis taladros eran inútiles sin una máquina perforadora. Dejé todo en la enfermería, pero sabía que, como no contaba con equipo adecuado para la esterilización,

tendría que colocar mis instrumentos al calor de una llama de alcohol para desinfectarlos.

En el siguiente pase de lista, Goldberg anunció que habría un dentista disponible en la enfermería todos los días después del trabajo y los fines de semana. Para ese momento ya tenía experiencia extrayendo dientes, pero de lo que más se quejaban los prisioneros era del dolor y el sangrado de encías. Gutenbrunn tenía el doble de prisioneros que Steineck y había días en que llegaba a extraer hasta seis dientes. En una ocasión, Goldberg fue a la enfermería con el *Kommandant* y me señaló con orgullo, como si él me hubiera descubierto.

—*Herr Lagerführer*, ahora tenemos un dentista. Es uno de los hombres que vino de Steineck. Tiene sus propios instrumentos y viene a la enfermería después de su trabajo en el *Baustelle*, en el sitio de la obra —explicó, y al nazi pareció agradarle la idea.

Un domingo por la tarde, en medio del silencio en el establo, oí al rabino Moishe golpeándose el pecho mientras oraba.

—El Señor es perfecto y trata con sinceridad a los puros de corazón. Y todos creen que su obra es perfecta.

En lo profundo de los fosos de la existencia, el rabino aún creía en verdad en lo Divino. Oí el sonido de las campanas de una iglesia afuera de Gutenbrunn; vi a los pájaros volando en parvada, entrando y saliendo de nuestra "fortaleza" sin problema. Y entonces deseé tener la libertad de la que ellos gozaban.

Con la puntualidad de un reloj, en cuanto se abría la ventana de la cocina los prisioneros formaban hileras que se extendían cientos de metros hacia el patio. Rachmiel nos observaba con su gorro de cocinero y el mandil colgándole sobre la panza abultada; veía cuán ansiosos estábamos por recibir la asquerosa sopa que, en un mundo normal, incluso los perros habrían despreciado. Para nosotros, sin embargo, un trozo de pan y una cucharada de sopa tenían un valor inconmensurable. Una persona tiene que pasar hambre durante un periodo largo para entender lo que el hambre puede hacerle a la

mente: corroe el interior de un hombre como si fuera un gusano. El deseo de comer algo es tan intenso que se está dispuesto a todo por unas migajas. Los rumores de que en Gutenbrunn los prisioneros comían pasto para mantenerse vivos son ciertos. Conservar un vestigio de orgullo frente a un hambre como aquella era muy difícil, en especial para mi amigo David Kot, a quien consentían con galletas y leche cuando vivía en casa. Solía ser un joven robusto, pero estaba perdiendo su fuerza y cada día se veía más delgado.

La carta más reciente que recibimos de casa fue muy perturbadora; ya no podíamos seguir engañándonos, teníamos que esperar lo peor. En su carta, Pola corroboraba las noticias que habíamos recibido de los prisioneros recién llegados.

> Excepto por algunos ancianos y ciertos protegidos del *Judenrat*, han deportado a casi todos los hombres del gueto. Nuestra expectativa de sobrevivir aquí por un tiempo más es desoladora. Sabemos que nuestra vida terminará pronto. Dentro de poco, todos los guetos en Warthegau estarán vacíos. Le dicen a la gente que la reinstalarán en otro sitio, pero en realidad la matan de la forma más brutal y novedosa: con el gas del tubo de escape del vehículo en que la transportan.

Una mañana, cuando estábamos a punto de ir a trabajar, Herdecke llegó al campo de trabajo y le solicitó a Goldberg trabajadores adicionales. También le pidió una persona que pudiera hacer trabajo de oficina. Es probable que Goldberg haya recordado que le dije que trabajé en una oficina en Steineck, ya que me ordenó reportarme con el ingeniero. Mi racha de buena suerte continuaba.

Debo decir que no todos los alemanes en los campos de trabajos forzados eran antisemitas despiadados y sin escrúpulos. Aunque Herdecke era miembro del partido nazi, no creía del todo en sus políticas raciales. Mientras trabajé para él, en más de una ocasión lo escuché hablar de su desagrado por la insensata guerra de Hitler. Nunca nos maltrató y, de hecho, les ordenó a los alemanes que

estaban bajo su mando que tampoco lo hicieran. Era una cualidad que no se encontraba con frecuencia entre los nazis de los campos de trabajo.

Herdecke me puso a trabajar en su oficina, una cabaña diminuta en la que apenas había espacio para una mesa de dibujo, un escritorio, una silla y un archivero. Cuando él estaba ahí, el lugar se sentía abarrotado, pero eso solo sucedía cuando entraba a prepararse café con lo que llamaba *Tauchsieder*: un calentador eléctrico de inmersión. Mi trabajo consistía principalmente en hacer reproducciones a mano de planos técnicos y en recolectar datos sobre la construcción que me proveían los capataces.

Un día, mientras agitaba un poco mi sopa, tratando sin éxito de atrapar un trozo de papa, se desató una gran agitación. Vi a un guardia arrastrando a un prisionero, mientras este gritaba y le suplicaba que lo dejara ir. Al parecer, lo sorprendieron metiéndose papas en los bolsillos mientras ayudaba a descargarlas del camión. Ya habían castigado con anterioridad ese "crimen": los policías le dieron una tremenda golpiza a aquel hombre. Esta vez, sin embargo, uno de los centinelas llevó al prisionero a su caseta y no lo liberó. No lo vimos en todo el día. No recuerdo su nombre, pero lo conocía, y sé que muchos habríamos hecho lo que él hizo, de haber tenido la oportunidad. Por esa razón nos inquietaba saber cuál sería su destino.

Dos días después, cuando regresábamos del trabajo, nos hicieron marchar hasta el patíbulo. Nos sentimos muy apesadumbrados, sabíamos que algo andaba mal. ¿En verdad colgarían a un hombre por robarse unas cuantas papas? Al llegar, confirmamos nuestros temores. Rodeado de tres oficiales de la Gestapo en sus uniformes negros, el prisionero marchó hasta el patíbulo con las manos atadas en la espalda. Ahí le colocaron en el pecho un letrero en el que se indicaba su crimen. La camisa le quedaba muy floja, como si en los dos días que pasaron su cuerpo se hubiera encogido. Estaba pálido y los ojos le sobresalían de las cuencas.

—¿Qué le han hecho? —susurramos algunos.

Uno de los hombres de la Gestapo le ordenó que se parara en la silla debajo del lazo que colgaba. Luego le ataron las piernas y le pasaron el lazo por la cabeza. El oficial de la Gestapo leyó la condena en voz alta.

—Por el acto de sabotaje, el *Reichsführer* Himmler te condena a la muerte por ahorcamiento en el patíbulo.

Un hombre del Escuadrón de protección, las *Waffen-ss*, pateó la silla sobre la que estaba parado el prisionero. Su cuerpo cayó y sus pies se quedaron oscilando hasta que el cuello le tronó y la cabeza se le fue de lado. Nos miramos entre nosotros asombrados, este era un nuevo nivel de bajeza. Sentí que la indignación me inundaba la garganta y de pronto pensé que todos terminaríamos colgados de esa soga. Me dieron ganas de gritar: "¡Asesinos!", y de pronto sentí que el suelo se sacudía bajo mis pies. Era como si estuviera presenciando un terror medieval, se oyó un peculiar silencio. El doctor Seidel examinó al prisionero y pronunció su muerte. Dos de las personas de la enfermería recogieron el cuerpo y lo dejaron a un lado del edificio.

Vi al colgado de cerca, vi las profundas quemaduras que le dejó la soga en el cuello y la lengua azul inflamada colgándole de la boca. El cuerpo estaba sucio, cubierto de orina y excremento. Le pregunté a Dios si alguna vez había sentido hambre. Después, mientras estábamos formados para recibir la ración de la noche, tuve un pensamiento fugaz: "¿Cómo podemos continuar como si nada hubiese pasado?".

Los castigos por delitos menores se volvieron más estrictos y casi cualquier cosa que no estuviera permitida de forma explícita se convertía en una falta imperdonable. A veces bastaba con que alguien alegara que se había planeado un escape para que colgaran a un prisionero. A la víctima con frecuencia la culpaban por haber sido sorprendida. Aunque ahora nos podían ejecutar en cualquier momento, los prisioneros continuamos corriendo riesgos porque la

otra opción era morir de hambre. El tiempo pasó y seguimos siendo testigos de horrores similares; el jueves se convirtió en el día de las ejecuciones. Había doble turno en el patíbulo cuando se llegaban a programar más de ocho en un día. En una ocasión fueron ejecutados once prisioneros en un día, aunque no todos eran de Gutenbrunn. Los declararon muertos y los movimos. En otra ocasión, como de milagro, un hombre empezó a respirar de repente. Por un instante pensé que le permitirían vivir, pero en cuanto un oficial de la Gestapo notó que su pecho ascendía y descendía, caminó hasta él y le disparó a quemarropa en la cabeza. Era difícil olvidar algo así.

—La Convención de Ginebra prohíbe el castigo doble —protestó alguien entre murmullos, pero ¿quién iba a detenerlos?

Hubo otro incidente que me atormentó durante muchos años. Un domingo por la tarde, cuando llegué al patio, dos oficiales de la Gestapo entraron al campo de trabajo por la cocina y le ordenaron a un policía que clavara un gancho en el marco de una puerta. Luego, de una manera muy sigilosa, ejecutaron a una linda muchacha que viajaba en el automóvil con ellos. Después metieron el cuerpo a la cajuela y se fueron. Como el *Kommandant* y muchos de los guardias no iban al campo los domingos, pocos se enteraron de lo sucedido.

El precio en vidas humanas en Gutenbrunn no solo se pagaba en el patíbulo. Ahí, como en Steineck, morían muchos más prisioneros por la desnutrición y el agotamiento. Los que estaban en las camas de la enfermería comentaban entre sí que ya no soportaban aquella desgracia, y a veces yo los escuchaba.

—Cedimos, permitimos que nos esclavizaran y trabajamos para ellos con la idea de que algún día acabaría la pesadilla, pero si esto sigue sucediendo, no sobrevivirá ninguno. ¿Por qué permitimos que nos trajeran aquí? —dijo uno de ellos.

—¿Cuál era la alternativa? Si no hubiéramos venido de forma pacífica, nos habrían obligado con violencia y de todas formas habríamos terminado donde estamos —argumentó otro.

—¿Por qué la gente del mundo es tan indiferente a nuestra desgracia? ¿Acaso no saben lo que está sucediendo? —dijo el primero.

—Es probable que no lo sepan —contestó el otro.

—Deben saberlo, es solo que no les importa. La gente de la Cruz Roja sabe lo que está pasando —insistió el primero.

Después de eso me llamaron y tuve que atender otro asunto. Ya solo escuché fragmentos del resto de la discusión. Los enfermos temían que si los alemanes nos hacían ver como parásitos inútiles, el resto del mundo también nos vería así. Hablaban como si una sensación de desamparo se hubiera apoderado de ellos, como si creyeran que el mundo había perdido la esperanza respecto a nosotros.

Entre los nuevos judíos que llegaron a Gutenbrunn había un periodista de Leipzig llamado Richard Grimm. Lo conocí en las vías y de inmediato me dijo que lamentaba la forma en que Goldberg había recibido a su grupo. Era un hombre inteligente, valiente, con un físico imponente y hablaba el alemán con fluidez como Goldberg. Al principio fue cauteloso porque no conocía la estrategia en el campo de trabajo. Trabajaba duro, sondeaba la situación e indagaba. Una vez que aprendió las reglas, lanzó su ofensiva contra el líder germano-judío. Con el reciente cambio de *Kommandant*, vio la oportunidad de socavar la autoridad de Goldberg, quien tuvo mucho de qué preocuparse.

La inteligencia y osadía del periodista de Leipzig atrajo de inmediato la atención del nuevo *Kommandant*. Como era más maduro e inteligente que Goldberg, le asignaron un puesto que acababa de ser creado: administrador del campo de trabajo. Nadie sabía con exactitud cuáles serían sus responsabilidades, pero el puesto lo convertía en un infiltrado. Como tenía que estar en contacto constante con el *Kommandant* de las SS, desarrolló una base de poder y a menudo ponía en entredicho la autoridad de Goldberg. Lo criticaba abiertamente y Goldberg se quejaba. Poco

después fue evidente que solo uno de ellos podría ser el prisionero judío con mayor poder en Gutenbrunn. Como el *Kommandant* prefería la estrategia inteligente y decisiva de Grimm en lugar de la impetuosa arrogancia de Goldberg, nombró al periodista *Lagerältester* del campo, es decir, el prisionero encargado del orden. Richard Grimm era ahora el jugador principal. Kurt Goldberg continuó siendo funcionario, lo nombraron jefe de la policía, pero al menos su reinado había llegado a su fin.

En octubre de 1942, el clima empeoró muchísimo. La ropa que usamos durante meses estaba hecha jirones y nuestros zapatos hacía mucho que habían quedado inservibles. Algunos ataban las partes rotas con agujetas. ¡Cuánto deseábamos que el invierno tardara en llegar! En el trabajo, los prisioneros hacían hasta lo imposible por conservar el calor de sus extremidades: agitaban los brazos y pisaban con fuerza. Algunos incluso intercambiaban su sopa por periódico o por bolsas vacías de cemento que se ataban alrededor del cuerpo. Herdecke pasaba más tiempo en la cabaña calentándose y bebiendo café. Un día noté que había un montón de viruta por todos lados y se me ocurrió un plan. Sabía que mi argumento tendría que sustentarse en un aumento en la productividad para que Herdecke lo aceptara, pero se iba cada vez que estaba a punto de explicárselo.

Un día lo detuve antes de que pudiera salir de la cabaña.

—Señor Herdecke, nuestra gente está perdiendo buena parte de su fuerza por intentar mantenerse caliente. Creo que serían más productivos si les diéramos tiempo de hacerlo por intervalos. Me preguntaba si les permitiría usted tener un descanso a media mañana. Tenemos suficiente viruta para mantener el fuego encendido e incluso podríamos preparar café como lo hacíamos en Steineck.

El ingeniero levantó la vista del plan y me lanzó una mirada distante. Pasaron algunos minutos y, justo cuando pensé que se

negaría, dijo que estaba de acuerdo. Me di cuenta de que había logrado conmover su sentido de humanidad.

—Sí, pero ¿dónde quieres hacer la fogata? —preguntó.

Entonces le conté todo sobre la cocina en el campo de Stasia y le pareció buena idea, incluso se ofreció a traer un poco de imitación de café. Algunos días después le pedí a mi papá que reuniera leña, encendiera fuego y preparara café. Esto no pudo llegar en un mejor momento porque papá empezaba a verse como *mussulman*. Primero instaló un horno de ladrillos y, un par de días después, el sueño del descanso para beber café se volvió realidad. Es probable que esa breve pausa haya salvado muchas vidas aquel invierno, además, a partir de entonces empezaron a llamar a papá "El señor del café".

Encontrar a un nazi decente como Herdecke fue una bocanada de aire fresco.

La buena voluntad es sumamente contagiosa. Herdecke les puso el ejemplo a sus capataces y, gracias a eso, empezaron a ser más razonables. De hecho, el ingeniero comenzó a criticar a su *Führer* con más frecuencia cuando estaba yo presente. Me confesó que se había unido al partido para poder seguir ejerciendo como ingeniero, pero sentía que el *Führer* estaba llevando a su gente al desastre. A pesar de sus opiniones, yo no podía darme el lujo de discutir el asunto.

Mi padre también empezó a asar papas para los prisioneros que lograban robar algunas. A cambio, le permitían quedarse con una parte. Una vez que dejó de trabajar en exceso y que recibió un poco más de alimento, sus mejillas empezaron a recobrar el color. Gracias a la influencia de Grimm sobre el *Kommandant*, nuestras barracas médicas se expandieron, lo que nos permitió mantener a más prisioneros enfermos en cama. Papá y yo nos mudamos a una nueva barraca que construyeron para alojar a los recién llegados, y en algún momento dejé de trabajar para Herdecke para poder permanecer en la enfermería todo el tiempo.

Zosia tenía que hacer un largo viaje a pie para visitarme, pero aun así iba al menos una vez al mes para darme alimentos y medicamentos, y para entregarme las cartas de Pola y mamá. Un sábado me dio dos cartas, lo cual me pareció muy raro porque estaban fechadas con solo dos días de diferencia. Cuando volví a la barraca, papá abrió una y yo la otra. En la primera carta nos contaban sobre las deportaciones que se estaban llevando a cabo. La segunda era aún más perturbadora. Habían arrestado y deportado a mi hermano Josek. Mamá y Pola no sabían dónde se encontraba. Ni siquiera la exención que le había otorgado un capitán del ejército alemán pudo salvarlo. Fue un fuerte golpe para mi madre. "No importa lo que pase, no dejaré a mamá", escribió Pola. Papá me miró.

—Dios nos pide que no cuestionemos su voluntad —sentenció con un profundo suspiro, pero enseguida empezó a temblar, presa de un inconmensurable dolor.

Ambos sabíamos que Pola y mamá ahora estaban en verdadero peligro. En mi mente, me sentía en casa, a su lado. Después de leer las cartas fui a la enfermería sintiendo que me estrujaban el corazón.

No pasó mucho tiempo antes de que Goldberg perdiera toda su autoridad y se resignara a obedecer a Grimm. En cuanto cayó en el aislamiento, dejó de tener aquel descontrolado y arrogante comportamiento de antes. Grimm, por su parte, era un hombre justo sin escrúpulos. Uno de los beneficios de su reinado fue que solicitó un descanso obligatorio en cama para los prisioneros los domingos por la tarde, entre las dos y las cuatro. En algunos momentos de esperanza, que rara vez se producían en aquel lugar, recordar las apasionadas palabras de una antigua melodía judía animó a los prisioneros a componer "La canción de Gutenbrunn", basándose en una popular canción yidis de aquel tiempo: "Americzke Ganiv", que hablaba sobre el inframundo en Estados Unidos. El estribillo de la lenta y taciturna melodía se repetía:

En Gutenbrunn trabajamos del amanecer al anochecer
A cambio de pan rancio y sopa de nabos
Somos judíos, no podemos lamentarnos
Y si lo hiciéramos, ¿quién nos oiría quejarnos?

Después de cada estribillo, los prisioneros añadían sus propias letras de forma espontánea:

Trabajo, trabajo, trabajo, hasta que la libertad llegue.
Solo entonces la vida volverá a ser buena.
Pero por ahora no podemos lamentarnos.
Si lo hiciéramos, ¿quién nos oiría quejarnos?

Otro de los prisioneros cantó:

¿Qué caso tiene? ¿Qué podrían hacer?
Este es nuestro destino.
No sufran, no se amarguen
Si lo hiciéramos, ¿quién nos oiría quejarnos?

Todos los domingos era posible escuchar estos versos y otros similares.

Durante algún tiempo pareció que la guerra había llegado a un punto muerto, como si todos los territorios de los que los nazis se habían apoderado continuarían siendo suyos. Un día, sin embargo, llegaron buenas noticias. Nos enteramos de que Estados Unidos le había declarado la guerra al Eje en diciembre. Para entonces era enero de 1943 y Tadek me contó que se habían formado nuevos campos de trabajos forzados para judíos cerca de donde nos encontrábamos.

Aunque todavía era invierno, el sábado que Zosia vino a visitarme tuvimos la fortuna de disfrutar de un clima bastante agradable. Su visita me resultó muy reconfortante, no nos habíamos visto en varias semanas. Vestía un abrigo y, debajo, un sencillo pero hermoso

vestido con lunares. Como los centinelas no estaban en la entrada más pequeña, salí y pudimos pasear un poco por el camino. Para ese momento los guardias me conocían como el dentista y, en el peor de los casos, solo me gritarían y me ordenarían volver. Caminamos hasta llegar a un pequeño bosque en el que nos adentramos.

Paseamos un rato por ahí y luego nos detuvimos. Miré los deslumbrantes ojos de Zosia, la abracé y la besé. Ella me rodeó con sus brazos y cedió a mis insinuaciones. Nos volvimos a besar y ella apoyó su cabeza en mi hombro. Nuestra pasión se exacerbó, no pudimos resistir el deseo. La recosté en la nieve e hicimos el amor por primera vez desde mi llegada a Gutenbrunn. De pronto oímos voces acercándose y percibí el peligro. Miré alrededor y no vi dónde escondernos. Cuatro hombres caminaron hacia nosotros y solo actuamos de manera casual. Se detuvieron. El más joven, que era como de mi edad, me miró de manera hostil, y entonces comprendí que estábamos en muchos más problemas de los que imaginé al principio.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó furioso.

Zosia intervino.

—Es mi amigo y vine a visitarlo.

El hombre no le prestó atención, solo volteó hacia mí y empezó a gritar.

—Sabemos que eres un maldito judío del campo de trabajo. Los vimos entrar al bosque. Y tú —dijo señalando a Zosia—, tú deberías avergonzarte. Mírate, mezclándote con judíos. Que una joven polaca putee con un judío es una abominación.

Estábamos a su merced. El hombre me jaló de la camisa y me golpeó en la cara varias veces. Luego me lanzó a uno de sus compañeros, quien me abofeteó y me lanzó de vuelta al primero. Me tiraron al suelo y, cuando traté de levantarme, me patearon. Zosia lloraba y suplicaba.

—¿Por qué hacen esto? ¿Por qué lo lastiman? No les ha hecho nada.

Pero sus súplicas fueron en vano, los otros dos grandulones la sujetaron y la alejaron de mí. Cada vez que traté de levantarme, me golpearon como si fuera balón de futbol. Pensé que nunca se detendrían.

—¿Por qué me golpean? —pregunté.

Durante todo ese tiempo pensé en las consecuencias, en lo que sucedería cuando me llevaran a la caseta de los centinelas. Pensé que mi fin había llegado.

Su ira disminuyó después de un rato. Al parecer me golpearon lo suficiente y se fueron. Mi pesadilla llegó a su fin, tuve suerte de que no me llevaran con los centinelas porque ahí me habrían podido hacer lo indecible. La cabeza me daba vueltas y la cara me ardía. Tenía la ropa ensangrentada. El interior de mis mejillas estaba repleto de cortadas, incluso sentía flojos varios dientes. Traté de mover la mandíbula y vi que, aunque me dolía muchísimo, no estaba fracturada. Zosia vio mi cara y se horrorizó. Aunque el cuerpo me dolía por la golpiza, el mayor suplicio provenía del interior. Sentí espasmos estomacales que me hicieron doblarme del dolor. Se repetía la agonía que experimenté después de que Krusche me golpeó en Steineck. Para Zosia era evidente lo avergonzado que estaba.

—Son solo un montón de rufianes, no saben lo que hacen —dijo para consolarme y luego me ayudó a limpiar mi ropa.

Quería volver al campo lo más rápido posible. Zosia me dio mis medicamentos y un paquete que llevaba. Abrumado por el enojo y la vergüenza, le di un beso de despedida.

Cuando llegué al borde del bosque miré con cautela a lo largo del camino que llevaba al campo de trabajo. Cuando constaté que no había nadie, caminé hasta la entrada de la cocina. En cuanto estuve en el patio no me fue difícil mezclarme con los otros prisioneros. Pasaban de las dos, así que habían distribuido la ración de sopa

mucho antes, pero los eternos optimistas seguían monitoreando la ventana de la cocina, en caso de que llegaran a repartir segundas porciones. Fui al cuarto, dejé el paquete con el pan y los medicamentos debajo de la cobija de papá, y fui a enjuagarme la cara y la boca. Tenía la esperanza de que los dientes que sentía flojos se volvieran a afianzar con el tiempo.

Aquel invierno no resultó tan frío como el anterior, pero nuestra ropa, que ahora solo eran jirones, no nos serviría para enfrentarlo. El índice de deserción entre quienes se encargaban de las vías congeladas era considerable. Aunque yo ya no trabajaba para Herdecke, tuve la suerte de que nuestro destacamento siguiera gozando de los descansos de media hora, y papá continuó a cargo de la preparación del café.

Un día, a principios de abril, Mendele caminó detrás de mí cuando atravesé el patio.

—¿Ya sabes lo que está sucediendo en Varsovia? —me preguntó.

Mendele a menudo contaba historias extrañas y muchas no eran ni la mitad de ciertas. Pero lo que empezó a decir sonaba tan terrible que decidí escucharlo.

—Los alemanes están transportando a hombres, mujeres y niños del gueto a un campo de concentración llamado Treblinka y ahí los están matando —aseguró.

—Mendele, estás volviendo a inventar historias —dije, y él enfureció y repitió la historia.

—Lo juro por Dios, es verdad —insistió.

Sonaba demasiado serio el asunto, así que le pregunté quién le había contado todo.

—Un polaco que vive escondido —dijo.

Esa fue la primera vez que oímos hablar de una exterminación masiva de ese tipo. Tiempo después me enteré de que habían matado a casi tres mil personas en Treblinka. Los nazis lograron convertirnos en esclavos bien portados y dispuestos a trabajar para ellos solo para poder seguir viviendo, lo hicieron infundiéndonos una

mezcla de terror y reverencia. Cuando ya no pudieron matarnos lo bastante rápido con el trabajo forzado, se les ocurrieron ideas como las de Chelmno y Treblinka.

A medida que los hombres iban terminando una sección del ferrocarril, los alejaban más del campo. Esto añadía entre tres y cinco kilómetros adicionales que tenían que caminar todos los días para ir a trabajar. Los accidentes empezaron a ser más frecuentes, por lo que el doctor Seidel quiso que patrulláramos las obras por lo menos una hora al día para atender a los enfermos y los heridos. Yo fui el primer voluntario y, armado con vendajes, algodón y una botella de yodo, empecé a ir todas las mañanas a la obra.

Un domingo, a finales de abril, Zosia fue a verme y llevó una carta del gueto. Mi premonición resultó cierta, las noticias eran muy graves. Me quedé paralizado al leer la primera oración. Mi hermana y mi madre habían sido asesinadas.

# 10

# El asesinato de mi familia

Cuando terminé de leer la carta cerré los ojos y me quedé paralizado. Zosia intuyó que algo terrible había sucedido en el gueto y me preguntó de qué se trataba. No pude responderle. Cuando me preguntó si tenía que ver con mi madre y mi hermana, asentí con la cabeza. Me miró y, al darse cuenta de que no estaba en condiciones de hablar, se retiró en silencio.

Volví a sentir los espasmos estomacales. Cuando iba camino al campo de trabajo leí la carta de nuevo con la esperanza de que no fuera cierto, pero las palabras terminaron transmitiendo un mensaje aún peor del que esperábamos.

> Cuando reciban esta carta, mamá y yo ya no estaremos vivas. Aunque nos dijeron que nos llevarían a instalarnos en otro lugar, sabemos que nos llevan a Chelmno y nadie ha regresado de ahí. Somos los últimos en el gueto, solo quedamos doscientos. En realidad ya no importa. Estamos cansadas de esta vergonzosa vida. Si vuelves a ver a Josek, avísale lo que sucedió con nosotras. Ya no escribas, ya no estaremos aquí. Esperamos que tú, papá y Josek tengan aún la oportunidad de sobrevivir. Nuestro cariño para ti y para papá, Bronek.
>
> Pola

Mamá añadió un renglón para despedirse de papá y de mí:

> Tal vez nos encontraremos todos en otro mundo.

Fue devastador, no podía respirar. Mis piernas se bloquearon y se negaron a transportarme. Recordé a mamá y a Pola el día que nos deportaron. Recordé la mirada de desolación de ambas, serenas y tratando de contener el llanto. Miré la carta y el indignante crimen me miró de vuelta. El largo sufrimiento de mi madre y mi hermana había llegado a su fin. Soportaron más de dos años en el gueto para nada. Levanté la cara y miré los cielos absorto. Le pregunté a Dios por qué, pero solo vi aros de plata girando frente a mis ojos. Me criaron para venerarlo y él me había fallado.

Entonces ponderé el impacto que tendría la noticia en mi padre. ¿Habría palabras menos dolorosas para disimular la amargura de la verdad? Si acaso existían, no las encontré. Guardé la carta en mi bolsillo y caminé a la barraca. Sabía que tenía que informarle a papá. Lo encontré al borde de su litera. Me acerqué y le entregué la carta sin decir nada. Palideció en cuanto empezó a leer, sus hombros se desplomaron. Cerró los ojos embargado por el dolor y se cubrió el rostro con las manos. Lo vi retorcerlas y supe que estaba recitando el kadish. Terminó y me miró con una mezcla de dolor y angustia.

—Si son capaces de matar a mujeres y niños, tal vez el mundo se ha vuelto loco —señaló.

Nuestros corazones desbordaban lágrimas, pero nosotros habíamos olvidado cómo llorar.

—Solo Dios sabe lo que está sucediendo, hijo —me dijo.

Papá no me había llamado "hijo" en años. Nos quedamos sentados un largo rato en silencio, con la cabeza agachada. Nada de lo que dijéramos tendría sentido. Luego, cuando no soportó más, salió de ahí.

El domingo por la tarde, nuestro día de descanso, en realidad estaba pensado para el bienestar de los guardias y los oficiales de las SS. Me recosté y me quedé con los ojos abiertos sin moverme, contemplando el alto techo de la barraca. Algunos rayos de luz penetraban por las ventanas cubiertas de suciedad e iluminaban las partículas de polvo que bailaban su coreografía incesante. Me

parecía imposible. Mi madre y mi hermana no podían estar muertas. Volví a leer la carta temiendo que la noticia fuera irrevocable y final. Luego saqué algunas viejas fotografías familiares que guardaba bajo mi almohada y que para ese momento estaban amarillentas y rayadas. Miré a mamá y recordé lo último que nos dijo cuando partimos: "Cuando esta pesadilla termine, nos reuniremos aquí todos de nuevo". Me sentí muy solo. Necesitaba compartir mi dolor con alguien, pero ya no había intimidad alguna. Nuestras vidas eran una agonía tan intensa que todos se guardaban sus asuntos personales. Todos enfocaban su fuerza en sobrevivir. Además, tampoco tenía derecho de agobiar a otros con mi pena. Después de todo, cada uno tenía su propia tragedia, ¿no?

Detrás de nuestras literas alguien terminó una oración y dijo "Amén" en voz alta. Luego otro hombre empezó a cuestionar su devoción a Dios.

—¿Cómo puedes seguir creyendo en las oraciones? No te servirán de nada —dijo.

—No tienes por qué creer en Dios. Yo sí lo hago. El hecho de estar aquí no significa que tenga que dejar de creer. Lo que sucede no es culpa suya, es el fracaso de los hombres. Al final tendrán que pagar por estos actos inhumanos, por su inmoralidad —argumentó el primero.

—"Actos inhumanos", "inmoralidad", deja de decir tonterías. Los alemanes no creen ni en Dios ni en la moralidad. Ellos obedecen a Hitler —dijo el segundo.

—Dios hace las cosas a su manera, pero debes creer que es el Juez máximo. No le dará la espalda a su pueblo elegido… —añadió el primero.

—¿"Elegido"? ¿Quieres decir que somos los elegidos? ¿Elegidos para qué? —interrumpió el segundo.

—Haber sido elegidos no significa que fuimos designados para ser distintos o mejores que los otros. Nos eligió para aceptarlo a él y

sus enseñanzas sin cuestionarlas. Él, el Justo, siempre está con nosotros —insistió el primero.

—Tal vez tú estés convencido, pero yo no. Si esto sigue así, Dios se quedará sin el pueblo que lo adora. Si acaso ser uno de los elegidos provee algo de consuelo, yo no lo siento —agregó el segundo.

Yo no negaba su existencia, pero me preguntaba dónde estaría ese Dios en el que mi padre me enseñó a creer. Dejé de depender de él en el instante en que me quedé tirado sangrando afuera del dispensario en Steineck. A partir de ahí me embarqué en una génesis propia sin Dios. Aceptar mi judaísmo en el foso de aquella vida inhumana resultaba muy difícil, así que solo enterré la cabeza en la almohada para aislarme de todo y me quedé dormido.

Cuando desperté sudando en medio de un sueño, comprendí que, en efecto, ahora mis pesadillas y mi vida eran casi lo mismo. Tomé una cucharada de belladona para paliar el insoportable dolor estomacal, me deslicé hasta el suelo y salí de la barraca. Afuera encontré a papá. Nos detuvimos y nos miramos sin hablar. Nuestro desconsuelo no tenía explicación. Había sido un día largo y doloroso para ambos. Esa noche, la barraca nos parecía una silenciosa morgue.

Al día siguiente soñé que estaba en casa. Era viernes por la noche, el principio del *sabbat*. Mi padre, mi hermano y yo acabábamos de regresar de la sinagoga. Mamá cerraba los ojos, colocaba las manos sobre las velas encendidas y recitaba una oración. Papá levantaba un cáliz con vino y recitaba el *kidush*. Mi abuelo bendecía el *challah*. Sobre la mesa había flores silvestres que Pola había recogido. En mi sueño todo se veía tan convincente y real que parecía que nunca habíamos ido. A la mañana siguiente volví a mi amarga realidad; cada alemán que veía me parecía culpable del asesinato de mamá y Pola.

Cuando la Alemania nazi puso en marcha su plan de exterminación masiva de judíos, eligió a Polonia como el escenario

principal. Tal vez no fue casualidad. Cuando Tadek me contó sobre los nuevos campos de trabajos forzados en el área, me quedé intrigado.

—¿Dónde están? ¿Están lejos de aquí? —pregunté.

—¡Ah, no! Uno está a solo veinte kilómetros de aquí. Es para mujeres —me explicó. No había oído que obligaran a las mujeres a ir a los campos de trabajo. Las arduas tareas y las condiciones del lugar no les permitirían sobrevivir mucho tiempo. Pero si acaso era cierto, entonces quizá ahí podría encontrar a mi madre y a mi hermana. Este pensamiento tan promisorio no me dejaba en paz. Le dije a Grimm que dudaba que en ese campo hubiera cuidados dentales. Le expliqué que, si me lo permitían, podría ir a ayudar. A Grimm le gustó mi idea y estuvo de acuerdo en hablar con el *Kommandant*.

Yo sabía que no me permitirían salir de Gutenbrunn sin un guardia, así que pensé en Tadek, con quien aún tenía una buena relación porque no lo impliqué en la debacle del pan en Steineck. Él aceptó ir conmigo. Sabía que tenía una bicicleta porque lo veía usarla todos los días. Le pregunté si me podía conseguir una y me dijo que tal vez.

Había nevado durante varios días y sobre la tierra había una capa de más de veinticinco centímetros. Cuando no nevaba, al cielo lo cubrían nubes muy oscuras. La enfermería estaba repleta de enfermos y moribundos, la mayoría de los prisioneros sobrevivía por pura voluntad. Yo tenía la esperanza de escapar de esa prisión, aunque fuera solo algunas horas.

Aunque volví a ver a Grimm varias veces, no mencionó nuestra conversación, incluso me pareció que la había olvidado, pero un día él y el *Kommandant* fueron a la enfermería y el tema surgió.

—*Achtung!* —gritó Seidel cuando los vio entrar—. *Herr Lagerführer*, sesenta y cinco enfermos en cama y siete asistentes. Todo va bien —reportó.

La cantidad de prisioneros en la enfermería cambiaba con tanta rapidez que seguro Seidel solo estaba adivinando, pero sabía que los datos eran importantes para el *Scharführer* Köhler.

El *Kommandant* parecía granjero, era un poco mayor que los oficiales típicos de las SS y su cabello empezaba a encanecer. Sin embargo, no era inhumano y, a diferencia de sus predecesores, se interesaba en sus prisioneros. Grimm volteó a verlo.

—*Herr Lagerführer*, es probable que en el campamento para mujeres que está cerca de aquí no haya una estación dental. Nuestro dentista me dijo que él podría ir a atender a las prisioneras. Por supuesto, un guardia iría y permanecería con él todo el tiempo.

El *Kommandant* miró a Grimm y luego me miró a mí.

—*Freilich* —dijo tras un momento de deliberación. Me mordí los labios y contuve mi euforia.

—Gracias, *Herr Lagerführer* —dije antes de que se fueran.

Grimm regresó un poco más tarde para decirme que el *Kommandant* le había advertido que mi entrada al campo de mujeres dependía del *Kommandant* de allá. Ya había llegado bastante lejos, pero contuve mi optimismo.

Era finales de abril de 1943. El sol brillaba y nos brindaba una engañosa apariencia primaveral. Siempre que aparecía en el cielo, el invierno parecía desaparecer porque, como vivíamos enclaustrados entre edificios altos, nos daba la impresión de estar confinados en una fortaleza. Le dije a Tadek que el Viejo, como él llamaba al *Kommandant*, me había dado permiso de ir al campo de mujeres.

—Bien. Hablé con mi cuñado y me dijo que podría prestarte su bicicleta —contestó.

De pronto comencé a sentirme ansioso.

—Tadek, ¿cuándo podríamos ir? —pregunté.

Me dijo que el miércoles era su día libre y que trataría de acompañarme ese día. Tadek desempeñaba un papel importante en mi vida, el hecho de ser guardia no interfería con su naturaleza elemental de hombre decente. Entre tantos guardias malvados, él

siempre ayudaba si la situación se lo permitía. Aunque yo sabía que la probabilidad de encontrar a mi madre y mi hermana no era muy elevada, aún albergaba la esperanza en mi corazón.

El miércoles Tadek fue a recogerme. Cuando era niño veía a mis hermanos en sus bicicletas, gracias a eso, andar en una fue algo natural, aunque era demasiado pequeño en aquel tiempo para alcanzar los pedales, así que tenía que inclinar la bicicleta a un lado y poner un pie debajo del manubrio. Al ver a Tadek llegar con dos bicicletas, recordé mi infancia. Cuando empezamos a alejarnos del campo de trabajos forzados, me dijo que me quitara del brazo la banda con la estrella amarilla.

—Más vale que tengamos cuidado —me advirtió.

Hacía frío a pesar de que el día estaba soleado. El corazón me palpitaba por la emoción, el entusiasmo de estar vivo recorrió mi cuerpo. Salir del campo de trabajo sin un estigma me dio la ilusión de la libertad. Ni Tadek ni yo sabíamos qué campo visitaríamos. Pasamos por un pueblo no muy lejos del nuestro. Vimos a algunos granjeros trabajando, abonando sus tierras con estiércol. Tadek le pidió a uno que le dijera cómo llegar a un pueblo del que yo nunca había oído hablar.

—Solo sigan el camino —indicó el hombre.

Poco después, Tadek reconoció una señal y estuvo seguro de que íbamos en la dirección correcta. Algunos minutos después, al dar vuelta en una curva, vimos a gente trabajando a ambos lados del camino. Al acercarnos vi guardias y a unos cien hombres aplanando las riberas. Estábamos lo bastante cerca como para ver sus estrellas de David amarillas. Ni Tadek ni yo esperábamos algo así.

—Solo actúa con naturaleza —me dijo. Cuando pasamos en las bicicletas, saludó a los guardias.

—*Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* —respondieron ellos.

La mayoría de la gente en el lugar levantó la cabeza con curiosidad y, aunque yo quería ver si reconocía a alguien, sabía que

no debía delatarme. Pasé a su lado impávido, como si no me interesaran en lo absoluto, pero entonces, uno de ellos gritó:

—¡Miren, es Bronek, el hermano de Josek!

Temí la reacción del guardia, solo pude poner la mano sobre mi boca, pidiéndole con un gesto que se callara. Para ese momento ya todos me miraban, pero me mantuve indiferente al hombre que gritó. Cuando pasamos al lado de las largas filas de prisioneros continué haciendo el gesto para acallarlos, y entonces me pareció ver un fantasma. La postura y el color del suéter de un hombre me recordaron a mi hermano. Cuando volteó y me miró, estuve seguro de que era él. Dejó de cavar, apoyó los brazos en su pala y me miró aún más conmocionado de lo que yo lo estaba. Fue un milagro encontrarlo de esa forma tan inesperada. Tadek notó que algo me había perturbado.

—Tadek, mira allá, el hombre con el suéter beige ¡es mi hermano! —susurré.

Seguimos avanzando y nos detuvimos a unos cien metros de ellos. Si acaso los guardias notaron algo, nadie dijo nada.

—Tadek, ¿me permitirían hablar con mi hermano? ¿Aunque sea solo un minuto?

—Espera aquí. Iré a ver —dijo.

Todos los hombres me miraban preguntándose cómo era posible que anduviera por ahí en bicicleta sin la estrella de David en mi brazo. Tadek caminó hasta donde se encontraba el guardia más cercano. No le quité la vista de encima, estaba ansioso de conocer la respuesta. Regresó casi enseguida.

—Estos prisioneros son de Lenzingen, el campo de trabajo al que vamos. Sus barracas están algunos kilómetros más adelante. Los guardias te dejarán ver a tu hermano unos minutos, pero temen que un oficial de las ss venga y te vea, porque eso les costaría el trabajo —explicó.

Cuando nos reunimos, Josek y yo nos abrazamos. Éramos un par de hermanos que jamás pensaron volver a verse. Luego nos

sentamos sobre la hierba, en un claro libre de nieve. Vi que Josek no había cambiado, solo se veía más delgado. Yo tenía tantas preguntas que hacerle, que no sabía por dónde empezar. Sabía que tendría que darle las noticias sobre mamá y Pola, pero primero le pregunté cómo había llegado ahí y qué había sucedido en Dobra antes de que lo arrestaran.

—Fue inevitable. La situación era espantosa —dijo.

Noté que estaba preparado para lo peor, así que le dije lo que sabía de mamá y Pola.

—Pola tuvo oportunidades de escapar, pero sabía que para mamá el fin estaba cerca. Alguien incluso le ofreció un documento ario, pero ella se negó a abandonar a nuestra madre —me explicó.

Notamos la impaciencia de los guardias. Le dije a Josek que Tadek y yo nos dirigíamos a su campo.

—No vayas, si Krusche te ve, te matará.

Me quedé anonadado. ¿Cómo era posible que supiera sobre Krusche y mis problemas con él? Nunca mencioné nada al respecto en las cartas que envié a casa. Josek me explicó que Krusche era su *Kommandant*, y que cuando oyó que su apellido era Jakubowicz, le preguntó si era mi hermano. Al oír la respuesta, enfureció. "Espero volverme a encontrar con tu hermano y verlo muerto algún día", le dijo. Según Josek, las condiciones en su campo de trabajo eran parecidas a las nuestras. Muchos de los hombres trabajaban en el mismo ferrocarril.

Antes de separarnos, Josek me preguntó si yo podría volver algún día.

—Tenemos libre entre las doce y la una —dijo.

Le prometí que trataría de volver muy pronto. Luego regresé a donde estaba Tadek, quien seguía mirando a todos lados en busca de alguna señal de peligro. Le dije que no podíamos ir a ese campo y le expliqué por qué. Estuvo de acuerdo, él tampoco tenía muchas ganas de volver a ver a Krusche.

Para ese momento pasaban de las dos, no nos quedaba tiempo para ir a ningún otro lado, así que volvimos a Gutenbrunn. Le conté a Tadek lo que el Viejo le había dicho a Grimm: que la posibilidad de entrar a este campo dependía de su *Kommandant*. No le sorprendió, sabía que Köhler no podía hablar por las decisiones del *Kommandant* de otro campo.

—Nunca dejamos de correr riesgos, ni siquiera en el trayecto hacia acá. Si alguien hubiera querido, nos habría podido causar problemas —dijo.

Cuando entramos a Gutenbrunn, papá regresaba del trabajo. Le dije que había encontrado a Josek y le pareció increíble. Más tarde le di todos los detalles. Cuando le conté al poco emotivo Seidel que había encontrado a mi hermano, murmuró: "Qué bueno". Grimm, en cambio, compartió gozoso mi buena suerte.

—Pero ten cuidado. Allá afuera estás solo, sin ayuda —me advirtió.

A pesar del peligro, anhelaba y me hacía feliz pensar en mi siguiente salida. Grimm y yo teníamos una buena relación, él incluso me había confesado lo difícil que le resultaba minimizar las crueles órdenes que a menudo le daban y conservar por sí mismo el respeto que le tenían.

Trabajar en la enfermería me daba un propósito, ahí podía hacer algo útil. A pesar de su mala suerte, algunos de los prisioneros ahí eran muy sabios y afirmaban el respeto espiritual que tenían por la vida. Esto mitigaba su desesperanza.

El siguiente miércoles fui a la entrada principal y me escabullí bajo la ligera nevada. El joven guardia que estaba ahí me conocía. De hecho, para ese momento casi todos ellos me conocían.

Tadek y yo comenzamos el recorrido en bicicleta.

—Es muy temprano para ir a ver a tu hermano. Vayamos primero al campo de trabajo para mujeres, queda a solo una hora —me dijo.

Tras el milagro de haber encontrado a Josek, mi ánimo aumentó y ahora tenía la esperanza de encontrar a Pola y a mi madre. A

veces, a pesar de lo remota que es la esperanza, resulta más fuerte que la lógica. De pronto noté que, sin importar cuán rápido pedaleara, no podía seguirle el paso a Tadek. Mi bicicleta había llegado al final de su vida útil, era obvio que preferiría retirarse.

Dimos vuelta en un camino pedregoso y vimos a muchas mujeres trabajando en un campo. Un kilómetro más adelante había un grupo de barracas.

—Ese es su campo —dijo Tadek señalando. Eran los típicos edificios de un solo piso construidos en hileras. Los rodeaba una valla de alambre de púas. Nos detuvimos—. Ponte la banda con el parche —me indicó Tadek—. Al *Kommandant* de aquí podría no gustarle ver a un prisionero sin su estrella.

Tadek me dejó sosteniendo las bicicletas a unos ciento cincuenta metros de la entrada y caminó solo hasta la caseta de los centinelas. Las barracas estaban fabricadas con pino sin lijar. Todo se veía construido con prisa. Aunque no pude escuchar la conversación de Tadek con el centinela, traté de descifrar sus gestos. Un tercer guardia se acercó y vi a Tadek asintiendo con la cabeza. Supuse que habrían llegado a un acuerdo.

—El *Lagerführer* no está aquí, pero te dejarán entrar. Solo debo decirte que por el momento hay pocas mujeres en el campo —explicó Tadek.

Dejamos las bicicletas apoyadas en la caseta y entramos al campo. Dos centinelas polacos se nos quedaron mirando con curiosidad y mostraron un interés particular en mi caja. Les aseguré que en ella no había más que mis herramientas dentales, entonces me miraron con una peculiar adulación y me dejaron pasar. Caminé detrás de Tadek. En el campo reinaba un silencio espeluznante y no había ninguna mujer a la vista. El pulso se me aceleró, no sabía qué esperar. Vimos una puerta, parecía la entrada a una cocina. Estaba seguro de que ahí habría alguien. Abrimos la puerta y vimos a dos mujeres como de veintitantos años pelando papas. Esperaba rostros juveniles, no estaba preparado para su extrañísima apariencia: no

tenían pelo, parecían más bien muchachos. Ellas también se quedaron sorprendidas hasta que les dijimos quiénes éramos y por qué estábamos ahí. Entonces todo comenzó a explicarse. Una de ellas era alta y delgada, la otra era baja de estatura, un poco más llena, y tenía un fuerte acento yidis. La menos alta respondía con más presteza, era claro que era la más preparada para hablar. Todavía vestían la ropa con que llegaron, pero también portaban estrellas amarillas. La alta tenía un rostro agradable, ojos amplios y buena figura, vestía falda oscura y una blusa de flores de colores claros. Aquellas prendas alguna vez estuvieron de moda, ahora eran solo trapos viejos. De no ser por su cabeza calva, habría sido muy atractiva. Les pregunté cuánto tiempo llevaban ahí y de dónde eran. Nos enteramos de que habían llegado solo tres semanas antes y que hasta ese momento no habían enterrado a ninguna de las presas. Por supuesto, el término *mussulman*, que en este caso habría sido *mussulwoman*, no significaba nada para ellas. En su campo de trabajos forzados no había ni médico ni dentista, ni siquiera un dispensario.

—Soy Małka Rosen, soy de Kalisz —dijo en un tono monótono la que más hablaba.

—¿Eres hermana de Ruzka? —me apresuré a preguntar.

—Sí. ¿La conoces?

—¿Tu padre tenía un negocio de agua mineral?

—Así es —respondió.

Yo recordaba con mucha claridad a Ruzka.

—¿Dónde está tu hermana? —le pregunté.

—Aquí, pero no está trabajando —dijo.

¡No podía yo creerlo! ¿La hermosa Ruzka estaba en ese campo de trabajos forzados? Estudiamos en la misma escuela, en el gimnasio judío. Entonces recordé una costumbre que había olvidado mucho tiempo atrás: en las noches solíamos pasear durante horas por el bulevar en Kalish. Ruzka siempre era la más amable de todos.

Cuando mi sorpresa pasó, pregunté si toda la gente de Dobra estaba ahí.

—Soy Chana Cimerman, de Koło, una ciudad no lejos de Dobra. Conozco a algunas jóvenes de Dobra que están aquí —dijo la más alta.

—¿Conoces a Pola Jakubowicz?

Las jóvenes se miraron.

—Hay una Balcia Jakubowicz, pero es de Uniejów —dijo.

Balcia era mi prima, la hija más pequeña de mi tío Chaim. Pensé que ella tal vez sabría más sobre lo que pasó en los últimos días en Dobra. Tenía que verla. Le dije a Małka que volveríamos el próximo miércoles.

—Trataremos de estar aquí entre diez y doce —añadió Tadek.

—Por favor dile a mi prima que me viste —dije.

—Creo que sería mejor si vinieran el sábado o el domingo —respondió Małka—, todas las jóvenes estarán aquí.

Miré a Tadek, pero él solo negó con la cabeza.

En ese momento se abrió la puerta. Una mujer de espalda ancha con una banda de policía en el brazo entró a la cocina, se veía sorprendida. Małka le explicó quiénes éramos. Complacida de que nuestra visita no tuviera nada que ver con ella, se fue. Tadek me recordó que si no nos íbamos en ese momento, tal vez no veríamos a Josek.

Vimos a mi hermano a las doce y media. Él y los otros judíos estaban sentados a un lado del camino, descansando apoyados en árboles altísimos de entre doce y quince metros. Tadek se bajó de la bicicleta y se acercó al mismo guardia que la semana anterior me había permitido ver a mi hermano. Por la intensa mirada de Josek supe que me había estado esperando. Como el primer guardia ya había dado su autorización, mi hermano se acercó a mí. El otro guardia se nos quedó mirando. Le habían dicho a Josek que podía separarse del grupo, pero que tenía que permanecer a la vista. Caminamos por un sendero que llevaba a unos árboles, a unos

ochocientos metros de distancia, y ahí nos detuvimos. Teníamos muchas cosas que preguntarnos. Josek quería saber si papá estaba bien. Le daba curiosidad dónde trabajaba y qué hacía. Luego me preguntó cómo conocí a Zosia y en dónde la veía. Le conté con detalle el milagro que fue nuestro encuentro. También me preguntó dónde había obtenido la bicicleta. Un rato después le mostré la última carta que recibimos de mamá y Pola, y le dije que acababa de estar en un campo de trabajo cercano que los nazis habían instalado para mujeres judías. Le expliqué que, aunque muchas eran de nuestra zona, no las encontré ahí. Cuando terminó de leer la carta negó con la cabeza y dijo que le había parecido obvio que el fin del gueto estaba cerca. Le conté que tenía la esperanza de ver a nuestra prima Balcia, que creía que tal vez ella podría esclarecerme sobre el destino de nuestra madre y nuestra hermana.

Yo quería saber sobre mis amigos de Dobra.

—Por desgracia —dijo—, la mayoría están en campos de trabajo o muertos.

Cuando a Josek lo reclutaron para la caballería polaca y lo vi con su elegante uniforme, deseé ser él. Cada vez que hacía chocar sus relucientes botas altas, me parecía que era el hombre más valiente de nuestro pueblo. Lo que más me gustaba, sin embargo, era su sombrero alto redondeado. Aunque me quedaba tres tallas más grande, cuando me lo ponía me sentía como un héroe adulto. Ahora, la diferencia de seis años que había entre nosotros no se notaba. Antes de volver al trabajo, Josek me preguntó si podría llevar a papá conmigo para que lo visitara. Cuando me fui y dejé atrás a mi hermano y a sus compañeros me sentí apenado, aunque teníamos el mismo destino, yo gozaba de la libertad de salir y visitar mientras los otros estaban confinados a una vida de rigor y trabajo brutal.

Cuando los prisioneros de Gutenbrunn se enteraron de la existencia del campo de trabajo para mujeres, me hicieron una infinidad de preguntas. Poco después, ya me había convertido en mensajero y llevaba notas de ida y vuelta entre los dos campos.

Un jueves por la mañana llegaron seis hombres a nuestro campo. Era una escena que ya para entonces nos resultaba familiar. Los verdugos de las SS y la Gestapo ya tenían tanta experiencia, que parecía que veían los ahorcamientos como una broma. Cuando los prisioneros volvieron del trabajo, les indicaron que se formaran alrededor del patíbulo. Luego salieron los condenados con las muñecas atadas en la espalda, la carne colgándoles y la piel de un tono entre gris y azul. Al estar bajo la brillante luz del sol, comenzaron a parpadear. Los llevaron a unas sillas, tenían las piernas atadas entre ellos. Una vez que el oficial de la Gestapo leyó la condena, uno de los hombres que serían ejecutados levantó la voz y gritó.

—¡Pagarán por esto! Algún día el mundo se vengará de estos crímenes, ¡malditos asesinos!

Que un judío se atreviera a amenazarlos de esa manera los asombró. Es probable que nunca hubieran visto algo así.

—¡Cierra la boca! —gritó un oficial de la Gestapo, pero el condenado, que ya no tenía nada que perder, continuó gritando.

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Los prisioneros nos miramos anonadados. Vimos lo avergonzados que estaban los nazis. Tras algunos intentos más por acallar al hombre, un miembro de la Gestapo con una cicatriz en el rostro le dio la señal al verdugo, y este apretó las sogas. En el ambiente reinaba un silencio demoniaco. No hubo más discursos, ni siquiera nos recordaron que eso debería servirnos de lección. Los seis hombres estaban muertos, el verdugo se fue de prisa. Aunque este incidente no benefició en nada a los condenados, su resistencia se convirtió en un acto de valentía que quedó plasmado en mi mente para siempre. El doctor Seidel pronunció la muerte de los seis y luego los encargados de la enfermería tuvimos que realizar el espantoso trabajo de llevarnos los cuerpos. Mientras los transportábamos, el eco de la frase "¡Pagarán por esto! ¡Malditos asesinos!" permaneció en el aire. Cargar los cadáveres de nuestros

hermanos no era nada fácil, no creíamos en el martirio; cada vida que se perdía la veíamos como un castigo por ser judíos. Esa noche fue muy difícil tragar la sopa de nabo.

El siguiente miércoles, cuando Tadek y yo volvimos a salir, le pregunté si conocía otros campos.

—Sí —dijo—, pero están demasiado lejos, no podríamos ir.

Cuando llegamos al campo de trabajos forzados para mujeres, el *Kommandant* no estaba. Nos dijeron que solo iba por las tardes. Mi prima Balcia tampoco estaba ahí, pero encontramos a una joven a la que le daba gusto haber esperado para vernos. Tenía mucho dolor, le extraje una de sus muelas dañadas. Las encías le sangraban demasiado, así que las cubrí con tintura de yodo, y luego le inyecté una ampolleta de dos unidades de vitamina C. Volvimos a pasar por donde trabajaba el grupo de mi hermano y nos detuvimos ahí. Esta vez les llevaba a los prisioneros cartas de Gutenbrunn. Nuestro tiempo juntos lo ocupamos para recordar el pasado y se nos fue volando.

Los verdugos solían venir por la tarde, hacia la noche. Pero en una ocasión llegó una ambulancia un jueves, temprano. Detrás de ella iban oficiales de las ss y la Gestapo. Antes de que el drama comenzara en el patíbulo, nuestro *Kommandant* condujo una inspección con los visitantes. Caminaron entre las filas mirándonos y haciendo comentarios insidiosos. Se acercaron lentamente a mí; vi que uno de ellos llevaba un portafolios. Era un oficial de alto rango, un *Sturmbannführer* de las ss, un equivalente a un mayor en otras jerarquías. Cuando pasó junto a nosotros, me asombró ver que tenía rasgos faciales semitas. Volteé a la derecha y cometí el gran error de comentarles a otros prisioneros que parecía judío. El hombre que iba detrás de él escuchó mi comentario y me golpeó en la cara con sus manos enguantadas.

—¡Cállate la boca, maldito cerdo! ¿Acaso no sabes quién es este hombre? ¡Es el *Sturmbannführer* Adolf Eichmann!

Deseé no haber dicho nada, pero era demasiado tarde. El delgado y alto coronel Eichmann volteó, se detuvo un momento, me miró y sonrió. Luego, como si se le hubiera ocurrido una idea, abrió el grueso y enorme portafolios que llevaba consigo.

—Mira —dijo—. ¿Sabes qué es esto?

Me asusté mucho. Vi una soga con cuatro nudos hechos con esmero. Temía que la palabra "nudos" no lograra salir de mi boca; no podía pronunciarla. No supe qué hacer hasta que por fin hablé:

—*Herr Sturmbannführer*, son nudos.

—No, no. Estas son *tzitzits* —dijo muy contento, y todos los oficiales que lo acompañaban se rieron a carcajadas.

Aunque ya había oído nombrar a Eichmann, para ese momento solo sabía que era un personaje importante entre los nazis. El hecho de que estuviera al tanto de lo que eran los *tzitzits* me intrigó. Poco después me enteré de que también hablaba hebreo. A partir de entonces, cada vez que oía el nombre de Eichmann, recordaba el singular encuentro. Al final de ese día, ocho judíos más perdieron la vida en Gutenbrunn.

El hambre y el brutal trabajo nos iban socavando por montones de forma gradual. Incluso los más fuertes ahora dependían de sus últimas reservas de energía. El monstruo había estado devorando a su presa con un apetito feroz. Nuestros modestos robos, a los que nos referíamos con el eufemismo de "organizar", se habían vuelto más riesgosos. Aunque no era gran ciencia, ahora exigía tener contactos y ponderar las situaciones con mucha más prudencia. Es difícil describir cuán miserables eran nuestras condiciones de vida. Algunos decían haber visto a prisioneros provocándose heridas a sí mismos solo para poder ir a la enfermería y descansar un poco del insoportable trabajo. En efecto, al auscultarlos veía heridas y cortadas que de ninguna manera eran accidentales.

Mendele era nuestra mejor fuente de información en aquel tiempo. Un día fue a contarme algo que había escuchado, se veía devastado.

—Están destruyendo los guetos —dijo—. Están matando a todos los judíos, con gas, quemándolos o disparándoles con metralletas.

Lo que decía era tan asombroso e increíble que tuve que dejar de escucharlo, pero cuando me juró por Dios que era cierto, le creí. Me di cuenta de que nosotros podríamos ser los siguientes. Zosia me había visitado muy poco, y cuando lo hacía permanecíamos casi todo el tiempo junto a la entrada.

Un sábado, un prisionero me dijo que Zosia me esperaba en la puerta de la cocina. Como lo habíamos hecho varias veces antes, aprovechando que no había ningún centinela cerca, caminamos lentamente al lugar de nuestros encuentros. Ese fue, sin lugar a duda, el día más agradable de la primavera. Petirrojos, golondrinas y gorriones pasaron volando y piando cerca de nosotros. Lo único que oíamos era su canto. Las ramas y los árboles que el invierno había tirado yacían sobre la tierra, y los helechos se veían muy pálidos en las zonas donde el sol aún no llegaba. Poco después llegamos a un claro y la brillantez de los rayos del sol nos invitó a sentarnos. Como llevábamos algún tiempo sin hacer el amor, en cuanto me senté a su lado supe lo que mi corazón deseaba. Cuando me acerqué vi que ella sentía lo mismo y, unos instantes después, ambos sucumbimos.

Nos quedamos tirados sobre el musgo tibio.

—Nos enteramos de las cosas terribles que los alemanes le están haciendo a la gente judía. Mi familia piensa que deberías venir a nuestra casa y quedarte con nosotros hasta que termine la guerra. Ahí estarás seguro —me dijo.

Después me explicó que los Aliados habían logrado aterrizar en la isla griega de Creta, y que muchos italianos habían empezado a luchar contra los alemanes. Los rusos también estaban sacando a los nazis de su territorio.

—En el sótano de nuestra casa tenemos suficiente espacio para ti y para tu padre. Ambos se sentirán cómodos ahí —agregó.

Me dejó sin habla, me sentí abrumado. Comprendí que su familia seguramente había estado planeando esto por algún tiempo, así que

sabían el peligro que implicaba para ellos.

—Pero ¿sabes lo que le costaría a tu familia si nos encontraran en tu casa? —pregunté—. Tal vez no estés al tanto, Zosia, pero alojar a judíos se castiga con la muerte.

—Vivimos en una calle pequeña y los alemanes rara vez pasan por ahí. Estarán seguros con nosotros —me aseguró.

La idea de que estuvieran dispuestos a arriesgar su vida por nosotros era extraordinaria en sí misma. Le agradecí y le prometí que hablaría del asunto con mi padre. Ella me dio pan y varios antiácidos más para mi úlcera.

—Bronek, la guerra no durará mucho más —dijo—. Por favor piensa bien este asunto de escapar de aquí.

Entonces nos fuimos, cada quien en una dirección distinta. Cuando salí del bosque vi a dos granjeros cruzando un campo. Esperé hasta que se perdieron de vista y luego volví al campo de trabajo. Como Rachmiel estaba enterado de la existencia de Zosia, sonrió al verme pasar. Los prisioneros estaban esperando que la ventana de la cocina se abriera para pedir algo de sopa y calmar su hambre. Al ver esto, pensé en la predicción de mi amada: "La guerra no durará mucho más". "Pero para muchos, tal vez el fin llegará demasiado tarde", pensé. Me inquietaba la culpabilidad que sentía por mi relación con Zosia, pero no el hecho de tener sexo con ella. Había pensado bien las cosas y sabía que no era lujuria porque en realidad la amaba mucho. No estaba seguro de cuánto tiempo sobreviviría en el campo de trabajos forzados, pero en comparación con la vida que llevaban mis compañeros, me quedaba claro que yo tenía suerte.

Caminé hasta nuestro bloque. Junto a la estufa había un largo leño solitario. La luz cubría el suelo de madera. Empecé a analizar la propuesta de Zosia. Me encontraba en un predicamento terrible porque sentía que intercambiar la vida que teníamos ahora por una escondidos en un sótano no era un buen trueque. Mi padre seguía siendo el Señor del café en el *Kommando* Herdecke y yo tenía una

cotidianidad soportable gracias a que era el dentista del lugar. Sobrevivir en este campo de trabajo no era nuestra mayor preocupación, pero la oferta de Zosia era demasiado buena para no prestarle toda la atención que merecía. Cuando le conté a papá, se quedó asombrado. Era también la primera vez que le hablaba de Zosia. Tomar la mejor decisión no sería sencillo, yo tenía mis dudas y él también. Sopesamos con cuidado todo lo que se nos ocurrió y, al final, cuando me dijo que yo era quien debía decidir, supe que nuestros papeles se habían invertido.

—Yo estaré de acuerdo en lo que tú decidas —dijo.

A pesar de todo, como la incertidumbre me inquietaba demasiado, nuestro dilema continuó sin resolución.

La siguiente vez que fui a ver a mi hermano me encontré con que su grupo de trabajo no estaba en el área de costumbre. Tadek trató de averiguar dónde se encontraban, pero no volví a verlo ahí. Al mismo tiempo, me daba la impresión de que la conspiración que nos rodeaba se había estado engrosando. El monstruo nazi, herido y convulsionante, ahora jugaba con más premura, devorando a su presa como nunca. Circulaban muchos rumores perturbadores sobre los judíos que aún vivían en los guetos. La gente mencionaba nombres nuevos como Majdanek y Sobibór. Los prisioneros que habían llegado recientemente nos contaron sobre la heroica revuelta en el gueto de Varsovia y sobre la batalla que le siguió. Nos dijeron que los pocos judíos que nunca dudaron que su fin llegaría, lucharon contra miles de alemanes bien armados e incluso les produjeron bajas importantes. Al principio nos costó trabajo creerlo, pero a medida que llegaron más judíos, escuchamos más historias que detallaban las valerosas e intrépidas batallas. Nos hablaron de ellas con un orgullo que yo nunca había visto. Queríamos que nos contaran las historias una y otra vez porque nos permitían pensar que los judíos habían dado fin al eterno mito de que éramos incapaces de contraatacar.

—Esos bastardos van a matarnos a todos. Si tuviera un arma, mataría a cien antes de que me alcanzaran —decía Mendele furioso.

Muchos estábamos de acuerdo con él, pero en Gutenbrunn no nos manifestábamos por muchas razones. Para empezar, apenas sobrevivíamos y, además, no teníamos nada con qué iniciar una revuelta. Matar a un solo alemán habría significado represalias contra cientos de compañeros.

Para finales de mayo de 1943, no había visto aún a mi prima a pesar de haber visitado varias veces el campo de trabajo para mujeres. Le volví a preguntar a Tadek si podría llevarme ahí en fin de semana, pero una vez más me dijo que no.

—Si alguien me sorprendiera haciendo eso, terminaría prisionero en Gutenbrunn contigo —argumentó. Pero tras mucho insistir, estuvo de acuerdo e hicimos planes para hacer una visita, pero un lunes por la noche, a las diez y media—. Esta vez iremos caminando —me advirtió.

También me dijo que nadie debía enterarse, ni siquiera mi padre. Entonces tuve que pensar en una manera de escabullirme del campo de trabajo. Sabía que Rachmiel, por ejemplo, podría dejar abierta la puerta trasera de la cocina. Como le había servido de mensajero en varias ocasiones, no me fue difícil convencerlo. La noche de la visita le dije a mi padre que no se preocupara por mí si veía que no regresaba temprano. Aunque densas nubes tapaban la luna, no hacía frío, y sin embargo yo no dejaba de temblar. Tal vez se debía al miedo y la emoción. Cuando llegué a la cocina encontré la puerta abierta y un pequeño paquete con una nota.

—Vamos. Primero tenemos que atravesar este bosque —dijo Tadek.

Al llegar al otro lado del bosque escuchamos el sonido de un río vigoroso. Seguimos la corriente y saltamos al otro lado cuando se estrechó. Después cruzamos una valla de piedra.

—Ahora debemos ser cautelosos, nos acercamos a un camino —me advirtió.

Lo seguí con el paquete de Rachmiel bajo el brazo. De pronto nos sorprendieron las luces frontales de un automóvil. Se acercó, pero dio vuelta de forma repentina y se alejó a gran velocidad. Pasada esta crisis, seguimos caminando al campo para mujeres.

El guardia del perímetro seguramente nos oyó porque salió de su caseta y miró alrededor. Tadek caminó con paso lento hasta él y yo me mantuve fuera de vista. El corazón me latía con fuerza, tenía miedo y muchas expectativas. Sentía que había corrido un gran riesgo al ir, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Tadek volvió y me dijo susurrando que el guardia no me permitiría entrar, pero después el guardia propuso que yo entrara al campo mientras él y Tadek caminaban alrededor de la valla. De esa manera, si alguien llegaba a sorprenderme, ellos podrían decir que no me vieron. Fue la condición que me impusieron y tuve que aceptarla.

En cuanto desaparecieron en la oscuridad, entré a hurtadillas. El campo estaba oscuro casi en su totalidad, pero tuve que eludir ciertas áreas donde había bastante luz. Corrí a la primera barraca sintiendo que el corazón y la cabeza me palpitaban con fuerza. "¿Cómo encontraré a mi prima de noche en este misterioso lugar?", pensé. Entonces deseé no haber ido. Al llegar a la primera barraca pisé en los escalones con tiento para no hacer ruido y despertar a alguien. Abrí la puerta y entré caminando de puntitas. El lugar estaba oscuro, el aire se sentía denso debido al sudor humano. Las mujeres respiraban a destiempo. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad enseguida y pude ver a una mujer en una litera. Jalé con suavidad su cobija y ella levantó la cabeza y me miró sorprendida. Le dije que no hiciera ruido.

—No tengas miedo, soy el dentista judío que viene cada semana. Estoy buscando a mi prima Balcia, sé que está aquí.

Pero la joven seguía asustada. Jaló su cobija hasta su barbilla y no me respondió. Para ese momento, otras mujeres ya se habían despertado. Se movieron con lentitud en sus literas, como zombis.

—¿Quién anda ahí? —preguntaron algunas. Cuando expliqué que era el dentista y que buscaba a Balcia Jakubowicza, una de ellas me dijo que la conocía.

—Balcia está en el Bloque 5 —añadió.

—¿Cuál es el Bloque 5? —inquirí.

La mujer se deslizó para salir de su litera y me dijo que podría llevarme ahí. Caminamos lento a lo largo del corredor. Varias mujeres sintieron curiosidad y me hicieron preguntas.

—¿Schmiel está en tu campo? —preguntó una.

—¿Conoces a Hershel Mayer? —preguntó otra.

—¿Conoces a mi hermano? ¿A mi padre?

—¿Conoces a mi tío? ¿A mi primo?

Reconocí uno de los nombres y la mujer que hizo la pregunta se emocionó.

—¡Ay, Dios! ¡Está vivo! —exclamó, y yo le prometí que le diría a su familiar que la había visto.

Al llegar al final del corredor, la mujer que me guiaba señaló la puerta.

—Cuando salgas por ahí, verás otra puerta. Ese es el Bloque 5 —explicó con prisa por volver a su litera.

Le agradecí su ayuda, giré la perilla y salí. Caminé en la oscuridad y entré al siguiente bloque. Había una cantidad similar de gente hacinada, los mismos cuerpos cansados, la misma densidad del sudor en el aire. A la respiración le hacía contratiempo un ronquido ocasional. Nadie me vio sino hasta que toqué la pierna de una mujer. Abrió los ojos asustada y estuvo a punto de gritar.

—Shh —dije con el dedo índice en los labios. Le expliqué quién era y se calmó. Luego le pregunté dónde estaba Balcia.

—¿Balcia? Debe estar por aquí en algún lugar —dijo.

Otras mujeres se despertaron ansiosas por saber qué sucedía. Entonces oí a alguien decir mi nombre en voz baja. Reconocía la voz, era Rifka, una joven de Dobra.

—¿Eres tú, Bronek? ¿Cómo llegaste aquí? —preguntó en voz muy baja—. Balcia está ahí.

Cuando Balcia y yo éramos pequeños, ella era muy masculina, pero la última vez que la vi, en 1938, tenía catorce años y yo la recordaba como una adolescente muy simpática. Me agaché para verla. Ella levantó la cabeza y se golpeó con la litera de arriba. Sus grandes ojos color ámbar se veían adormilados. Al principio no me reconoció, pero cuando fijó su mirada en mí, su rostro se iluminó.

—Bronek, ¡eres tú! Oí que habías venido.

Cuando se puso de pie, vi su cuerpo cubierto por el camisón. Ya no era la chica desgarbada que yo recordaba. Aunque tenía la cabeza rapada, se veía como una mujer madura. Empezó a decir cosas sobre nuestro hogar y yo me concentré en cada una de sus palabras. Me dijo que su madre y Toba, su hermana, fueron llevadas a Chelmno, el lugar a donde también llevaron a mi madre y a Pola. Yo recordaba a Alje, uno de sus hermanos. Era soldado y murió luchando en los primeros días de la guerra. Mayer, otro de sus hermanos, tenía mi edad. Los alemanes lo ahorcaron junto con Icek Lijek, Shlomo Lęczycki, Moishe Neuman y Hamek Lewkowicz. Me narró todo esto con voz serena, como si ahora la crueldad fuera el lugar común. Luego me dijo lo que le sucedió a su hermana Mania.

—Al inicio de la guerra —continuó Balcia—, Mania se casó con un joven de Łódź que fue su amigo durante mucho tiempo y luego nació su hijo: Aaron. Cuando se llevaron a todos al gueto de Łódź, Mania y su esposo temieron por la vida de su hijo porque se suponía que en el gueto no había bebés. El empleo del esposo de Mania consistía en reunir a los muertos en la calle para llevarlos al cementerio judío. Para salvar al bebé, su esposo construyó un compartimento diminuto debajo de su carroza fúnebre y ahí lo escondían durante el día. Es decir, la carroza fúnebre fue la cuna de Aaron —explicó.

Cuando arrestaron a Balcia, el bebé aún estaba vivo. Después de contarme todo esto, se quedó en silencio un largo rato. Luego me

preguntó por su tío Wigdor, o sea, mi padre. Le dije que estaba conmigo. También le dije que había encontrado a Josek.

Para las mujeres era muy extraño ver a un desconocido en su barraca, en especial a medianoche. Me miraban como si fuera un fantasma. Luego vi el rostro de una joven que vestía un largo camisón de franela y que nos escuchaba. Vio que me la quedé mirando.

—¿Eres tú, Bronek? —preguntó, y enseguida supe que era Ruzka Rosen, la dulce Ruzka que alguna vez me atrajo tanto.

El sudor comenzó a rodarme por la frente, me nubló la mirada. Noté que ella también se sentía conmovida, pero las cosas habían cambiado demasiado. Ni ella ni yo podíamos sentir lo mismo que alguna vez sentimos el uno por el otro tanto tiempo atrás en Kalisz.

Pasaba de la medianoche. Sabía que Tadek estaría impaciente. Dejé el paquete de Rachmiel y, tras despedirme de Balcia y de Ruzka, comencé el camino de vuelta. Cuando salí, encontré a Tadek frente a la caseta conversando muy alegre con el centinela. La charla era su fuerte.

—Vamos —dijo en cuanto me vio acercarme.

Si acaso tenía la esperanza de que mi madre y mi hermana hubieran eludido una terrible muerte, hasta ahí llegó. Ahora sabía que no volvería a verlas. Cuando Tadek y yo nos acercamos al camino para volver a nuestro campo de trabajo, vimos acercarse un convoy de tanques alemanes blindados y de vehículos con tropas. El corazón me empezó a palpitar con fuerza, como si se dirigieran a nosotros. Nos tiramos pecho tierra y nos pegamos al suelo lo más posible. Nos quedamos inmóviles por completo y esperamos. La oscuridad sería nuestra aliada. Mantuvimos la cabeza pegada a la tierra hasta que los vehículos pasaron, luego cruzamos el camino con cautela y volvimos por la misma ruta.

Media hora después vimos la silueta de Gutenbrunn. Me quedaba muy claro el peligro que había implicado mi plan, así que me prometí que jamás volvería a intentar algo similar. Papá me esperaba

despierto, parecía aliviado de verme. Nadie en Gutenbrunn supo lo que pasó esa noche, excepto Tadek, Rachmiel y yo. No pude dormir, el corazón me palpitaba adolorido. ¿Por qué tuvieron que morir? ¿Y por qué una muerte tan horrible, Dios mío? Tenía que dejar de pensar en ello, solo quería recordarlas como alguna vez las conocí.

Al día siguiente le conté a mi padre a dónde fui por la noche. Cuando escuchó lo que me dijo Balcia, ambos comprendimos que habíamos perdido todo aquello que amábamos.

Zosia ahora visitaba el campo de trabajo una vez por semana y a menudo me recordaba su propuesta. Aunque la había considerado muy seriamente, algo me impedía decidirme. "No te hundas a ti mismo y a tu padre en un infierno peor que este", me decía una voz en mi interior. Escapar de Gutenbrunn todavía era posible, pero que un judío atravesara Poznan era demasiado arriesgado. Incluso si lográramos llegar a la casa de la familia Zasinas, había algo más que temer. A pesar de sus buenas intenciones, sabíamos que en una situación de crisis tendrían que entregarnos a los alemanes. Ahí, en cambio, no nos iba tan mal. Papá había conservado su trabajo preparando café y yo disfrutaba de algunas ventajas que, aunque modestas, me parecían esenciales. Zosia me visitó de nuevo el siguiente sábado. Se veía hermosa con el sencillo vestido polaco de campesina que llevaba. Como varias veces antes, salimos del campo de trabajo y caminamos a lo largo del sendero que llevaba al bosque. En cuanto estuvimos lejos, volvió a proponerme escapar y me preguntó si había tomado una decisión.

—Mi padre insistió en que te preguntara cuándo vendrían —dijo.

Le expliqué que era una decisión difícil de tomar y se mostró muy desilusionada cuando le dije que habíamos decidido quedarnos. Antes de irse, me pidió que pensara las cosas de nuevo.

La siguiente vez que fui al campo para mujeres, Tadek y yo tuvimos dificultades. Los centinelas dijeron que el *Kommandant* les había prohibido que nos dejaran pasar. Algunas de las mujeres que me esperaban observaron a Tadek suplicarles que me dejaran entrar,

pero como no pudo persuadirlos, tuvimos que irnos. Aunque Tadek prometió que intentaría obtener la autorización del nuevo *Kommandant*, ese fue el fin de nuestros recorridos juntos.

El sábado Rachmiel fue a verme a la enfermería.

—La *shiksa* y otra persona están en la puerta de la cocina —me informó susurrando.

Zosia y su padre habían ido para tratar de hacerme cambiar de opinión respecto a su propuesta.

—En realidad no hay mucho que temer si deciden venir con nosotros —dijo su padre—. Nadie los encontrará ahí.

Le dije que nos sentíamos muy agradecidos y honrados por su ofrecimiento, pero que pensábamos que en Gutenbrunn teníamos más oportunidades de sobrevivir.

—Qué mal, Bronek. Habíamos preparado todo para su llegada —dijo Zosia en un último intento por persuadirme.

Su bondad me conmovía muchísimo, pero no nos imaginaba sobreviviendo en un sótano ni siquiera unos días.

En un campo de trabajo todo tenía su valor. Lo más codiciado era el pan, pero el insumo más comerciado eran las cáscaras de papa. El toque de queda para acostarse era a las ocho de la noche, y antes de eso la gente iba con prisa a la estufa de las barracas. Las cáscaras sanas no olían mal, pero las que estuvieron congeladas despedían un hedor que hacía que las barracas apestaran a establo. Todos los artículos esenciales tenían un valor de intercambio. Un cigarro, por ejemplo, valía dos puñados de cáscaras de papa.

El procedimiento dental que más realizaba era la extracción de dientes flojos y enfermos, y con frecuencia lo hacía con muy poco o nada de anestesia. Debido a la falta de nutrientes, sobre todo de vitamina C, también veía mucha gingivitis y periodontitis. Lo único que podía hacer por los prisioneros que sufrían de estas enfermedades era ofrecerles un alivio temporal con tintura de mercurocromo rojo y de yodo. Pocas semanas después, las personas con estos casos sufrían de un deterioro aún mayor de las encías, y

entonces era necesario extraerles casi todos los dientes. Con el tiempo me fui volviendo bastante creativo y aprendí a raspar la dentina podrida de las caries con excavadores y exploradores, y a adormecer el nervio con pasta de arsénico. Mientras tanto, más y más prisioneros llegaban al estado de *mussulmen*, fácil de identificar por el edema y los ojos saltones, y luego morían. A los nazis no les importaba porque bastaba con una llamada telefónica o un memorando para solicitar más judíos que reemplazaran a los que habían muerto.

Los recién llegados esperaban encontrar algo parecido a un trato humano, pero casi de inmediato veían que los habían llevado a trabajar como parte de un proceso sistemático de destrucción. Perdían la energía en algunas semanas.

Mi estómago me había causado muchos problemas. Los antiácidos solo servían para acallar la palpitación una media hora, en el mejor de los casos. "¿Estaré condenado a sufrir esto por el resto de mi vida?", me preguntaba todo el tiempo. "¿Volveré a ser normal alguna vez?".

Para ese momento estábamos bajo la autoridad del cuarto o quinto *Lagerführer*, parecía que Gutenbrunn se había convertido en su campo de entrenamiento. No recuerdo el nombre de este, pero en cualquier caso, pertenecía al grupo de los jóvenes nazis. Era estricto, rígido, inflexible y le obsesionaba el orden. *Ordnung!* El joven *Kommandant* era el único que gobernaba en el campo de trabajo. Si Grimm no se encontraba en la mañana en la entrada para saludarlo, lo reprendía con vigor. Por supuesto, él jamás me habría permitido ir de visita a otro campo de trabajo. Mostraba su enojo con el látigo, todo tenía que ser a su manera, a la manera alemana, y a sus órdenes siempre las precedían los cínicos epítetos de las SS: *Faulenzer*, que quería decir "falso enfermo", y *Drückeberger*, "flojo".

Un día Grimm entró a la enfermería y se encontró con el rostro enojado del *Kommandant*.

—*Scheiße* —gritó—. ¿Dónde está el médico? ¿Por qué dejó que el prisionero saboteador volviera? ¡Debería estar trabajando afuera con los otros!

El doctor Seidel se asustó. Al principio trató de explicarle al nazi los problemas médicos de los prisioneros enfermos, pero al ver que esto no lo apaciguaba, le dijo que siempre actuaba de la manera que más beneficiaba la productividad del campo de trabajo.

—Cuando las heridas sanen, el prisionero volverá a ser productivo —dijo Seidel.

Por lo general, esta explicación habría bastado, pero no para este hombre. El *Kommandant* dijo que no toleraría que los prisioneros flojearan cuando deberían estar trabajando en las obras. Entonces el doctor Seidel tuvo que enviar a trabajar a muchos prisioneros a los que, de otra manera, les habría permitido reponerse.

Aunque habíamos oído hablar de la *solución final* y de su significado, nos resultaba difícil aceptar este nuevo concepto que amenazaba la vida de todos. De hecho, se había vuelto la mayor preocupación en el campo de trabajo. Nuestros días en Gutenbrunn ahora eran mucho más sombríos; en el aire se respiraba la catástrofe. Nunca había visto ese nivel de angustia en los más de dos años que había pasado en campos de trabajo. Poco después notamos cambios importantes. Nos dijeron que los rusos avanzaban a toda velocidad en Polonia. Los guardias nos empezaron a vigilar como halcones, lo cual duró hasta principios de agosto de 1943, cuando se anunció nuestra deportación.

Un día, Rachmiel me dijo que Zosia esperaba afuera de la ventana de la cocina para hablar conmigo, pero yo ya no podía salir del campo. Atravesé la cocina y llegué hasta la ventana protegida con barrotes de hierro para verla. Cuando se enteró de los planes para deportarnos de forma inmediata, me recordó la propuesta, aún en pie, de su familia.

—¿Todavía tienes la posibilidad de dejar Gutenbrunn? Te lo hemos suplicado —me dijo.

Yo llevaba tiempo pensando en ello también. De haber sabido que nos deportarían, es probable que nos hubiéramos ido a su casa. Zosia y yo nos miramos y nos despedimos de forma definitiva.

—Sin importar dónde estés, te encontraré e iré a verte —fueron sus últimas palabras.

Esa fue la última vez que nos vimos. Aún recuerdo a Zosia como un ser humano amable y cariñoso. Siempre estuvo dispuesta a ayudarnos a pesar de las dificultades que tuvo que enfrentar y de los riesgos que se vio forzada a correr. En un mundo aterrador, plagado de odio, ella de todas formas nos vio como seres humanos. Después de la guerra, todos mis intentos por encontrarla fueron inútiles. Me dijeron que murió en un bombardeo de los Aliados en alguna parte de Alemania, donde realizaba trabajos forzados.

Poco después de la última visita de Zosia, los líderes de los campos dejaron de enviarnos a trabajar y Grimm nos informó que nos iríamos en un par de días. Cuando fui a la enfermería por última vez, algunos de los prisioneros enfermos se me quedaron mirando. Sabía que los iban a dejar ahí y ellos sabían que su destino estaba decidido. No pude despedirme de ellos porque me resultaba demasiado doloroso, así que solo reuní mis instrumentos dentales.

Alcancé a papá en su litera. Fue una noche larga y silenciosa, solo se oyó un suspiro ocasional. La idea de lo que nos esperaba nos corroía a todos. La incertidumbre incluso llegó a restarle importancia a mi dolor de estómago. Escuché el latido del corazón de mi padre y recordé cuando era niño y me sentaba en su regazo, cuando sentía su tibieza y protección. Ahí era muy poco lo que podíamos hacer el uno por el otro, pero al menos tener a alguien querido cerca nos permitía compartir traumas que los otros se veían obligados a soportar solos.

# 11

# En vagones de ganado a Auschwitz

Era temprano por la mañana. Apenas me había acostado cuando oí los gritos de la policía.

—¡Levántense! ¡Nos vamos de aquí!

Nuestra libertad se nos escapaba de las manos aún más. Todos comenzaron a moverse, y media hora después los ciento veintiséis "buenos trabajadores" estaban parados y formados en filas de cinco. Papá se encontraba a mi derecha y yo sostenía mi caja de herramientas en mi lado izquierdo. Frente a mí colgaba la *menashka*, el ubicuo utensilio para la sopa.

Cuando se abrió la puerta principal pensé que vería a Tadek, pero nuestros guardias se habían ido ya. En su lugar había varios croatas con cara agria en formación *echelon* y con uniformes de las *Waffen-ss*. Llevaban chaquetas verdes abotonadas hasta la barbilla y pesadas carabinas colgadas al hombro. Los hombres con el uniforme negro alemán de las ss tenían a su lado pastores alemanes con cadenas. De pronto nos ordenaron marchar.

Cuando dimos vuelta en la esquina, volteé y miré por última vez Gutenbrunn, el lugar que fue mi hogar por más de un año. Todo ese tiempo creí que si papá y yo lográbamos aguantar un poco más, el ejército soviético nos liberaría. Ahora íbamos por un camino serpenteante que corría en paralelo a las vías que construimos poco antes. Aquellas vías que en algún momento fueron tan concurridas

ahora se veían desiertas. Al marchar, nuestros pasos levantaron nubes de polvo que se arremolinaron alrededor. Cuando pasamos por la cabaña de Herdecke, lo vimos parado en la puerta, mirándonos. Toqué ligeramente mi gorra en señal de despedida y, cuando él asintió, vi el adiós en su mirada.

Siempre consideré que Herdecke era mi buena suerte en Gutenbrunn. Recordé a las otras personas que también me ayudaron allá y en Steineck: Zosia, Stasia, Witczak y Tadek. La gente buena permaneció en mi recuerdo y en mi corazón muchísimo más tiempo que los villanos. Alguien por ahí dijo: "Nunca se le ha construido un monumento a las malas acciones".

—¡Rápido! ¡Rápido! —nos apresuraron los guardias.

Una hora después llegamos a un camino y a tres vías que corrían en paralelo. En una de ellas había cincuenta vagones de ganado y alrededor se movían más de diez agentes ferroviarios. Más allá se veía la estación y un par de máquinas de vapor. Estas vías se construyeron con el sudor y la sangre de nuestros hermanos.

Los guardias de las SS abrieron las puertas enrollables de los vagones y entonces se produjo el verdadero drama. El suelo de los vagones estaba a más de un metro de altura del piso y a los prisioneros les costó mucho trabajo subir.

—¡Rápido! —volvieron a gritar los guardias.

Nos golpearon y nos metieron en los vagones empujándonos con las culatas de sus rifles. Aunque los vagones ya estaban casi llenos, continuaron metiendo más gente. Cerraban las puertas hasta que estuvieron repletos. Para evitar que los golpearan, algunos de los prisioneros corrieron como los animales para los que los vagones fueron fabricados. Luego llegó nuestro turno. Gracias a que algunos prisioneros estiraron los brazos y nos dieron la mano, papá y yo logramos impulsarnos para abordar. Los oficiales metieron más y más prisioneros a la fuerza. La puerta se deslizó y se cerró detrás de nosotros, pero no había dónde pararse.

Los viejos vagones de ganado tenían tres metros de altura, pero a dos metros y medio del suelo astillado había cuatro aberturas de veinte por treinta centímetros, cubiertas por dos barras cruzadas de hierro rodeado de alambre de púas. Solo los prisioneros más altos las alcanzaban parados de puntas. Los oficiales de las SS charlaban tranquilamente, lo que significaba que no nos iríamos de inmediato. Escucharlos conversar nos produjo miedo y, poco después, el calor se tornó insoportable. La gente empezó a perder los estribos.

—Vamos a morir todos aquí encerrados, estos vagones serán nuestros féretros —mencionó alguien presa del pánico.

—Denme un poco de espacio, no puedo respirar —dijo alguien más.

La gente pedía un poco de espacio, pero papá y yo estábamos muy apretados, era inútil tratar de moverse.

El sol se puso y todavía no nos íbamos. Finalmente oímos el silbido de un motor. Nos pareció que comenzamos a avanzar después de las nueve de la noche. Nos empezamos a balancear de un lado a otro como una masa; nos empujábamos los unos a los otros de lado a lado cada vez que la locomotora desaceleraba o tomaba una curva. Mi padre trató de sentarse en el suelo, pero era una proeza demasiado ambiciosa. Nos dijeron que nos tomaría dos días llegar a nuestro destino, pero ni siquiera sabíamos a dónde nos dirigíamos.

Estaba oscuro, solo la luz de la luna pasaba por las pequeñas ranuras de ventilación de los vagones de vez en vez. Papá y yo cambiamos de lugar algunas veces: uno se sentaba y el otro se quedaba parado, pero la caja de herramientas siempre permaneció entre ambos. En algún momento recargué la cabeza en mis rodillas y traté de dormir, el sonido de las ruedas girando me adormeció en algún momento y entonces comenzó mi tormento. Cada vez que el vagón pasaba por una unión de las vías, yo oía las mismas dos palabras: *ruina* y *muerte*. Estas palabras permanecieron conmigo como un eterno eco mórbido hasta el final del viaje. El tren

serpenteó por zonas rurales. Todas nuestras carencias en Steineck y Gutenbrunn palidecieron comparadas con esto. Me dio la impresión que nuestro abismo no tenía fondo.

Traté de acercarme a una de las aberturas para respirar, pero era imposible. Cuando amaneció volví a intentarlo, esta vez empujé con fuerza y mi persistencia se vio recompensada. Yo medía un metro setenta, pero un compañero me impulsó un poco para que pudiera asomarme. Resollé varias veces y eso me ayudó a relajarme un poco. De pronto el tren se detuvo y, como yo seguía asomado, de pronto vi a un guardia cerca de ahí mirándome directo a la cara. Me miró de forma indiferente y despiadada, como se mira a un criminal reincidente; en ese momento, la luz del amanecer cubrió las aberturas de los vagones. Uno de los prisioneros parecía feliz de que nuestro *Lagerführer* estuviera con nosotros.

—Qué bien. Él podrá decirles que somos muy buenos trabajadores —dijo.

Qué absurdo era creer que un *Lagerführer* nos ayudaría, que un *Kommandant* pudiera ser nuestro aliado. Él solo estaba ahí para entregar a sus esclavos.

El mayor problema era satisfacer nuestras necesidades físicas. Todo lo que necesitábamos hacer en privado, ahora lo teníamos que hacer en público. Los tazones de sopa se convirtieron en nuestros orinales. Tratamos de deshacernos de los excrementos lanzándolos por las aberturas, pero los barrotes cubiertos de alambre de púas lo impidieron. El vagón empezó a apestar a letrina y, a mediodía, cuando aumentó el calor, la situación empeoró.

¿Debía comer o guardar el pan para después? Este era mi constante debate interno. Para ese momento, aunque teníamos muchísima sed y la garganta seca, nuestras súplicas no sirvieron de nada.

—¡Agua! ¡Agua! —se atrevió a gritarle alguien a un guardia que pasaba.

—¡Cierra la boca! —respondió el guardia.

Pasaba de mediodía. Los vagones avanzaron algunos metros y luego retrocedieron la misma distancia. Cada vez que la locomotora silbaba, creíamos que estábamos a punto de partir. Para entonces, casi todos estábamos desnudos hasta la cintura.

Comenzamos a avanzar de nuevo y cada vez que el vagón se sacudía, nos aventaba a unos sobre los otros. El tren por fin se detuvo y papá y yo nos acercamos a una de las aberturas. Cuando lo levanté para que pudiera tomar aire, me di cuenta de lo poco que pesaba. Un prisionero, asomado en otra de las aberturas, trató de ver dónde terminaba nuestro convoy.

—Deben de haber añadido más vagones la última vez que nos paramos. Ahora hay por lo menos cien. Este convoy se extiende a lo largo de la vía y más allá de la curva —dijo.

De pronto se abrió la puerta de nuestro vagón y un guardia de las ss colocó en el interior una cubeta de agua y un cucharón. A cada hombre se le permitió tomar solo una porción equivalente a dos puñados de agua, luego tenía que pasar el cucharón al siguiente. Cada gota de agua era valiosísima. Hice todo lo posible por saciar nuestra sed y me prometí que si alguna vez llegaba a tener la oportunidad, me sumergiría por completo en agua. El guardia de las ss dejó la puerta abierta y, aunque el fétido olor seguía ahí, la mejora fue considerable.

Cuando comenzamos a movernos de nuevo, mi padre me dijo que creía que habíamos pasado Nowe Miasto nad Wartą, un lugar al sureste de Poznan.

—Si siguiéramos por esta ruta, llegaríamos a Katowice —explicó.

Katowice era una ciudad muy conocida en Polonia por la extracción minera de carbón.

Por la noche refrescó un poco y eso nos brindó algo de alivio en el vagón, pero en cuanto me quedé dormido volví a oír aquellas dos palabras: *ruina* y *muerte*. Para ese momento, incluso estando despierto me resultaba imposible sofocarlas con otros pensamientos, solo oía *ruina* y *muerte* reverberando en mi mente mientras

pasábamos sobre los puentes. Entonces pensé que me estaba volviendo loco.

El tren se detuvo, estábamos en Pleszew. Los vagones se movieron con violencia hacia atrás y hacia delante hasta acomodarse. Estábamos en una vía lateral, a unos doscientos metros de la estación. Como éramos la carga menos importante, nos dejaron ahí esperando.

—¿Sabes quién vivía en Pleszew? —me preguntó papá—. Mi hermana Malka y tu tío Mordechai. ¿Recuerdas a su hija, Jadzia? Tenía la edad de Pola.

Recordaba bien a Jadzia, era delgada y alta; tenía un rostro pequeño y piel acremada. Recuerdo haber visitado a mis tíos en una ocasión, cuando era muy pequeño. Papá suspiró.

—Solo Dios sabe dónde estarán ahora. Nos encontramos muy lejos de Katowice —dijo papá lamentándose. Pleszew era una ciudad bastante grande.

Nos quedamos parados en ese lugar hasta la mañana siguiente. Durante la noche pasaron muchos trenes que transportaban a soldados y civiles alemanes. Desde nuestro vagón vimos pasar sus vagones cómodos y bien iluminados, y a través de las aberturas cubiertas con barrotes de hierro también vimos a los viajeros voltear de forma casual hacia nosotros.

A media mañana se reunieron algunos civiles alrededor de nuestro tren. Menashe, el valiente policía judío de Gutenbrunn que viajaba en nuestro vagón, les suplicó que nos trajeran agua.

—¡Me oyeron! —gritó de repente—. Alguien nos va a traer agua.

Cuando todos tratábamos de acercarnos a la puerta, oímos una voz fuerte que ordenó.

—*Halt!* —y luego la oímos gritar para que retrocedieran—: *Zurückgehen!*

Un guardia había visto al civil cargando una cubeta de agua y le ordenó que se detuviera y que se fuera.

—El oficial obligó al hombre a tirar el agua al suelo —lamentó uno de los prisioneros del vagón. En esa estación no había agua para nosotros.

Era el segundo día y aquel debió ser el final de nuestro viaje. No nos habían dado raciones de comida, el hambre y la sed se habían exacerbado. Un hombre le preguntó al guardia a dónde nos llevaban.

—No lo sé —respondió el croata en un alemán confuso.

Metí las manos a mis bolsillos con la esperanza de encontrar algunas migajas, pero solo había pelusa.

Empezamos a movernos de nuevo un poco después. Cada silbido nos hacía creer que el tren se detendría y que llegaríamos a nuestro destino. Mi padre seguía creyendo que íbamos a Katowice y, de pronto, constatamos que ahí nos encontrábamos.

Las calles estaban iluminadas y las fábricas escupían humo oscuro. Parecía que la guerra no había causado grandes perjuicios ahí, pues incluso la estación de ferrocarril estaba bien iluminada. Pero solo pasamos por la ciudad sin detenernos y vi la gran desilusión de mi padre. Él tenía la esperanza de que nos llevaran ahí por la gran cantidad de plantas siderúrgicas en el lugar.

—Nos podrían usar para trabajar aquí —dijo.

Estábamos asombrados, solo esperábamos que nuestro purgatorio itinerante terminara pronto. La locomotora avanzaba con dificultad y generaba mucho ruido, pero incluso logró jalar el largo convoy mientras ascendía por una montaña. En la noche volvió a desacelerar y nos detuvimos de nuevo. Después de los tironeos y chirridos habituales, terminamos en una vía en desuso. El guardia deslizó la puerta a lo ancho para que pudiéramos vaciar las cubetas desbordantes de desechos humanos. Estábamos cerca de Częstochowa, una popular meca católica. Ahí, en Jasna Góra, se encontraba el altar de la Virgen Negra. Recuerdo que los peregrinos con frecuencia pasaban por nuestro pueblo en su camino al altar y que algunos incluso iban descalzos.

Llovió toda la noche, lo cual fue una bendición porque la lluvia nos refrescó, tanto a nosotros como al vagón. A las cuatro de la mañana seguíamos sin hacer nada; cuando el sol salió, vimos las montañas y la emoción se propagó.

—*Boruch Hashem!* —gritó alguien.

Le agradecía a Dios al ver que estaban acercando canastos y cubetas a nuestro tren. Intenté ponerme de pie, pero estaba fusionado con una sólida masa de cuerpos, tenía las piernas acalambradas y no podía enderezarme. A los guardias de las ss les tomó cerca de una hora abrir la puerta de nuestro vagón y, como era de esperarse, cuando lo hicieron se desató el infierno. Aunque nos dieron casi el doble de la ración usual de pan y una porción de café, devoramos todo en instantes porque, ¿para qué guardarlo para después? Eso solo provocaría riñas.

Los resultados fueron increíbles. "Quieren mantenernos vivos", pensamos todos. Tomando en cuenta que el calor no era excesivo, que dejaron la puerta entreabierta un rato y que pudimos saciar nuestra sed y el hambre, ese fue el mejor día del viaje. Luego, cuando los guardias estuvieron listos para llevarnos a otro sitio, cerraron las puertas de los vagones y pusieron los cerrojos, pero nosotros no estábamos preparados para seguir con el calvario.

El nombre de la siguiente estación no era muy claro. Unos kilómetros más adelante, el transporte se dirigió al sur. Ahí pasamos junto a las cumbres de Wieliczka y, poco después, el tren volvió a detenerse. El resto del día los trabajadores ferroviarios cambiaron nuestros vagones de una vía a otra para dejar pasar a otros trenes. Al llegar la noche se cumplió el cuarto día de viaje y nadie sabía aún cuándo ni dónde terminaría.

El tiempo había pasado con mucha lentitud. Aproveché que las ruedas no se movían para dormir. Creo que era más de medianoche cuando escuché movimiento. Estaba demasiado oscuro y solo el ocasional silbido de un motor se superponía al ruido extremo de las ruedas. En el interior, el único otro sonido provenía de los lamentos y

quejidos de mis compañeros. Vi el rostro ceniciento de papá y reconocí sentimientos tan lúgubres como los míos.

"Si has de morir, papá, yo seré el culpable", pensé. "Yo fui quien decidió quedarnos en Gutenbrunn en lugar de aceptar la oferta de Zosia, no tengo manera de expresarte mi arrepentimiento".

Las ruedas continuaron girando: *ruina* y *muerte*. Me sentía roto, temeroso del futuro, y me daban pena todos los demás que no sabían que también morirían. "¿Acaso no lo saben, hermanos míos? Ustedes también están condenados". El tren aceleró de repente, como si tuviera prisa, pero ya no podía mantener los ojos abiertos. Entre más lo intentaba, más me pesaban los párpados. Cada vez que me quedaba dormido, el mensaje retumbaba con cada salto: *ruina* y *muerte*. "¡Oh, Dios! ¿Por qué permites que nos hagan esto? ¿Por qué les estás dando una victoria tan fácil?". Era claro que nuestro Dios no estaba ahí, o al menos no nos había estado escuchando. Seguí soñando.

Desperté como anestesiado, el miedo había adormecido mis sentidos. Sabíamos que era de noche, pero nadie sabía qué hora era. Creíamos que eran las dos y media o las tres de la madrugada. Me quedé pegado a mi padre, estaba seguro de que eran mis últimas horas de vida. El tren desaceleró y el motor silbó de nuevo. A través de las rendijas y las aberturas entró humo a nuestro vagón, nos pareció que era el olor de las locomotoras. El tren se arrastró centímetro a centímetro. No estábamos cerca de ningún asentamiento, no sabíamos dónde nos encontrábamos. Fue muy raro, tampoco estábamos cerca de una estación. ¿Por qué se mueve el tren tan lento? La gente que alcanzaba a ver por las aberturas decía que solo veía campos desnudos.

# 12

# Auschwitz

TRAUMATIZADOS, A PUNTO DE MORIR DE HAMBRE Y EMPAPADOS en desechos humanos, parecíamos las inútiles e inhumanas criaturas que los nazis decían que éramos.

Cuando el tren se detuvo aún estaba oscuro, pero unos minutos después amaneció y la luz entró por las aberturas. No estábamos en una estación, todos nos preguntábamos por qué se habían detenido. Poco después las ruedas empezaron a girar lentamente, luego hicieron alto, giraron y se volvieron a detener con un fuerte rechinido.

Había luz suficiente para ver las vallas a lo lejos. Nos parecía que estábamos en algún campo de trabajo y, por lo tanto, cerca del fin de aquella miseria, al menos. ¿Tal vez la profecía de nuestra ruina y muerte no era cierta después de todo? Nos pareció que el humo con olor a carne quemada que percibimos de repente en realidad lo provocaba la fricción de las ruedas del tren sobre las vías. Cuando la locomotora avanzó muy lento, vimos a varias personas en una especie de cresta. Vestían uniformes a rayas con boinas que combinaban y caminaban como zombis. Se quedaron viendo nuestro tren como si nos estuvieran esperando. Gritamos y les pedimos que nos dijeran dónde estábamos, pero nadie respondió. Solo uno de ellos hizo un gesto: deslizó su dedo a lo ancho de su garganta como si la cortara. Los otros seguían mirando y retorcieron los dedos

señalando el cielo. Entonces contemplamos asustados, incrédulos. Sabíamos lo que significaba: crematorios. Nos quedamos en silencio, solo un muchacho de unos dieciséis años preguntó qué significaban aquellos extraños gestos. Nadie le respondió. Nadie quería externar sus lúgubres pensamientos. Es muy difícil describir el macabro estado de ánimo en que nos encontrábamos. Ahora era claro el significado del humo. No, no era el tren. Volteé a ver a mi padre y lo vi orando. Yo ya no creía que Dios pudiera salvarnos, mi confianza en él había llegado a su fin. Mi génesis sin su presencia tuvo lugar mucho tiempo atrás, en Steineck.

El tren avanzó y vimos a más gente uniformada. Solo nos miraban mientras los guardias de las ss sostenían sus linternas. Otros prisioneros hicieron más gestos raros. Algunos levantaron los brazos imitando a Hércules y, mientras tanto, una constante nube de humo salía como escupida al aire. Entonces el tren desaceleró y se detuvo.

Las puertas se abrieron y nos asustamos al oír los gritos.

—*Raus! Alle raus! Alles liegen lassen!* —vociferaban los guardias de las ss para que saliéramos de los vagones y dejáramos todo en ellos.

La plataforma de cemento estaba repleta de impacientes guardias de la ss que gritaban y hacían gestos indicándonos que saliéramos del vagón.

—*Raus!* —gritaban mientras los perros aullaban y mostraban sus amenazantes colmillos. En el ambiente se sentía el peso de la palabra *Auschwitz* como un mal presagio. El impacto nos conmocionó, nadie pudo repetir la abominable palabra. Sabíamos lo que significaba: una selección y la muerte. Estábamos al tanto de que en Auschwitz convertían a los judíos en cenizas y, ahora también, de que su red nos envolvía cada vez más.

Los hombres empezaron a orar: "*Shma Israel Adonoi Eloheino Adonoi Aikhod*", Dios es uno, Dios es poderoso.

—*Raus! Raus! Alle raus!* —seguían gritando los guardias con sus armas en la mano.

Pero después de haber estado encerrados en los vagones durante días y con el pánico que sentíamos, nos costaba muchísimo trabajo salir. Nuestras extremidades se habían amoldado a la masa humana en el interior de los vagones y no podíamos extenderlas bien.

—¡Dejen todo en la plataforma! —vociferaron los guardias.

Además de los trapos que llevaba puestos, yo solo tenía un abrigo y tuve que dejarlo, pero me aferré a las herramientas dentales que me habían salvado la vida hasta entonces. Sabíamos que estábamos en una situación terrible, pero cuando los guardias se lanzaron contra nosotros y empezaron a azotarnos con sus látigos sin razón, se desató el caos. De pronto sentí un látigo sacudirse por todo mi cuerpo.

—*Das auch!* —gritó un desdeñoso guardia.

—Estos son mis instrumentos dentales —dije con la esperanza de que me permitiera conservarlos, pero sin decir nada más, me arrebató la caja del hombro y la arrojó al suelo. Los tesoros que había guardado todo ese tiempo, mi destino y el de mi padre ahora yacían desperdigados en la plataforma de cemento.

Noté que se habían reunido más prisioneros con sus uniformes rayados como cebras y nos observaban desde detrás de la valla. Los guardias nos ordenaron desvestirnos y nos dijeron que también dejáramos la ropa en la plataforma. Todos nos desnudamos: carpinteros, abogados, zapateros, hombres de negocios, estudiantes y profesores. Para nuestros captores todos éramos solo judíos. Nos ordenaron que nos formáramos en las típicas filas de cinco.

—*Rechts schwenk, vorwarts marsch*.

El cielo era gris, tenía la singular apariencia de la finalidad. Era una mañana fresca, la intensa brisa atravesó nuestros cuerpos desnudos y nos congeló hasta lo más profundo. Nos juntamos y nos apretamos contra los demás, yo me pegué con fuerza a papá en

cuanto me di cuenta de que, si nos separaban, nunca volveríamos a encontrarnos. Luego entendimos la tan temida palabra.

—*Selekcja!* —gritaron. "Selección" en polaco. El grito pasó entre las filas y nos atravesó como un relámpago amedrentador. Sabíamos que el apocalipsis estaba cerca.

Hasta ese momento creíamos conocer todo respecto a los horrores de Auschwitz, pero poco después descubriríamos que en realidad no sabíamos nada. Cada uno había evaluado en silencio su probabilidad de supervivencia, pero para escapar de ahí se tendría que ser Houdini. No habíamos dado ni diez pasos cuando nuestra fila desaceleró y empezamos a arrastrarnos hacia el frente, pisando los talones del hombre de adelante. Algunos lloraban, otros trataban de reunir valor para parecer fuertes, para aparentar que estaban sanos. Papá y yo estábamos a varias filas de distancia del grupo de oficiales de las SS que escudriñaban con sus linternas a los hombres desnudos que tenían enfrente. Yo sabía que con cada paso nos acercábamos más a nuestra ruina y muerte, como me lo habían predicho las vías del tren. Supuse que todo llegaría a su fin en algunos minutos.

Seguimos avanzando; dentro de poco nos encontraríamos con el grupo de las SS y con sus linternas. Un nazi, que parecía ser el oficial de mayor rango, llevaba un elegante uniforme negro y portaba un distintivo de médico: la serpiente enroscada en la espada. Era alto, delgado y de piel oscura. Tenía cabello negro y grueso, lo llevaba corto, y con su actitud no dejaba lugar a duda de que él era quien estaba a cargo. El procedimiento parecía bien ensayado. Cuando sus asistentes hicieron desfilar a una hilera de prisioneros frente a él, hizo gestos misteriosos que solo los guardias comprendieron. Después de eso, ejecutaron sus órdenes. Un parpadeo, un ondeo de la mano, la flexión de un dedo: cada movimiento era una clave. A algunos hombres les ordenaron ir a la derecha, a otros a la izquierda, y poco después fue evidente que los de una fila se veían en mejor forma que los de la otra.

A dos de los cinco hombres delante de nosotros les ordenaron ir a la fila de los más débiles. Uno tuvo el valor de tratar de persuadir a su juez de que le permitiera unirse al otro grupo.

—¡Mire! Soy fuerte. Puedo trabajar. Durante más de dos años fijé vías y no falté ni un día —exclamó.

Pero uno de los oficiales lo empujó de vuelta a su fila. Para determinar quién vivía y quién moría, los factores eran de igual importancia: el suministro diario de gente, la demanda de mano de obra y la disponibilidad de espacio en las barracas.

Antes de que llegara nuestro turno, un compañero susurró.

—Levanten la cabeza, actúen como si fueran fuertes.

Los jueces me interrogaron a mí primero. Me preguntaron mi edad.

—Veintitrés —respondí.

—¿Ocupación?

—Dentista —dije.

Después de eso, me ordenaron que fuera a la derecha y me uniera al grupo de los hombres que se veían más sanos. Cuando me hice a un lado, llevé a mi padre conmigo.

—*Halt! Nur Du!* —"Solo tú", oí gritar a un oficial.

Entonces supe que papá se encontraba a su merced. Le preguntaron su edad y ocupación.

—Cuarenta y dos. Granjero —dijo.

En ese momento papá tenía cuarenta y nueve, pero me pareció que fue una buena respuesta. Entonces oí la orden.

—*Links!* —gritaron, y los vi empujarlo a la izquierda.

—Es mi padre —exclamé, suplicándoles que entendieran.

—*Nein, nur du geh nach rechts. Dein Vater muß nach links gehen* —fue su respuesta: "No, solo tú a la derecha; tu padre a la izquierda". Comprendí que lo acababan de condenar a muerte, así que supliqué clemencia una vez más, pero entonces vi que empezaban a seleccionar a la gente de la siguiente hilera. Nunca

estuve tan cerca de llorar en un campo. "Acaban de dejarme huérfano", pensé.

De pronto un hombre trató de escapar de la plataforma y se produjo una trifulca. Naturalmente, lo acribillaron de inmediato con disparos, pero en ese momento de confusión, aproveché para volver a jalar a mi padre y tratar de traerlo a mi lado. Él estaba paralizado de miedo, no pudo moverse. Entonces lo jalé con más fuerza.

—¡Ven conmigo, papá! —susurré, y por fin me siguió.

Todavía no entiendo cómo nadie notó lo que hice y me detuvo, todo fue producto de la suerte. Si nos hubieran visto, ambos habríamos muerto. Ahora que escribo sobre este incidente, debo añadir que, dejando todo a un lado, nuestra supervivencia se debió sobre todo a la suerte, aunque a veces se necesitó más que eso. A veces sucedían cosas extrañas, como si una mano misteriosa guiara nuestro destino.

Nos quedamos ahí parados, cada minuto que pasaba nos parecía una hora, sentíamos como si estuviéramos parados en carbón ardiente. Mientras tanto, también escuchábamos las oraciones: "Oh, Señor, ten piedad de tus hijos. Somos tuyos en verdad, somos puros de corazón", pero nada parecía ayudar. A final de cuentas, aquellos médicos tenían el poder. Asombrado ante lo que acababa de suceder, me aferré a mi padre. Ese día, al final sacaron de la plataforma a setenta y cinco hombres aún con esperanzas, entre ellos nosotros. Las nubes de humo continuaron elevándose desde las chimeneas mientras el cielo clareaba. A nuestros hermanos de la fila de la izquierda también se los llevaron. Los silenciaron poco después.

Caminamos unos cien metros y nos subieron en camiones. Atravesamos una valla doble y pasamos junto a edificios de ladrillos de tres pisos. Vimos a gente marchando con la ropa sucia. En la cabeza llevaban lámparas de mineros, se dirigían al trabajo. Me asombró la ironía: el carbón que extraían de las minas tal vez fue usado para mover los trenes que nos llevaron ahí. Algunos de los

hombres se veían casi muertos, apenas lograban arrastrar los pies. Frente a cada grupo caminaba un hombre con el mismo uniforme a rayas, pero portando una banda negra en el brazo: era el *Kapo*.

Este campo de trabajo no se parecía a nada que hubiera visto antes. El perímetro lo conformaban vallas con mucho alambre grueso y, encima, con púas. A lo largo del perímetro, por dentro, corría algo que parecía cableado eléctrico. En la parte superior de las torres había guardias de las *Waffen-ss* con uniformes verdes que mantenían sus armas apuntadas hacia el campo. Avanzamos más y de pronto escuchamos una orquesta y a gente cantando en alemán: "Hoy Polonia, mañana el mundo entero". El estribillo iba cambiando y en cada ocasión se mencionaba un país diferente. Cuando los camiones se detuvieron, oímos: "Hoy marchamos en Inglaterra y, mañana ¡en el mundo entero!".

En la entrada había un letrero que decía: "Deténgase. ¡Alto voltaje!". Más arriba había otro que decía "Auschwitz", y debajo, uno que decía "*Arbeit Macht Frei*": El trabajo te libera. Sabíamos que no era una promesa, mucho menos una garantía. La verdad era que nos habían llevado ahí para trabajar hasta morir. Frente a una casucha había un hombre dirigiendo a unos treinta músicos. Era una escena grotesca, seguían su batuta como si fueran una orquesta sinfónica.

Cuando nuestro camión entró, dobló a la izquierda y se detuvo frente a uno de los tres enormes edificios de tres pisos. A partir de entonces, un sargento de las ss muy bien vestido se hizo cargo de nosotros.

—¡Abajo! —gritó, y los guardias comenzaron a hacer cumplir su orden.

Miré a mi padre, estaba temblando y la cara se le veía azul. Aún teníamos esperanza, pero no sabíamos qué pasaría con nosotros.

De pronto alguien me indicó que mirara en otra dirección, volteé y vi a un prisionero saludando desde el otro lado de la valla. No despegaba la vista de mis botas.

—De todas formas tendrás que dejarlas, mejor lánzamelas —gritó —. A cambio me haré cargo de ti y te traeré más comida cuando entres al campo. Soy un *Blockkapo* —añadió.

Esas fueron las primeras palabras que oí de un prisionero en Auschwitz, era la forma en que se presentaba un *Kapo* de bloque.

El hombre llevaba un traje limpio, gorro oscuro y la banda de *Kapo* en el brazo. Al principio pensé que solo quería mis botas, pero cuando el *Scharführer* nos ordenó que dejáramos cualquier cosa que todavía trajéramos con nosotros, cedí ante lo inevitable. Saqué de mis botas las pocas fotografías que aún conservaba, y se las lancé al hombre al otro lado de la valla. Después de la confusión me di cuenta de que no tendría manera de encontrarlo después; de todas formas no importó porque no teníamos autorización para mezclarnos con los prisioneros del campo principal.

Miré las fotografías de mi familia: mi madre, mi hermana, mi hermano, la tía Rachel, el tío Schlomo y la tía Sara. También vi la fotografía del tío Izchak y recordé que todos decían que me parecía a él. También había fotografías del tío Mordechai, el tío Chaim y de los primos: Toba, Balcia, Nachme, Josef, Mayer y Mendel. Finalmente contemplé por última vez la fotografía de mi abuelo. Mucho tiempo después, cada vez que recordaba aquel día de agosto de 1943, me parecía que, por el hecho de haber dejado ahí las fotografías, mis parientes en ellas también habían muerto en Auschwitz. Vimos a grupos de prisioneros con la cabeza gacha, en ese instante decidí que algún día debería contarle al mundo lo que vi. Al mismo tiempo pensé que ningún drama épico podría reproducir todo aquello de lo que fui testigo. Nadie encontraría cuerpos lo bastante esqueléticos para recrear aquellas escenas.

El rocío matinal prevaleció en el ambiente mientras llegaban más camiones. Uno de los grupos había llegado en el mismo tren que nosotros, pero los hombres provenían de Lenzingen, el campo de trabajo donde estuvo mi hermano. Me aseguraron que lo vieron

antes de la selección en la plataforma. Papá y yo, temerosos, nos preguntamos qué le habría sucedido.

El *Scharführer* nos ordenó entrar al bloque de celdas que teníamos enfrente. Caminamos por un largo corredor y tuvimos que pasar junto a otros guardias de las SS. Volvieron a revisarnos, pero esta vez nos obligaron a abrir las piernas y a agacharnos. Más adelante, pasamos a través de un fluido salobre que olía a queroseno o naftalina, y poco después nos bañaron con la misma sustancia.

—*Schnell! Schnell!* —gritaron.

Corrimos como ovejas acorraladas para eludir a los pastores alemanes. Luego volvieron a llevarnos al patio.

El sol brillaba, incluso había logrado dispersar la niebla, pero como nosotros estábamos desnudos y mojados, seguíamos congelándonos. Para colmo, el fluido hizo que los rasguños y los raspones en nuestro cuerpo enrojecieran y nos ardieran. Luego nos ordenaron entrar a otro edificio y vimos un letrero en la entrada. La palabra que leímos nos aterró: "*Brause*", duchas. "Aquí no estamos a salvo", pensé. "Estamos en una cámara de gas disimulada".

—*Los machen!* —gritaron los guardias mientras nos empujaban desde todas direcciones para obligarnos a entrar.

La enorme puerta de metal se cerró detrás de nosotros con un infernal sonido metálico, y nos encontramos de pronto en un enorme salón. Vimos las regaderas colgando, los prisioneros que llegaron antes que nosotros estaban parados rezando, tal vez también por nosotros. Oímos otra vez el ruido metálico y todo quedó en silencio. Mi padre tenía la mirada fija en mí, pensaba, al igual que yo, que este sería nuestro último momento juntos. El corazón comenzó a palpitarme a toda velocidad, vi anillos de luz frente a mí. Durante días y kilómetros, las ruedas del tren me habían advertido sobre la ruina y la muerte, y ahora el presagio estaba a punto de cumplirse. Cerré los ojos y dejé de respirar, temeroso del gas letal con el que nos bañarían en cualquier minuto. El silencio pasivo persistió.

De pronto sentí agua goteando en mi cuerpo, pero no me atreví a mirar hacia arriba por miedo a que el milagro llegara a su fin. Enseguida, el agua empezó a fluir de forma constante y notamos que no olía ni sabía rara, incluso me llené la boca con ella y la bebí. En ese momento el alivio nos embargó a todos y sentimos que acabábamos de volver a nacer. Ese fue nuestro único momento feliz en Auschwitz, aunque para papá y para mí se trataba del segundo milagro del día.

Cuando el agua dejó de correr, un prisionero que estaba cerca de nosotros me dijo que había visto a mi hermano ahí mismo y me tomó de la mano, juntos caminamos empujando con los codos y tratando de avanzar entre la masa de cuerpos mojados hasta que vimos a Josek. Nos quedamos mirando sin poder creerlo, ¡era el tercer milagro del día! Volvimos juntos hasta donde se encontraba papá, quien se puso muy feliz al vernos. Josek estaba incluso más delgado que cuando nos vimos la última vez, pero no solo eso, tenía los ojos hundidos y caminaba encorvado. Era obvio que no estaba bien de salud; en ese estado no sería un activo valioso en ningún campo de trabajo. A pesar de todo, ahora que nos habíamos encontrado los tres, juramos permanecer juntos sin importar lo que pasara.

Las puertas se abrieron y nos ordenaron pasar al siguiente cuarto. Era un gran salón convertido en peluquería y estaba repleto de prisioneros sentados en bancas. Los peluqueros también eran prisioneros, pero llevaban uniforme a rayas y el cabello rapado.

—Sentados. De pie. Vuelta —ordenaban sin cesar los ocho peluqueros a los otros prisioneros.

En ese momento escuché a un hombre contando algo de lo que fue testigo en la estación ferroviaria. Era de Viena, dijo que vio a un hombre como de cuarenta y cinco años decirle a un oficial de las ss que lo habían arrestado por error. "Combatí en la Primera Guerra Mundial por Austria y perdí ambas piernas. Estoy exento de cualquier deportación", dijo el hombre de la historia, mostrándole al

oficial su Cruz de Hierro y sus documentos. El oficial le arrebató los papeles de la mano al inválido y los hizo pedazos antes de empujarlo frente a un tren que iba llegando. Otro testigo corroboró la historia.

—Y cuando el tren pasó sobre él, todos lanzamos un grito ahogado —terminó de contar el hombre.

Entonces llegó mi turno y el peluquero empezó a cortarme todo el pelo mientras negaba con la cabeza.

—Me pregunto cómo lograron sobrevivir tantos de ustedes, Auschwitz está lleno. Tienen suerte de no haber terminado en la chimenea —dijo.

Los prisioneros usaban la palabra "chimenea" como una metáfora del hecho de ser asesinado con gas y luego cremado. Por otra parte, como les resultaba difícil pronunciar *Konzentrationslager*, la palabra alemana para "campo de concentración", le llamaban KZ.

—El doctor Mengele solo pasa judíos al campo cuando hacen falta trabajadores. —continuó explicando el barbero—. A veces se les acaba el gas —añadió.

Le dije que la mayoría éramos veteranos de distintos campos de trabajo y que nosotros habíamos pasado dos años en uno cerca de Poznan trabajando en la construcción de las vías para el ferrocarril. Agregué que creíamos que tal vez fue eso lo que nos ayudó a escapar de la muerte.

—Lo dudo —dijo.

Luego me explicó que estábamos en Stammlager, el campo principal de Auschwitz. También mencionó que había muchos campos satélite alrededor.

—Buna, Trzebinia, Jawiźowiec, Janinagrube y Günthergrube, por mencionar algunos. Te asombraría ver lo organizados que están —dijo.

El peluquero dejó de hablar, pero yo quería saber más, así que empecé a hacer varias preguntas y el respondió sin reparos.

—¿Qué significa ese número que tienes en el brazo?

—Aquí todos tenemos un número, tú también lo tendrás, y en cuanto lo tengas, solo te conocerán por él. Tendrás que recordarlo y responder cuando lo oigas —explicó.

Noté que el número estaba tatuado.

—¿Y en dónde los tatúan?

—Eso lo verás pronto. Te tatuarán en cuanto salgas de aquí. Yo llevo año y medio en Auschwitz.

—¿Cuánto tiempo puede sobrevivir alguien aquí? —me pregunté en voz alta, y el peluquero se sorprendió.

—Auschwitz es un lugar muy distinto al que conocí cuando llegué —dijo—. En ese entonces había un letrero que decía: "Tal vez sobrevivas algunas semanas aquí, tres meses como máximo. La única forma de salir de aquí es por la chimenea. Y si no te agrada, dirígete a la valla y termina con esto ahora mismo".

Su respuesta confirmó mi sospecha de que fluía electricidad letal por el cableado de la valla interior de Auschwitz. Luego continuó explicándome que la obligación invariable de los prisioneros era obedecer.

—Recuerda: aquí en Auschwitz nunca deberás caminar, siempre correr —informó, y luego me instó a aprender los nombres de los distintos rangos de los oficiales de las *Waffen-ss* y a usarlos de la manera correcta—. Cuando pases junto a ellos, quítate la gorra y marcha como militar. Deberás obedecer estas reglas sin importar cuán ridículas te parezcan. A veces se necesita tener suerte aquí. Otra de las razones por las que muchos de ustedes sobrevivieron a la selección es que no había mujeres, niños ni ancianos —agregó sin dejar de repetir lo afortunados que éramos.

Saber que él había sobrevivido dieciocho meses en Auschwitz me daba un poco de esperanza.

—Y, sin importar cuán enfermo estés, nunca vayas a la enfermería. La mejor manera de no morir es trabajando —aseguró por último.

Ahora sabía mucho más sobre Auschwitz y su peculiar jerga. KZ, de *Konzentrationslager*, significaba campo de concentración. A la enfermería le decían KB, de *Krankenbau*. La palabra *Kanada* la usaban para referirse a los grupos de prisioneros que reunían todo lo que los recién llegados se veían forzados a dejar en las plataformas. Los *Kapos* eran los prisioneros que fungían como capataces. Un *Bunker* era un lugar de castigo. Los *Sonderkommandos* eran los prisioneros asignados a grupos de trabajo especiales. Durante nuestra conversación, sin embargo, el peluquero usó algunas palabras que me resultaban extrañas, como *caballo* o *anaquel*, y otras cuyo significado no comprendí por completo.

Desnudos y rasurados de pies a cabeza, caminamos en fila hasta la siguiente barraca. Nos arrojaron un par de suecos, una chaqueta y unos pantalones a cada uno, sin tomar en cuenta nuestra talla.

—Si algo no les queda, cámbienlo con alguien más —nos dijeron los prisioneros detrás de los mostradores. La ropa apestaba al mismo fluido con que nos habían rociado poco antes. A cada uno le dieron ropa interior con franjas grises y una boina a rayas. Las chaquetas eran o muy grandes o demasiado pequeñas, y podíamos subir la mayoría de los pantalones hasta la barbilla. Papá, a quien nunca le había faltado ni hilo ni aguja, ahora se sentía impotente porque sus pantalones no tenían el botón que debía sostenerlos. Los pantalones de Josek también se le caían de la cadera.

Robar nuestros nombres sería la manera en que terminarían de deshumanizarnos. En lugar de un nombre, ahora tendríamos un número, y más adelante comprenderíamos por qué: los números no tenían rostro y era mucho más fácil lidiar con ellos.

Cuando empezó el proceso de numeración, Josek, papá y yo caminamos en fila y recibimos números consecutivos. Creímos que eso disminuiría la posibilidad de que nos separaran. Un prisionero con una herramienta parecida a una pluma fuente comenzó a inyectarme tinta negra en la parte exterior del antebrazo izquierdo. Al principio no sentí gran cosa, pero a medida que continuó el

proceso, empezó a dolerme, tanto que retiré el brazo. Entonces vi algunas gotas de sangre sobre los números que acababan de tatuar en mi piel. El prisionero se me quedó viendo y supe que tenía que terminar. Después de eso nos dieron parches de tela con nuestro número y nos dijeron que los cosiéramos en nuestra chaqueta y en los pantalones. Yo me convertí en el número 141129, mi padre en el número 141130 y Josek en el 141131. El triángulo rojo en el parche indicaba un crimen político y a los parches de los prisioneros judíos les añadían tres esquinas amarillas. Con el tiempo incluso aprendimos a distinguir cuáles eran los supuestos crímenes. Los comunistas y quienes lucharon en la Guerra Civil española contra el general Franco y con el objetivo de crear una república tenían un triángulo señalando hacia abajo; el resto de los prisioneros políticos tenían el triángulo señalando hacia arriba. Los triángulos verdes eran para los criminales, los rosas para los homosexuales y los violetas para los miembros de la Iglesia adventista del Séptimo Día y para los testigos de Jehová. El color café indicaba quiénes eran gitanos. Los supuestos prófugos llevaban un gran círculo negro en la espalda; como a los judíos solo les disparaban o los colgaban cuando los sorprendían escapando, no había judíos en este grupo. Al centro del parche había una letra que correspondía al país de cada prisionero, según la palabra en alemán: *D* para *Deutschland*, Alemania; *F* para *Frankreich*, Francia, y *P* para *Polen*, Polonia.

Los primeros a los que aprendimos a temerles fue a los *Kapos*. Algunos estaban a cargo de los bloques del campo de concentración, otros iban con nosotros a trabajar y ahí nos supervisaban. Casi ninguno era judío, en su mayoría eran alemanes y tenían una amplia variedad de antecedentes. Algunos eran estafadores, otros forajidos y algunos más criminales de poca monta, pero también había antiguos soldados de la Legión Extranjera. Aunque al principio algunos de ellos no estaban de acuerdo con Hitler, en cuanto les dieron la oportunidad de salir de prisión y convertirse en *Kapos* en campos de concentración, su lealtad cambió de bando. Todos

mostraban cierto desprecio por los recién llegados y actuaban como si todos los judíos fuéramos sus enemigos. Aunque se enfrentaban a la misma vida que nosotros, nos trataban con arrogancia y eran indiferentes a nuestro dolor.

Me parecía asombrosa la manera en que los nazis nos habían marginado del resto de los prisioneros. Si acaso alguna vez hubo una relación armónica entre los judíos y los no judíos en los campos, en Auschwitz no la vimos. A pesar de que teníamos una causa común, los no judíos no querían relacionarse con nosotros y llevaban una vida menos terrible porque al menos no tenían por qué temerles a los procesos de selección, ya que las cámaras de gas estaban destinadas exclusivamente a los judíos y los gitanos.

A partir de entonces, cada vez que nos reuníamos teníamos que seguir nuestros números en orden consecutivo.

—*Los! Los!* —gritaban los guardias cuando nos arriaban en Auschwitz.

Vimos a un grupo de prisioneros cargando piedras en una dirección y a otro haciendo lo mismo, pero en la dirección contraria. Los hombres voltearon hacia nosotros, pero no me pareció que nos hubiesen visto. Finalmente llegamos al bloque de cuarentena. Llevábamos dos días sin comer y teníamos la idea de que, tras haber pasado por el bautismo simbólico de Auschwitz, nuestros compañeros prisioneros encontrarían suficiente compasión en su corazón para permitirnos entrar al edificio enseguida, pero el *Kapo* y tres de sus asistentes nos llevaron a un costado de este y ahí nos dieron un gélido y hostil recibimiento.

—¿En dónde estuvieron todo este tiempo? —gruñó el *Kapo*, como acusándonos de no haber llegado antes a Auschwitz.

Luego el empleado verificó que todos estuviéramos ahí. Era muy alto, medía unos dos metros. También era delgado y tenía las piernas arqueadas. Su parche tenía un triángulo rojo con una letra *P*, lo que significaba que era un prisionero político de Polonia. El número que le tatuaron era un poco mayor a 100000. Una de sus

orejas se enroscaba hacia arriba y la otra parecía estar doblada hacia atrás. De los tres asistentes del *Kapo* en ese bloque, él resultó ser el más amigable y decente. Incluso nos animó a tener esperanza.

—Es probable que los envíen a un *Aussenlager*, un subcampo. En los cuarenta kilómetros a la redonda de nuestro campo, hay treinta y nueve de ese tipo —nos explicó con una voz ronca y trémula. También nos dijo que en dos semanas nos enviarían a trabajar si no se presentaba ninguna dificultad.

El *Kapo*, en cambio, era muy distinto. Se veía desnutrido, y cuando empezó a hablar nos demostró que en Auschwitz los hombres podían llegar a ser más agresivos que los animales. Lo primero que hizo fue decirnos las reglas.

—Cualquiera que salga de este bloque recibirá diez latigazos. Si alguien trae comida a la barraca, diez latigazos. Si salen de aquí sin arreglar su litera, diez latigazos. Si no están presentes cuando se pase lista, diez latigazos. Si roban algo, diez latigazos…

Para cuando terminó su discurso, nos sentíamos insensibles a las reglas.

El mediodía se acercaba, era la hora de ir por comida. El *Kapo* nos permitió retirarnos a nuestro cuarto. Todos teníamos los pantalones flojos y sabíamos que si no encontrábamos algo con qué sujetarlos, nos regañaría. Por suerte, Josek encontró un trozo de cordel. En cuanto llegamos a la barraca nos aseguramos de conseguir tres literas adyacentes y vimos que, por primera vez desde que nos hicieron prisioneros, estábamos en un bloque libre de bichos.

Tanto en Steineck como en Gutenbrunn nos daban las raciones con regularidad. Ahí nos daban sopa en la mañana y en la noche, pero solo nos daban pan de forma esporádica, y como nadie se habría aventurado a salir del bloque, la posibilidad de robarlo de algún lugar quedaba descartada. Hasta Mendele tuvo este problema a pesar de que casi siempre encontraba maneras de circunnavegar

el sistema. El ordenanza de nuestro bloque llegó con contenedores y a cada uno nos sirvió dos cucharones de sopa: agua hervida con trozos de papa y un nabo demasiado cocido. Como no nos dieron cucharas, tuvimos que beber del tazón.

El pase de lista podía durar horas. Un domingo, justo antes del mediodía, oí a alguien decir mi nombre, pero no ubiqué quién era, me pregunté cómo era posible que alguien me conociera. Me acerqué a la puerta y vi a un *Kapo* que me estaba buscando. Tras confirmar que yo era Bronek Jakubowicz y que era de Gutenbrunn, me dijo que afuera había una chica que le preguntó si me conocía. La describió rápido y supe que solo podía ser Zosia.

El *Kapo* explicó que le había prometido que me encontraría, pero le pidió que se fuera. Lo que más curiosidad me daba era cómo me encontró a mí el *Kapo*.

—La joven me dijo cuándo llegaste y de dónde venías. Entonces supe que, si estabas vivo, solo podrías estar aquí, en el bloque de cuarentena —dijo, y como consideró que había cumplido su misión, se fue.

La diferencia de clases era tanta que quedarse y socializar con un prisionero común que acababa de llegar habría sido demasiado degradante. Nunca supe cómo averiguó Zosia a dónde me habían enviado. La seguridad en Auschwitz era tan estricta que seguro se dio cuenta de que no podría verme aunque volviera y eso la desalentó. Solo pude recordar los días que pasamos juntos en Steineck y Gutenbrunn.

Los veteranos de Auschwitz nos veían como novatos, y cuando les preguntábamos algo, respondían con preguntas también. Cuando le pregunté a uno de los asistentes del *Kapo* dónde podría lavar mi ropa, su respuesta fue: "¿Dónde crees que estás? ¿En un sanatorio?".

Siguieron llegando más personas y vimos las cifras tatuadas aumentar hasta llegar a 150000. Eso quería decir que desde que nosotros llegamos habían llevado a casi diez mil personas más. De

acuerdo con el patrón recurrente, solo el veinticinco por ciento era seleccionado para pasar al campo de concentración. Eso significaba que más de cuarenta mil personas fueron transportadas a Auschwitz en las dos semanas después de que llegamos. Me pregunté qué habría pasado con el campo de trabajo de las mujeres y con Balcia y las demás.

Un día vinieron a vernos algunos civiles alemanes acompañados de oficiales de las SS. Al parecer no estaban al tanto de que teníamos el estatus de buenos trabajadores, así que nuestro aislamiento continuó. Escuchamos que las fuerzas aliadas habían aterrizado en algún lugar de Europa. Un día, ya bastante tarde, pasaron doce prisioneros frente a nuestra barraca. Por lo general, a los prisioneros en el interior del campo los escoltaban los *Kapos*, pero a estos hombres los guiaban guardias de las SS y en sus rostros se veía el miedo. Uno de los ordenanzas de nuestro cuarto dijo que los llevaban al *Strafbunker*, el cuarto de castigo.

—Muy pocos sobreviven a una estancia larga ahí —nos explicó—, y si lo hacen, terminan dañados física y mentalmente de por vida.

En el *Strafbunker* no había ni luz ni sanitario. Apenas era lo bastante grande para que cupiera una persona parada.

—Les habría ido mejor si se hubieran ido directo a la valla eléctrica —dijo el ordenanza.

Otro día nos enteramos de que ya no necesitaban prisioneros trabajadores y que no iríamos a ningún lado, fue la peor noticia que pudieron darnos porque no ser necesarios significaba que nos habíamos vuelto prescindibles. Pensamos que pasar con éxito la selección del doctor Mengele solo fue un alivio temporal. Sabíamos que para mantenernos vivos teníamos que seguir trabajando, que no hacer nada hasta cierto punto ponía en riesgo nuestra vida. Después de todo, ya no me sentía tan optimista respecto a salir vivo de Auschwitz. Tras varios años al borde de la existencia, ahora estábamos resignados a lo que fuera que el destino nos tuviera reservado, ya no pensábamos en nuestra vida a largo plazo.

Un día el *Kapo* nos mantuvo más de una hora afuera, bajo la lluvia fría. Cuando por fin entramos al bloque, estábamos empapados y escurríamos. Colgamos nuestra ropa para que se secara, cuando el *Kapo* lo notó, nos preguntó de quién había sido la idea. Como todos lo hicimos al mismo tiempo, nadie se declaró culpable. Entonces nos ordenó volver a salir desnudos y darle vueltas al bloque. Cada vez que pasábamos por la entrada, donde él estaba, nos azotaba con su látigo. Lastimó mucho a Mendele, pero él no se quejó a pesar de que algunos de los latigazos hicieron que le sangrara la espalda. Entonces pensé que ese adolescente tenía un corazón de piedra. Miré alrededor y, al ver que en nuestro cuerpo seguía escurriendo la lluvia, me imaginé ganado pastando. Ahí nos trababan igual: nos transportaban en camiones, nos arreaban e incluso nos tatuaban. Poco después le dio fiebre a Moishe Chernicki, uno de los prisioneros. Lo llevaron a la enfermería y nadie volvió a verlo o a saber de él.

Llevábamos más de dos semanas en aislamiento y las draconianas raciones de alimento que nos daban apenas nos mantenían con vida. Cuando no salía el sol, al campo lo cubría la negrura del humo que se elevaba con el viento. Hasta ese momento no nos había abandonado el valor, pero ya estábamos tocando fondo. La realidad parecía distorsionada, sin forma. A veces solo nos quedábamos mirando a la nada, algunos deambulaban solos por la barraca. Aunque nos aprobaron en la selección del doctor Mengele, estábamos destinados a reprobar en la vida. A pesar de todo, rara vez oíamos decir que alguien se había suicidado, solo algunos prisioneros judíos sucumbieron de esta manera. Quizá las experiencias que nuestra generación había vivido nos dotaron con una habilidad adicional para sobrevivir. Los creyentes impertérritos seguían orando todos los días; a mí me sorprendía que aún recordaran, palabra por palabra, las distintas oraciones del *shacharit*, el *minjá* y el *maariv*: las liturgias de la mañana, la tarde y la noche.

Un día, varios civiles fueron al bloque, iban acompañados por el *Hauptsturmführer* Rudolf Höss, *Kommandant* de Auschwitz. Según el consenso de los supervisores de nuestro bloque, eran de la IG Farben, una importante empresa farmacéutica alemana que ya empleaba a prisioneros en Buna, un campo de trabajo cercano. La IG Farben Company estaba fabricando hule sintético en Buna. Nos dijeron que, como el índice de mortalidad de los prisioneros ahí era muy elevado, todo el tiempo necesitaban trabajadores de remplazo. Nos pareció que nuestra situación no podría ser peor, solo queríamos salir de ahí.

Por fin llegó la orden de que nos fuéramos del campo, y a la mañana siguiente, poco después de las cinco, nos entregaron un par de zapatos de cuero con suelas de madera para remplazar los suecos. Después de pasar lista nos dieron una porción generosa de pan y nos formaron. Ochocientos seríamos trabajadores y otros veinticinco prisioneros se harían cargo de nosotros, entre ellos Richard Grimm. No sabíamos a dónde íbamos. Salvo por Grimm, los demás tenían números de prisionero bajos. El más bajo que recuerdo haber visto fue el de Klaus Koch, quien luego fue nuestro cocinero; debido a una coincidencia, terminó trabajando para un oficial de las SS que también se llamaba Klaus Koch. La mayoría de los trabajadores tenía triángulos verdes, el color de los criminales, pero también había prisioneros políticos e incluso un homosexual con el correspondiente triángulo rosa en su parche.

Al salir de Auschwitz, Josek y yo caminamos al lado de nuestro padre. Levanté la vista y vi el paradójico letrero: "El trabajo te libera". Cuando salimos de ahí sentí como si hubiéramos firmado un nuevo contrato de arrendamiento con la vida. Vimos que los guardias estaban recibiendo a un grupo grande de gente. Eran gitanos. Solo pude pensar en la contradicción de que un pueblo que tanto amaba la libertad del espíritu también hubiera terminado encadenado en Auschwitz. Recordé que cuando era niño me encantaba escuchar su música, que hacían llorar y reír al violín al

mismo tiempo. Cuando estaba en la primaria aprendí a tocar la mandolina y tuve una maravillosa experiencia con una niña gitana que tenía doce años como yo, y que era muy hermosa. Un día fue a la parte trasera de nuestra casa, donde yo tocaba la mandolina, se detuvo y escuchó un rato. Luego me persuadió de ir con ella a su campamento, el cual no quedaba lejos de casa. Al principio sentí miedo porque me habían dicho que los gitanos secuestraban a niños de cabello oscuro, pero la acompañé de todas formas y luego volví a visitarla varias veces más. Con el tiempo llegué a apreciar nuestras diferencias y noté que me agradaba el estilo de vida comunal, nómada y emocionante de los gitanos. Para cuando se fueron de esa zona, la niña gitana y yo nos habíamos enamorado. Unas tres semanas después regresó e insistió en vivir con nosotros. Fue un gran dilema para mis padres, pero finalmente mi papá encontró a su caravana, le compró un boleto de tren y la envió de regreso.

Continuamos marchando. Nos acompañaban setenta croatas y veinte alemanes de las *Waffen-ss*, principalmente *Rottenführer* y *Unterscharführer*: soldados rasos y cabos. Frente a nosotros iba un imponente oficial de las ss que parecía muy intrépido, era el *Hauptscharführer* Otto Moll, nuestro futuro *Kommandant*. Según los rumores, Moll había jugado un importante papel en Auschwitz, y en menos de seis meses pasó del rango de sargento a *Hauptscharführer* y luego a *Kommandant*. Este ascenso meteórico se debía a lo hábil que era para matar. Fue uno de los pioneros en el sistema de dejar caer latas del gas venenoso Zyklon B en las duchas falsas, método que acompañaba con su dicho favorito: "*Laß sie fressen*": déjenlos comer.

Era finales del verano de 1943 y el hecho de haber escapado vivos del bloque de cuarentena de Auschwitz era ya una metáfora de la libertad. Pensábamos que nuestro destino había cambiado porque estuvimos a punto de ser lanzados del acantilado y ahora teníamos un nuevo contrato con la vida. Cuando pasábamos junto a gente a la

que todavía se le permitía vivir de manera normal, sentía resentimiento y deseaba no haber nacido judío.

Me costó trabajo caminar con los nuevos zapatos con suela de madera. Era mediodía, el sol estaba en lo alto y acabábamos de pasar por un pequeño pueblo llamado Lędziny. Nos ordenaron desviarnos del camino y sentarnos en el suelo, lo cual me produjo una sensación espeluznante porque el pasto se sentía quemado, muerto, como si el lugar acabara de atravesar una hambruna. Los afortunados a los que todavía les quedaba algo de pan, lo comieron y luego continuamos nuestra excursión hacia el norte, hasta que llegamos a Günthergrube, otro campo de trabajos forzados. Algunos kilómetros más adelante llegamos al pueblo de Piast y, no muy lejos e incluso visible desde el camino, vimos otro campo con un nombre peculiar, Janina, que en polaco es un popular nombre femenino. Un kilómetro después, del otro lado del camino, encontramos dos campos de trabajo más. El primero era Ostland, un campo para mujeres polacas y rusas, y el segundo era Lager Nord, para prisioneros de guerra rusos. Luego llegamos a un lugar llamado Wesoła, que significa "feliz" en polaco. Cinco kilómetros más adelante había un campo más, la mayoría de los prisioneros de ahí trabajaban para la IG Farben. Finalmente llegamos a donde sería nuestro nuevo hogar, el campo Fürstengrube o "Mina noble". Estábamos a solo dieciséis kilómetros de Auschwitz I.

# 13

# Fürstengrube

ARRIBA DE LA ENTRADA HABÍA UN LETRERO: "FÜRSTENGRUBE". Debajo se leía el saludo de los mineros en alemán: "*Glückauf*". Fürstengrube era un subcampo de Buna: Auschwitz III. De un lado, la tierra estaba salpicada de árboles retorcidos, matorrales y hierba seca. El campo era rectangular y las barracas eran de un solo piso, aunque a diferencia de las del campo principal en Auschwitz, acababan de ser construidas. Las ventanas y las puertas daban al patio. En el rincón más alejado, en el estrecho espacio entre dos barracas, había dos edificios de losas de cemento. A todo el campo lo rodeaba un muro de ladrillos y una cerca de malla con alambre de púas encima. En las esquinas del patio había torres de ladrillos. Nuestra entrada a Fürstengrube no fue tan tumultuosa como las de los tres campos anteriores.

Adentro vi que el patio todavía estaba lleno de cascajo. Nos hicieron marchar al centro, nos acomodaron en un cuadrado y nos ordenaron mirar en medio, donde se encontraban el *Hauptscharführer* y su séquito. Los guardias ya ocupaban sus puestos en las torres y en la entrada. Se pasó lista y así se confirmó que la misma cantidad de hombres que había salido del campo principal llegó a Fürstengrube. Grimm nos ordenó seguir a las barracas a los jefes de bloque, los *Blockführers*, pero antes de irnos

nos recordó que debíamos volver al patio en cuanto nos asignaran los bloques y las literas.

Cada barraca era un solo cuarto. En el interior había cinco hileras de literas de tres niveles, entre las que había corredores muy estrechos. En las literas había tarimas, almohadas rellenas de paja y cobijas de yute. Este era el lugar en el que viviríamos unos ciento cuarenta hombres. Para cuando llegamos al patio, el sol ya se estaba ocultando. Moll nos dio instrucciones en cuanto nos formamos.

—Aquí yo soy su *Lagerführer*. Quienes estén dispuestos a trabajar duro estarán a salvo —dijo y luego señaló a los guardias de las SS que se encontraban detrás de él—. El *Rapportführer* Anton Lukoschek es mi asistente —continuó, y nos explicó el resto de la cadena de mando.

Debajo de él estaban el *Arbeitsdiensführer* Schwiętny, jefe del servicio laboral, y el *Blockführer* Pfeiffer. Luego seguía el soldado raso Adolph Voigt, *Rottenführer* de las SS, quien, según nos dijo Moll, estaría a cargo de la KB, la enfermería. Por último señaló a Klaus Koch, quien estaba a cargo de la cocina.

A pesar de que Moll tenía cuarenta y cinco años, pesaba alrededor de ciento veinte kilos y no era muy alto, lo cual era raro en un oficial de las SS, se comportaba de forma digna. Tenía hombros anchos y un cuerpo musculoso que lo hacía ver más joven, llevaba el cabello corto y tenía un rostro como esculpido del que destacaba la frialdad de sus ojos azules. Solo uno de ellos era real, el otro lo había perdido combatiendo en Francia. Cuando hablaba solo se movía el ojo de verdad. Por otra parte, daba la impresión de que el corazón que latía en su protuberante pecho no albergaba sentimientos genuinos. En resumen, con ese entallado uniforme y las botas a la altura de las rodillas, parecía el paradigma del guerrero prusiano o el perfecto joven que aparecía en los carteles nazis. Por último, Moll anunció que Richard Grimm sería de nuevo el prisionero encargado del orden, o sea nuestro *Lagerältester*, y luego se fue.

Los *Kapos* solían ser una sola camarilla dominante, pero eso de ninguna manera les garantizaba proteccionismo. Incluso un *Lageräl*tester podía llegar a perder su poder, como le sucedió a Kurt Goldberg en Gutenbrunn. En Fürstengrube había varios *Kapos*: *Kapo* Michael, *Kapo* August, *Kapo* Karl, *Kapo* Hermann, *Kapo* Wilhelm, *Kapo* Olschewski, *Kapo* Jurkowicz, entre otros. Aunque no les agradó nada tener que obedecer al recién llegado Grimm, al menos se mantuvieron tranquilos al principio. Grimm habló con ellos en voz baja y luego volteó para dirigirse a nosotros.

—Aquí estaremos trabajando en una mina de carbón llamada Fürstengrube —explicó. Luego señaló a los *Kapos* que se encontraban detrás de él—. Ellos los llevarán a la mina y los traerán de vuelta. En cada bloque también habrá un *Blockkapo*.

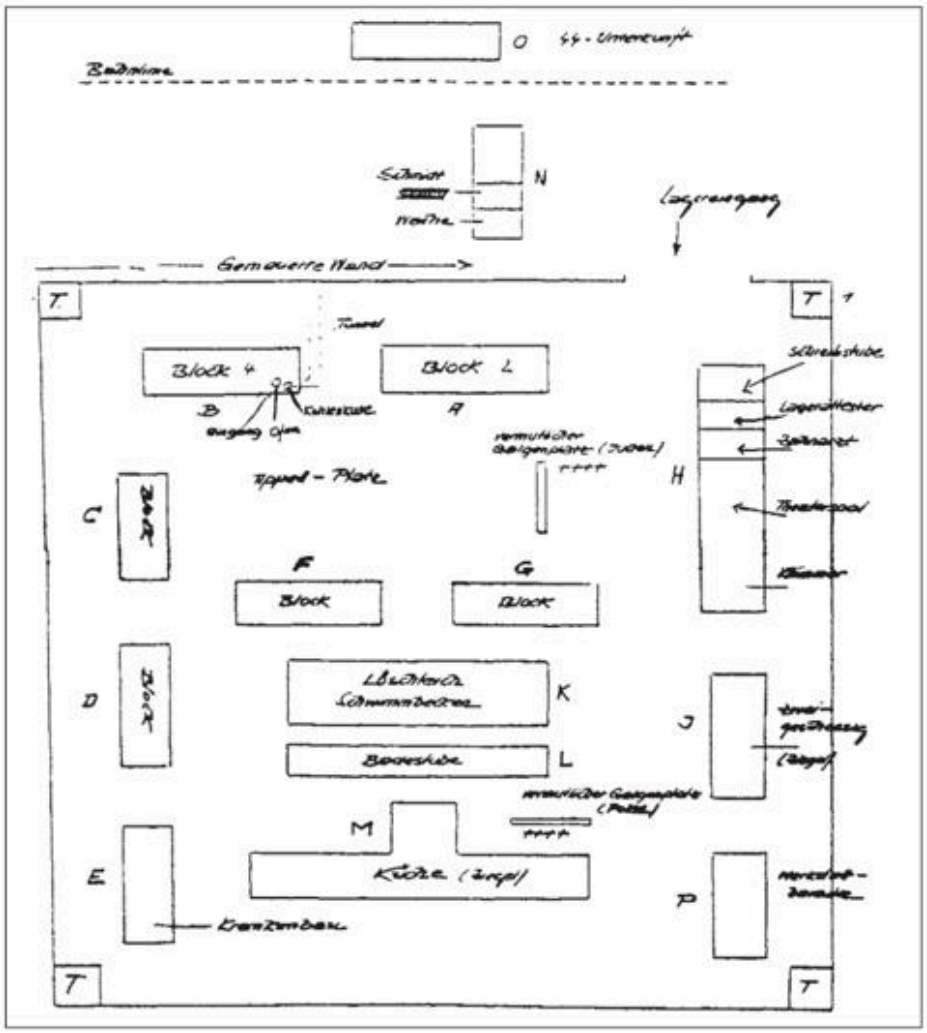



*Figura 1. Plano de Auschwitz III, Fürstengrube*

A-D, F, G: Barracas para prisioneros
E: Primeros auxilios y enfermería
H: Oficinas del campo, cuarteles para los *Lagerältester*, estación dental, teatro y sala de castigo
J: Área de práctica de tiro
K: Reserva para luchar contra los incendios
L: Duchas y baños
M: Cocina de las ss y de los prisioneros; patíbulo polaco a la derecha
N: Cuarteles para el *Kommandant* y sus subordinados
O. Cuarteles para los oficiales de las ss y vías férreas
P: Talleres para prisioneros trabajadores: carpinteros, empleados de mantenimiento, sastres, zapateros y barberos
T: Torres de vigilancia de los guardias de las ss

Nombró a Goldstein como nuestro peluquero, quien solía hacerse cargo del dispensario en Steineck. A dos prisioneros les dio la orden de dedicarse a reparar zapatos, dos más trabajarían como sastres y

otros seis serían carpinteros en todo el campo de concentración. Estaban ahí para ayudar con lo que faltaba por construir en el campo bajo la autoridad del *Kapo* Josef Hermann. Aunque había muchos médicos, entre ellos Seidel, que era de Gutenbrunn, a quien asignaron a la KB fue a un nuevo doctor llamado Lubicz que iba con los *Kapos*. Al resto nos dividieron en tres grupos, cada uno trabajaría un turno de ocho horas en la mina. El primer turno sería de seis de la mañana a dos de la tarde, el segundo de dos de la tarde a diez de la noche y el tercero de diez de la noche a seis de la mañana. En ese momento nuestra única oportunidad de supervivencia dependería de parecerle valiosos al aparato bélico del Tercer Reich.

El *Kapo* Hermann usaba un parche con triángulo rojo y sin esquinas amarillas, lo que significaba que era un prisionero político no judío. Nathan Green fue nombrado el *Blockkapo* del Bloque 4, al que estábamos asignados papá, Josek y yo. Él era el único criminal judío que había visto en Auschwitz y provenía de un lugar cerca de Katowice. Nunca supe por qué crímenes lo habían sentenciado. Era alto, esbelto y bien parecido. Al igual que otros *Kapos*, su ropa de la prisión era de mejor calidad y eso lo distinguía de los prisioneros comunes. En su desordenado mundo, ser un criminal no implicaba un estigma. De hecho, los criminales prosperaban en Auschwitz porque hacían cualquier cosa que les ordenaran los nazis. El número de la prisión de Green era cercano al 70000, lo que significaba que había estado en Auschwitz por lo menos año y medio. El hecho de que los miembros más bajos de la sociedad nos gobernaran me resultaba humillante.

Nada escapaba a la furtiva mirada gris de Green. De manera sistemática se robaba nuestras raciones, no solo para él mismo, sino también para sus amigos. A papá, a Josek y a mí nos tocó trabajar el primer turno, por lo que salíamos del campo de trabajo a las cinco de la mañana. Era el turno preferido, pero por desgracia nos rotaban cada semana. El turno de la noche no nos dejaba mucho tiempo

para descansar porque durante el día había actividades en la barraca.

La primera mañana que trabajamos, Richard Grimm y el *Kommandant* Moll llegaron cuando todavía no amanecía.

—*Alle aufstehen!* —gritó Nathan Green, y todos nos pusimos de pie.

—*Raus, raus, alle raus, eintreten, schnell!* —gritó Grimm, y tratamos de salir lo más rápido posible.

Nos volvieron a dar raciones normales, overoles y lámparas de mineros. A las cinco y media, el *Scharführer* Pfeiffer y su asistente, el *Kapo* Michael Puka, nos hicieron salir marchando del campo de trabajo. El *Kapo* Puka era un criminal alemán, y muy pronto descubrimos que era un sádico. Gozaba de cierto estatus en el campo de concentración porque había sido prisionero durante mucho tiempo, fue uno de los primeros quince mil. Aunque solo medía un metro setenta, era el más atemorizante de los *Kapos*. Solo nos hablaba para insultarnos y maldecirnos, y siempre lo hacía rechinando los dientes. "*Scheiss Juden*" era el insulto más ligero. Era un hombre cínico y siempre estaba listo para ridiculizarnos.

Éramos alrededor de doscientos los que estábamos bajo el mando de Puka. Salimos del campo y, poco después, pasamos al lado de un cementerio y vimos las tumbas rodeadas de maleza marchita. Algunas de las lápidas se habían derrumbado o hundido. Unos dos kilómetros y medio más adelante llegamos a una choza con el techo inclinado. Al principio no me pareció que fuera una mina, pero cuando vimos a varios hombres con overol, linternas y almuerzos en las manos, supimos que habíamos llegado.

En la Polonia de la preguerra, a este lugar se le conocía como Mina Harceska, pero llevaba veinte años sin funcionar. El hule sintético era indispensable para la IG Farben Company y para fabricarlo necesitaban carbón. En 1939, cuando los alemanes ocuparon el área, reabrieron la mina y le cambiaron el nombre a Fürstengrube. Cerca de ahí se encontraba Günthergrube, un lugar

con la misma historia, pero nombrado en honor a Günther Falkenhahn, director de la IG Farben en esas instalaciones.

Josek, papá y yo estábamos entre los primeros treinta hombres que descendieron a la mina en un elevador operado a mano y de inmediato percibimos el olor del carbón. Sabía que los mineros trabajaban muy duro y que siempre estaban en peligro; respetaba el peligro, pero no sabía a qué nos enfrentaríamos. Nosotros nunca habíamos visto una mina y mucho menos bajado a una. Cuando el elevador se detuvo y las puertas se abrieron, nos recibió un denso humo de carbón. No había oxígeno en el aire, solo polvo, era casi imposible ver qué teníamos frente a nosotros. Nuestra vista se acostumbró poco después y distinguimos un largo túnel con una vía de ferrocarril y carretillas en medio. Un capataz nos llevó por la vía a mí y a mi padre y otro al resto del grupo. Seguimos al hombre hasta llegar a una cueva donde había trozos de carbón que iban desde los pocos gramos hasta grandes rocas de catorce kilos. Algunos todavía estaban incrustados en las paredes de la cueva.

—Esta cueva la dinamitaron apenas ayer —dijo el capataz mientras nos entregaba palas y cubetas. Nos explicó que nuestro trabajo consistiría en llenar las cubetas y en subir el carbón a las carretillas en las vías.

La cueva era tan pequeña que con dificultad cabíamos mi padre y yo, y la única luz que teníamos era la que provenía de nuestras lámparas. Empezamos a trabajar arrodillados y con la cabeza agachada, el olor del carbón nos mareó de inmediato. A mediodía un par de prisioneros bajó a donde estábamos trabajando, llevaban cubetas con sopa: la típica mezcla de agua hervida y nabo, y una papa si acaso teníamos suerte. Entonces volvimos a ver a Josek. Nos contó que él y otros dos compañeros movían las carretillas llenas hasta el final de la mina, y que a partir de ahí una locomotora las jalaba para llevarlas más adelante. Para ese momento estábamos cansados, fastidiados y cubiertos de hollín como escobillas de chimenea. Teníamos polvo de carbón alojado en la boca y la nariz y

sobre toda nuestra piel. Salimos a las dos de la tarde y nos estaban esperando los *Kapos* Puka y Pfeiffer.

—Uno, dos, tres —gritó Puka, exigiéndonos que marcháramos de vuelta al campo de concentración.

Cuando ya estábamos cerca, se le ocurrió un juego.

—*Mützen ab! Mützen auf!* —"¡Me quito la gorra, me pongo la gorra!", gritaba.

Ese día, para congraciarse con Pfeiffer, golpeó a un prisionero sin provocación ni razón alguna.

Un tazón de sopa y un trozo de pan una vez al día y café dos veces no bastaban para impedir que nuestra salud se siguiera deteriorando. Como Zosia, Stasia y todas esas benditas almas que nos ayudaron en el pasado ahora estaban muy lejos, los tiempos difíciles continuaron. Después de una o dos semanas, los brazos nos dolían por cargar palas tan pesadas, y era todavía más difícil arrojar los trozos de carbón a las carretillas con las manos; además, teníamos las manos llenas de callos y agrietadas. El polvo de carbón que se nos pegó a la piel se fue endureciendo de forma gradual y luego no podíamos quitárnoslo ni lavándonos con el jabón sin grasa que usábamos. Parecía que yo tenía los párpados cubiertos de máscara para pestañas. Papá y Josek no se veían mucho mejor. "Dentro de poco nos convertiremos en *mussulmen* negros", pensé.

La mayoría de los *Schachtmeisters*, o capataces, eran polacos, aunque también había algunos alemanes y algunos *Volksdeutsche*. Casi todos empezaron siendo personas razonables y decentes, pero con el tiempo adoptaron las tácticas de los *Kapos* y recurrieron al abuso y las golpizas. No tardamos mucho en descubrir que el *Hauptscharführer* Moll consideraba que abusar físicamente de los prisioneros era un privilegio que le correspondía solo a él, y por eso le desagradaba que otros lo hicieran. Un día se enteró de que un capataz había golpeado tanto a un prisionero que lo dejó incapacitado para trabajar, entonces le ordenó al capataz que dejara de castigar personalmente a los prisioneros y que solo reportara los

malos comportamientos. Más adelante, un prisionero le dio a su capataz una carta para que la enviara por correo, cosa que ya había hecho en varias ocasiones, pero esa vez, el capataz lo reportó al *Kapo* Puka. Puka le conto a Pfeiffer y él ordenó que castigaran al prisionero cuando volviera al campo de concentración. A partir de entonces, nadie se volvió a atrever a enviar una carta.

A principios de diciembre de 1943 cayó la primera nevada y nuestras dificultades aumentaron. En cuanto el invierno empezó a acercarse, el frío nos pasó la factura. Todos los días había por lo menos un prisionero que no podía regresar del trabajo al campo por su propio pie. Un día papá tuvo la fortuna de que le dieran una porción adicional de pan, la cual guardó durante toda la jornada para poder compartirla con nosotros en la noche. Ese día sentimos una mejoría temporal; era la primera vez que teníamos comida extra desde que salimos de Gutenbrunn.

Me costaba trabajo estirar las manos al final de la jornada, los nudillos me sangraban y los tenía amoratados. Mientras tanto, el campo de concentración seguía creciendo. Añadieron dos médicos más a la KB y el doctor Seidel por fin recuperó su antiguo empleo.

Los *Sonderkommandos* de Josef Hermann construyeron dos barracas más, le añadieron un anexo a la KB y también separaron un área en la Barraca 7 para usarla como cuarto de castigo para los prisioneros. Hermann, el arquitecto, siempre se mantuvo a distancia de los prisioneros judíos, pero no actuaba como el típico *Kapo,* de hecho, no solía usar la banda que lo identificaba como tal. Al mismo tiempo, otro individuo empezó a cobrar importancia gradualmente en el campo: el empleado o *Lagerschreiber* Willy Engel. Engel llevaba los registros del lugar y manejaba la correspondencia de los oficiales de las SS. Él era de Praga, y Hermann, de Nuremberg. Willy había llegado apenas un mes antes a Fürstengrube con su gemelo idéntico, y a veces era muy difícil distinguirlos. Él había estudiado Contabilidad, y Viky, su hermano, Química, ambos en la Universidad de Praga. Willy era un hombre lúcido y razonable y Viky era un poco

cínico; llegué a conocerlos bastante bien y me simpatizaban. Como toda la correspondencia llegaba a la oficina donde trabajaba Willy, él monitoreaba los asuntos que tuvieran que ver con nosotros. Al igual que a la mayoría de los funcionarios del campo de concentración, a él le daban "Raciones de *Kapo*", gracias a lo cual podía ayudar a Viky, quien trabajaba en la mina en el mismo turno que yo.

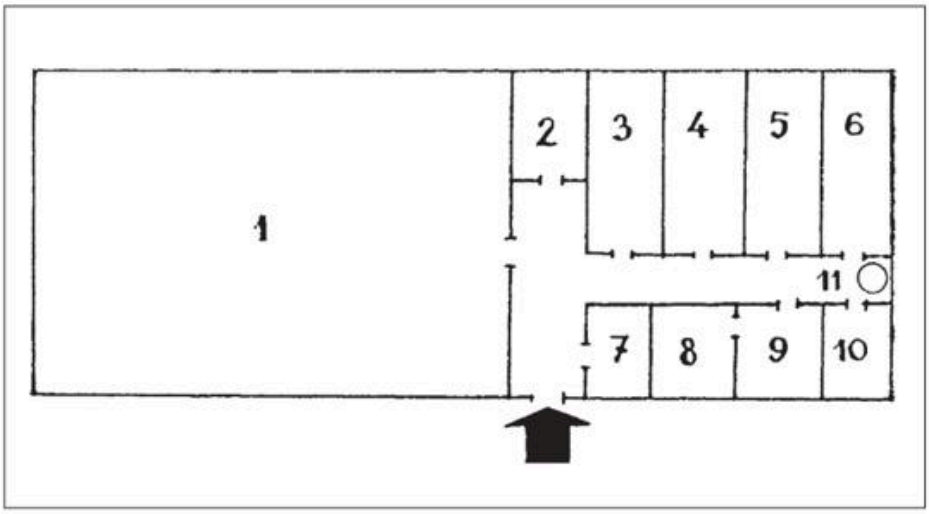



*Figura 2. Plano de la enfermería de los prisioneros en Fürstengrube*

1: Sala común con literas de tres pisos
2: Habitaciones del doctor Lubicz y sus asistentes
3: Oficina
4: Cuarto para los pacientes con enfermedades infecciosas
5: Cuarto para los enfermos de gravedad
6: Bodega de alimentos
7: Habitaciones para el *Lagerältester* (prisionero encargado) y los enfermeros
8-9: Quirófanos
10: Sanitarios y baños
11: Estufa para calentar agua

El líder del bloque era Josef Jorkowski, un hombre polaco. Jabłonski, un judío polaco de Wroclaw, y Teintuch, de Łódź, también cuidaban de los enfermos. La estación dental la dirigía el prisionero 141129, Bronek Jakubowicz.

Fuente: Dibujo de 1975 realizado por Tadeusz Iwaszko, *Hefte von Auschwitz* 16 (Auschwitz: Verlag Staatliches Auschwitz-Museum, 1978): 41. Traducción al inglés de Benjamin Jacobs.

Es importante mencionar que un prisionero no podía quejarse de un *Kapo* por ningún motivo, por eso los *Kapos* deshonestos aprovechaban su cargo con toda impunidad. Tenían cigarros, vodka y zapatos de cuero auténtico. Algunos tenían un cuarto

independiente amueblado e incluso camas. El cuarto del *Blockkapo* Michael Eschmann era el mejor ejemplo de ello. Las paredes estaban pintadas con distintos colores de forma alternada: una azul, otra rojo fresa, otra amarillo canario, otra verde claro. El techo era morado y el piso estaba pintado de rosa con acabado brillante. El cuarto tenía una apariencia tan perversa que no he podido olvidarlo.

Srulek Lipshitz, un prisionero judío que sabía de electrónica, a veces reparaba los radios de los oficiales de las SS y, siempre que podía, aprovechaba y escuchaba las noticias de la BBC. A diferencia de los chismes y los rumores en el campo de concentración, lo que él alcanzaba a escuchar siempre era información valiosa. Nos reportó, por ejemplo, que los Aliados habían atacado. En general, todo lo que nos decía nos hacía sentir que las fuerzas aliadas se estaban acercando a nosotros; al mismo tiempo, tomando en cuenta que la animosidad que los nazis sentían por nosotros era muy virulenta, temíamos que el avance de los Aliados acelerara nuestra muerte. Dudábamos seriamente que los nazis nos dejaran ir algún día. En una ocasión, Srulek escuchó sin querer a dos oficiales de las SS hablando sobre una mujer judía que le disparó a un guardia antes de que la llevaran a la cámara de gas. Más adelante volvimos a escuchar esta historia de otros prisioneros.

Mientras tanto, nos encontrábamos en un estado de hambre permanente. A veces cerraba los ojos solo para imaginar comida, pero la fuerza comenzaba a abandonarme. Como en mi cuerpo no quedaba mucha carne ni músculo, cada noche me aterraba pensar en el día siguiente. Papá y Josek también se habían deteriorado físicamente. Mi padre, quien alguna vez llegó a pesar noventa kilos, ahora pesaba solo la mitad. ¿Cuánto más podríamos soportar? Me parecía que la esperanza se nos escapaba.

# 14

# El dentista de Auschwitz

POR LO GENERAL ESPERABA HASTA POCO ANTES DEL TOQUE DE QUEDA para ir a lavarme, porque de esa forma no tenía que competir con otros para tener acceso a un chorro de agua. Una noche, cuando comencé a desvestirme, Richard Grimm llegó por casualidad. En Gutenbrunn desarrollamos una amistad porque yo era el dentista y él me veía todos los días, pero en Auschwitz las cosas eran distintas. Ahí yo solo era un minero ordinario y él era el *Lagerältester*.

Cuando volteé, me miró de forma extraña.

—Te estaba buscando. El *Hauptscharführer* quiere instalar una estación dental —dijo, y enseguida noté su preocupación—. Pero mírate nada más, pareces *mussulman*, no estás en condiciones de ser dentista.

Sabía que Grimm tenía razón, además, para ese momento en Fürstengrube había muchos dentistas con más entrenamiento que yo.

—Richard, si él me da la oportunidad, te aseguro que podré hacerlo —le supliqué mientras él me miraba de arriba abajo. No me prometió nada, pero tras mirarme un buen rato de forma esperanzadora, me dijo que lo intentaría.

El frío de diciembre era más evidente en la mañana, cuando pasaban lista. Un día, al terminar el cálculo de nuestro grupo y

después de que le leyeran a Moll la cantidad de enfermos, sucedió algo inesperado.

—¡Dentista de Gutenbrunn! ¡Repórtese con el *Hauptscharführer* de inmediato! —gritó Grimm.

El corazón me comenzó a palpitar con fuerza. "¿Será posible?", me pregunté mientras corría con un vigor que no sabía que aún poseía. Me detuve a dos metros de distancia de ellos como se nos exigía, pero me tambaleé y estuve a punto de caer.

—*Herr Hauptscharführer, Häftling 141129 meldet sich gehorsamst zu ihrem Befehl* —"¡El prisionero 141129 se reporta obediente a sus órdenes, teniente!", dije en alemán.

Estaba asustado, era la primera vez que veía a Moll de cerca. Él me evaluó con su fría y crítica mirada. Nunca se dirigía a los prisioneros en primera persona.

—*Bleiben Sie stehen* —dijo.

Di un solo paso más al frente y me mantuve quieto como me indicó, pero me sentía incómodo bajo la mirada de todos los prisioneros. Los *Kommandos* se fueron tras veinte minutos y solo entonces habló Richard Grimm.

—Como lo mencioné, *Hauptscharführer*, este hombre era nuestro dentista en Gutenbrunn —informó, y presté atención a cada palabra. Observé la reacción de Moll porque sabía que mi esperanza dependía de su respuesta.

—Déjeme ver sus manos —ordenó.

Extendí los brazos con las palmas hacia arriba.

—¡Dios mío! ¿Cómo puede ser dentista con esas manos tan laceradas? ¡Mire, Grimm! Déjelo permanecer en el campo hasta que se curen sus manos —dijo Moll.

Me quedé mirando incrédulo mientras su único ojo real me veía de vuelta. Nunca olvidaré la forma humana, casi tierna, con la que habló. Justo cuando estaba a punto de rendirme, aquel nazi vino a mi rescate.

Grimm acompañó a Moll a la puerta y cuando regresó me explicó que le había ordenado que se construyera una estación dental en el Bloque 7, la barraca cerca de la entrada al campo donde había una oficina. Luego dijo que quería que yo le avisara en cuanto estuviera lista. Moll también ordenó que me dieran raciones extra, lo cual tendría un impacto muy importante para mi padre y mi hermano. A partir de ese momento podría compartir con ellos el alimento extra. Comencé a recuperarme con rapidez y mis manos también.

Pero las cosas no serían tan sencillas. Cualquier prisionero ocioso atraía la atención y provocaba la ira de los *Kapos*. A pesar de las órdenes del *Kommandant*, ellos no tolerarían que un prisionero no trabajara. Recordé el código del campo de concentración: "Trabajar es la mejor manera de mantenerse vivo". Como no estaba dispuesto a arriesgar mi oportunidad, me propuse como voluntario para trabajar en la enfermería con sesenta camas, de la misma forma que lo hice en Gutenbrunn.

La primera vez que vi al *Oberkapo* Josef Hermann fue cuando empezó a construir la estación dental. También construyó una mesa de trabajo para mí, así como asientos en la sala de espera. El *Sanitätsdienstgefreiter* o SDG era un oficial de bajo rango de las *Waffen-ss* con un entrenamiento mínimo en primeros auxilios, pero era quien supervisaba la KB y la estación dental. Tenía el rango de *Unterscharführer* en la jerarquía nazi y se llamaba Adolf Voigt. Era un hombre ambivalente respecto a sus tareas: iba a la enfermería, miraba alrededor y se iba.

En el campo de concentración, incluso el peor empleo o el más modesto podría significar la diferencia entre vivir o morir y, por lo mismo, muchos prisioneros estaban ansiosos por obtener uno aunque implicara ayudar a los nazis. Por suerte, el dentista del campo no enfrentaría este dilema.

Josef Hermann tuvo la estación dental lista en unos cuantos días. Me dieron un traje de élite del campo, un suéter y un par de zapatos de piel auténtica que me diferenciaron de los prisioneros del

*Kommando*. También continué con mis privilegios en la cocina. Dejé de ser el "prisionero tonto" y ya no tuve que temerles ni a los *Kapos* ni a los capataces. Incluso el *Kapo* Puka empezó a mostrarme respeto. Aunque la estación estuvo lista pronto, yo no tenía equipo y no me atrevía a pedírselo a Moll. Hablé con Grimm y me dijo que llegaría al día siguiente. Como a las dos y media de la tarde, Moll entró al campo en su motocicleta y con una ambulancia siguiéndolo detrás. Se detuvo y le ordenó al conductor, un oficial de las SS, que me ayudara a descargar las cosas de la ambulancia. No podía creer lo que estaba viendo, no solo llevaban instrumentos, suministros y el equipo más moderno, sino que también había un laboratorio dental completo.

Cuando Josek regresó de la mina, vino a ayudarme a instalar la silla eléctrica ajustable que incluía un taladro y una lámpara en la parte superior. Algunos de los instrumentos se veían completamente nuevos, y entre los suministros había algunas ampolletas de novocaína e incluso libros de texto y manuales dentales, así como un libro de citas con el nombre "Doctor Władzimież Kamienski". Me puse a leer los manuales de inmediato. Grimm me contó después que Moll había ido a una ciudad cercana, Sosnowiec, y que ahí confiscó el equipo de un dentista polaco.

Al día siguiente Grimm anunció la nueva estación dental después de pasar lista.

—Pero no pueden dejar de ir a trabajar para ver al dentista —advirtió.

Mi función era solo extraer dientes. Como no tenía suficiente novocaína, utilizaba una ampolleta de dos centímetros cúbicos para dos o más extracciones para economizar. También llenaba las caries con silicona o con cemento de fosfato. El principal problema de los prisioneros eran las encías sangrantes, resultado de la deficiencia de vitaminas y de la ausencia de cepillos y pasta dental. Untarles las encías con yodo solo les brindaba alivio temporal.

La oficina del campo de concentración se encontraba al lado de la estación dental, que era el lugar donde trabajaba Willy Engel. Al otro lado estaba el cuarto de castigos; como lo único que lo separaba de la estación dental era una delgada pared de madera contrachapada, oía los alaridos de los prisioneros siendo maltratados de manera brutal. Algunos días después Willy me dijo que estaban a punto de realizar un ahorcamiento en Fürstengrube. No me esperaba volver a ser testigo de ejecuciones, pero tuve que hacerlo, y aunque no era algo nuevo para mí, presenciarlas continuaba siendo una experiencia que me dejaba anestesiado, insensible. Sabía, sin embargo, que los ahorcamientos no eran sino una de las muchas formas en que los hombres de las ss nos asesinaban en Auschwitz.

Para finales de diciembre de 1943 era evidente que los nazis estaban perdiendo la guerra y eso nos hizo creer que empezarían a tratarnos de otra forma. Un día, cuando los prisioneros del turno matutino regresaron, en vez de dejarlos libres para que hicieran sus necesidades, los llevaron marchando hasta la zona donde se encontraba el patíbulo. Luego, con el sonido de un ruidoso instrumento de metal, nos ordenaron a los otros salir también de las barracas. Poco después llevaron al patio a varios prisioneros que se veían desconcertados, casi indiferentes.

—Prisionero [número] es culpable de sabotaje al Tercer Reich y deberá morir en el patíbulo —anunció un oficial de la Gestapo.

No se aclaró qué tipo de sabotaje. Antes de las ejecuciones solo anunciaban los veredictos como rutina y a mí me parecía que asesinar a gente por crímenes no definidos era el más cínico e inhumano de los actos de los nazis.

Cuando les quitaban las sillas sobre las que tenían apoyados los pies, los condenados daban bocanadas y trataban de respirar por un instante antes de ahogarse. Al final, la lengua les quedaba colgando y tenían los ojos abiertos pero desenfocados. Ese fue el primer ahorcamiento en Fürstengrube y temíamos que vendrían más. Nos ordenaron rodear el patíbulo. A los doctores Lubicz y Seidel, a Felix,

uno de los asistentes de primeros auxilios, y a mí nos dieron la orden de recoger los cuerpos y llevarlos al *Leichenzimmer*: la morgue. Los hombres tenían la cara inflamada, pero sus cuerpos seguían tibios. Mientras los cargábamos en una procesión con aire funeral, tuvimos que luchar contra los sentimientos de repulsión. Esa noche me pareció oír sus voces. ¿Habrían vuelto a la vida?

Como la estación dental estaba cerca de la entrada al campo de concentración, cuando el *Sanitätsdienstgefreiter* Voigt entró, fue lo primero que inspeccionó.

—*Herr Unterscharführer,* ¡el prisionero 141129 se reporta obediente a sus órdenes! —exclamé porque así era como se suponía que teníamos que recibirlo.

—*Weiter machen* —respondió como solía hacerlo.

Si Voigt aún creía en el Reich de los mil años, no lo mostró. Me pareció que solo estaba ahí desempeñando su papel porque prefería hacer eso que combatir. Daba la impresión de que no le agradaba la formalidad, pero yo también tenía el deber de desempeñar mi papel. Ese día me permitió instalar una litera en el laboratorio y dormir ahí, y ya no tuve que formarme ni estar presente cuando se pasaba lista.

Poco a poco Moll empezó a notar la indiferencia de Voigt hasta que lo remplazaron con el *Unterscharführer* Günther Hinze. Él, a diferencia de la ligereza con que Voigt cumplía sus labores, era un hombre al que parecía impulsarlo un fervor por el trabajo fuera de lo común. Para colmo, era un psicópata y odiaba a los judíos de forma abrumadora. Tenía unos veintitrés años, cabello lacio y rojizo y un estrabismo severo, además de una prominente cicatriz que corría de donde nacía su cabello hasta la sien izquierda. Percibí de inmediato su arrogancia.

La primera vez que entró a la estación dental me lanzó una mirada gélida que distorsionó su rostro aún más. Continué realizando mi trabajo de laboratorio, pero él inclinó la cabeza de repente y empezó a criticar todo lo que hacía. Cada vez que yo decía algo, él tomaba mis palabras fuera de contexto y me contradecía. Me

quedé muy preocupado cuando por fin se fue, pero luego Willy Engel me dijo que a Hinze lo habían herido de forma muy severa en la cabeza mientras combatía en el frente oriental. Tras recuperarse de la cirugía le asignaron una nueva función: *Sanitätsdienstgefreiter* de Fürstengrube. Al día siguiente volvió para inspeccionar la estación de nuevo y, como yo sabía que podría empezar a molestarme si el lugar no estaba impecable, ordené todo. En cuanto abrió la puerta volvió a inclinar la cabeza y se me quedó viendo.

Luego pasó su guante blanco sobre la parte superior del marco de la puerta y lo miró.

—Está asqueroso —dijo.

Acababa de encontrar una excusa para castigarme. Me ordenó pararme sobre una silla con los talones sobre el borde y luego me obligó a hacer flexiones profundas con las rodillas mientras contaba. De vez en cuando me hacía detenerme, en el momento más doloroso, y aprovechaba para maldecir y difamar todo lo que era judío.

—¿Sabes por qué se castiga a los judíos? —preguntó—. Porque son los causantes de la guerra.

Ni siquiera abrí la boca, no tenía caso discutir con él. Dejé que vomitara su basura y esperé que terminara en algún momento. Media hora después, cuando vio que comenzaba a fatigarme, se fue.

Hinze se convirtió en mi peor pesadilla. En cuanto me levantaba en la mañana, ya sabía qué esperar; a veces solo deseaba que fuera para acabar rápido con la situación. Su acoso se convirtió en una rutina diaria tan abrumadora que pensé en esconderme de él. Un día que ya había soportado una de estas sesiones en la mañana, regresó por la tarde y me sometió de nuevo a toda la rutina. Se sentó junto a mí y empezó a aplaudir rítmicamente. Llegó un momento en que estaba yo tan exhausto que solo oía su voz como un ruido sordo dándome órdenes.

—Arriba, abajo —continuó hasta que me detuve y le dije que ya no podía más—. Aquí te va demasiado bien. No soporto el olor a

judío —dijo y se fue. Entonces me desplomé agotado en la silla, me había despojado de toda mi fuerza.

Un día por la tarde llegó una ambulancia y un oficial de las SS entró a la estación. No sabía quién era.

—¿Tú eres el dentista? —preguntó.

—Sí, *Herr Hauptscharführer* —respondí.

Primero miró alrededor sin comentar nada, pero me pareció que aprobaba lo que había visto.

—Soy el doctor Köhnig, estaré viniendo para ver al *Mannschaft* —explicó refiriéndose pomposamente al equipo.

Luego me ordenó preparar reportes semanales. Dijo que le había informado a las SS que vendría a Fürstengrube los martes entre las cuatro y las seis de la tarde. Antes de irse me preguntó si se necesitaba algo en la estación.

—Vitamina C y novocaína en cualquier forma, *Herr Hauptscharführer* —respondí.

Entre semana, mientras la mayoría de los prisioneros estaban en la mina, yo trabajaba en la KB. Uno de esos días llegó un Mercedes negro, lo conducía un chofer. Cuatro oficiales de las SS entraron a la estación y uno de ellos me resultó conocido. Por sus emblemas supe que todos eran parte del personal médico. El doctor Lubicz reportó lo de costumbre: la cantidad de enfermos en la KB, y luego dijo "todo va bien". Los visitantes comentaron varias cosas entre sí y después pasaron junto a nosotros. El doctor Seidel, Felix, Boris y yo nos mantuvimos en posición de firmes. Enseguida entraron al pabellón de los enfermos y, al ver a los prisioneros hospitalizados, uno de ellos le preguntó al doctor Lubicz cuál era su problema. En algún momento oí al doctor dirigirse a uno de los oficiales como "doctor Mengele". En ese instante recordé haberlo visto aquella imborrable mañana en la plataforma del tren, cuando nos seleccionaron. Su actitud relajada y su desenfado eran inconfundibles. El doctor Lubicz me dijo que lo había conocido en el campo principal porque en alguna ocasión trabajó ahí. Mengele, sin embargo, actuaba como si

nunca lo hubiera visto. Lubicz también conocía a dos de los otros tres médicos: al doctor Fischer y al doctor Schwartz. Mientras pasaban junto a los prisioneros postrados en cama, Mengele le preguntó a Lubicz porqué estaban ahí. Lubicz le proveyó una descripción de cada paciente y su enfermedad, y también le dio su opinión respecto a cuándo podría volver al trabajo. No obstante, Mengele sacó sus propias conclusiones y ordenó que se registraran los números de los prisioneros que él fuera eligiendo. Al final, de los sesenta que se encontraban en el hospital en ese momento, veintidós terminaron en la lista. A esos veintidós los recogerían después y los llevarían a Auschwitz II, Birkenau. Lubicz trató de salvar a algunos, pero sus súplicas no tuvieron efecto. El veredicto para todos los seleccionados y registrados en la lista era final y ellos sabían lo que les esperaba.

—Sé a dónde voy —dijo uno de ellos mientras giraba el dedo en forma ascendente en el aire.

Al día siguiente fueron llevados a una muerte certera y ese fue el inicio de las selecciones en el campo de concentración. A partir de entonces empezaron a ir a Fürstengrube cada semana. Otros médicos solían acompañar a Mengele y el que iba con más frecuencia era Fischer, quien más adelante empezó a visitar el campo solo y, con el tiempo, remplazó a Mengele. Solo llegaban a destruir vidas. El juramento hipocrático de los médicos alemanes era una hipocresía.

Mientras tanto, los Aliados iban acumulando más victorias. Después de que los soviéticos sacaron a los alemanes de Rusia, las tropas británicas y estadounidenses los sacaron del Norte de África. Nuestra mente se aferraba a cualquier noticia que nos imbuyera esperanza; habíamos sobrevivido hasta ese momento y ahora esperábamos vivir hasta el final de la oscuridad, hasta ver el amanecer. Los reportes noticiosos pronosticaban que el fin de la guerra llegaría pronto, pero eso no importaba porque los alemanes aún creían que eran invencibles y continuaron tratándonos con

crueldad. Un día llevaron al campo a un prisionero con una herida de bala en una camilla, entonces vi a Max Schmidt, un *Unterscharführer*, inclinarse sobre él.

—*Es ist vorbei* —"Se ha ido", dijo antes de dispararle dos veces en la cabeza.

Luego ordenó que lo llevaran a la sala de los cadáveres. Poco después, un compañero me dijo que el prisionero se había salido de la fila y que un guardia disparó la bala que se alojó en su pecho. Quizá era cierto que no se habría podido hacer mucho por aquel herido, pero Schmidt al menos debió ordenar que lo llevaran a la KB para ver si un médico podía ayudarlo. Él solía ser un oficial amable en general. Esa fue la primera vez que lo vi matar a alguien y eso me mostró lo poco que una vida judía significaba para cualquiera de ellos. Max Schmidt no era el típico oficial de las SS, no coincidía con el molde nazi. De hecho me parecía que no tomaba en serio las estupideces de Hitler, pero claro, el mal puede tener muchos rostros.

En otra ocasión, el doctor König hizo un molde para remplazar el puente dental de un oficial de las SS y me preguntó si tenía suficiente oro para fabricar uno nuevo. Me sorprendió su pregunta. "¿Por qué creerá que yo podría tener oro dental?", pensé. Le contesté que no.

—¿Qué no les saca usted los dientes de oro a los prisioneros muertos? —me preguntó—. Si no lo ha estado haciendo, se está desperdiciando una gran cantidad de oro.

Lo miré incrédulo.

—¡Oh! *Herr Hauptscharführer* —respondí anonadado.

—¿Por qué no lo hace? —preguntó muy molesto.

—No lo sabía. Nadie me ordenó hacerlo —argumenté en mi defensa.

—Bien, de ahora en adelante, asegúrese de quitarles todo el oro antes de que los lleven al *Stammlager*.

Sentí asco, no creí que alguien pudiera caer tan bajo. Matar a la gente ya era bastante horrible, pero arrancarles los dientes a los

muertos me resultaba repugnante. Ni siquiera creía poder hacerlo, pero era inevitable, no tenía opción.

—*Jawohl, Herr Hauptscharführer* —dije con asco y miedo.

A pesar del impacto que me causaba tener que hacerlo, a pesar de lo repulsivo de la mera idea de participar, sabía que estaba obligado a hacerlo porque era el único dentista en Fürstengrube. Era, por mucho, lo más difícil que había tenido que hacer en cualquier campo de trabajo. A menudo me he preguntado qué me habría sucedido si no hubiera cumplido aquella orden, es una pregunta con la que no he podido dejar de luchar. Cuando me acerqué a la sala de los cadáveres por primera vez, traté de razonar, de convencerme de que lo que estaba a punto de hacer carecía de significado para los muertos. El problema fue que nunca dejó de significar algo para mí.

La repugnancia antecedía a cada una de mis visitas a la morgue, fue un sentimiento del que nunca me pude deshacer cuando iba a aquella pequeña sala de dos y medio por tres metros. La primera vez, al abrir la puerta, el olor a muerte que me esperaba me produjo escalofríos. Los cuerpos atrofiados formaban un amasijo sobre el suelo de cemento, yacían deformados de manera grotesca, con la sorpresa en el rostro, como si no supieran por qué tuvieron que morir. Escuché las voces de los corazones destruidos, de las almas trituradas. Algunos aún estaban vestidos. Traté de forzarme a creer que solo eran cuerpos, que nunca fueron humanos, pero por más que lo intentaba, por más que fingía que no me importaba, no dejaba de temblar. Una miríada de emociones me atravesó el cuerpo. Me sentía asqueado, incapaz de comenzar la tarea que había ido a realizar. Salí y le di la vuelta a la construcción varias veces. Cuando regresé, me forcé a acercarme al cuerpo de un hombre de mediana edad. Sus ojos a medio abrir se fijaron en los míos, como acusándome del crimen que estaba a punto de cometer. Cuando traté de abrir su boca, sentí lo gélido de su piel y, después de forzarla, cuando por fin logré separarla, su mandíbula crujió y me

espanté. Después de cada giro del abridor de bocas oí un chirrido, imaginé que era su manera de decirme: "¡No!".

Sentía que los muertos se levantarían para detenerme. Cada pieza de oro que extraía me hacía pensar en lo conmocionados que estarían. A veces tenía que fingir que lo que hacía era normal, me convencía diciéndomelo a mí mismo en voz alta. Guardaba las herramientas que usaba para esa lúgubre tarea en una caja roja. No sé por qué la pinté de ese color. La mayoría de los prisioneros que me veían caminar a la morgue con ella sabían lo que estaba haciendo y no lo consideraban algo inusual. Mi padre y mi hermano también sabían lo que hacía a pesar de que yo nunca lo mencioné. Ahora tenía suficiente oro para los puentes y las coronas de los hombres de las SS, y el doctor König se llevaba lo que no usaba al campo principal.

Un día empezaron a enviar a los médicos al frente y el doctor König me dijo que esa sería su última visita a Fürstengrube. Me ordenó atender las necesidades dentales de los oficiales, una petición irónica si se tomaba en cuenta que a los dentistas judíos no se les permitía tratar a los alemanes fuera de los campos. Los guardias que iban a verme para tratamientos, sin embargo, luego modificaban su comportamiento y a menudo me llevaban pan, salchichas y cigarros, pero me advertían que no se lo dijera a nadie. Naturalmente, yo no les pedía nada, pero sus obsequios nos ayudaban mucho a mi padre, a mi hermano, a mí y a varios prisioneros más.

Algunas semanas tras la partida del doctor König, fue otro dentista a supervisar la estación dental. El doctor Schatz tenía cuarenta y tantos años y caminaba un poco encorvado; era apacible, amigable y respetuoso. Cuando recité la letanía que nos exigían, me dijo que no necesitaba hacerlo cuando él viniera y tampoco se negó a que siguiera atendiendo a los guardias. Una vez, sin embargo, llegó muy enojado, arrojó su sombrero a la silla y caminó por la estación dental con la mano cerrada apoyada en la espalda.

—¿Sabe lo que me obligaron a hacer? —preguntó mirándome fijo, como perturbado.

No tenía derecho a responder, pero como se me quedó viendo y parecía que esperaba una respuesta, se me ocurrió preguntarle algo por educación más que por quererlo saber.

—¿Qué, *Herr Hauptscharführer*?

Extendió la mano ofreciéndome las llaves de su ambulancia.

—Vaya y mire el tablero, así sabrá de qué estoy hablando.

Su vehículo estaba estacionado a unos pasos de la puerta, así que tomé las llaves y salí. Abrí la puerta del conductor y escudriñé el tablero de instrumentos. Vi las palancas de siempre: luces, limpiadores, calefacción, etcétera. Luego noté una palanca blanca con la palabra "*Gas*" y vi que justo abajo había una advertencia: *Achtung, nur im Betrieb gebrauchen* (Cuidado, solo usar en movimiento). Entonces supe a qué se refería.

Sentí que un rayo me atravesaba, cerré los ojos y di un paso atrás. Las almas de mi madre y mi hermana estuvieron ahí. Aunque sabía que esos horribles vehículos existían, ver uno que parecía tan inocuo me produjo un dolor inédito e intolerable. Era la evidencia de los crímenes más inhumanos y singulares, un acto que infligía heridas demasiado profundas. Me quedé paralizado un momento hasta que después de un rato pude recuperar la compostura. La conmoción de aquel incidente bien podría ser la esencia de este libro.

Cuando regresé a la estación dental traté de disimular mi indignación, creí que lo mejor sería no mencionar que había entendido a qué se refería. Aunque me pareció que la indignación del médico era real, no podía permitirme mostrarle abiertamente que estaba de acuerdo con él.

—*Herr Hauptscharführer*, no sé a qué se refiere —le mentí.

—¿No notó la advertencia debajo de la palanca que dice "Gas"? ¿No vio que dice: "Cuidado, solo usar en movimiento"?

Le dije que la vi, pero le aseguré que no entendía qué significaba. Quería que *él* me lo dijera.

—Vi la palanca, *Herr Hauptscharführer*, pero me pareció que era un acelerador manual.

—¿No sabe lo que le están haciendo a su gente? —preguntó y, sin esperar mi respuesta, empezó a hablar de los detalles—. Al accionar esa palanca, ¡estamos matando a su gente! Con esta palanca el conductor puede dirigir el flujo de los gases del escape hacia la parte del vehículo donde viajan los pasajeros, y entonces el monóxido de carbono los mata a todos. Eso es lo que les están ordenando a los médicos que hagan —explicó.

Miré su rostro desencajado, siguió manifestando sus emociones reprimidas y mostrando enojo y repulsión. Luego empezó a decirme que muchos judíos ya habían sido asesinados en ese mismo vehículo.

Al principio no dije nada, solo lo vi negar con la cabeza sintiendo repulsión. Esto me animó a confesarle lo que uno de sus predecesores me había ordenado hacer: sacarles los dientes de oro a los prisioneros muertos. Esperaba que me ordenara dejar de hacerlo, pero no fue así.

—Debería ver la cantidad de oro y plata que juntan todos los días en la sección de *Kanada*, en Birkenau. Tienen a unos diez prisioneros sacándoles los dientes de oro a los muertos de la cámara de gas.

Escuchar al doctor ser tan explícito sobre los crímenes de los nazis me sorprendió mucho. Mientras él despotricaba contra el *Führer*, yo seguí fingiendo no tener una opinión al respecto, a pesar de que quería hacerle muchas preguntas. Lo que me desconcertaba era que un ser humano decente, como él parecía serlo, se sometiera a los nazis.

—Doctor Schatz, ¿le parece que fue correcto ver cómo pisoteaban seres humanos solo por ser diferentes? Estoy seguro de que algunos eran amigos y vecinos suyos. ¿Cree que estuvo bien ver cómo se despojaba de sus herencias a muchos para que *su* gente se

beneficiara, doctor? Seguro sabía que estaba depositando su confianza en un hombre sin escrúpulos. ¿Usted aprobaba las ideas de Hitler? ¿No se le ocurrió en algún momento que más adelante se tendría que pagar por ello?

Aunque confesó con honestidad y había renunciado al *Führer*, el doctor Schatz todavía cargaba con la desgracia de ser un oficial de las SS. Me agradó lo que dijo y siempre esperaba con ansia sus visitas semanales. A partir de ese día empezó a actuar como si fuéramos iguales. A menudo solía pensar que gente como él haría que el régimen nazi sucumbiera, pero como ahora sabemos, eso no sucedió, a Hitler no lo vencieron desde el interior. A pesar de todo lo que había hecho, los alemanes siguieron aprobando su conducta, incluso cuando dejó de ser tan victorioso.

De pronto me sentí tentado a contarle al doctor Schatz cómo me torturaba el *Sanitätsdienstgefreiter* Hinze, pero sabía que, de cualquier modo, no podría ayudarme. Tiempo después me dio la orden de no darles a los guardias de las SS citas dentales con él.

—No quiero verlos —dijo antes de irse, y a partir de entonces solo volvió de forma ocasional a Fürstengrube.

Un día, el *Hauptscharführer* Moll fue a la estación y me preguntó cuándo regresaría Schatz. Aunque me atemorizaba la reacción que podría tener, le dije que el doctor solo nos visitaba en ocasiones y que desde hacía algún tiempo yo era quien se había estado haciendo cargo de las necesidades dentales de los guardias. Me sorprendió mucho que me dijera que quizá vendría a verme pronto.

—Tal vez necesite que examine usted mis dientes —dijo.

Moll no parecía objetar a que lo atendiera un prisionero judío. De hecho, en los siguientes días pasó frente a la estación varias veces. Tal vez se estaba pensando mejor las cosas. Una tarde, sin embargo, oí el golpeteo de sus botas detrás de mí; ahí estaba cuando volteé. El prisionero que estaba en la silla se paró de un salto, pasó junto a él a toda velocidad y salió de la estación.

— *Herr Hauptscharführer,* ¡el prisionero 141129 se reporta obediente a sus órdenes! —dije.

—Dentista, ¿puede examinar mis dientes? Creo que tengo caries en uno de ellos.

—Por favor, siéntese en la silla, *Herr Hauptscharführer* —le pedí señalándola.

Moll se desabrochó el cinturón, se quitó el sombrero y dejó ambos objetos en el banco. Desde ahí me miraron el cráneo humano y los fémures cruzados de su insignia de la SS. Luego, cuando me coloqué del mismo lado que su ojo de vidrio, tomó rápido su revolver y me apuntó al pecho.

—No intente hacer nada estúpido, dentista —dijo medio bromeando.

El corazón me palpitaba con fuerza. Sabía que Moll tenía un temperamento impredecible y eso me incomodaba bastante.

—*Herr Hauptscharführer* —dije mientras dirigía el cañón de su revólver en otra dirección con la mano—. No tiene de qué preocuparse, pero la pistola nos estorba —me atreví a decir.

Moll sonrío incómodo y guardó el revólver de nuevo en la funda. Descubrí que, a pesar de que había un daño considerable en el lado lingual del molar superior derecho, la caries no era muy profunda. Quité la dentina enferma y luego limpié y sellé el hueco con cemento de fosfato. Para ese momento su actitud había cambiado y se veía más relajado, así descubrí al otro Otto Moll que, por desgracia, rara vez se mostraba en público.

—Dentista, oí que su padre y su hermano también estaban en Fürstengrube, ¿es cierto? —me preguntó.

—Así es, *Herr Hauptscharführer*.

—¿Por qué no me lo había dicho? ¿Dónde trabajan?

—Mi padre trabaja en la construcción con el *Kapo* Hermann y mi hermano trabaja en la mina de carbón, *Herr Hauptscharführer*. Hay muchos padres e hijos aquí, pero yo no sabía que eso tuviera alguna importancia —expliqué.

Luego me preguntó qué edad tenía mi padre.

—Cuarenta y nueve años, *Herr Hauptscharführer*.

—¿Y el trabajo de construcción no es demasiado arduo para él? ¿No estaría mejor si hiciera algo en el campo? ¿Dónde le gustaría que trabajara?

"En casa, en nuestro hogar", fue la respuesta que me vino de inmediato a la mente, pero por supuesto no la dije. El oficial de las SS me sorprendió muchísimo, jamás habría esperado que el malvado Otto Moll dijera algo así. Lo miré directo a los ojos. ¿Sería esta una oferta genuina? Sonaba a una especie de compensación por mi servicio. Me detuve un momento y pensé qué trabajo le convendría más a papá. Entonces se me ocurrió: ordenanza en la barraca.

—*Herr Hauptscharführer*, creo que mi padre sería un buen *Stubendienst* —expresé entusiasmado.

—Muy bien, considérelo hecho. Dígale a Grimm que le dé a su padre un empleo de *Stubendienst*. Y su hermano puede trabajar en la KB —dijo. Después de eso, se abrochó el cinturón, tomó su sombrero y se fue.

Los dos meses anteriores con frecuencia pensé en cómo podría disminuir la carga de trabajo de mi padre, pero sabía que pedir ayuda en el campo de concentración solía ser contraproducente porque se consideraba que uno estaba tratando de evitar el trabajo. Le conté a Grimm sobre mi conversación con Moll y papá fue asignado al bloque del *Kapo* Nathan Green, el primer lugar donde dormimos los tres. Mi hermano, por su parte, comenzó a trabajar en la KB y el doctor Lubicz, quien siempre necesitaba más ayuda ahí, apreció mucho su trabajo. Josek permaneció ahí hasta que nos evacuaron de Fürstengrube, en enero de 1945.

A finales de 1943 llegaron a Fürstengrube más prisioneros de Países Bajos, Bélgica, Marruecos y Noruega. Quienes hablaban, o al menos entendían alemán o yidis, podían obedecer las órdenes de los *Kapos*. Kopelmann, un muchacho neerlandés de solo catorce años, me dijo que a él y su familia los arrestaron porque en las calles de

Antwerp rondaba un espía judío que delataba a otros judíos con los nazis. Le dijeron a su familia que los reinstalarían en Polonia, pero como a alguien le agradó su rostro lleno de pecas durante la selección, lo separaron de su familia y lo transfirieron a Fürstengrube. La mayoría de los hombres que llegaron al mismo tiempo que Kopelmann se convirtieron en *mussulmen* en poco tiempo, pero a él le fue bien.

En Fürstengrube había una mezcla de judíos. A los judíos franceses no les agradaban los belgas, a los belgas no les agradaban los neerlandeses y a los neerlandeses no les agradaban los alemanes, pero los judíos polacos no le simpatizaban a nadie. Por su parte, los rusos ni siquiera contaban, y lo que habría podido ser una colaboración entre judíos y no judíos que compartían el mismo destino, nunca se produjo.

La mayor prioridad de los prisioneros en Fürstengrube era sacar carbón de la mina y hacerlo llegar a Buna, el campo de concentración que regía a los demás, donde se usaba para fabricar hule sintético. Para aumentar la producción, llevaron a prisioneros especialistas precisamente de Buna. También llegaron más guardias de las SS. Uno me contó cómo le asignaron ese puesto. Estaba en el ejército pero, según él, un día alguien remplazó sus documentos con los de un miembro de las *Waffen-ss* y luego lo enviaron a nuestro campo de concentración.

Un ruso llamado Boris que había sido prisionero de guerra, y a quien llegué a conocer bien, me dijo que estaba planeando escapar. Le advertí que no lo hiciera, pero él insistió en que encontraría una manera segura de irse de ahí. Un sábado por la tarde, cuando los guardias relajaban la supervisión durante la hora en que nos ordenaban descansar, Boris escaló el muro y saltó al otro lado. Poco después sonaron las sirenas y su cuerpo apareció tirado en el patio como si estuviera en exhibición.

La noche de Navidad de 1943 desperté con el sonido de muchos silbatos. Me asomé por la ventana y vi a los prisioneros salir

apresurados de las barracas para ir al patio. En medio se encontraban el *Lagerführer* Moll, los *Unterscharführer* Schmidt, Pfeiffer y Schwięntny, todos los *Stubenältesters* y los *Kapos*. Como había nevado poco antes, el patio se veía más iluminado que de costumbre. Primero, todos los líderes de los bloques hicieron que sus prisioneros se contaran a sí mismos y luego les ordenaron volver a toda prisa a los bloques. Al llegar ahí, los hicieron salir de nuevo.

Yo no sabía de qué se trataba todo aquello, pero de pronto vi a Moll entrar al campo y empezar a disparar. Escuché tres rondas de disparos y un fuerte eco, y después empecé a sentir espasmos, como si una bala me hubiera dado. Afuera seguía la confusión, cuando volví a asomarme por la ventana, vi que estaban obligando a los prisioneros a volver a las barracas a toda velocidad. Luego vi cuerpos y sangre esparcida sobre la nieve. Uno de los prisioneros heridos estaba tratando de levantarse, pero solo se tambaleó y volvió a caer de nuevo. Otros hombres heridos pedían ayuda desesperados. Aquella macabra escena parecía una danza de muertos.

Lo que presencié esa noche le restó importancia a toda la crueldad previa que había visto hasta entonces. Estaba a punto del colapso, solo pude taparme los ojos pensando que mi padre o mi hermano pudieron estar allá afuera. Sentí una profunda vergüenza por el hecho de que mis circunstancias me hubieran separado de aquellos con quienes compartía el mismo destino. Gracias a Grimm, después me enteré de que Moll había bebido esa noche y que enfureció y perdió el control cuando se enteró de que uno de los prisioneros había escapado. Entonces ordenó que todos los prisioneros fueran al patio y disparó una ráfaga de ametralladora hacia las hileras de hombres. Grimm me explicó que, de no haber sido porque el *Unterscharführer* Schmidt lo detuvo, la masacre habría sido aún mayor. El prisionero que escapó y desató la furia de Moll se llamaba Gabriel Ratkopf. Debido a él, esa noche fueron asesinados diecinueve hombres que sufrieron y murieron solo

porque Moll prohibió que se les ayudara. Yo solo conocía a uno, Max Glazer, quien recibió una bala en el estómago. Antes de la guerra enseñaba alemán en la Universidad de Praga. Este incidente también motivó a Otto Moll a degradar jerárquicamente a Richard Grimm y a traer a un nuevo *Kapo* del campo de concentración principal. Así fue como Otto Breiten se convirtió en el nuevo *Lagerältester* de Fürstengrube.

Para aumentar aún más la productividad de la mina, la IG Farben introdujo unos puntos adicionales que podrían ser redimidos en un puesto de la empresa. No obstante, los trabajadores judíos nada más podían canjear un máximo de cuatro puntos, lo cual les permitía conseguir muy poco. Los *Kapos*, sin embargo, se sentían contentos porque ellos eran quienes más bonificaciones recibían y podían usarlas para disfrutar de la compañía de mujeres a las que obligaban a prostituirse en Birkenau.

Tiempo después llegó un nuevo grupo de judíos. Eran de Austria y entre ellos había muchos actores talentosos de un conocido teatro de Viena. También llegaron con ellos Harry Spitz, director de la Ópera Estatal de Viena, y el sobrino de Richard Tauber, un reconocido tenor. Esto fue sin duda lo que le dio a Moll la idea de formar una orquesta en Fürstengrube, y un día, a principios de febrero de 1944, los prisioneros fueron al trabajo y regresaron al ritmo de música de marcha alemana. El pasado del señor Spitz era todo un misterio, algunas de las personas que lo conocieron en Viena decían que estuvo casado con Erna Sack, una famosa soprano alemana. Según contaban, ella se divorció de él debido a las leyes raciales nazis: permanecer casada con un judío habría dado fin a su carrera. Pero Spitz no hablaba nunca del asunto. Poco después de la llegada de este grupo, Spitz organizó presentaciones de operetas de Strauss, Lehár y Kálmán en un intento por imbuirle algo de luz a una lóbrega existencia. A los alemanes les gustaron tanto que se construyó un escenario en el comedor de los oficiales de las SS. Las primeras filas quedaron reservadas para ellos y para el personal de

la IG Farben; luego se sentaban los *Kapos* y, atrás de ellos, había asientos para los prisioneros. Incluso los enfermos llegaron a ir. Como a los alemanes les fascinaba la voz de tenor de Tauber, quedó exento de trabajar en las minas.

Un soleado día de febrero vimos al primer bombardero de los Aliados sobrevolar Fürstengrube. Aparecieron dos aviones que de pronto bajaron en picada y pasaron sobre nosotros. Nos pareció que alcanzaron a ver quiénes éramos. Para ese momento estábamos preparados para pagar cualquier precio con tal de que la pesadilla llegara a su fin. Levantamos la vista al cielo con la idea de que bombardearían el campo de concentración la siguiente vez, pero como no lo hicieron, continuamos hundidos en nuestro trágico destino.

Un día Otto Moll fue a la estación dental y me preguntó si podía fabricar joyería. Le dije que mis habilidades no llegaban a tanto, pero que estaba seguro de que en el campo debía haber un joyero. Al día siguiente encontré a Simche Laufer, un prisionero que, según me dijeron, era un joyero extraordinario. Moll lo dispensó de su trabajo y Simche empezó a trabajar en el laboratorio dental. Yo contaba con pocas herramientas que podían usarse para la joyería, pero él las utilizó para fundir el oro de veintidós kilates tomado de los dientes de los prisioneros muertos y convertirlo en oro de dieciocho kilates. Después de mucho martillar y cortar creó elegantes alfileres, anillos, prendedores y todo lo demás que Moll le ordenó que hiciera. También le fabricó un par de mancuernas de oro increíbles y, por todo eso, Simche fue recompensado con una ración adicional de sopa todos los días.

Aunque los nazis seguramente ya se habían dado cuenta de que perderían la guerra, Fürstengrube continuó creciendo y se construyeron más barracas. A finales de febrero, aunque el sol brillaba, no lograba entibiarnos. El viento arrasó con la nieve acumulada en los techos y la convirtió en nubes. Por la noche lo oía

soplar, quejarse y arrastrar la nieve a través de las tablas mal unidas del muro.

El *Sanitätsdienstgefreiter* Hinze seguía pasando casi todas las mañanas a la estación dental para dar continuidad a la cruel rutina que me imponía, se le había vuelto una obsesión. Supe de un caso en la obra, en el que un guardia tiró una colilla a medio fumar para provocar que un prisionero la recogiera. Tentado y sin sospechar lo que podía suceder, el prisionero se estiró para tomarla y, unos instantes después, las balas del guardia lo acribillaron.

La falta de seguridad en la mina provocaba muchos accidentes entre los prisioneros. Una tarde, Erich Wiltzig, un prisionero proveniente de Dortmund, Alemania, visitó la estación dental. Se había golpeado con un trozo de carbón en el trabajo. Miré el golpe en su cara y, cuando movió la mandíbula, noté que la tenía fracturada. Hablé con el doctor Lubicz y él lo mantuvo en la zona de enfermos hospitalizados dos semanas, el periodo más largo permitido. En realidad se necesitaron más de seis semanas para que su mandíbula empezara a sanar. Tiempo después regresó al trabajo en la mina y luego lo llevaron de vuelta al campo de concentración, muerto. Desde el problema de la mandíbula lo habían catalogado como un prisionero flojo, así que un día un guardia le disparó en otro incidente que, al parecer, había sido preparado.

Los inviernos representaban una gran amenaza a nuestra supervivencia, pero el de 1944 fue cruel en particular. Los prisioneros regresaban del trabajo rígidos, casi congelados. Sus chaquetas parecían láminas de metal. Para casi todos ese era el tercer invierno que pasábamos cautivos, y a mí me parecía que nos estaba abandonando la tenacidad que necesitábamos para sobrevivir.

Un día Willy Engel me dijo que varias personas de la Cruz Roja Internacional visitarían Fürstengrube para inspeccionar las condiciones del campo. Ese domingo nos dieron una verdadera comida: papas hervidas, vegetales y un trozo de carne de cerdo.

Poco después llegó un grupo de distinguidos civiles acompañados por Moll y Schmidt, el nuevo *Scharführer*. Entre ellos también se encontraba el *Kommandant* de Auschwitz I, Rudolf Höss, quien también era *Obersturmbannführer*, jefe superior de la unidad de asalto. Primero entraron a la oficina de Willy y luego a mi estación dental. Escuché a Moll decir que la estación era el ejemplo perfecto de los diversos servicios de salud que nos proporcionaban en Fürstengrube. Mientras escuchaba, pensé en por qué nadie me preguntaba nada, pero si lo hicieran, ¿podría decirles la verdad? El doctor Lubicz me confesó después que a él le sucedió lo mismo.

En ese tiempo también escuchamos historias sobre partisanos polacos que operaban cerca del campo de concentración y que habían contactado a algunos prisioneros polacos. Sin embargo, nunca nos buscaron a nosotros, los judíos.

En mayo de 1944 llegó un nuevo grupo. Entre ellos había algunos judíos noruegos. Uno de ellos era boxeador: el campeón noruego de peso pesado de 1939, se llamaba Boot.

Hinze mantuvo su rutina del terror conmigo todos los días, nada suavizaba su actitud, y como no le veía fin a la pesadilla, le pedí al doctor Lubicz que me aconsejara. Entonces descubrí que él también le tenía miedo, pero me dijo que hablara con Josef Hermann, quien para entonces ejercía cierta influencia sobre Moll. Hermann, por desgracia, dijo que era imposible hacer algo respecto al maltrato de un prisionero judío, por lo que la racha de arrogancia y abuso de Hinze continuó.

Un día, los *Blockkapos* Maurice y Grimm y tres prisioneros polacos fueron arrestados mientras cavaban un túnel que comenzaba en la barraca de Maurice e iba más allá de la valla. Lo estuvieron cavando durante la noche y luego sacaban la tierra envuelta en cobijas. Nunca nos enteramos de cómo los descubrieron los guardias, pero se rumoraba que Goldstein, el peluquero del campo, había planeado escapar con ellos, pero luego los traicionó. Algunos más culpaban a Josef Hermann. De cualquier forma,

después de que los interrogaron para saber quién más estaba involucrado y quién les había dado las herramientas, los enviaron al patíbulo por tratar de escapar y unirse a los partisanos. Cuando Maurice, un francés que siempre se veía feliz y animado, subió al patíbulo, hizo algo que nadie se esperaba.

—¡Pagarán muy pronto por esto! —le gritó al verdugo de la Gestapo y luego se dirigió a nosotros—. Hasta pronto, camaradas. ¡Adiós!

Jan, uno de los prisioneros, cantó el himno polaco: "*Jeszcze Polska nie zqinęła*".

Sabía que esa mañana tendría que soportar el ritual de Hinze. Caminé como animal enjaulado hasta que llegó.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, dentista, ya conoces la rutina —dijo ese día y procedió con el tormento.

Algunos días me daban ganas de esconderme en cuanto lo veía entrar al campo de concentración. Esto continuó durante cuatro terribles meses y decidí hablar con Otto Breiten cuando sentí que ya no tenía opción.

Breiten me dijo que echaría un vistazo cuando Hinze estuviera ahí y así lo hizo. La siguiente vez que Hinze estuvo en la estación, Otto se asomó discretamente por la ventana y vio a Hinze maltratándome. Pero también lo vio usando los instrumentos dentales para limpiarse las uñas, en eso sustentó su ataque. A Breiten le parecía que maltratar a un prisionero era un privilegio de todo oficial de las SS, pero que sabotear material alemán era un verdadero crimen. Me dijo que hablaría con Moll.

—Por supuesto, tendrás que decirle todo esto a Moll en presencia de Hinze —me advirtió.

Sabía el riesgo que corría, pero ya no soportaba más. Breiten estaba seguro de que el mejor lugar para hablar con el *Hauptscharführer* sería la cocina, mientras devoraba la copiosa comida que Koch le preparaba todos los días.

Un día Breiten entró a la estación a las doce y media y me dijo que me apresurara.

—Moll está en la cocina y se encuentra de buen humor. Ya le conté todo sobre Hinze y quiere verte.

Willy Engel, quien también estaba al tanto de nuestro plan, nos siguió hasta la cocina, ansioso por saber qué pasaría.

—Dile todo —susurró Willy tratando de animarme.

Cuando llegamos a la cocina, Moll estaba cenando *sauerbraten*; casi ni nos miró, fue como si no estuviéramos ahí. Poco después llegó Hinze y de inmediato percibió que algo sucedía: se veía incómodo cuando se reportó con Moll. Moll siguió comiendo, tampoco le prestó atención a Hinze, quien se quedó parado mirándonos a mí y a Breiten, tratando de comprender qué pasaba. Finalmente, el *Hauptscharführer* habló.

—El *Lageräl*tester me dice que el *Sanitätsdienstgefreiter*, *Unterscharführer* Hinze, suele interferir con su trabajo, dentista. ¿Es eso cierto? —preguntó Moll con la boca todavía llena, entrecortando las palabras.

Sabía lo que seguía, tendría que quejarme con el *Kommandant*, tendría que acusar a un oficial de las SS con otro. Pero también estaba consciente de que no podía echarme para atrás, tenía que seguir adelante, así que, sintiendo que el estómago se me revolvía, contesté con timidez.

—Sí, *Herr Hauptscharführer*.

—¿Y es verdad que el *Unterscharführer* Hinze también se limpia las uñas con sus instrumentos esterilizados?

—Sí, *Herr Hauptscharführer* —dije. Esta vez contesté con claridad y le di todos los detalles.

Moll escuchó con atención lo que le dije y comenzó a enojarse. Sobre todo porque castigar a los prisioneros era *su* privilegio. Entonces volteó a ver a Hinze.

—¿Es verdad lo que dice el dentista? ¿Qué tiene que decir al respecto, *Unterscharführer*?

Hinze se quedó estupefacto, no pudo decir nada. No parecía entender la situación ni creer lo que estaba pasando. ¿Acaso lo estaban cuestionando a él, un oficial nazi, por lo que le hizo a un prisionero judío? Finalmente dijo mascullando que no iba a responder, y eso no le agradó nada al autoritario Moll.

—*Ich sehe zu*, *daß Sie versetzt werden* —"Me encargaré de que sea transferido", le dijo el *Kommandant*. Luego de eso, nos despachó a todos.

Yo todavía no estaba seguro de que la tiranía de Hinze en verdad hubiera llegado a su fin.

—Ya no tendrás por qué temerle —expresó Breiten.

Lo más sorprendente sucedió unas horas después, cuando el *Unterscharführer* fue a verme a la estación. Se despidió de mí tranquilamente, como si alguna vez hubiéramos sido amigos. De no ser por el valor del *Lagerältester* Otto Breiten y, por supuesto, por el hinchado ego de Moll, nunca me habría librado del maltrato de Hinze. Ese fue un día especial, nunca lo olvidaré.

En otra ocasión se anunció que los prisioneros políticos alemanes podrían presentarse como voluntarios para ser reclutados por el ejército alemán. No todos eran elegibles ni todos los elegibles se inscribieron. Otto Breiten sí lo hizo, y entonces Josef Hermann se convirtió en el nuevo *Lagerältester* de Fürstengrube. Hermann era hijo de un arquitecto judío. Su madre también era judía, pero se había convertido al cristianismo. Hermann era de Ansbach, Baviera, y nos dijo que estaba casado con una cristiana. Su padre diseñó el primer proyecto de vivienda para familias de bajos recursos en Alemania, el cual se construyó en las afueras de Nuremberg y se llamó Gartenstadt. Hermann llegó a Auschwitz como judío en 1942. Su verdadero nombre era Hermann Josef, pero cuando se enfermó de tifoidea y estuvo hospitalizado en la KB del campo de concentración principal, un médico amigo suyo cambió el orden de su nombre y apellido para que sonara como nombre de gentil, es decir, de no judío. Después de que se recuperó, lo enviaron a

Fürstengrube; así fue como el judío Hermann Josef se convirtió en el gentil Josef Hermann. En su calidad de *Lagerältester*, su posición era bastante precaria porque temía que los *Kapos* que llegaron con nosotros descubrieran su verdadero nombre y lo delataran en algún momento.

Casi cada semana llegaban nuevos judíos de lugares lejanos como Libia, Marruecos y Argelia. Los alemanes los habían arrestado en Vichy, Francia. Los llevaban para remplazar a los cada vez menos numerosos prisioneros originales. Solo algunos de los judíos que llegaron conmigo de Dobra quedaban vivos.

Un día Kurt Goldberg visitó la estación dental. Tenía polvo de carbón pegado a la cara y la chaqueta a rayas apenas colgaba sobre su esquelético cuerpo. Era una imagen muy alejada del hombre que yo recordaba. Sus compañeros lo despreciaban porque no podían olvidar todo lo que hizo en Gutenbrunn, tal vez por eso ahora mostraba una sensibilidad que nunca imaginé que poseyera.

Lo que hizo en Gutenbrunn aún lo atormentaba, pero no vino a pedir compasión, solo fue a descargar su alma. Dijo que se arrepentía de haber abandonado su herencia judía. Alguna vez evitó a aquellos de quienes había abusado, pero ahora estaba resignado a sufrir lo inevitable. De cierta forma, me pareció que no quería prolongar su vida. Antes de irse, habló conmigo en un yidis perfecto.

—No estoy aquí como tu paciente. Sé que merezco lo que estoy recibiendo y que no duraré mucho más —dijo.

Le ofrecí algo de comida, pero se negó a aceptarla, tuve que persuadirlo. Fue la primera vez que lo vi en paz, estaba por completo resignado a morir. Un par de días después vi que los hombres de su turno regresaban de la mina; llevaban a alguien en una camilla y de inmediato supe que se trataba de él. Estaba irreconocible. Al final solo quedaba el recuerdo del hombre al que alguna vez le temimos.

Un día en la enfermería vi a Boot, el campeón de peso pesado. Tenía una herida en la pierna y se le había infectado de una manera

peligrosa, pero su corpulento cuerpo y sus gruesos músculos recordaban que se trataba de un boxeador. El grupo de los noruegos en Fürstengrube no era numeroso. Eran cinco en total, pero estaban orgullosos de su país y hablaban muy bien de sus valientes compatriotas que evitaron que los deportaran durante tanto tiempo. No obstante, el nombre de Boot terminó en la lista de la selección semanal y lo transfirieron a Birkenau. La gran ironía de su vida fue que, a pesar de haber sido un ganador en el ring, en este combate no salió victorioso: murió de malnutrición y trabajo excesivo.

En algún momento, el *Hauptscharführer* Moll se fue de Fürstengrube, y Max Schmidt, que había pasado tres meses en la escuela de entrenamiento para oficiales, regresó con ese mismo rango. Ahora era el *Kommandant* y tenía experiencia porque algunas veces fungió como *Lagerführer* cuando Moll aún estaba en Fürstengrube y llegaba a ausentarse. Nos enteramos de que Moll fue a ayudar con las exterminaciones en los campos del este. Schmidt visitaba con frecuencia la estación para su limpieza dental. No era difícil comunicarse con él en esas ocasiones y, además, era un individuo predecible, a diferencia de Moll.

Una mañana mi hermano durmió más de la cuenta. Lo sacudí para que se despertara, pero solo pudo abrir los ojos un instante levantándose los párpados y luego volvió a quedarse dormido. Al día siguiente estaba lo bastante bien para abrir bien los ojos y beber agua, pero una vez más, volvió a quedarse dormido. El tercer día volvió al trabajo a pesar de que se le dificultaba caminar. Nunca supe qué medicamento tomó que lo enfermó tanto ni por qué lo ingirió.

Menos de dos semanas después de la partida de Hinze llegó un nuevo *Sanitätsdienstgefreiter* a Fürstengrube: Karol Baga. Era un *Volksdeutscher* y lo opuesto a su predecesor. Baga no tenía el abismal vocabulario ni la malevolencia de Hinze. De hecho, él mismo había trabajado como minero cerca de ahí y parecía sentirse más cómodo con un pico y una pala que en su puesto como médico. No

mostraba interés en nada de lo que hacían los demás y cuando visitaba la estación dental solo se quedaba el tiempo necesario para escuchar mi reporte. Le decía: "Todo está en orden" y él se iba.

Finalmente, a principios de junio de 1944 supimos que los estadounidenses habían llegado a Europa y la BBC se hizo cargo de reportar sus victorias. Este fue el paso que sentimos que le daría fin a Hitler y a su imperio del mal. En julio la situación empezó a abrumar a los alemanes. Los Aliados presionaron desde Francia y los soviéticos seguían cazando al ejército nazi en Polonia para hacerlo volver a Alemania. Seguramente los nazis sabían que el fin de la guerra estaba cerca. Nosotros temblábamos de emoción y esperanza, pero los oficiales y guardias de las SS de Fürstengrube creían que Alemania seguía siendo invencible.

Más adelante, a finales de julio, nos enteramos de que intentaron asesinar a Hitler y nos pareció increíble que hubiera sobrevivido. Al igual que los alemanes, en ese momento empezamos a creer que era indestructible. El doctor Lubicz lo expresó de la mejor manera posible.

—Si no lo vencen desde adentro, esto podría durar todavía mucho tiempo. Los líderes del mundo libre se reunieron con Hitler varias veces antes de 1939 y solo negociaron territorios, trozo por trozo, a cambio de sus promesas falsas. Sabían que había una persecución generalizada de judíos y no hicieron nada por nosotros —nos dijo.

Para finales de julio, los judíos griegos de Salónica fueron entregados a Fürstengrube. Ninguno entendía alemán, pero mostraron ser más duros que nosotros.

Un día aparecieron luces peculiares en el cielo y vimos que había columnas de humo que viajaban hacia nosotros. Sabíamos bien qué producía aquel hedor.

—Los nazis están gaseando a miles de judíos húngaros. Como no pueden deshacerse de todos esos cuerpos en los crematorios, los están quemando en hoyos en el bosque —informó alguien.

Todos sabíamos cuál era la causa de que los cielos tuvieran tonos rojos ambarinos y del hedor que inundaba el campo de concentración. Dentro de poco, también Hungría estaría libre de judíos: *Judenfrei*. Fui a la morgue después de tres días de no haber estado ahí y encontré los cadáveres en posiciones extrañas, algunos se habían descompuesto demasiado. Olían tan mal que no pude soportarlo, así que decidí irme y no volver. Pensé que si alguien me preguntaba por qué no había cumplido mi tarea, diría que lo olvidé, pero nadie preguntó y esa fue la última que vez que fui a la morgue.

En el transporte más reciente llegaron judíos del campo de concentración de Theresienstadt. Entre ellos se encontraba un dentista, el doctor Grosch. Fue a verme cuando se enteró de que en Fürstengrube había una estación dental. Me contó que unas semanas antes había estado en Praga con su esposa y su hija.

—Primero nos llevaron a Theresienstadt, espero que ellas sigan ahí. A mí me trajeron aquí —dijo cruzando los dedos.

El doctor Grosch había enseñado cirugía oral en una escuela dental en Checoslovaquia y también escribió dos libros sobre el tema. Yo calculaba que tendría unos cincuenta años, era alto y delgado. Su rostro, que tenía muy pocas arrugas, dejaba entrever gran sabiduría, algo de tristeza, pero sobre todo una inteligencia poco usual. La chaqueta de la prisión que le dieron parecía ser tres tallas demasiado pequeña para él. A la altura de la clavícula llevaba el parche con un triángulo rojo, una estrella amarilla y un número, además de la T de *Tschechoslowakei*.

Para ese momento el campo de concentración era para mí una forma de vida, pero para Grosch, la situación era muy nueva, por lo que Fürstengrube le resultaba demasiado atemorizante. Sentí compasión por él. Cuando me preguntó si podría ayudarme en la estación dental, decidí preguntarle al *Lagerältester* si lo autorizaría; Hermann aceptó. Fürstengrube tenía más de mil quinientos prisioneros, la mayor cantidad hasta entonces, y también había más de cien hombres de las ss.

Yo había adquirido bastante experiencia en la práctica dental, quizá la suficiente para tener un diploma completo. También sabía cómo se decía "¡Duele!" en por lo menos diez lenguas distintas. Había aprendido a concebir métodos alternativos para ayudar a mis pacientes y, a pesar de que eran muy nuevas, varias de las curaciones en verdad funcionaban. Algunos de los casos que traté se veían muy poco en situaciones normales. Logré sellar fracturas mandibulares y dar tratamiento a enfermedades gingivales extremas, y a infecciones periodontales y de la raíz. Debido a que carecíamos de los medicamentos adecuados, el doctor Grosch a menudo no estaba seguro de qué hacer. Su profesionalismo significaba mucho para mí. A veces me hablaba de su vida en Praga, pero lo que más le preocupaba por el momento era que su esposa y su hija estuvieran bien. Creo que llegué a agradarle.

—Cuando todo esto termine, quiero que seas mi yerno —me dijo en una ocasión con un guiño.

Hitler continuó entusiasmando al pueblo alemán con las armas milagrosas que le presentaba. Me asombraba que aún le creyeran. "No se ha perdido la guerra", decían sus discípulos.

Por supuesto, los guardias debieron tener miedo de que algún día les hicieran pagar por sus acciones. Nosotros, mientras tanto, estábamos desanimados, pero la esperanza de alcanzar la libertad nos mantenía vivos. Tal vez se trataba de un rasgo que los judíos heredábamos a perpetuidad, algo que pasaba a través de la experiencia de generaciones que sufrieron persecuciones. Nadie quería morir, no después de todo lo que habíamos sufrido durante tanto tiempo, pero la libertad todavía no la teníamos.

Un día lluvioso, a principios de septiembre de 1944, Moniek, un *Stubendienst* de la barraca donde trabajaba mi padre, llegó corriendo a verme para decirme que papá estaba inconsciente en el suelo del baño. Cuando llegué, lo encontré tirado sobre el cemento, con la cara fría y sudorosa. Tenía los ojos cerrados y apenas respiraba. Moniek me ayudó a llevarlo cargando a la KB y Josek y yo

lo subimos en una litera. Al ver lo preocupados que estábamos, Moniek me dijo que quería hablar conmigo en privado.

—Te contaré lo que sucedió, pero no puedes decirle al *Kapo* Nathan —advirtió—. Tu padre no estaba bien esta mañana y, después de que se fueron los prisioneros, se recostó a dormir en su litera, pero Nathan le ordenó que se levantara y barriera el suelo. Yo tomé la escoba porque quería terminar de hacerlo por él, pero cuando Nathan vio esto, le gritó que era un flojo y le ordenó continuar, golpeó a tu padre hasta que cayó y quedó inconsciente. Luego nos ordenó llevarlo al baño y echarle agua encima.

Yo estaba conmocionado, mientras escuchaba empecé a rechinar los dientes y mi estómago se hizo nudos.

—¿Por qué no me llamaste? —le pregunté.

—Porque todo sucedió muy rápido —respondió Moniek.

Cuando el doctor Seidel examinó a papá, negó con la cabeza; ni él ni Lubicz hicieron ningún pronóstico. Josek y yo insistimos en que nos dijeran qué sucedía. Seidel dijo que cuando la fiebre disminuyera podría decirnos algo más. El doctor Lubicz le inyectó un estimulante, pero no logró reanimarlo. Josek y yo sabíamos que la situación de mi padre era muy seria. En algún momento pareció abrir los ojos, pero tenía las pupilas fijas y vidriosas, no era la mirada que nosotros conocíamos. El simple hecho de pensar en el *Kapo* Nathan me hacía temblar de furia.

Josek y yo nos turnamos para cuidar a papá día y noche.

—Papá, ¿me reconoces? —le pregunté muchas veces.

Si acaso se daba cuenta de que estábamos con él, no nos dio ninguna señal. Tenía la frente caliente y sudorosa, ardía en fiebre. Sabíamos que tenía pocas oportunidades de vivir, pero no queríamos admitirlo, solo nos quedamos a su lado esperando un milagro. Al día siguiente Moll vino, me dijo que se había enterado de que mi papá estaba muy enfermo y me permitió permanecer con él. A la noche siguiente papá estiró los brazos como si quisiera abrazarnos. Nos pareció ver sus labios moverse, pero no emitió ningún sonido.

Entonces sus manos cayeron a los lados. El doctor Lubicz lo examinó, pero no vio signos prometedores.

La tercera noche era Erev Rosh Hashaná, la noche previa a nuestro Año Nuevo. De pronto a papá se le puso gris el rostro, se hundió aún más en el coma y falleció poco después. Aunque todo ese tiempo supimos que sería inevitable, verlo morir y ver su cuerpo sin vida fue en extremo doloroso para Josek y para mí. Mi padre era mi héroe, tal vez ahora lo era aún más tras haber vivido con él esos angustiosos años en campos de concentración. Lo iba a extrañar muchísimo. Lo peor fue darnos cuenta de que no podríamos rendirle el último tributo, que no podríamos ofrecerle un entierro decente.

A la mañana siguiente del fallecimiento de papá, Moll vino otra vez.

—Cuando vi a su padre supe que no lo lograría. Una ambulancia estará ahí para recogerlo. Sé que ustedes dicen algunas oraciones para enterrar a sus muertos.

—Sí, *Herr Hauptscharführer*, decimos el *kadish*.

—*Jawohl*. Indíquele al conductor que espere y que les dé tiempo para decir lo que quieran.

Moll podía incluso ser así de generoso y comprensivo. Su actitud me hizo pensar en un popular proverbio judío: "Incluso al antisemita más recalcitrante le simpatiza un judío".

Al día siguiente, el primero de Rosh Hashaná, el cuerpo de papá fue llevado a Birkenau, pero antes de eso Josek y yo recitamos el *kadish* tratando de recordarlo lo mejor posible. "¡Ser eterno! Padre de nuestro padre, ten piedad de él ahora que ha pasado al descanso eterno. Nos crio para saber que la salvación se logra creyendo en ti. Vivió por ti y nos guio hacia ti. Nunca renunció ni a ti ni a tus enseñanzas".

Estábamos seguros de que la muerte de papá se debía a la golpiza que le dio Nathan, así que fui a verlo. Él me eludió por algún tiempo, pero por fin lo encontré.

—Nathan, ¿qué le hiciste a mi padre? ¡Lo mataste! ¿Qué no te diste cuenta de que no era que no quisiera trabajar, sino que no podía? Cuando Moll dijo que mi padre podría ayudar en un bloque, lo envié a tu barraca porque te conocía. Pensé que tendrías algo de consideración por su edad, pero ahora veo cuánto me equivoqué. Eres judío, pero eres igual de brutal que los oficiales de las SS. No tengas duda: algún día pagarás por esto. Porque la gente siempre obtiene lo que se merece.

El rostro se le encendió, me lanzó una mirada fulminante, pero yo sabía que no se atrevería a golpearme.

—No sabía que estaba enfermo, lo juro —dijo.

Lo miré directo a los ojos, pero no tenía nada más que añadir, así que me fui sintiendo repulsión. Algunos meses después, Nathan Green trató de escapar, pero lo atraparon y lo colgaron.

En octubre de 1944 mi hermano me dijo que los médicos de Auschwitz no habían visitado la KB en tres semanas.

—Tal vez ya no habrá selecciones —supuso.

Y así fue. Tampoco volvieron a enviar prisioneros a Birkenau, ni siquiera a los más enfermos, lo cual provocó que nuestra enfermería terminara llena. Empezamos a colocar a dos enfermos en una misma litera. En noviembre el clima pasó de frío a gélido y dos hombres más de Dobra murieron. Días después sorprendieron a dos prisioneros polacos escondiéndose en un camión repartidor. Los arrestaron y luego los colgaron. A los polacos que quedaban los enviaron a algún lugar fuera del campo de concentración.

Un día escuché un intenso lamento en la enfermería y reconocí la voz del director de orquesta Harry Spitz. La banda que dirigía había dejado de tocar porque la mayoría de los músicos fueron víctimas del daño provocado por el arduo trabajo en la mina de carbón. Spitz me conocía bien, cuando me vio estiró la mano y me suplicó que le diera agua. Su voz sonaba muy débil; lo observé un momento, el talentoso exesposo del ruiseñor alemán yacía ahí olvidado. Le pregunté al doctor Lubicz qué sucedía.

—No hay mucho que yo pueda hacer para ayudarle. Tiene fiebre tifoidea. Se recuperará o morirá, no lo sé —dijo.

Yo sabía que al doctor Lubicz le importaban los pacientes y que ayudaba siempre que podía, pero Spitz estaba ardiendo en fiebre.

—Quiere agua —le dije a Lubicz.

—Puedes darle un poco, pero muy poco.

—¿Puede consumir alimentos?

—No, nada de comer —indicó y se fue de prisa.

Le llevé a Spitz una taza con agua y se la acerqué a los labios. A pesar de lo que Lubicz sugirió, permití que bebiera sorbos pequeñísimos, pero durante casi media hora. Luego traté de animarlo.

—Aguante, tiene usted mucho por qué vivir. En algunos días terminará la guerra y podrá volver a Viena.

—Lo intentaré, dentista, lo intentaré —murmuró.

Cerró los ojos y se quedó dormido. Vi que su pecho se elevaba y se hundía con mucha rapidez, esa debió de ser la peor de sus crisis porque, a partir de entonces, empezó a mejorar. A veces bastaba muy poco para hacer que el destino de un prisionero diera un giro.

Los nazis trataron de encubrir sus fracasos, empezaron inventando nuevas frases para referirse a la derrota, cosas como: "Consolidación de nuestras fuerzas" o "Disminución de las líneas de defensa", pero todos los términos eran ambiguos. También aseguraron que la tan esperada contraofensiva estaba a punto de empezar. El pueblo alemán continuó tragándose las mentiras nazis y, mientras tanto, Srulek Lipshitz escuchó en la radio que los Aliados habían tomado Francia y que avanzaban hacia Alemania a través de Bélgica y Países Bajos. El carbón que extrajeron los prisioneros estaba abandonado en montículos, sin que nadie lo usara. Ya no tenía sentido mantenernos ahí, pero siguieron matándonos sin razón. Nada podría motivar a nuestros obsesivos captores a dejar de asesinarnos. ¿Sería por la ridícula idea teutónica de Hitler de la "superraza" y la "subraza"? ¿Sería porque su propaganda hacía que

nos consideraran *Unmenschen*, no humanos? ¿O sería solo porque los alemanes decidieron seguir ciegamente la estela destructiva del *Führer*? Un día empezamos a ver que los bombarderos aliados volaban sobre Fürstengrube cada vez con más frecuencia. Miramos al cielo esperanzados y oramos.

En diciembre de 1944 llegaron las agresivas tormentas invernales. Cayeron fuertes nevadas y la nieve se apiló en el campo de concentración. Yo todavía tenía en mi poder el último kilo de oro dental que nadie recogió. Después de Navidad, los últimos prisioneros no judíos de nuestro campo fueron transferidos a otros lugares. Salvo por los *Kapos*, ahora Fürstengrube era cien por ciento judío y los nazis empezaron a tratarnos incluso peor.

En la primera semana de 1945 se detuvo todo el trabajo, incluso el de construcción, entonces supimos que algo importante estaba a punto de suceder. Escuchamos que los Aliados habían cruzado el Rin y que se adentraron bastante en Alemania. En el este, los rusos habían cruzado el río Óder y ahora se dirigían a Berlín. Era obvio que ejército alemán estaba desmoronándose, pero justo cuando la esperanza surgió, también se propagó el rumor en todo el campo de que nos enviarían a una zona más recóndita en Alemania.

Al final de esa semana nos enteramos de que la guerra llegaba a su fin. Los proyectiles de artillería formaban arcos sobre nosotros e iluminaban el cielo nocturno con su resplandor. El combate se intensificó tanto que a veces podíamos incluso diferenciar entre las armas que veíamos. Nos enteramos de que partiríamos de Fürstengrube, pero no teníamos idea a dónde nos enviarían. Lo que más temíamos era que nos llevaran a Birkenau. Josef Hermann nos aseguró que, aunque no conocía nuestro destino, estaba convencido de que no sería ahí.

—Quien no se sienta lo bastante fuerte para caminar, podrá quedarse —dijo.

Como no creíamos que quedarnos fuera una opción segura, todos los que se sintieron capaces, aunque fuera remotamente, decidieron

irse. Como la bodega estaba ahora abierta, los prisioneros tomaron ropa y zapatos de ahí.

Antes de irme contemplé la estación dental que fue tanto mi refugio como mi cámara de tortura durante casi año y medio. Willy y Viky Engel estaban afuera quemando los registros de la oficina de las SS bajo la supervisión estricta del nuevo *Scharführer*: Pfeiffer. El doctor Grosch salió de la estación y volvió a su barraca

Guardé en una bolsa todos los instrumentos dentales que pude. Entonces vi los racimos de oro fundido. Empaqué todo y fui a buscar a mi hermano a la KB.

—Doscientos cincuenta prisioneros se quedarán en la KB —me informó.

Esos hombres estaban al tanto del riesgo que enfrentaban, pero se encontraban demasiado enfermos para viajar. Sabían que no sobrevivirían mucho tiempo si trataban de caminar, pero esperaban que los rusos, quienes supuestamente se estaban acercando, los salvaran. Lo que sucedió después lo narró el solitario sobreviviente Tadeusz Iwaszko en su libro *Hefte von Auschwitz*:

> Las SS partieron con los grupos de prisioneros y solo dejaron a un par de capataces vigilándonos. Nuestra única compañía era el hambre. Al día siguiente encontramos dos caballos muertos afuera de la valla. Esos animales y algunas papas que había por ahí nos mantuvieron vivos. Oímos que los rusos estaban cerca, pero casi parecía que nos estaban soslayando.
>
> El 17 de enero llegaron alrededor de veinte hombres de las SS. Al principio pensamos que también se estaban retirando y que no nos harían daño, pero en cuanto nos vieron empezaron a disparar contra nuestra barraca. Uno de ellos le lanzó una granada a la KB donde estábamos. Otro se asomó y le disparó a todo aquel que se movía. De pronto me dio una bala en la pierna y fingí que había muerto. Luego los hombres de las SS colocaron explosivos en las esquinas de la barraca y nos encendieron fuego. El techo cedió pronto, una parte me cayó encima. La mayoría de los prisioneros del bloque estaban muertos para entonces. Yo temía moverme porque sabía que si me veían, me matarían. Sin embargo, también era claro que si me quedaba ahí moriría

quemado. Cuando las llamas llegaron a mí, tuve que tomar una decisión, así que empecé a arrastrarme muy lento sobre las manos y las rodillas y me oculté detrás de un pilar. Luego vi a los mismos hombres de las SS dirigirse a otras barracas donde sabía que aún se ocultaban algunos prisioneros. Ni siquiera se molestaron en dispararles, solo quemaron las barracas.

La gente de los pueblos cercanos seguramente sabía lo que estaba sucediendo, pero nadie acudió para detener a los nazis. Al final, cuando se fueron, algunos de los aldeanos se acercaron a extinguir el fuego. Varios soldados alemanes pasaron y nos vieron. "No se molesten, solo son judíos apestosos", le dijeron a la gente. Más adelante, enterraron en una fosa común a los 239 hombres que fueron asesinados.*

# 15

# La marcha de la muerte

A LAS OCHO DE LA MAÑANA DEL 11 DE ENERO DE 1945, a cada uno nos dieron medio kilo de pan, dos cubos de margarina y una generosa porción de mermelada. Los guardias inspeccionaron todas las barracas y destruyeron todo lo que les pareció de valor.

Era un día seco y frío. El viento hacía volar la nieve y algunos de los caminos estaban cubiertos en parte. Nos acomodaron en filas de cin-co como siempre, pero por alguna razón nos dejaron parados en un lugar.

—Estamos esperando reunirnos con el campo de Buna y con los demás de por aquí —explicó Hermann.

Finalmente, alrededor de la medianoche nos separaron en unidades de cien y partimos de Fürstengrube. A nuestro lado, con una distancia de diez metros entre uno y otro, marcharon los guardias de las SS con sus rifles. Mi hermano y yo estábamos en la segunda fila. Srulek Lipshitz, el electricista, y Willy y Viky Engel iban con nosotros. Los *Kapos* y el tan temido *Oberkapo* Wilhelm Henkel iban un poco adelante. El sonido de nuestras botas producía un fuerte eco en medio del silencio nocturno. A nuestro lado pasaron muchos vehículos militares dirigiéndose al oeste.

De pronto escuchamos un fuerte estallido, como si hubiera explotado un petardo. Nos quedamos desconcertados. Algunos minutos después pasamos junto a un prisionero que yacía muerto en

el camino con sangre escurriéndole de la cabeza. Esa fue la fuente del ruido. Poco después Josef Hermann se acercó a las filas.

—Los guardias le dispararán a cualquiera que no nos siga el paso —advirtió.

Algunos minutos después alguien se tambaleó y cayó, y vimos horrorizados cómo le disparaba un guardia. Poco después había tantos hombres tirados en el camino que tuvimos que empezar a andar con cuidado para no pisar los cuerpos. A las cuatro de la mañana llegamos a un lugar donde había otro grupo de prisioneros. Eran de Buna.

Para cuando nos ordenaron detenernos en una granja bastante grande, ya había oscurecido. El granero estaba abierto, nos dijeron que nos quedaríamos ahí el resto de la noche. Josek y yo nos hundimos en la paja, pero dejé mis instrumentos dentales junto a mí. Cerré los ojos y me quedé dormido rápido. Apenas había amanecido cuando los *Kapos* empezaron a dar latigazos.

—*Eintreten!* —gritaron.

Parecían tener mucha prisa. Nos volvimos a formar en el mismo sitio y nos fuimos sin que nos contaran, luego nos enteramos de que íbamos a Gliwice, una ciudad a unos setenta kilómetros de ahí.

Había nevado durante la noche y nos fue más difícil caminar con la densa nieve sobre la tierra. Los zapatos se mojaron y los pies se nos congelaron. Hubo más ejecuciones a lo largo del camino, la luz diurna nos permitió ver con claridad que en cuanto alguien comenzaba a rezagarse, le disparaban y lo dejaban tirado sobre la nieve. Los asesinos no sentían vergüenza alguna, para ese momento matar ya era una rutina. A mediodía nos ordenaron que nos detuviéramos a un lado del camino. Aunque el sol brillaba, su calor no lograba entibiar las filas de nómadas hambrientos y a medio congelar. Por suerte yo había guardado algunas sobras de pan que fui comiendo en trozos muy pequeños, pero de todas formas me sentí débil después de caminar tres horas más. Todo lo veía borroso y las rodillas se me doblaban.

—Josek, ya no puedo —recuerdo haberle dicho a mi hermano mientras me tambaleaba y zigzagueaba.

Josek me sujetó del brazo y le pidió a Willy, quien estaba del otro lado, que también me sujetara. Eso nos obligó a los tres a desacelerar y poco a poco nos fuimos rezagando hasta quedar en la última fila.

Los otros prisioneros me reconocieron.

—Es Bronek, el dentista. Será el siguiente.

Iba arrastrando los pies y mi cabeza oscilaba de arriba abajo. Para colmo, detrás de nosotros venían tres guardias. Aunque era consciente de las consecuencias y me esforcé, de pronto dejé de pensar en lo que me amenazaba. Solo quería que me dejaran descansar en el suelo.

—Berek, muévete —continuó animándome mi hermano.

Para ese momento Josek y Willy casi me llevaban cargando.

—Berek, no queda lejos, pasando esta colina nos detendremos —murmuró Josek presa del pánico.

Pero no nos detuvimos pasando la colina y en verdad me sentí derrotado. Mi hermano extendió la cobija que había llevado yo de Fürstengrube y me cubrió los hombros.

—Solo déjenme —les supliqué, pero ellos siguieron sujetándome e insistiendo en que seguro nos detendríamos en la siguiente granja. De pronto Schmidt se acercó a nosotros en su motocicleta.

—*Was ist los mit dem Zahnarzt?* —"¿Qué le pasa al dentista?", preguntó.

—Está demasiado débil para seguir caminando, *Herr Lagerführer* —respondió mi hermano.

—Resiste, dentista, enviaré al *Lageräl*tester —dijo mientras se alejaba.

Poco después volvió con Josef Hermann en el asiento de atrás y sentí que vertían algo entre mis labios. Era vodka. Aunque me quemó la boca y la garganta, la tragué e incluso bebí varios sorbos más. De pronto sentí mis piernas más fuertes y eso me permitió

caminar hasta que llegamos a la siguiente granja, donde me desplomé y me hundí en la nieve.

—Levántate y espera unos minutos más, Berek. Hasta que nos cuenten —dijo Josek.

Sentí que eso sería mi salvación, pero representaba un esfuerzo demasiado grande para mis rodillas, que cedían sin que pudiera impedirlo. Josek me ayudó a levantarme y me metió entre un vagón que se encontraba junto a nosotros y su rueda. Con ese apoyo logré soportar mientras pasaban lista, luego nos dieron alimento por primera vez desde que salimos de Fürstengrube. Esa noche nos quedamos en el granero.

Recuerdo que alguien me sacudió. Abrí los ojos y vi a mi hermano mirándome.

—Levántate o te van a matar —me advirtió jalándome.

Al principio ni siquiera sabía dónde me encontraba, pero entonces empecé a recordar el día anterior a pesar de la neblina en mi memoria. No podía creer que siguiera vivo y me quedé petrificado al comprender que todavía marcharíamos un día más, pero salí del granero sintiéndome mucho más fuerte, como si me hubieran infundido vida nueva durante la noche.

Faltaban varios prisioneros. Las bayonetas de los guardias se hundieron profundo entre los montículos de paja.

—*Raus!* —gritaron para asustarlos y obligarlos a salir.

De inmediato emergieron tres de ellos que estaban escondidos en la paja y los guardias los patearon hasta las filas. A continuación hubo más amenazas y, como no salieron más prisioneros, Pfeiffer lanzó una advertencia.

—Les daré una oportunidad más antes de incendiar todo el granero —gritó.

Pero eso no los hizo salir. Cuando nos contamos, descubrimos que faltaban doce.

Esa mañana nos dieron pan, mantequilla y café, y nos fuimos sin los doce que escaparon, pero Pfeiffer no incendió el granero como

dijo que lo haría. Era el grupo más numeroso de prisioneros que yo había visto escapar. El día estaba helado otra vez y en cuanto empezamos a avanzar se reanudó la matanza. Parecía que estábamos en un implacable peregrinaje de muerte. En el siguiente asentamiento encontramos una vieja iglesia de piedra con techo de losa y capiteles de cobre. Al frente se habían formado grandes montículos de nieve. Los guardias les sonrieron a las guapas jóvenes que observaron cómo nos arrastraban para atravesar su pueblo. Seguramente ni siquiera les parecíamos humanos. Afuera del pueblo vimos un letrero que decía que estábamos a veintiocho kilómetros de Gliwice; teníamos la esperanza de que aquella marcha de la muerte terminara ahí. Schmidt continuó rodeándonos en su motocicleta, con Josef Hermann en el asiento de atrás. A mediodía nos detuvimos para descansar, los campos se veían tranquilos enterrados bajo una gruesa capa de nieve. Como para ese momento había una multitud de tropas de las *Waffen-ss* en la región, nos preguntamos si los doce prisioneros que escaparon habrían podido eludirlas. Josek, sabiendo lo mucho que todavía tendríamos que caminar, no dejó de verificar que me encontrara bien.

Ya había oscurecido cuando nos acercamos a Gliwice. Las fundiciones, los molinos y los ferrocarriles del lugar estaban intactos, y salía un oscuro y denso hollín de varias chimeneas. Nos condujeron por el centro de la ciudad. Un gran convoy de vehículos militares pasó junto a nosotros y nos rebasó. Más adelante nos encontramos con un numeroso grupo de prisioneros encerrados tras una valla de alambre de unos ocho metros de alto cubierta con barrotes de fierro que, por lo general, se usaba para almacenar carbón. Dos vías de ferrocarril corrían hacia el interior. Los prisioneros provenían de Deutsche Werke, una fundición en las afueras de Gliwice. Algunos prisioneros de Fürstengrube llegaron antes que nosotros. Había restos de carbón en todas partes. Ahí nos dieron un poco de pan y café y una salchicha pequeña. Nos quedamos toda la noche.

Muy temprano a la mañana siguiente nos ordenaron que abordáramos unos vagones abiertos que se usaban para transportar ganado. Era una ironía imposible de ignorar: en el calor de agosto nos transportaron en vagones cerrados, y ahora que era invierno, en vagones abiertos. Los vagones tenían dos y medio metros de altura y medirían cerca de cinco y medio de largo. En cada extremo había un guardia. Solo cabíamos cuarenta en cada uno, pero los guardias nos empujaron lo más posible y lograron meter a veinte hombres más. Aunque no había ni siquiera piso para mantenernos parados, mantuve mis pertenencias pegadas a mi cuerpo.

—*Wie viele Stücke hast Du?* —"¿Cuántas piezas tienes?", le preguntó un guardia croata a uno ucraniano.

No podían comunicarse bien, pero después de contar una y otra vez y de informar cuántos prisioneros había en cada vagón, por fin se pusieron de acuerdo. Las locomotoras comenzaron a avanzar haciendo sonar sus silbatos; nos llevaban al oeste, a lo más profundo de Alemania y muy lejos de una posible liberación.

Al principio los vagones se movieron lento, iban saltando y balanceándose. Una locomotora jalaba y otra empujaba mientras los montones de vagones serpenteaban por toda la ciudad. Había vuelto a nevar y en el cielo todavía se veían densas nubes invernales. De pronto apareció un par de latas de metal y los prisioneros las bajaron con cordeles para atrapar nieve.

—No coman nieve, les dará más sed —nos advirtió el doctor Seidel, pero todos estaban sedientos y nadie escuchó su advertencia.

Las latas bajaron y regresaron llenas, todos devoraron la nieve. Mi hermano encontró suficiente espacio para agacharse y sentarse, pero de repente se tuvo que parar de un salto porque alguien estaba orinando sobre él. Ni siquiera había un balde en el vagón para nuestras necesidades.

La sed aumentó en la noche. Después de un rato la locomotora desaceleró y se montó en una vía en desuso, pero para ese

momento un prisionero ya había muerto y otro estaba agonizando. Un guardia ordenó que los arrojaran del vagón, luego se acercó y preguntó cuántos muertos más había.

—No hay espacio para los medio muertos. Arrójenlos afuera —ordenó el *Unterscharführer*.

Arrojaron a los moribundos y estos cayeron con un golpe seco. Los que estaban agonizando murieron en el camino, y los prisioneros empezaron a apilar los cuerpos para aventarlos afuera en cada parada. A veces también veíamos algunos cuerpos salir disparados de los vagones en movimiento. A menudo había trenes de mayor prioridad en las estaciones, por lo que nosotros nos quedábamos detenidos entre una y otra. Luego seguía el jaloneo de los vagones hacia delante y hacia atrás; después de eso permanecíamos detenidos en una vía que no iba a ningún lado. Esto nos hizo pensar que el viaje solo terminaría cuando todos hubiéramos muerto.

Empezó a caer una nevada ligera que se fue volviendo más intensa y nevó toda la noche. La nieve se derritió sobre las cobijas que llevábamos y luego el agua se congeló y las entiesó. Y dado que en todo el día no nos dieron ni agua ni comida, todos comieron nieve a pesar de la advertencia del doctor Seidel.

El tren empezó a desacelerar al tercer día. El doctor Grosch, quien estaba en nuestro vagón, empezó a comportarse de manera extraña: trepó sobre los demás y empezó a gritar.

—¡Déjenme ir con mi esposa y mi hija! ¡Me necesitan ahora!

Lo insté a calmarse, pero fue imposible detenerlo, luchó hasta liberarse. Se había vuelto loco. La agitación captó la atención de un sargento de las ss que fue y le disparó. El doctor cayó muerto al suelo del vagón. Entonces lanzaron su cuerpo al vacío y yo deseé que su esposa y su hija no se enteraran nunca de su trágico fin. Josek debió haber pensado lo mismo.

—Papá fue afortunado de morir cuando lo hizo, no habría sobrevivido a este viaje —reconoció.

Habían muerto tantos prisioneros para ese momento que ahora teníamos más espacio en los vagones.

En el vagón había dos judíos griegos de Salónica, pero como nadie hablaba griego, se mantuvieron acurrucados juntos, como si fueran distintos a nosotros. Aunque el frío nos congelaba porque los vagones eran abiertos, me pareció que esto tenía un par de ventajas: el olor de los desechos humanos se disipaba y podíamos arrojar fuera los excrementos.

No nos habían alimentado en dos días, teníamos la boca seca y no soportábamos la sed. Por fin, como a las nueve de la noche, nos dieron doscientos cincuenta gramos de pan y el equivalente a un cucharón de café falso. El tren volvió a detenerse, lo hacía por lo menos cuatro veces en veinticuatro horas, las paradas se habían vuelto rutina. El doctor Seidel se sumó a los muertos.

Llegamos a Buchenwald antes de que amaneciera. En la entrada había un letrero que decía: "*Jedem das seine*" (A cada quien lo suyo). Era difícil comprender el sarcasmo, pero eso ya no importaba, ya ni siquiera considerábamos que frases como esa fueran una afrenta a la dignidad que de todas formas habíamos perdido. Solo esperábamos que el tortuoso viaje terminara, incluso si eso significaba llegar a otro campo de concentración.

Nos mantuvieron en los vagones una noche más. A media mañana se abrieron las puertas y nos ordenaron bajar y entrar al campo, pero después de tantos días en el tren, apenas podíamos caminar. Los guardias se impacientaron y empujaron a los débiles con las culatas de sus rifles como si estuvieran arrojando carbón con palas.

Buchenwald se veía muy desorganizado. La apariencia de los prisioneros no era mejor que la nuestra. La cara se les veía gris y apagada, combinaba con las oscuras franjas de sus uniformes. Nos llevaron a un enorme salón sin calefacción y ahí nos dieron la sopa de siempre: de nabo con algunos trozos de papa. A pesar de todo, la comida y el hecho de estar en un lugar cerrado nos permitió entrar

en calor. La horrible estructura que se veía por las ventanas nos recordó las cámaras de gas de Birkenau. Ahí se oía más actividad de los Aliados en el cielo, pero aún no lanzaban ninguna bomba.

Se rumoraba que en algunos días nos transferirían a un campo satélite de Buchenwald llamado Dora-Mittelbau. Los prisioneros de Buchenwald nos dijeron que era un lugar horrible. Salimos de ahí y marchamos cuatro horas, pasamos por algunas ciudades y pueblos alemanes, incluyendo la ciudad de Blankenburg. La guerra se acercaba a su fin, pero ver las condiciones en que nos encontrábamos tampoco parecía afectarles a los alemanes de ese lugar. Luego nos dirigimos al este. Con nosotros iban el *Hauptscharführer* Max Schmidt, el *Lagerältester* Josef Hermann y todos los guardias y *Kapos* de Fürstengrube. Después de marchar diez kilómetros más llegamos a Dora-Mittelbau, que era como los otros campos de concentración, salvo por el hecho de que se encontraba rodeado de árboles y no estaba rodeado por una valla.

# 16

# Dora-Mittelbau

El *Kommandant* Schmidt fue explícito.

—No se dejen engañar por el hecho de que no haya una valla alrededor de las barracas, toda el área está vigilada —explicó. Era obvio que los tentáculos de los nazis llegaban a todos lados.

Todos encontramos litera. Dejé mis instrumentos dentales en la mía y volví rápido al *Appellplatz*, el lugar donde pasaban lista. La rutina recomenzó.

—*Eins, zwei, drei…*

Todos contamos. Para ese momento éramos seiscientos. Nos dieron las mismas raciones de siempre y me pregunté si toda la mermelada en Alemania sería roja o solo la que nos daban a nosotros.

Las barracas parecían nuevas, pero solo serían temporales. El agua del baño se desplazaba por tubos de dos centímetros y medio que goteaban de pequeñas perforaciones. La letrina era una placa de madera suspendida sobre un pozo abierto.

—¿Qué tipo de trabajo hacen aquí? —le pregunté a un prisionero.

—*Je ne parle pas allemand* —contestó.

El prisionero que estaba junto volteó a verme.

—*Er vesteht kein deutsch, er spricht nur Französisch* —me dijo en un mal alemán. Él también era francés, pero hablaba un poco la lengua alemana. En ese momento alguien más se dirigió a mí.

—*Pan jest z Polski ?* —preguntó, y entonces supe que podría hablar polaco con esa persona.

Primero le hice la pregunta cuya respuesta todos temíamos.

—¿Hay cámaras de gas aquí?

—Aquí no. A los *mussulmen* los envían a Buchenwald —explicó. Seguí interrogándolo, quería saber qué tipo de trabajo hacían.

—¿Ha oído hablar de los cohetes V alemanes? Como los Aliados bombardearon Peenamunde, el lugar donde los construían, ahora los ensamblamos aquí, en las cuevas de las montañas Harz. Al principio trabajamos en el V1, luego en el V2 y ahora… —dijo casi susurrando — estamos empezando a trabajar en el V3. Hasta el momento han muerto casi treinta mil prisioneros. Los ingenieros son Wernher von Braun, Helmut y Magnus Grottrup, y Arthur Rudolf.

En Dora-Mittelbau había miles de prisioneros, pero por alguna razón que nadie comprendía, Max Schmidt nos mantuvo separados de ellos y bajo su estricto control y el de sus funcionarios de Fürstengrube. El único contacto que tuvimos fue en el trabajo y los baños.

A la mañana siguiente los capataces que pasaban lista fueron a buscar ingenieros, dibujantes, electricistas, técnicos y operadores de maquinaria entre nosotros, y de pronto escuchamos el ya conocido rugido de los aeroplanos. El ruido se intensificó cuando se acercaron. Los capataces miraron preocupados a Schmidt y decidieron detener el proceso.

—No se queden ahí con esa cara alegre mirando como tontos — gritó el *Kapo* Karl para cimentar su lealtad a los nuevos capataces.

Pero la tentación para nosotros era demasiada. La idea de mirar al cielo y ver un escuadrón de veinte bombarderos aliados resplandeciendo bajo la luz del sol como palomas de plata nos resultaba irresistible. Era como una promesa: dar fin a ese imperio demente. Cuando los aviones desaparecieron más allá del horizonte, los capataces eligieron a los especialistas y se fueron con ellos marchando.

Los que quedamos seguimos a otros capataces a lo largo de una vía de ferrocarril hasta que oímos el sonido de ruedas pesadas girando hacia nosotros.

—*Hinlegen!* —"¡Al suelo!", gritó un guardia de las ss. Entonces oímos susurros que nos inquietaron a todos: "Cohetes V". Giré la cabeza un poco y vi pasar junto a nosotros un enorme objeto con forma de bala cubierto con tela. Los misteriosos objetos estaban tapados, no pudimos verlos. Una vez que pasaron las armas, nos condujeron a un túnel cavado al lado de la montaña. El interior estaba helado y oscuro, no se veía casi nada. En la tierra había pequeñas partículas metálicas y en el ambiente se percibía un intenso olor a azufre. Había un tanque de agua y, arriba, un letrero con una advertencia en alemán: "*Night trinken*" (No beber). Desde donde estábamos era imposible ver el final del túnel.

Cuando los capataces nos llevaron más adelante, vimos prisioneros trabajando en bancas rodeados de contenedores llenos de refacciones de apariencia extraña. Al notar que llegamos, muchos hicieron el signo de la aprobación: los pulgares arriba. Continuamos avanzando por el túnel y un capataz nos ordenó a Josek y a mí trabajar con tres prisioneros que ya estaban ahí. Se veían frágiles, uno de ellos era solo huesos cubiertos por una piel delgada. Les preguntamos qué debíamos hacer, pero en cuanto los capataces se fueron, dejaron de trabajar.

—No hagan absolutamente nada, solo finjan estar ocupados cada vez que venga un alemán. Los estadounidenses no están lejos, no tardarán en llegar aquí —nos explicaron en un alemán con un fuerte acento francés.

Como además del olor a azufre el lugar apestaba a amoniaco, cada respiro hacía que nos dolieran las fosas nasales y la garganta.

De repente un capataz pasó cerca de nosotros y los tres franceses se acercaron a uno de los contenedores, recogieron refacciones que ya estaban limpias, las volvieron a limpiar y las lanzaron a un segundo contenedor. Josek y yo los imitamos todo el

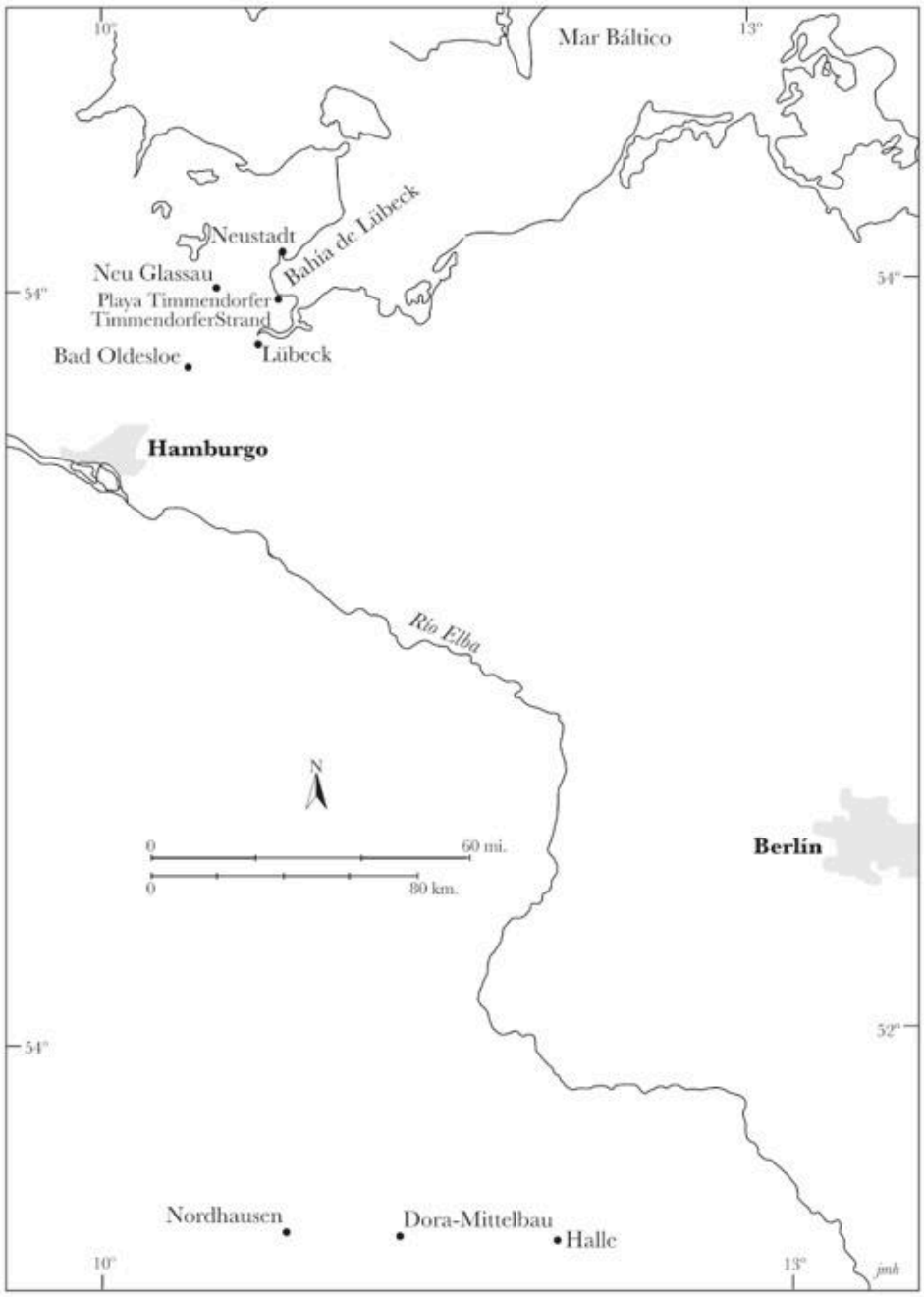
día. Me pregunté cuánto tiempo llevarían fingiendo y si nos saldríamos con la nuestra si seguíamos haciéndolo; tal vez a los capataces ya no les importaba tampoco.

En la tarde del primer sábado, cuando el sol comenzó a ponerse lentamente detrás de nuestra barraca, escuché cantos provenientes del campo ruso cercano. A través de las copas de los árboles se filtraban rayos color escarlata. La canción tenía una melodía melancólica y solitaria, desbordante del anhelo de un corazón roto. La gente cantaba sobre el amor que le tenía a su patria. De vez en cuando un barítono repetía el estribillo: "*Matushka Rossiya…*": "Madre Rusia, ¿que cómo te amo yo? Amo tus montañas y amo tus praderas. Amo tu sol y amo tus estepas…". Quedé cautivado, el corazón me dolía, yo no tenía un hogar así por el cual penar. Me sentí como un árbol sin raíces.

El lunes por la mañana un compañero prisionero se quejó de un dolor de dientes. Lo senté en mi litera, examiné su boca y encontré una muela del juicio podrida. Todavía me quedaban algunas ampolletas de novocaína, una jeringa y dos fórceps que usé para extraerla. Para cuando terminé, ya se habían ido todos los grupos de trabajo y nos sorprendió ver que nadie había ido a buscarnos. Dejé mis instrumentos extendidos en la litera, los usaría como justificación si alguien llegara a preguntarme por qué no estaba trabajando, pero como nadie fue a verificar si quedaba alguien, ni siquiera Adolf Voigt, el antiguo *Sanitätsdienstgefreiter* que fue con nosotros de Auschwitz, se me ocurrió una idea. A la mañana siguiente, después de que pasaron lista, regresé a la barraca y volví a extender mis instrumentos. Luego me proclamé el dentista del lugar.

Un día me encontré a Nissen, mi maestro hebreo de Dobra. Estaba muerto en su litera, no muy lejos de la mía. Nissen no era un hombre habilidoso, no sabía ni suplicar ni robar para sobrevivir, solo hacía lo que le pedían u ordenaban que hiciera. Todos esos años llevó consigo la pesada carga sin quejarse. Yo no tenía idea de cómo

logró sobrevivir tanto tiempo. Nunca me pidió ayuda y no recordaba haberlo visto en el campo. Nunca.




*Mapa 2. Área de la bahía de Lübeck*

Había bastante evidencia de que los Aliados estaban preparando un ataque general en el área. Para ese momento dominaban el

espacio aéreo y la defensa alemana parecía inexistente. Estábamos convencidos de que nuestra libertad no quedaba lejos, teníamos la impresión de que los Aliados estaban a pocos kilómetros de distancia, pero bien habrían podido ser cientos.

La mañana del 10 de abril de 1945 no llevaron a trabajar a nadie. Por órdenes del *Kommandant* Schmidt, Josef Hermann nos mantuvo en la barraca. Luego, tras un rápido conteo, nos fuimos de Dora. Como siempre, llevé conmigo mis herramientas dentales con la esperanza de que aún conservaran sus poderes mágicos. Caminamos una hora y llegamos al río Elba. La nieve se había derretido y la primavera empezaba a devolver todo a la vida. Max Schmidt y Josef Hermann nos esperaron en el río, en una zona en la que había varias barcazas de plataforma vacías. El río Elba era una importante vía de transporte marítimo y desembocaba en el mar del Norte. Cuando Hermann nos dijo que partimos justo a tiempo, poco antes de que los estadounidenses liberaran Dora-Mittelbau, el corazón se nos hizo pedazos. La libertad estuvo muy cerca, pero luego se nos escapó como una sombra. Estábamos muy deprimidos. Nos dijeron que ahora iríamos a la finca de la familia de Max Schmidt, pero no sabíamos dónde se encontraba ni por qué nos llevarían ahí. En ese estado de debilidad, en el que no éramos más que *mussulmen* desalentados, ¿qué valor seguiríamos teniendo para los nazis?

A cada barcaza subieron sesenta hombres. Nos siguieron algunos *Kapos* que nos ordenaron sentarnos y mantenernos en un solo lugar para no desequilibrar el transporte. Los motores se encendieron y produjeron un humo negro que se elevó en el aire. Aunque resoplaban y echaban vapor, solo nos movíamos a la velocidad de la corriente del río. La radiante luz del sol se filtró a través de las aguas color esmeralda, el reflejo de nuestra ropa hecha jirones brilló en las aguas claras y luego se desvaneció en la profundidad. Nos convertimos en un campo de concentración flotante. Tal vez el primero.

A lo largo de la ribera había pequeñas casas con ventanas que se alineaban con plantas que empezaban a florecer y ocasionalmente aparecía una iglesia. La gente parecía pacífica e inofensiva, a veces olíamos los alimentos que estaba cocinando. El hecho de que un tipo de vida como esa existiera nos sorprendía a pesar de que no mucho tiempo atrás éramos como ellos: jóvenes, viejos, amables, mezquinos. Éramos felices, tristes, tontos, vanidosos… como todos los demás. Nacíamos, vivíamos y moríamos juntos. Ahora éramos diferentes, éramos los *Unmenschen*: no humanos. Nadie se acercó a ver quiénes éramos, ni siquiera a las personas en la orilla del río les dio curiosidad y me pregunté por qué. Tal vez lo inusual ya no les parecía novedoso. En la barcaza solo miramos al cielo desilusionados, pero guardándonos nuestras reflexiones.

Las tormentas de invierno habían dado paso a un clima primaveral. A lo largo de la orilla comenzaban a brotar los capullos y a los árboles los cubrían delicadas hojas verdes. Schmidt pasó por la orilla del río con Josef Hermann en el asiento trasero de su gran motocicleta BMW, se perdió en la ribera y luego volvió a aparecer. Cuando el sol descendió más, el aire frío empezó a correr en nuestras barcazas. Una vez que las anclaron, algunos civiles llevaron contenedores con pan para nosotros. Este pan, acompañado de café, fue nuestro sustento para el resto del viaje, el cual duró tres días y medio. Por las noches el agua se mantenía más tranquila, lo único que provocaba ondas en la superficie era el paso de las barcazas. Al aire solo lo ocupaba el silencio.

Por la mañana, una suave brisa hizo crujir las copas de los árboles. Los aviones aliados entrecruzaron el cielo todo el día y cada vez que pasaban esperábamos que nos trajeran la libertad de vuelta. Conforme avanzamos al norte, el clima se fue volviendo más frío y vimos más pueblos y ciudades. Para ese momento Alemania estaba cortada en dos y solo un estrecho corredor de tierra dividía a los estadounidenses de los rusos a lo largo del Elba. En el norte, los británicos se encontraban en las afueras de Bremen y Hamburgo; al

sur, los franceses estaban en la parte superior del Danubio. Los caminos principales estaban llenos de gente que se dirigía al oeste, aunque no era lo común. Mujeres, niños y desertores del ejército huían del avance de las tropas del Ejército Rojo; a veces también veíamos grupos de prisioneros como nosotros, con uniformes grises a rayas y vigilados por las *Waffen-ss*.

Hacía frío y llovía, parecía invierno. Cuando vimos que la región de Schleswig-Holstein era una de las pocas áreas que los Aliados no ocupaban todavía, fue claro por qué Max Schmidt no nos dejó en Dora. Decidió mantenernos cautivos en la finca de sus padres porque, si no tuviera la tarea de vigilarnos, tendría que ir a defender a su agonizante patria. Aunque… seguro sabía que la guerra había terminado. Después de ser el *Kommandant* de un campo de concentración de Auschwitz, ¿qué más podría esperar sino tener que enfrentar cargos por sus crímenes si lo arrestaran ahí? Pero entonces, ¿por qué llevarnos a la casa de su familia? Seguía siendo un enigma.

Nos ordenaron bajar de las barcazas y reunirnos junto al camino principal entre Hamburgo y Kiel. Para entonces éramos quinientos cuarenta prisioneros, más los *Kapos*. Algunos apenas podíamos movernos. Mi hermano y yo consideramos seriamente escapar, pero luego nos preguntamos a dónde iríamos. Hamburgo era un repugnante nido de nazis.

En cuanto inició la marcha, la matanza se reanudó. Como lo habían hecho hasta ese momento, a los que no podían avanzar les disparaban y los dejaban en el camino. Para cuando llegamos a la finca de la familia de Schmidt en una ciudad llamada Neu Glassau, quince prisioneros habían sido asesinados. Pensamos que a esas alturas los *Kapos* dejarían de ser cómplices de los nazis porque seguro también estarían conscientes de que pagarían por sus crímenes, pero muchos de ellos, en especial el *Kapo* Wilhelm, seguían siendo igual de crueles y odiando a sus compañeros prisioneros judíos como siempre.

Ya era tarde cuando llegamos al borde de Neu Glassau. De ahí nos llevaron a un camino de tierra y, cinco kilómetros más adelante, llegamos a un enorme y erosionado granero gris sobre una ligera pendiente. Hermann dijo que nos quedaríamos ahí por el momento. Mientras los guardias nos custodiaban, nos desplomamos en la tierra aún congelada. Estábamos exhaustos. Poco después, Schmidt subió por el camino y abrió las puertas del granero. Anocheció y tres mujeres llegaron con pan de verdad, mantequilla y café. Una de ellas era joven, alta y muy hermosa, llevaba su largo cabello rubio con trenzas gruesas. Era Gerta, la prometida de Max. La reconocí de inmediato, la recordaba porque vi cuando lo visitaba en Fürstengrube.

El 13 de abril nos despertó el *Kapo* Wilhelm aullando.

—El presidente estadounidense murió. Ustedes no han ganado la guerra aún, no hasta que todos *krapiert* (croen) —dijo.

—¿El presidente Roosevelt está muerto? —exclamaron varias voces haciendo eco en el granero.

Nos parecía que la muerte del presidente era nuestra mayor derrota; se derrumbó toda esperanza. Habíamos perdido a un amigo. Estábamos conmocionados, consternados.

*Fräulein* Gerta iba todos los días con dos ayudantes y en cada ocasión nos daba una rebanada gruesa de pan, mantequilla y café. Como eran alimentos de verdad, por fin recordamos a qué sabían. En la noche también nos daban sopa de nabo y papa, pero dado que llevábamos tantos años sin acceso a comida, solo saciaba una pequeña parte de nuestra hambre.

Detrás del granero había dos montículos cubiertos de paja. El joven Mendele se sentía intrigado y no dejaba de caminar alrededor, hasta que un día decidió investigar. Sin perder de vista a los guardias empezó a caminar de ida y vuelta como si estuviera jugando al gato y al ratón, como si buscara algo. Esperó hasta que se pudo sentar de forma discreta cerca de los montículos, estiró el brazo y, al meter la mano entre la paja, encontró papas. Entonces empezó a llenarse

poco a poco los bolsillos con ellas y luego regresó al granero, donde descubrió que estaban medio congeladas. Como Mendele sabía que comer las papas sin cocinar le provocaría una diarrea incontrolable, encendió una fogata con paja que encontró ahí mismo. Por desgracia, hasta ahí llegó su éxito porque el guardia llegó y la extinguió.

Entre más vacío estaba mi estómago, más aumentaban los dolores y los espasmos. Había oído decir que en la ciudad de Neu Glassau no había dentista y eso me dio una idea para conseguir alimentos. Fui a ver a Max Schmidt para ofrecerle mis servicios a la gente del lugar.

—*Herr Hauptscharführer*, me parece que en Neu Glassau no hay dentistas, ¿cierto? Yo traje mis instrumentos dentales de Fürstengrube. Si usted me permite ir a la ciudad, podría ayudar a quienes tengan problemas dentales. Usted sabe bien, *Herr Lagerführer*, que no escaparé —afirmé suplicando.

Max Schmidt se quedó pensando un rato en mi propuesta.

—No tengo ninguna objeción —dijo, e incluso me dio el nombre de una familia que conocía ahí—. Si les dices que soy yo quien te envía, te dejarán usar su casa —explicó, y luego le ordenó al jefe de los guardias, el *Scharführer* Pfeiffer, que me permitiera salir de la zona del granjero.

Encontré la casa de los amigos de Schmidt y toqué a la puerta. Una mujer de unos cuarenta y tantos años salió y me miró asombrada, pero cuando le expliqué quién era, cuáles eran mis razones para estar ahí y quién me había enviado, me invitó a pasar a la sala. En su rostro se reflejaba el trabajo arduo. Me contó que su esposo estaba en el frente del este, pero no había tenido noticias de él en más de un año y no estaba segura de que siguiera vivo. Era una pareja sin hijos.

La señora se mostró muy amable y me hizo muchas preguntas. Quería saber sobre mí y por qué estaba en la finca de Schmidt. Respondí a todo excepto la última pregunta, me pareció que sería

imprudente y que afectaría mi relación con el *Lagerführer*. No lo habría entendido de todas formas. Según me dijo, todos sabían que los Schmidt eran gente honorable. Me sirvió pan y jamón, era la primera vez que llenaba mi estómago desde que salimos de Fürstengrube en enero. Aunque me dijo que nunca creyó en Hitler y que ella no era nazi, tuve la profunda impresión de que me estaba mintiendo.

A partir de ese momento fue bastante simple obtener suficiente comida para mí y para mi hermano. Aquella mujer consiguió que sus vecinos contribuyeran, y así pude ayudar a algunos de mis amigos también. A pesar de que el dentista más cercano estaba a trece kilómetros, ningún alemán fue a verme la primera semana, así que reduje mi estancia en la ciudad de dos a una hora diaria. Un día, la mujer colocó frente a mí una tarta Holänder con mucha más crema batida que pan. Aunque nunca había comido alimentos tan pesados, estuve a punto de acabarme la tarta, y luego, por primera vez desde que salí de Dobra, me enfermé por comer demasiado.

Mientras tanto, los Aliados atacaban el área con artillería pesada. Parecía que estábamos a solo unas horas de la libertad, pero como ya había sucedido, se nos escapó de las manos.

# 17

# Desastre en el mar Báltico

El 27 de abril de 1945, Max Schmidt me llamó para hablar en privado y me dio un mensaje sorprendente a la mitad del granero.

—El director de la Cruz Roja sueca, el conde Folke Bernadotte, estará aquí mañana y se llevará a algunos de ustedes a Suecia, pero solo quiere prisioneros de países occidentales. Como no sabe de dónde vienen ustedes, no me interpondré si quieres decirle que eres de otro lado —me dijo en secreto.

—¿Qué pasaría si me quedara? —le pregunté.

—No lo sé, nadie puede predecirlo. Cerca de aquí está Neuengamme, otro campo de concentración; su *Kommandant* ahora está a cargo de todos los prisioneros de aquí. Lo conozco y no confío en él. Estarías más seguro si te fueras —confesó.

La información me dejó boquiabierto, pero me sentí animado a seguir preguntando.

—*Herr Lagerführer*, pero por lo que sé, nosotros todavía estamos a cargo de usted. Es decir, podría ordenarles a los guardias que nos dejaran ir, ¿no es así?

Schmidt no respondió. Después de esa conversación me rodearon mis compañeros, pero era obvio que no podía contarles lo que Max me había dicho. Solo les dije que la Cruz Roja visitaría el campo de concentración y que se llevaría a Suecia a todos los prisioneros de países occidentales. Mi hermano y yo hablamos sobre la sugerencia

de Schmidt y estuvimos de acuerdo en hacer lo que me recomendó. Ni Josek ni yo considerábamos que Polonia fuera nuestro país todavía, así que decidimos arriesgarnos y esperábamos que el engaño funcionara. En ese momento empecé a entrenar a mi hermano en lo poco que recordaba de mi limitado francés.

—Josek, cuando te pregunten "*D'où êtes-vous ?*", les deberás responder "*Je viens de la France*". Si te preguntan "*Quelle ville ?*", les responderás "*De Bordeaux, Monsieur*".

Elegí Burdeos porque recordaba que el doctor Lubicz era de ahí. Josek y yo no pudimos dormir esa noche, teníamos muchas expectativas por lo que sucedería al día siguiente. Tratamos de imaginar cómo sería Suecia. ¿Podríamos reconstruir ahí nuestras vidas? Yo quería ver Estados Unidos, la tierra de mis sueños. Después de tantas desilusiones, ¿sería este el último día de nuestro cautiverio?

El 28 de abril de 1945 amanecimos recostados con la misma ropa que teníamos desde que llegamos a Dora-Mittelbau. En cuanto se movieron las puertas del granero nos levantamos de entre la suave paja y salimos a esperar. Llegaron como a las nueve y media, tal como el *Lagerführer* había dicho. Llegaron cuatro camiones blancos con paneles por el camino que llevaba al granero y se detuvieron; iban precedidos por una limusina negra con una bandera de la Cruz Roja ondeando en la defensa. De este se bajaron tres hombres muy bien vestidos con uniformes de la Cruz Roja, y entonces nuestro *Lagerführer* nos ordenó que nos reuniéramos.

Uno de los hombres llevaba un elegante bastón bajo el brazo; eso me hizo suponer que él era el conde. Como también nos lo había ordenado el *Lagerführer*, esperamos con paciencia, formados en las típicas hileras de cinco. Creíamos que teníamos frente a nosotros la tan anhelada libertad. Finalmente, el "conde" habló en alemán.*

—Todos los ciudadanos de países occidentales, den un paso al frente.

Cerca de cincuenta prisioneros, principalmente de Francia, Países Bajos y Bélgica, avanzaron un paso. A casi todos los conocía bien. No había ni ingleses ni estadounidenses en nuestro grupo y todos los noruegos que estuvieron con nosotros en Fürstengrube habían muerto. Jalé a mi hermano de la chaqueta y dimos un paso al frente para unirnos a los occidentales. Al ver esto varios prisioneros del este y de Europa Central nos imitaron y la cantidad de hombres se duplicó. Todo salió como esperábamos, la gente de la Cruz Roja nos hizo marchar hacia los camiones suecos.

En las lonas de los camiones había enormes cruces rojas. Mi corazón empezó a latir rápido y con fuerza, me sentía aterrado y desbordante de gozo al mismo tiempo, era un impostor robándome un premio muy valioso. Tratamos de mezclarnos con los verdaderos occidentales para que no nos detectaran, pero nos sentíamos muy ansiosos. Nos resultaba difícil comprender lo que estaba sucediendo. Finalmente, los cuatro conductores suecos levantaron las lonas y dejaron caer las puertas traseras de los camiones mientras nos indicaban con un gesto que nos acercáramos.

—Suban —dijeron.

Nuestro engaño funcionó, pero no puedo describir lo que sentía. Por fin estábamos libres de los azotes, las golpizas y las apaleadas. Josek y yo nos miramos tratando de asegurarnos de que no se trataba solo de un sueño improbable. Como teníamos miedo de que alguien nos ordenara volver, quisimos ser los primeros en subir a los camiones. Mendele ya había encontrado al compañero adecuado para huir, el joven pelirrojo con pecas: Kopelmann, el neerlandés.

Los camiones avanzaron en un tranquilo y lento trayecto en descenso hacia el mar, balanceándose sobre el seco camino de grava. En el mar, a solo un kilómetro de distancia, se encontraba anclado un buque de carga sueco cuyas banderas ondeaban impulsadas por el suave viento. Los botes inflables se movieron hacia la costa.

—Sabemos que no todos vienen de países occidentales. A quienes estén en ese caso, no podremos llevarlos con nosotros —anunció el conde, miró alrededor y se quedó esperando.

Josek se apoyó en mi brazo. Sentí mi corazón latir con fuerza, mis rodillas estaban a punto de ceder. ¿Y ahora qué? El recuerdo de las predicciones de Schmidt alimentó mis temores. Hubo un minuto de silencio que pareció eterno. Como nadie le respondió al conde, se acercó y nos miró a todos de cerca. A mi rostro lo cubría la mentira como una especie de máscara. Comenzaron a darme espasmos estomacales y sentí un gran nudo en la garganta. El conde siguió caminando y mirándonos a los ojos. En su expresión se leía lo que pensaba: "¿Quiénes de ustedes han tenido la audacia de mentir?". Pero no estaba seguro de la respuesta y nadie estaba dispuesto a volver al campo de concentración. El aristócrata empezó a impacientarse y decidió desquitar su enojo con nosotros.

—Si nadie está dispuesto a admitirlo, los devolveremos a todos al campo de concentración —dijo, pero nadie delató a nadie y nadie confesó nada. ¿Acaso no entendía nuestras razones? ¿No comprendía que una persona haría cualquier cosa con tal de liberarse de aquel sufrimiento? Después de años de degradación y deshumanización, de vivir en compañía de la muerte, lo único que anhelábamos era la libertad.

Los tres suecos se pusieron a discutir y, después de un rato, el conde volvió a dirigirse a nosotros.

—Se los advierto por última vez. Quienes en verdad sean ciudadanos de un país occidental, den un paso al frente. Los otros permanezcan donde están.

La orden produjo los resultados que esperaban: los verdaderos occidentales dieron un paso al frente y los demás ya no nos atrevimos a seguir mintiendo.

En el lugar no había más que prisioneros y la delegación sueca, no había ni un solo alemán. Incluso si su objetivo era rescatar a los occidentales, ¿no podrían ceder un poco? Me acerqué al conde.

—Señor, ¿no pueden llevarnos con ustedes? Estamos condenados. Vea las condiciones en que se encuentran algunos de estos hombres. Si nos mandan de vuelta, mañana estarán muertos.

—No tengo suficiente espacio en el barco —argumentó, pero al ver el monumental buque, me costaba trabajo creer que se pudiera hundir si subíamos algunos pasajeros más.

—Es un viaje corto, nos quedaremos parados en la cubierta, por favor llévennos —supliqué.

Miré a los otros suecos pidiéndoles ayuda con mis gestos, pero nada sirvió para vencer su rigidez. Si acaso estaban de acuerdo, no lo dijeron, permanecieron impávidos. Otros prisioneros desesperados, con las extremidades inflamadas y los cuerpos adormecidos, también les suplicaron, pero los hombres se mantuvieron indiferentes y solo les ordenaron a los conductores de los camiones que nos llevaran de vuelta. La libertad se había ido, solo fue un sueño, un hermoso sueño, un fragmento demasiado breve que tuvimos de una nueva vida. Los suecos fueron amables pero inclementes; nos sentíamos condenados y nuestra devastación era total. Nunca supe quién nos delató. El conde Bernadotte había llegado a un acuerdo con el *Reichsführer* Heinrich Himmler, el cual le permitía llevarse a todos los prisioneros, excepto a los alemanes. Hasta la fecha no sé por qué no nos llevaron con ellos.

Volvimos a abordar el camión que nos llevaría de vuelta a Neu Glassau con el corazón deshecho; era la una de la tarde. Schmidt y Hermann se habían ido y ahora el *Scharführer* Pfeiffer y sus guardias estaban a cargo. Traté de convencer a Pfeiffer de que me dejara ir a la ciudad, pero no lo permitió, y Gerta no volvió a traer alimentos. Me parecía que nos habíamos convertido en un cuadro patético, tirados en un estado de aletargamiento, presas de la vacuidad existencial, sin esperanza alguna, muertos de hambre. Solo se nos ocurrió atacar los montículos cubiertos de paja en busca de las papas medio congeladas que tal vez nos mantendrían algunos días más con vida.

El 1.º de mayo nos enteramos de que Hitler se había suicidado y, a pesar de ello, el *Kapo* Wilhelm se atrevió a hacer una declaración demencial:

—¡Todavía podemos ganar la guerra!

Sabíamos que se refería a los nazis. La desesperación nos cubrió como una neblina total. El 2 de mayo nos despertaron temprano, todavía estaba oscuro. Oímos disparos por todos lados alrededor, pero una vez más tuvimos que irnos. Miré las herramientas dentales que me habían salvado la vida hasta entonces, las tenía ocultas entre la paja. "Ustedes ya no podrán ayudarme", pensé, y tomé el oro dental. "Esto es lo único que vale la pena salvar".

Después de contarnos, Pfeiffer insistió en que faltaban seis prisioneros, pero tenía tanta prisa que no quedaba tiempo para un recuento. Cuando nos fuimos oímos varios disparos provenientes del granero.

Se suponía que esos eran los últimos días del Reich y era obvio que Hitler había fallado. Sin embargo, los nazis aún le daban continuidad a la guerra contra los judíos. Nosotros nos seguimos arrastrando con los últimos gramos de fuerza que nos quedaban. Llegamos a Neustadt después de marchar una hora, donde nos ordenaron girar a la izquierda y dirigirnos al mar Báltico. Ahí encontramos balsas y a unos doce hombres de las SS a la espera. Aunque el sol matinal había empezado a aparecer en el horizonte, la densa niebla oscurecía nuestra visión, no podíamos ver a más de nueve metros frente a nosotros. En cada bote inflable cabían treinta personas. Estábamos anonadados, no sabíamos a dónde nos llevaban ni qué planeaban hacer con nosotros, pero nos esperábamos lo peor. Unos quince minutos después algo surgió de entre la neblina. El bote inflable se acercó, vimos la popa de un barco y, a un lado, un nombre: Cap Arcona.

Casi enseguida oímos a alguien gritar desde arriba con un megáfono.

—¿Traen más prisioneros?

—Sí —respondieron los guardias de las ss.

—No puedo aceptarlos, ya tenemos a cuarenta mil en el barco, no queda espacio.

—Estamos sobrecargados —gritó otro de los hombres—. ¿Por qué no los llevan al Thielbek o al Deutschland?

—Nuestras órdenes son entregárselos a ustedes —contestaron los guardias de las ss.

El marinero se negó de nuevo.

—Soy el capitán de este barco y no los voy a aceptar, punto final —gritó.

Los hombres de las ss, al verse frente a un oficial de mayor rango y sin posibilidad de actuar, se dieron por vencidos y nos llevaron de vuelta a la orilla. Cuando llegamos ahí, el oficial a cargo abordó nuestro bote inflable con su elegante uniforme negro y ordenó que volviéramos al barco. Nos siguieron los otros tres botes. Como si hubiese presentido que el asunto no estaba cerrado, el capitán del barco nos esperaba cuando regresamos. El guardia de las ss le ordenó al capitán que nos aceptara de inmediato con voz amenazante, pero el capitán insistió en que no tenía lugar. Fue un diálogo acalorado.

Finalmente el capitán se ablandó.

—¿Cuántos prisioneros trae?

—Alrededor de quinientos —gritó el guardia de las ss—. Reciba a estos sesenta, y al resto lo enviaré al Thielbek —le propuso. Así llegaron a un acuerdo.

Para ese momento ya se había levantado la niebla. Vimos que dejaron caer una escalera de soga por la que nos ordenaron subir al barco, lo cual fue arriesgado porque costaba trabajo mantener el equilibrio. Estábamos bastante débiles y nos daba miedo resbalarnos y caer al mar, pero sería imposible resistirnos. Subimos siguiéndonos de cerca, pegados a los tobillos del otro, con la escalera de soga oscilando y temblando. Algunos lo logramos y, una vez arriba, seguimos a un marinero de cabello claro y apariencia cruel que nos

condujo por debajo de la cubierta. En las escaleras había alfombras persas ornamentales y pesados barandales de caoba asegurados con brillantes acabados de latón. En las paredes, elegantes tapices de brocado de oro. Un nivel más abajo pasamos por un suntuoso y espacioso comedor victoriano. La riqueza y el lujo del Cap Arcona nos resultaban irónicos. ¿Qué hacíamos nosotros, los *Unmenschen*, la chusma del mundo, en ese ostentoso crucero?

Seguimos al marinero y, un poco más adelante, llegamos a un largo y estrecho corredor. Finalmente se detuvo, abrió la cerradura de una pesada puerta de metal y nos ordenó entrar. Luego cerró de golpe. Estábamos en un nuevo campo de concentración, pero esta vez se trataba de un cuarto de veintiún metros de largo y nueve de ancho que usualmente se utilizaba para almacenar las provisiones del barco. Había muy poca luz en el lugar y estaba lleno de prisioneros de Neuengamme. Nos encontrábamos por debajo del nivel del mar, en un cuarto sin claraboyas en el que prevalecía un silencio pasivo. Los prisioneros de Neuengamme llevaban ahí más de una semana. A ellos los llevaron en otro barco, el Athens. Los últimos días solo habían ingerido sopa y agua y ya habían perdido la noción del tiempo. Su aislamiento era tan absoluto que cuando nosotros abordamos el barco ni siquiera sabían si era de noche o de día.

El Cap Arcona era un crucero de lujo de la Hamburg-Südamerika Dampfschiffahrts-Gesellschaft. Era el buque más grande y lujoso de la línea, pesaba veintiocho mil toneladas métricas y se le conocía también con el sobrenombre de La Reina del Atlántico Sur. Irónicamente, la línea Hamburg-Amerika, la compañía predecesora, fue fundada por un judío que migró a Alemania. Ahora el Cap Arcona estaba a punto de hacer historia. Una nueva historia.

Me dolía el estómago del hambre, pero me resistí y no comí el último trozo de pan que aún guardaba en el bolsillo de mi chaqueta. Me acosté, acomodé la cabeza entre mi hermano y un desconocido y me quedé dormido de inmediato. De pronto sentí que alguien me

jalaba. Desperté y me di cuenta de que había alguien encaramado en mí; trataba de robarme el último mendrugo que me quedaba, pero sujeté su brazo y lo aventé.

—Suéltame —gritó en ruso y aventó mi mano—. Tú acabas de llegar, yo llevo cuatro días aquí —dijo. No despertó mi simpatía; no estoy seguro de haber sentido compasión por lo que había atravesado ese hombre.

Nos encontrábamos en el panorama más lúgubre y oscuro, nuestra moral también estaba en el punto más bajo de todos los que podía recordar. Algunos hombres comenzaron a suspirar.

—Este es nuestro fin, no saldremos vivos de este barco —decían.

Pero a mí me parecía que éramos los más duros y determinados porque ya habíamos sobrevivido hasta ese momento. "Somos los últimos que quedamos. Lo que será, será", pensé, y me dormí de nuevo.

De repente oímos un fuerte ruido y el barco se sacudió de forma muy violenta. Luego se oyeron otros dos estallidos de forma consecutiva. Entonces se oyó una multitud corriendo afuera del gran cuarto donde estábamos.

—¡Le lanzaron un torpedo al barco! Justo como lo esperábamos —gritaban.

Sabíamos que había sucedido algo espantoso. Descubrimos que nuestra puerta estaba cerrada con llave y, sin importar cuántas veces golpeamos en ella, cuánto gritamos ni cuánto suplicamos que abrieran, nadie nos ayudó. Luego oímos el retumbar de otro estallido y el suelo empezó a ladearse bajo nuestros pies. A continuación el cuarto se llenó de humo. Los prisioneros empezaron a toser de forma incesante porque no tenían aire fresco y todos gritaban.

—¡No podemos respirar! ¡Nos vamos a asfixiar!

Sí, estábamos cerca de la asfixia, pero no sirvieron los gritos y las súplicas, nadie parecía oírnos. Ni siquiera respondieron cuando logramos aflojar un tablón de dos metros de una repisa haciendo palanca y golpeamos la puerta con él. Mientras tanto, las sirenas

aullaban y nosotros seguíamos oyendo estallido tras estallido, balanceándonos como si fuéramos un solo cuerpo. El humo cada vez era más denso, también la tos. De pronto se fue la electricidad; no hubo más luz y la oscuridad nos asustó aún más.

Finalmente, solo por casualidad, alguien abrió la puerta. Entonces se desató una estampida incontrolable, todos querían escapar de aquel cuarto lleno de humo. Perdí a Josek en medio del caos, pero luego nos encontramos mientras corríamos como locos por los pasillos del barco.

—No vayan por ahí —advirtió alguien que venía hacia nosotros—. No hay salida, las escaleras se están incendiando.

Otros hombres que encontramos nos instaron a ir con ellos.

—Al final de este pasillo hay otra escalera —gritaron.

Por más que corríamos, no llegábamos a ningún lado. El pasillo se estaba llenando rápidamente de humo y nadie dejaba de toser.

—Queremos salir vivos de aquí —gritaron delirantes.

Josek y yo no sabíamos a quién seguir. Para llegar a cubierta tendríamos que subir tres pisos. Corrimos de forma frenética por el estrecho pasillo que ahora estaba inclinado y chocamos todo el tiempo con quienes iban en sentido contrario. Pasamos por el ostentoso comedor y recordé las escaleras por las que habíamos bajado, pero ahora estaban incendiándose y el humo seguía descendiendo. A pesar de todo, Josek y yo tratamos de subir a toda velocidad. Logramos avanzar algunos pasos, pero el denso humo y las llamas eran impenetrables; nos empujaron hacia atrás. Volví a intentarlo, otros hombres también, pero el fuego nos volvió a empujar y nos achicharró el cabello. Di un paso atrás y lo intenté de nuevo varias veces. Traté de subir por última vez. Cerré los ojos y me cubrí la cabeza con los brazos y las manos, subí corriendo lo más rápido que pude. No funcionó.

Estábamos aterrados, sentíamos que perderíamos la vida. Regresamos corriendo al comedor, pero para ese momento también estaba saturado de humo negro. Corrimos aferrándonos el uno al

otro. Entonces vimos un pasillo que llevaba a otro lugar, nos metimos por ahí y vimos luz solar proveniente de los sanitarios para hombres. Había un espacio de seis metros de largo por tres de ancho encima de nosotros y sobre él se extendía un vacío. Vimos a algunos hombres que dejaban caer sogas y a otros escalando. El problema era que había otros más que escalaban encima de ellos y los empujaban hacia abajo. Nadie quería morir, el pánico reinaba. Luego llegaron más personas asustadas al lugar. Un hombre logró subirse a los hombros de otro, pero entonces alguien más trató de hacer lo mismo sobre él y todos terminaron cayendo.

Finalmente traté de subir por la soga. Me coloqué sobre los hombros de mi hermano e intenté escalar, pero a mí también me sujetó alguien más de atrás y me jaló hacia abajo. Fallé dos veces; luego lo intentó Josek y a él también lo derribaron. No recuerdo cuántas veces más traté de subir antes de poder sujetarme bien de la soga y escalar hasta el punto en el que alguien de arriba estrechó mi mano y me jaló. Mientras él me sostenía, bajé un poco para ayudar a mi hermano a subir. Fue justo a tiempo, un minuto después las llamas llegaron a los baños. Otros hombres no lo lograron. Grandes nubes de humo negro se elevaron por el hueco, lo que hizo que seguir rescatando a los demás fuera imposible. Entonces oímos cómo los gritos de desesperación se elevaban desde el fondo.

Levanté la vista al cielo. Vi el sol envuelto en nubes oscuras y me pregunté por qué habríamos sobrevivido. "¿Será que las oraciones de nuestros seres queridos te convencieron de tenernos clemencia, Dios? Con frecuencia nos pides aceptar la locura que nos rodea", pensé. Quería orar, pero mis pensamientos eran sumamente dolorosos y me encontraba en una agitación emocional demasiado intensa. En medio de ese profundo caos, solo sentí el consuelo de estar vivo.

# 18

# Infierno

ESTÁBAMOS A TRES Y MEDIO KILÓMETROS DE LA ORILLA MÁS CERCANA. En la cubierta principal había cientos de prisioneros. En la popa había alrededor de cincuenta civiles alemanes, entre ellos algunas mujeres, y una cantidad similar de marineros alemanes que se enfrentaban al mismo problema que nosotros. Cerca de ahí había dos barcos, el Thielbek y el Deutschland. Este último estaba volcado de lado y en llamas. En una de sus chimeneas todavía se alcanzaba a ver una gran cruz roja. Alrededor de cien prisioneros estaban en el mar luchando por llegar a la orilla nadando.

Aunque tuvimos la enorme suerte de salir del infierno en la parte inferior del barco, todavía estábamos muy lejos de estar seguros. El Cap Arcona se estaba escorando y no veíamos que nadie de la orilla fuera para ayudarnos; peor aún, en el barco no parecía haber un solo bote o chaleco salvavidas.

La muerte nos contemplaba. El infierno se había desatado, la bahía estaba repleta de nadadores mientras muchos hombres más se seguían lanzando al agua helada. Los que estaban cerca del barco no parecían ir a ningún lugar; sus probabilidades de sobrevivir eran muy pocas, ya que la fuerza con la que el Cap Arcona estaba hundiéndose había creado un remolino que los jalaba. Todos ellos estaban exhaustos. Sin poder enfrentarse a los elementos naturales,

siguieron luchando en vano hasta que, uno tras otro, se hundieron entre las olas.

De pronto apareció una serie de aviones en el cielo vacío. Vimos con claridad sus emblemas.

—¡Son británicos! —enseguida empezamos a ondear los brazos y a gritar pidiendo ayuda—. ¡Aquí! ¡Somos prisioneros de los campos de concentración!

También agitamos nuestras chaquetas y señalamos nuestra ropa a rayas, pero no hubo clemencia: dejaron caer las bombas mientras el Cap Arcona se sacudía y el fuego lo destruía. La siguiente vez que pasaron se acercaron a unos quince metros de la cubierta, incluso pudimos ver la cara del piloto. Pensamos que ya no teníamos nada que temer, pero en ese instante se abrieron las compuertas ventrales del avión y de ahí cayeron más bombas. Vimos cómo caía cada una y provocaba que algunas secciones de la cubierta salieran volando. Otras no nos dieron, cayeron en el mar y produjeron enormes fuentes de agua que nos salpicaron. Las ametralladoras nos lanzaron un baño de balas a nosotros y a quienes estaban en el mar tratando de salvarse. El agua se tiñó de rojo y los cuerpos desaparecieron entre las olas.

El barco se inclinó más y nos sentimos aterrados. La superficie de la cubierta era lisa y estaba mojada. Cuando vimos que era casi imposible mantenernos de pie, nos sentamos en el borde y nos sujetamos del barandal. El mar que nos rodeaba estaba lleno de gente luchando por sobrevivir y perdiendo la batalla porque escapar del remolino era casi imposible. Los pocos que lograron salir de él estaban tan débiles que también desaparecieron poco después entre las agitadas aguas. Eran las tres de la tarde y, como la visibilidad era buena, alcanzábamos a ver la orilla. Teníamos la esperanza de que tal vez alguien de ahí llegara para rescatar a la tripulación del Cap Arcona y, de paso, a nosotros. Estábamos seguros de que no ignorarían a su propia gente.

Para ese momento, el barco estaba inclinado unos treinta y cinco grados sobre el agua. La esperanza de que nos rescataran empezó a desvanecerse muy rápido. A pesar de que todos veían lo que estaba sucediendo, todavía había personas saltando por la borda con la esperanza de que un milagro las salvara. Entonces estallaron los explosivos que había a bordo. Mi hermano y yo nos sentamos y nos sujetamos abrazando un poste entre las piernas para no deslizarnos y caer de la cubierta. Había llamas sobre nosotros y cada vez que se oía un estallido, salían volando fragmentos de la cubierta. El infierno estaba desatado, no aguantaríamos mucho más.

Josek y yo nos miramos y luego volteamos a la orilla. Sabíamos que no podríamos ayudarnos el uno al otro. Josek no sabía nadar, estaba consciente de que no lograría llegar a la orilla si lo intentara. Cada uno tendría que tomar su propia decisión. Miré el claro y hostil mar mientras mi cuerpo temblaba por completo. Nos estábamos hundiendo con mucha rapidez y quedaban muy pocos en la cubierta. Había marineros y algunos guardias de las ss. ¿Habrían encontrado la manera de huir de la pesadilla? Si así fue, no nos lo dijeron. Miré al cielo y volví a preguntarme por qué nos estaría sucediendo eso.

Como a las cuatro de la tarde vi a David Kot atar una soga al barandal del barco y deslizarse hacia el agua. Me asomé.

—¡Baja! Es una soga fuerte. Acá abajo tendremos más probabilidades de que nos recojan.

Lo que dijo me convenció, pero antes de decidir pensé en mi hermano. Habíamos sobrevivido mucho juntos, traté de hacerlo venir conmigo, le dije que los aviones y las explosiones en el barco nos terminarían matando, pero él tenía miedo. Se encogió de hombros y comprendí su aprensión.

—Tú ve, Berek —dijo usando mi nombre original—. Tal vez consigas ayuda allá para ambos. Yo me quedaré aquí y esperaré.

Para entonces había varias personas sujetándose de la soga. Otras más ya la habían visto y creían que sería una ruta de escape milagrosa. Yo no tenía manera de persuadir a mi hermano. Lo miré

por última vez, volteé la cabeza rápido y comencé a bajar detrás de Viky Engel.

Llegué al fondo, éramos siete hombres colgando de una soga y oscilando en el agua helada, a unos siete grados centígrados. Mi chaqueta estaba tan mojada y pesada que tuve que quitármela. Viky me dijo que Willy, su hermano, había abandonado el barco hacía un rato y que nadó a la orilla. Como era buen nadador, Viky pensaba que, si alguien podría lograrlo, sería él. Otras personas desesperadas por ponerse a salvo continuaron deslizándose por la soga. Era fuerte, pero tenía un límite. Ya éramos nueve y seguían llegando más. Cuando llegó la décima persona, la soga se estiró y crujió.

—¡No más! La soga va a romperse —gritamos mirando hacia arriba, pero en la cubierta había una estampida y la gente siguió deslizándose sobre nosotros.

Me di cuenta de que la soga no soportaría mucho más. Yo llevaba pantalones, camisa, un suéter de manga corta y zapatos. Desamarré mis agujetas y dejé caer los zapatos al mar, luego me quité los pantalones y los dejé caer también. Con ellos se fue el kilo de oro dental. Ahora solo tenía puestos la camisa, el suéter y la ropa interior.

Más hombres continuaron deslizándose por la soga; cuando fuimos quince, empezó a retorcerse hasta que tronó y se rompió. Todos caímos al oscuro y frío mar. El agua estaba tan agitada que fue como si estuviéramos en una lavadora gigante. Yo no tenía aire, sentí que los pulmones me estallaban. Seguí luchando hasta que emergí y pude mantenerme a flote. David Kot también se enfrentaba al mar, no podía flotar. Se sumergió, salió manoteando y se sumergió de nuevo con un sonido gorgoteante. Esta vez no volvió a salir. Cuatro de los hombres que habían estado sujetando la soga conmigo lograron mantenerse a flote unos minutos antes de hundirse también. Como sabía que no llegaría muy lejos si trataba de nadar a la orilla, agité los brazos y empecé a patalear fuerte para nadar de vuelta al barco: ahí podría escapar de la corriente que

estaba jalando a los hombres hacia abajo. Me moví a lo largo del barco, sujetándome del casco hasta llegar a la popa. Una vez ahí, solo me aferré y observé.

Cientos de personas luchaban contra la muerte en las heladas e inclementes aguas. De repente vi un objeto que oscilaba a unos treinta metros del barco, era un pequeño trozo de madera. Tuve una renovada determinación. Me quité el suéter, la camisa y la ropa interior y, desnudo, reuní toda mi fuerza y resolución y empecé a nadar hacia allá. Cada brazada fue un esfuerzo mayúsculo. En cuanto estuve al margen de la zona en la que el remolino podría jalarme, me fue más sencillo. Cuando me acerqué al trozo de madera vi que era una de las piezas del barco que salieron volando en una de las explosiones. La tomé y la abracé con fuerza debajo de mi pecho.

—Ambos tendremos que llegar a la orilla. Si no, ambos nos hundiremos —mascullé—. No pienso dejarte ir sino hasta que me salves.

Pataleé alternando los pies y lanzando los brazos al frente, pero a pesar de mi colosal esfuerzo, las olas de varios metros de altura parecían jalarme y empujarme, manteniéndome en el mismo lugar. Entonces comprendí que carecía de la fuerza necesaria para llegar a la orilla. De repente vi un pequeño bote que iba atravesando el mar muy lento. Se me ocurrió cambiar de dirección y nadar hacia él para interceptarlo. Redoblé los esfuerzos, me estiré y pataleé, pero me quedé corto. Era un bote de cuatro metros lleno de hombres desnudos, supe que pasaría de largo antes de que lograra llegar a él y, además, yo no era el único batallando en el agua, había varios más cerca del lugar por donde pasaría. Temí que fuera mi fin; escuché a la gente suplicando que la recogieran.

—No podemos subir a nadie más, ¡ya no hay espacio! ¡Está lleno! —gritaron desde el bote.

Pero eso no me detuvo. Hice un esfuerzo final y, con un movimiento abrupto, lancé los brazos hacia delante para acercarme

a ellos. Entonces vi lo mucho que el bote estaba metido en el agua, la parte superior apenas sobresalía de la línea del mar. Les supliqué una y otra vez hasta que no pude gritar más.

—Es Bronek, el dentista, tratemos de subirlo —gritó alguien. El motor desaceleró y el bote giró y se movió hacia mí. Un minuto después, varias manos me subieron a la embarcación y, una vez en ella, me desplomé casi inconsciente. Los compañeros desnudos y los pescadores con la piel quemada por la luz del sol se convirtieron en mis arcángeles. El pequeño bote avanzó con dificultad hacia la orilla mientras muchas personas más suplicaban que las recogieran.

—Si subimos a alguien más, todos nos hundiremos —advirtió un pescador.

El pequeño motor iba impulsando al bote y su pesada carga mientras las olas lo empujaban hacia arriba y hacia abajo. El pescador maniobró con maestría su embarcación y evitó que se volcara. Yo me quedé sentado, muy quieto, tenía las rodillas flexionadas hasta la barbilla y la cabeza apoyada en ellas. Pensé en mi hermano. Yo había vuelto a engañar a la muerte, pero él no lo logró. Para ese momento se habían desvanecido todas mis esperanzas de que el Cap Arcona se mantuviera a flote.

Las hábiles manos del pescador lograron que el bote avanzara lentamente al llegar a aguas menos profundas.

—De acuerdo. Desde aquí podrán lograrlo —dijo mientras se detenía.

El sol se estaba ocultando en el horizonte y el Cap Arcona ya casi no se veía. Nos costó trabajo bajar del bote, estábamos desnudos y teníamos hambre y frío. También temíamos que nos capturaran. ¿Nos estaría esperando otro campo de concentración o, peor aún, otro crucero de lujo?

Tiempo después nos enteramos de las consecuencias de la espantosa tragedia. Aunque nunca se conocerá el número exacto de ahogados, al principio se estimó que ese día murieron trece mil personas en el mar Báltico y que solo sobrevivimos mil cuatrocientos

cincuenta, es decir, diez por ciento de los prisioneros de los campos Fürstengrube, Neuengamme, Gross-Rosen y Stutthof. Aunque nadie sabe cuántos prisioneros estadounidenses había en los barcos ni por qué estaban ahí, ninguno sobrevivió. De acuerdo con los reportes de los testigos oculares, el capitán del Cap Arcona fue el primero en abandonar el barco. Los registros secretos que la Fuerza Aérea Real Británica hizo públicos en 1975 demostraron de forma conclusiva que, en efecto, fue la misma RAF la que hundió los barcos. La razón sigue siendo un misterio.

El 31 de enero de 1947, el capitán del Cap Arcona declaró lo siguiente:

> Reporte del Capitán Heinrich Bertram a la Hamburg-Südamerika Dampfschiffahrts-Gesellschaft, Holzbrücke, Hamburgo.
>
> El 27 de febrero de 1945, por orden de la Hamburg-South America Line, y en acuerdo con el Departamento de la Marina, asumí el mando del Cap Arcona, un buque de pasajeros de veintiocho toneladas métricas.
>
> Gracias al capitán del Athen, me enteré de que se había iniciado el transporte de cerca de doce mil prisioneros de Lübeck. La mayoría abordarían el Cap Arcona.
>
> Para mí lo más natural fue no aceptar a los prisioneros porque cualquier marinero responsable sabe que, en el mar y durante tiempos de guerra, el riesgo de aceptar el embarque de seres humanos sin una necesidad absoluta es demasiado grande, en especial con ese tipo de masas.
>
> El jueves 26 de abril, el *Sturmbannführer* Gehrig, oficial de las SS a cargo del transporte, llegó acompañado de un asesor, capitán de la Marina mercante, y de un *Kommando* ejecutivo conformado por soldados armados con metralletas. Gehrig traía consigo una orden a mi atención, en la cual se indicaba que si continuaba negándome a aceptar a los pasajeros en el barco, deberían dispararme.
>
> Para ese momento me pareció claro que ni siquiera mi muerte evitaría el embarque, así que le informé al oficial de las SS que renunciaba de forma categórica a toda responsabilidad que tuviera con mi barco en ese momento.
>
> A continuación, Gehrig ordenó la transferencia de los prisioneros del Athen al Cap Arcona. Dado que también llegaron transportes adicionales de Lübeck,

el 28 de abril de 1945 tenía yo un total de seis mil quinientos prisioneros a bordo, a pesar de la afirmación del oficial/asesor de la marina mercante de que el barco tenía un límite de dos mil quinientos.

El domingo 29 de abril fui en automóvil a Hamburgo para solicitar la liberación de la orden de huir del barco en caso de que el enemigo se acercara. En Hamburgo me dijeron que el Conde Bernadotte acababa de declarar que aceptaría a todos los prisioneros, excepto los alemanes. Como los barcos suecos ya estaban en camino, yo debía volver lo más pronto posible a Neustadt.

Vale la pena mencionar que el lunes 30 de abril de 1945, el Athen aceptó dos mil prisioneros alemanes que no se suponía que debieran ir a Suecia, por lo que, en el momento del hundimiento del Cap Arcona, solo había cuatro mil quinientos prisioneros a bordo.

Firma: Heinrich Bertram, antiguo capitán del Cap Arcona*

En su libro *The Holocaust*, el eminente historiador británico Martin Gilbert describe lo que les sucedió a los prisioneros que fueron devueltos de los barcos:

El 2 de mayo, en la bahía de Lübeck, varios cientos de judíos que habían sido evacuados de Stutthof abordaron pequeños botes para poder luego abordar dos grandes buques en la bahía: el Cap Arcona y el Thielbek. Sin embargo, los capitanes de ambos barcos se negaron a aceptarlos; ya había siete mil quinientos judíos a bordo. Se ordenó que los botes volvieran a la orilla, pero en las primeras horas del 3 de mayo, momento en que se acercaron a tierra y en que los hambrientos judíos comenzaron a salir trepando para desembarcar en la playa, los oficiales de las SS, las Juventudes Hitlerianas y los Marinos Alemanes abrieron fuego con metralletas contra ellos. Más de quinientos judíos fueron asesinados, solo sobrevivieron trescientos cincuenta y uno.

Ese mismo día, 3 de mayo, el Cap Arcona fue atacado por aeronaves británicas en la bahía de Lübeck. Solo algunos de los prisioneros lograron salvar su vida saltando por la borda.*

# 19

# ¿A dónde vamos?

Le preguntamos a un pescador a dónde podríamos ir para refugiarnos.

—Mmm —masculló rascándose la cabeza. Se quedó pensando un momento antes de indicarnos cómo llegar a la panadería—. Sigan por la costa hasta llegar a una casa en la colina, junto a la playa. Es la panadería. Tal vez no haya nadie, pero el horno debería estar tibio aún e incluso podrían encontrar algo de pan —dijo.

Le agradecimos y le pedimos que ayudara a quienes todavía estaban en el mar, pero en realidad no necesitaba motivación: tenía su bote listo para partir. Lo que quedaba del Cap Arcona se cubría por un velo lúgubre; en el lugar donde se había desarrollado la tragedia de las últimas veinticuatro horas prevalecía un silencio fantasmal que solo era interrumpido por el sonido del oleaje. El mar se acercaba y se apartaba en la orilla como si nada hubiera sucedido.

Levanté la vista al cielo cuando nos alejamos del bote.

—¡Oh, Dios! Mi madre, mi padre y mi hermana están muertos. ¡Por favor, Dios mío! No permitas que también tenga que lamentar la muerte de mi hermano! —supliqué.

Para tratar de que no nos vieran, nos deslizamos como sombras a lo largo de la costa, el silencio era espeluznante. De repente nos topamos con los cadáveres de dos compañeros de Fürstengrube.

Continuamos avanzando y vimos a un anciano caminando en nuestra dirección. ¿Qué pasaría si nos delatara?

Él también estaba asustado. Con cada paso que dábamos hacia él, sus ojos se abrían más. Le sorprendió ver a diez hombres desnudos en la playa.

—¿Qué les pasó? —preguntó, y le contamos nuestro calvario.

Nos dijo que no se había enterado de nada. Le pedimos que fuera a buscar gente con botes para salvar a los hombres que se estaban ahogando, pero nos explicó que la mayoría de la gente se había ido del lugar debido a los intensos combates.

—Continúen caminando por la costa, así llegarán a la panadería —dijo arrastrando la "s" en el dialecto del alemán que se hablaba en el norte, y luego se alejó negando con la cabeza.

Caminamos cojeando sobre la arena profunda. Encontramos a cinco sobrevivientes más desnudos, medio congelados y con los dientes tiritando. Por fin vimos una luz tenue: era la panadería.

Cuando entramos, incluso nosotros sentimos compasión al ver a veinte sobrevivientes más envueltos en trozos de yute y retazos, sentados alrededor de dos velas encendidas. Estaban hablando sobre quiénes se ahogaron y quiénes sobrevivieron, pero de una manera brutal y sin emoción, como si hablaran de objetos perdidos. Presté atención a pesar de que temía oír el nombre de mi hermano entre los muertos, pero todavía tenía al menos un poco de esperanza.

Los hornos estaban helados, aunque nuestra mayor preocupación era que nos encontraran ahí y nos arrearan hasta otro campo de concentración. Como teníamos agua, al menos podríamos saciar nuestra sed, pero no había ni una migaja de pan. Luego llegaron algunos sobrevivientes más y cada uno fue narrando la milagrosa situación que le permitió salvarse.

—Tu amigo Willy llegó a la orilla, pero luego murió, lo vi tirado en la playa —dijo uno.

Teníamos un hambre atroz y permanente, pero lo que nos impedía descansar en verdad era el miedo de terminar en otro campo de concentración. A lo largo de la noche fueron llegando algunos sobrevivientes más; parecía que casi todos los hombres que se salvaron se dirigían a la panadería. Mendele fue uno de los últimos en llegar y me dijo que, en el momento en que saltó al agua, todavía vio a mi hermano en la cubierta del barco. A él, como a la mayoría, también lo salvó un pescador.

Cuando la luz de la mañana empezó a entrar a la panadería, llegó un civil que nos ordenó abordar dos camiones, pero no nos dijo ni quién era ni por qué estaba ahí. Temimos lo peor. Le preguntamos a dónde nos llevaría y su respuesta nos sorprendió.

—Los llevaremos a un hospital. Los británicos están aquí.

Afuera había dos camiones abiertos y otro civil alemán. Salvo por algunos escombros en la playa, no parecía que el día anterior hubiera habido un gran desastre. Aún desnudos, cargamos a los que no podían caminar y abordamos los camiones. Algunos todavía se negaban a creer que éramos libres y sospechaban que solo se trataba de otro engaño de los alemanes, pero en esta ocasión no nos trataron en absoluto como lo hacían los nazis.

A las seis de la mañana, cuando salimos de la panadería, el Cap Arcona se encontraba inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y parte del casco estaba apenas por encima de la línea de flotación. A medida que los camiones avanzaron por el camino a lo largo de la costa, fuimos viendo algunos cuerpos en la playa. Luego ambos vehículos dieron vuelta y avanzaron sobre un camino pavimentado. Minutos después vimos pasar tanques con estrellas blancas pintadas; pensamos que era la estrella soviética y que los hombres eran rusos, pero cuando vimos bien los uniformes y las boinas de los soldados, supimos que eran británicos. Entonces comenzamos a gritar y a agitar los brazos a pesar de nuestra desnudez. Debieron pensar que estábamos locos.

Después pasaron más tanques británicos y seguimos saludando a los soldados de lejos. Cuando vimos que nos respondían, su calidez humana nos conmovió en extremo. Salvo por algunas cuantas palabras, muy pocos prisioneros hablaban inglés, pero aprendimos muy rápido el símbolo de la victoria: los soldados nos saludaron levantando la mano con los dedos en forma de "V", lo cual nos transmitió mucho más de lo que cualquier palabra hubiera podido.

Llegamos al centro de Neustadt y, en cuanto vimos casas familiares de dos y tres pisos, nos esforzamos por cubrir nuestras partes íntimas. Los dos camiones se detuvieron por fin frente a un edificio rojo, un hospital naval alemán. Nos condujeron a una gran sala donde vimos literas auténticas con ropa de cama blanca y sábanas de verdad. A cada uno nos dieron un camisón azul con la insignia de la Marina. Era imposible no notar la ironía, apenas ayer éramos unos parásitos inútiles y ahora estábamos en un hospital de élite. Fue un cambio monumental.

La luz en el gran cuarto era tenue. Me quedé recostado con los ojos pegados al techo, habían pasado tantas cosas en las últimas cuarenta y ocho horas que me costaba trabajo pensar. Deseaba infinitamente que mi hermano hubiera sobrevivido. Sentía la cabeza pesada. La apoyé en la almohada suave y esponjosa y me quedé dormido.

Al mediodía escuché voces. Abrí los ojos y vi a una mujer de mediana edad hablando en el típico alemán de la región. Luego oí la voz de Mendele, quien le respondía recostado en la cama de abajo. Era una voluntaria y había llegado a cuidarnos.

—El doctor ordenó comida especial para ustedes, estará lista muy pronto —dijo.

Luego fue una enfermera que levantó las cortinas de las ventanas y empezó a tomarles la temperatura a los sobrevivientes. No me sentía con fiebre, pero ella insistió. También hablaba alemán y tenía órdenes de examinarnos a todos. De pronto, la brillante luz del sol se filtró por las ventanas y llenó el lugar de claridad.

A las doce y media entraron dos mujeres cargando un gran caldero con sopa de verdad, pan y mantequilla.

—El médico llegará pronto. Hasta entonces deberán permanecer en sus camas —nos indicaron amablemente.

En mi mente solo habitaba la noción de libertad. Como no me sentía enfermo, me pareció que no necesitaba la tranquilidad ni el silencio de un hospital. A mí me urgía salir a ver el mundo; solo quería irme de ahí. Pero ¿cómo lo haría si ni siquiera tenía ropa? Miré a Mendele. Él solo era un chico, no habría tanto problema si lo vieran desnudo. No tuve que insistirle, se ofreció a buscarme ropa enseguida.

—Te conseguiré algo —dijo antes de irse.

Cuando estaba a punto de perder la esperanza de volver a verlo, regresó vistiendo un esmoquin negro con cola cuatro tallas más grande. No era el tipo de muchacho que se conformaría con ropa ordinaria. A mí me llevó el uniforme de un oficial naval alemán, con todo e insignias. Botas negras altas con agujetas, sombrero, cinturón y corbata.

—¿Dónde encontraste todo esto? —exclamé sorprendido.

—No preguntes, solo vístete. Espera a ver las otras cosas que conseguí —exclamó con un intenso brillo en los ojos. Luego salió y regresó con una flamante bicicleta que iba empujando apoyado en el manubrio—. Se la robé a un nazi —explicó.

No me sorprendió, yo también me sentía poco generoso con los nazis. La ley de supervivencia en el gueto de Łódź y en los campos de concentración le había enseñado a Mendele nuevas reglas por las que ahora se regía. Era la ley de la selva.

Muchos de los prisioneros liberados también querían irse, así que los que podían caminar salieron de ahí con nosotros. "Estoy cerrando un capítulo de mi vida", pensé. Mendele caminó con la frente en alto, orgulloso de su deslumbrante bicicleta. Tal vez era algo que quiso toda la vida, pero no pudo tener sino hasta ahora. En su rostro

se notaba la felicidad. De pronto, como si apenas lo fuera recordando, exclamó algo que me transfiguró.

—Oye, Bronek, ¿sabes qué? Vi a Josek, tu hermano.

Fue como si me hubiera golpeado en la cara. ¿Josek estaba vivo? ¿Cómo era posible? Tomé a Mendele de las solapas del esmoquin y lo agité.

—¿Viste a Josek? —dije muy lento y mirándolo a los ojos. Él me miró de vuelta muy serio. Yo sabía que Mendele no me mentiría respecto a mi hermano.

—Te lo juro por Dios. Lo vi —insistió.

—¿Cuándo lo viste?

—Apenas hace rato, pero se me olvidó decirte.

—¿Estás seguro de que era Josek? —le pregunté. No quería arriesgarme a crearme falsas ilusiones—. ¿Cómo estaba vestido?

—Todavía tenía la ropa del campo de concentración. No sé cómo sobrevivieron, pero había unos setenta prisioneros. Hablo en serio. Te juro por mi madre y por mi padre que lo vi —repitió. Entonces supe que debía ser verdad.

—¡Mendele! Te creo, te creo. Ven y ayúdame a encontrarlo —exclamé.

Caminamos hasta el centro de la ciudad y dos sobrevivientes me dijeron que ellos también habían visto a mi hermano. No quedaba lugar a dudas, estaba vivo. Caminé subiendo por la misma colina que bajamos dos días antes; Mendele iba rodeándome con su bicicleta. Vimos a un grupo de quince compañeros que todavía llevaban puestos los espantosos uniformes del campo de concentración. Avancé un poco más. Mendele ya había llegado y estaba entre ellos. Encontró a mi hermano, quien ya caminaba hacia mí, asombrado y feliz. Bajo el brazo llevaba un queso suizo del tamaño de una rueda de bicicleta.

—¡Josek! ¿Cómo sobreviviste? —le pregunté ansioso mientras lo abrazaba.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lloramos juntos. Todas las lágrimas acumuladas se desbordaron. Lloramos como niños.

—Te seguí con la mirada. Cuando pasaste la popa te vi batallar y entonces cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, vi que te estaban subiendo a un bote. En el barco quedábamos setenta hombres aferrados al barandal. Estaba oscuro y pensé que el fin había llegado, que ya nadie nos ayudaría. Pero al amanecer, como a las seis de la mañana, creo, llegó un bote con soldados ingleses y nos bajaron —explicó Josek desbordante de gozo.

La primera cosa que un sobreviviente le preguntaba a otro era "¿Cómo sobreviviste?". No había dos historias iguales. Por desgracia, ahora éramos muy pocos los que quedábamos para hacer esa pregunta. A la mayoría de los tenaces y osados compañeros que se resistieron a morir, que habían sobrevivido de milagro a los guetos y a los campos de concentración, que se endurecieron ante todo a lo que el enemigo nos sometió, los terminó devorando el mar Báltico. Solo una pequeña parte del Cap Arcona quedó por encima de la línea de flotación. "Nadie podría continuar con vida ahí", pensé.

El grupo de soldados aliados que liberaron el área, conformado por tropas británicas y belgas, no podía entender cómo sucedió todo. Lo que les contamos sobre los campos de concentración resultaba tan absurdo que solo negaron con la cabeza y aire incrédulo al escucharnos. Era como si no estuvieran al tanto de nada al respecto. Y no lo estaban: nosotros éramos los primeros prisioneros con que se topaban.

Cuando, embargados por el dolor, nos despedimos de nuestros compañeros muertos que soportaron lo peor, un joven teniente británico nos preguntó si algunos estaríamos dispuestos a acompañarlo para hablar con sus superiores y relatarles lo que había sucedido. Pero no muchos hablábamos inglés. Yo lo hablaba, aunque no muy bien. Mi hermano y otros dos hombres nos acompañaron a mí y al teniente. Fuimos en un vehículo muy extraño: un *jeep*.

Avanzamos hacia el oeste por el camino principal. Pasamos junto a cientos de automóviles, camiones y tanques vacíos, y finalmente llegamos a un edificio de ladrillos que solía ser la oficina postal. El teniente nos dijo que cuando los ejércitos alemanes trataron de llegar al mar, abandonaron sus vehículos oficiales y continuaron en automóviles civiles para evitar ser capturados.

Nos llevaron a ver a un mayor. Todavía nos sentíamos nerviosos cuando estábamos con autoridades, en especial con militares. Ese miedo continuó durante mucho tiempo después de que acabó la guerra. El mayor parecía tener alrededor de cincuenta años, llevaba el cabello corto y tenía un bigote muy bien cortado. Abrió un paquete de cigarros, nos ofreció uno a cada uno y luego se reclinó en su sillón individual y preguntó quién hablaba inglés. Asentí, le dije que lo hablaba un poco. Entonces se preparó para tomar notas. Me preguntó mi nombre y de dónde era.

Nos preocupaba mucho que nos repatriaran a Polonia porque en ese momento circulaba el rumor de que era una posibilidad. Entonces recordé la sugerencia de Max Schmidt.

—Somos de Francia —dije.

Me preguntó cómo terminamos en el Cap Arcona y cómo se hundió. Le expliqué con mi limitado inglés que vimos aviones de la Fuerza Aérea Real bombardear el barco, y se le cayó la mandíbula y levantó las cejas con aire incrédulo. Se veía intrigado. Me preguntó más, pero cuando resultó obvio que mi inglés no bastaba para describir el suceso, llamó a una intérprete. Una hermosa joven alemana como de veinte años llegó y tradujo las preguntas en alemán para mí y luego tradujo mis respuestas al inglés para el mayor. Mientras traducía, noté que el relato de nuestras experiencias la conmovía mucho.

El mayor y el teniente escucharon con atención. Al final de la entrevista el mayor sugirió que nos fuéramos del área porque todavía había combates, pero por supuesto, no contábamos con transporte. Como habíamos visto muchos vehículos abandonados

camino a su cuartel, teníamos la esperanza de que nos permitiera tomar uno de los automóviles que fueron abandonados como basura y él comprendió.

—No puedo autorizar eso —dijo en un tono amigable pero firme —. Pero hay tantos por ahí abandonados que… Solo tomen un vehículo que les convenga. Nadie se los impedirá —agregó.

Cuando solicitamos identificaciones personales, agregó:

—Los números que tienen tatuados bastarán para identificarlos.

Estábamos emocionados. Diez hombres fuimos a buscar el vehículo adecuado. Examinamos todos los que encontramos, pero no había uno lo bastante grande, así que decidimos buscar un camión casi hasta la salida de la ciudad. Entonces vimos un autobús pintado con pintura de camuflaje. Era Peugeot y todavía se encontraba en buenas condiciones. Recordé que mi padre alguna vez tuvo un camión Peugeot. Busqué en el interior, pero no encontré las llaves en ninguna parte. Era el vehículo perfecto para nosotros, ¿qué podríamos hacer? Decidimos ir a la casa de junto y preguntarle al granjero si tenía las llaves. Nos dijo que el camión no era suyo, pero estábamos seguros de que tenía las llaves. Para ese momento estábamos decididos a llevarnos el camión, así que insistimos e incluso lo amenazamos. Entonces fue a la recámara y regresó con las llaves en la mano. Según él, había olvidado que su esposa las guardó ahí.

Encendí el motor y empecé a retroceder hacia una calle angosta. Mi experiencia en la conducción de vehículos grandes era muy limitada, así que pronto me vi en la situación de no poder ni avanzar ni retroceder. El motor se ahogó. Traté de volver a echarlo a andar, pero no tuve éxito y finalmente me di por vencido. Muy decepcionados, dejamos ese camión y fuimos a buscar otro.

Vimos unos cincuenta vehículos, pero ninguno se parecía al que acabábamos de dejar. Ya era tarde y solo habíamos podido calmar el hambre con rebanadas de la gran rueda de queso suizo de Josek. Buscamos hasta que encontramos dos Fiat de manufactura italiana

que parecían recién salidos de la línea de ensamblaje. Como sí tenían sus respectivas llaves, decidimos tomarlos.

Mi hermano encendió uno y yo el otro. Nos dirigimos al oeste como nos sugirió el mayor, y nos adentramos más en los territorios ocupados. Cada vez que pasábamos junto a un vehículo aliado, saludábamos a los soldados ondeando la mano y ellos nos miraban con recelo, preguntándose quiénes serían esos hombres de rostro anguloso con trajes a rayas y uniformes alemanes de la Marina desgastados. En el paisaje ahora no se veían suásticas, pero en su lugar habían quedado los recordatorios de la guerra: automóviles, camiones y tanques quemados. Entre la gente que caminaba vimos a un hombre alto y ligeramente encorvado que llevaba un bulto colgando de una vara. Iba balanceándose de un lado a otro, dando tumbos hacia el frente como si llevara mucho tiempo en el camino.

—¡Es Ohlschläger, el guardia de las ss en Fürstengrube! —gritó alguien cuando pasamos junto a él.

Nos detuvimos y el hombre continuó caminando lento hacia nosotros. Cuando se acercó, le preguntamos si sabía quiénes éramos, pero él actuó de forma evasiva y dijo que no.

—¿No es usted Ohlschläger, el guardia de Fürstengrube?

Al escuchar esto supo que no tendría caso seguir negándolo.

—Sí —dijo tartamudeando—. Pero yo no tenía nada que ver con el campo. Solo era un guardia de la torre, solo cumplía con mi deber —agregó.

Muy pronto nos acostumbramos a oír ese tipo de negaciones. Decir que solo cumplían con su deber se convirtió en otra excusa que seguimos oyendo una y otra vez. Ohlschläger ya no era el desvergonzado policía de las ss. Ahora nos tenía el mismo miedo que nosotros le tuvimos a él.

Desde nuestra perspectiva, Ohlschläger encarnaba el mal absoluto. Nos costaba trabajo contener los sentimientos de amargura e ira, algunos incluso sugirieron asesinarlo. Todos lo queríamos ver muerto, pero nadie quería ser el verdugo.

—Yo solo era un guardia de la torre, tan solo cumplía con mi deber —no dejaba de repetir.

Los papeles habían cambiado de repente y ahora se encontraba indefenso. No estábamos seguros de qué hacer con él, como estábamos ebrios de nuestra recién adquirida libertad, nos fue fácil perdonar. Pero no lo dejamos ir sin al menos un castigo: le dimos unas bien merecidas bofetadas y patadas. Nos parecía que su verdadero castigo sería la derrota de la teoría de su *Führer* nazi, que eso le causaría vergüenza y desgracia. Más tarde, sin embargo, el arrepentimiento nos mataba: ¿por qué no lo tratamos con más dureza?

Continuamos manejando y llegamos a Neu Glassau para cuando el sol se había puesto. Como no teníamos a dónde ir, decidimos parar por el granero de los Schmidt, tomar el atajo e ir a la casa. Frente a la mansión había un acceso circular flanqueado por árboles. Algunos de nuestros antiguos compañeros seguían ahí; les sorprendió mucho vernos. Todavía vestían sus uniformes a rayas, como casi todos los compañeros con quienes viajábamos. Nos dijeron que sobrevivieron escondiéndose en el granero y los alrededores. Por desgracia, otros no tuvieron tanta suerte porque los encontraron y los mataron. Josef Hermann también estaba ahí, pero ahora prefería que le llamaran Hermann Josef. Schmidt, el antiguo *Kommandant*, se había ido.

Sus padres, que no nos habían visto hasta entonces, salieron de la casa y nos saludaron. Él era un granjero adinerado, un sofisticado hombre de unos cincuenta años con la piel bronceada. Ella era una señora regordeta de buenos modales. Nos dijeron que Max era su único hijo. Sacrificaron a uno de sus cerdos para hacer de cenar esa noche y, de una forma muy amable, nos pidieron que nos quedáramos. Apenas unos días antes éramos *Unmenschen* y dormimos en su granero como ganado; ahora, de repente, éramos huéspedes de honor y cenaríamos en la casa de los padres del *Kommandant*. ¿En verdad nuestra vida había dado ese tremendo

giro? Ningún alemán nos había tratado así. Antes de la cena sirvieron vino y *Schnapps*. Para muchos esta era la primera vez que bebíamos alcohol en años. Para cuando cocinaron y llevaron el cerdo a la mesa, algunos estábamos medio borrachos o al menos un poco mareados. La mesa estaba cubierta de copas de cristal y una vajilla fina, se vivía un ambiente festivo, como si se tratara de una celebración.

La alegría y el jugueteo brindaron el momento perfecto para que nos dieran una sorpresa. De repente entró Max Schmidt con una deslumbrante y amigable sonrisa en el rostro y el cabello rapado. Se acercó a la mesa y nos saludó a cada uno estrechando la mano; cuando llegó mi turno, extendió los brazos como si fuera su mejor amigo.

—¡Dentista! Me da mucho gusto que hayas sobrevivido. Qué pena que el conde Bernadotte no te quisiera llevar a Suecia.

Aunque aquel consejo sobre Suecia era la mejor "buena obra" de Schmidt que recordaba, no pude evitar preguntarle cómo sabía que no estaba yo allá.

—Usted no estaba ahí cuando regresamos —le dije, pero él no respondió y yo no insistí en el asunto.

Ahí nos encontrábamos: invitados consentidos en su casa, gozando de una cena preparada especialmente para nosotros. El antiguo *Lagerführer* se sentó a la misma mesa que nosotros y todos comimos y bebimos felices.

—No hablemos del pasado. Olviden lo que sucedió, fue un periodo terrible para todos nosotros —dijo al tiempo que se remangaba la manga izquierda de la camisa para mostrarnos un número en su brazo, igual a los que teníamos todos. No pude distinguir si estaba tatuado o pintado, pero no nos molestó, así que solo olvidamos el asunto entre risas. Prevalecía una actitud de perdón.

Para medianoche todos nos habíamos quedado dormidos. En la mañana, cuando desperté, vi la radiante luz del sol filtrándose por

las pequeñas ventanas del cuarto donde los Schmidt almacenaban pienso y donde nos permitieron dormir. Junto a mí estaban mi hermano y Srulek Lipshitz. La cabeza aún me dolía, sabía que algo no andaba bien. Comencé a pensar en los sucesos de la noche anterior y me sentí intranquilo. Pensé en Max, en los últimos cinco meses, en el hecho de que, estando solo él a nuestro cargo, no nos hubiera liberado. Que nos mostrara su número de prisionero para hacernos sentir que era como nosotros me pareció de muy mal gusto. El número, sumado al cabello cortado a rape, me convenció de que se estaba esforzando demasiado por tratar de ocultar quién era en verdad y de que quería hacerse pasar por sobreviviente de un campo de concentración. "No podemos permitir esto", pensé. No podía quedarme en ese lugar un minuto más.

Nueve compañeros y yo decidimos partir de inmediato. Hermann Josef quería venir con nosotros.

—Tenemos que entregar a Max a los Aliados y explicarles el papel que desempeñó en los campos de concentración —dije. Hermann estuvo de acuerdo en que no era por completo inocente.

Buscamos a Max, pero no lo encontramos en ningún lado. Sus padres estaban ahí y, de repente, también llegó Gerta. Para los Schmidt era obvio que algo había cambiado desde la noche anterior; sabían que nos íbamos. Para quienes decidimos partir fue difícil separarnos de los hermanos con quienes compartimos la vida durante varios años. Como nos quedaba poca gasolina, pensamos que nos detendríamos en algún lugar y les pediríamos a los soldados *petrol*, como le llamaban los británicos. Salimos de la finca de los Schmidt discutiendo aún sobre la forma en que nos manipularon y sobre lo repugnante y deleznable que fue la actuación de Max.

Recorrimos cinco kilómetros al oeste y vimos una estación militar británica. Nos acercamos, pero nos detuvieron de inmediato en la barrera. En nuestro mal inglés les explicamos a los soldados por qué hicimos alto, pero no nos permitieron ver a nadie. Dijeron que ahí no había ningún oficial con autoridad para esos asuntos y nos sugirieron

contactar al Cuerpo de Inteligencia del Ejército Británico. A pesar de todo, logramos que nos dieran un bote de veinte litros de gasolina para cada automóvil y una caja con raciones alimentarias. Nos detuvimos en dos estaciones más y nos dijeron lo mismo. Ninguno de los soldados británicos parecía tomarnos en serio, era como si no les importara; estábamos desconcertados, decepcionados. Como no estábamos lejos de Westfalia, Hermann Josef sugirió que nos detuviéramos en Lüdenscheid. Creía que un amigo suyo aún vivía ahí, así que cambiamos de dirección. De vez en cuando nos deteníamos en el camino y comíamos lo que nos habían dado los británicos. Eran raciones estadounidenses e incluían carne de res enlatada, chocolate y leche en polvo. A las ocho de la noche, cerca del pueblo de Münden, no muy lejos de Kassel, tuvimos nuestro primer encuentro con estadounidenses. El camino estaba lleno de *jeeps* y soldados, algunos llevaban en el brazo bandas con las letras PM de policía militar. Nos detuvieron y nos ordenaron orillarnos.

—¿Documentos? —dijo uno de ellos.

No nos entendíamos, pero cuando vieron los números tatuados en nuestros brazos, al fin logramos hacerles entender que fuimos prisioneros en los campos de concentración y que no teníamos papeles.

—¿A dónde se dirigen? —preguntaron.

—Volvemos a casa —dijo Hermann. En su caso era verdad.

—Por órdenes del general Eisenhower, está prohibido que los civiles viajen de noche —nos explicaron—. No tienen permiso de conducir entre las ocho de la noche y las siete de la mañana.

Hermann creía que lo mejor sería dar vuelta en U e ir a la ciudad de Lüdenscheid, que tal vez estaría ocupada por los británicos.

—¡Esperen! —gritó uno de los policías cuando comenzábamos a dar vuelta—. Aquí tenemos un lugar donde pueden pasar la noche.

Le agradecimos al "oficial" —al principio a todos les llamábamos "oficial"— y cruzamos la barrera. Entre las casas había una construcción moderna de dos pisos. Ahí era donde podríamos

quedarnos, según nos dijeron los policías militares. También nos dijeron que aún había comida. A diferencia de los británicos, los estadounidenses parecían amigables. No nos tomó mucho tiempo encontrar lo esencial: suficiente pan, huevos, azúcar y auténtico Nescafé. Fue la primera vez en cinco años que pudimos cocinar para nosotros mismos.

Poco antes de acostarnos recibimos la visita de un sargento. Primero se mostró muy interesado en nuestras respectivas experiencias, luego nos preguntó si podríamos prestarle uno de nuestros automóviles un par de horas; como no lo necesitaríamos pronto, aceptamos con gusto.

—Pero tiene poca gasolina en el tanque —le advertimos, sabiendo que en ese momento era un insumo escaso.

—Descuiden —dijo—. Les traeré de vuelta toda la gasolina que quieran.

Pensamos que aquella era una maravillosa coincidencia. Así no tendríamos que preocuparnos por conseguir gasolina en la mañana. En la estación había suficientes sofás y camas para todos, lo cual nos hizo experimentar una sensación de tranquilidad difícil de entender. Recostarnos en camas de verdad y cubrirnos con edredones suaves fue un lujo inesperado.

A la mañana siguiente hicimos dos letreros de cartón que decían: "Prisioneros de campo de concentración" para pegarlos en los automóviles, pero como el sargento no había vuelto, empezamos a inquietarnos.

—Lo más probable es que esté en casa de su *Fräulein* —nos dijo muy tranquilo un soldado de su escuadrón.

El sargento llegó poco después y nos dijo que la gasolina estaba en la cajuela, pero nos pidió no llenar los tanques ahí porque eso lo metería en aprietos. Cuando verificamos vimos que, en efecto, los botes estaban llenos. Camino a Lüdenscheid abrimos uno de los botes y empezamos a vaciar el contenido en el tanque, pero no tenía ni el peso ni el olor de la gasolina, y tampoco fluía con la misma

densidad. Era agua. Nos resultaba difícil creer que un simpático estadounidense nos hubiera estafado de esa manera.

De pronto nos encontrábamos en un camino concurrido, en medio de la guerra, con agua en el tanque de la gasolina y sin poder movernos. Pasamos la siguiente hora tratando de detener a algún vehículo hasta que finalmente se detuvo un *jeep* en el que viajaban varios oficiales. Nos dieron un bote con gasolina de verdad y, de paso, nos informaron que Alemania acababa de rendirse. Era el 8 de mayo. La guerra en Europa había llegado a su fin.

El motor de nuestro Fiat carraspeó y tosió, pero se recuperó después de dejarlo descansar un rato. Camino a Lüdenscheid volvimos a pasar por la zona británica. Llegamos a casa de los Happe cerca de la medianoche. El señor Happe se quedó estupefacto al ver a Hermann, sobre todo cuando notó que lo acompañábamos diez hombres más. A pesar de lo tarde que era, *Frau* Happe nos sirvió una comida completa. En ese momento todavía nos manteníamos atentos y desconfiábamos de todos los alemanes, pero la hospitalidad de los Happe era genuina. Seguro habría más personas como ellos, pero ¿dónde? ¿Por qué solo fueron testigos de los crímenes nazis?

Lüdenscheid era un pintoresco pueblito que, al parecer, no sufrió los estragos del conflicto. Se encontraba enclavado en una región llamada Sauerland, donde había exuberantes praderas verdes y un suelo generoso. A lo largo del camino principal que llevaba al centro administrativo de Hagen serpenteaba un modesto río, el Volme. Ni una sola de las casas en el lugar exhibía las cicatrices de la guerra. El señor Happe nos presentó con desbordante algarabía a las personas de mayor edad del lugar, al alcalde y al jefe de policía. Antes de la guerra había pocos judíos en Lüdenscheid, y de ellos solo uno sobrevivió. El alcalde, un antiguo nazi, se esforzó a un punto increíble para que pareciera que le agradaban los judíos. Dijo que extrañaba a los que alguna vez vivieron ahí y nos instó a quedarnos. También prometió que nos ayudaría a encontrar

alojamiento y empleo. Todos mostraron un gran respeto por los nuevos amigos del señor Happe.

El hecho de ser los primeros sobrevivientes de un campo de concentración nos convirtió en celebridades. Mi hermano y Srulek todavía vestían sus uniformes a rayas y yo tenía puesto el uniforme naval de la estación en Neustadt. El alcalde nos ofreció ropa, mobiliario y un departamento; nosotros los aceptamos. Los cines y las salas de teatro nos emitieron pases gratuitos de por vida. De repente todos eran amigos nuestros y, al parecer, nadie había jugado un papel en nuestra persecución. Todos negaron haber sido cómplices del régimen nazi. Me parecía increíble que hubieran logrado cerrar todo el ciclo y vuelto a vernos como humanos otra vez en solo unos días.

Siete de nuestros amigos se fueron porque querían regresar a Polonia. Mi hermano y Srulek preferían quedarse en Lüdenscheid, pero yo no estaba preparado para establecerme ahí. Hermann quería volver a Ahlberg, en Baviera, porque ahí estaban su esposa y sus hijos. Cuando me preguntó si me gustaría ir con él, acepté la invitación.

# 20

# La Alemania de la posguerra

Irme con Hermann me ayudó a disminuir el dolor de los últimos cinco años y a adaptarme a una nueva realidad. Cuando salimos de Lüdenscheid todavía era casi imposible viajar por los caminos, en especial en las ciudades más grandes de Alemania. Hermann se detuvo en Giessen para ver a algunos de sus colegas del SPD, el Sozialdemokratische Partei Deutschland, el partido en el que siempre estuvo activo. Era gente que conocía desde antes de la guerra. En algunas ciudades, los estadounidenses querían que habláramos con los funcionarios alemanes respecto a nuestra experiencia, pero parecía como si existiera una conspiración de silencio, a un hombre incluso le dijeron que no sabían nada sobre ningún campo de concentración o de exterminio. Hermann y yo hablamos mucho sobre el tema; así llegué a conocer las peculiaridades y la diversidad de Alemania. Hermann conocía bien el país y sabía cuándo no creerles a los alemanes.

Cuando llegamos a la casa de su familia en Ahlberg fui testigo de una alegría genuina. Su esposa empezó a sollozar en cuanto lo vio y los niños no lo soltaron en todo el día. Luego vinieron sus amigos del SPD y se mostraron felices al ver que había sobrevivido. Dijeron que reconstruirían los *Gewerkschaften*, los sindicatos libres que había prohibido el Tercer Reich. Acompañé a Hermann a algunas de sus reuniones. Poco después sentí que había llegado el momento de

irme de Ahlberg, pero ¿a dónde? Estados Unidos siempre había sido el país de mis sueños, pero aún quería llegar a Francia. Entonces se me ocurrió que tendría más probabilidades de llegar a América si iba Francia.

Hermann y yo solo teníamos un automóvil, pero arreglamos el problema llamándole al alcalde del pueblo en Núremberg, que era estadounidense y capitán del ejército. El alcalde llamó al depósito donde guardaban los automóviles confiscados y les ordenó a los encargados que nos dieran cualquier vehículo que quisiéramos. Me quedé con un Adler convertible de 1936 y Josef estuvo de acuerdo en conservar el Fiat. Como todavía no era posible registrar un automóvil, até el letrero que me identificaba como antiguo prisionero de campo de concentración a la parrilla del frente del Adler y al día siguiente comencé mi viaje a Francia. Era mediados de junio y hacía mucho calor. La señora Josef empacó algo de comida y también llevé conmigo algunos marcos alemanes a pesar de que la verdadera divisa en ese momento en Alemania eran las medias de nylon, el chocolate y los cigarros estadounidenses. Como la carretera hacia el sur serpenteaba a través de las ondeantes colinas de Baviera, con la capota del Adler retraída pude oler el impoluto aire de la campiña. A lo largo del camino vi, muy separadas entre sí, espaciosas casas adornadas con anchas verandas. Ninguna tenía marcas de guerra.

Luego vi a dos muchachos agitando los brazos y su colorida ropa me recordó a los payasos de los circos. Vi estrellas de David en sus camisas cuando me acerqué. Me detuve y les pregunté quiénes eran. Al principio se asustaron porque no sabían si era amigo o enemigo, pero se relajaron en cuanto les dije que era judío. Akiva era de Budapest y su amigo Yaakow de Iași, Rumania, y tenía la mejilla un poco inflamada. Ambos tenían dieciséis años y los habían liberado de Dachau poco antes. Les pregunté si tenían familia. Solo giraron el dedo índice apuntando al cielo sin emoción, dando a entender que sus familias habían sido asesinadas en las chimeneas. Me dijeron que tenían miedo de que los enviaran de vuelta a sus

países, pero no sabían a dónde ir. Llevaban un mes vagando, viviendo gracias a lo que les daban los soldados estadounidenses y durmiendo en los bosques. Les pregunté si querían ir conmigo a Francia y aceptaron de inmediato.

Los siguientes días vivimos como vagabundos. Errando, deambulando, sin saber de dónde llegaría nuestra siguiente comida. Nos deteníamos en estanques y riachuelos y nos bañábamos entre los nenúfares en flor que los cubrían. Nadábamos en aguas claras cuando hacía mucho calor. Nos parábamos en estaciones militares estadounidenses y ahí observábamos fascinados a algunos soldados lanzar una pequeña pelota blanca con costuras, mientras otros se apresuraban a atraparla con extraños y enormes guantes cafés. Algunas noches nos sentábamos entre ellos y escuchábamos en sus radios el sonido de las *Big Bands*. Todo era nuevo para nosotros. En las noches frescas nos deteníamos en una iglesia, una rectoría o un monasterio, y ahí nos permitían pasar la noche. Varios días después llegamos a la punta norte del lago de Constanza o Bodensee, como le llamaban los locales. Al sur, entre verdes y sutiles colinas e imponentes montañas con picos nevados, vimos chalets coloridos. Después de viajar algún tiempo juntos, Akiva y Yaakow empezaron a verme como su hermano mayor, y ellos se convirtieron en "mis muchachos".

La mejilla de Yaakow estaba cada vez más inflamada; necesitaba ayuda, pero yo solo tenía algunos marcos que no alcanzaban para pagar los servicios de un dentista. Al borde de la Selva Negra llegamos a un pueblo llamado Tuttlingen. Nos detuvimos en el primer lugar donde vimos un letrero de consultorio dental. En cuanto le explicamos al dentista quiénes éramos, le extrajo a Yaakow el diente premolar sin cobrarnos. Usó un equipo muy nuevo llamado Simmons, el cual me recordó al equipo que había en Fürstengrube.

Al día siguiente llegamos a una carretera en los Alpes que llevaba a la región de Alsacia y Lorena, en Francia, y que serpenteaba alrededor de las montañas como montaña rusa. De repente vimos a

dos hombres vestidos con uniformes del ejército francés y bultos en la espalda. Les pregunté a dónde iban; nos dijeron que fueron prisioneros de guerra en Alemania y que volvían a casa. Les ofrecí que nos acompañaran en el Adler y aceptaron sin reservas. A ellos les dio gusto no tener que batallar en la carretera y a nosotros nos pareció que su compañía podría resultar benéfica en la frontera. Compartimos la comida en los dos días que siguieron. Con el tiempo nos hicimos buenos amigos y también logré aumentar mi vocabulario en francés.

Al llegar a la frontera nos detuvieron unos soldados franceses y nos escoltaron a una magnífica mansión donde se encontraba ubicado su cuartel. Los seguimos por la entrada y luego nos llevaron a los cinco a una oficina. Pasamos por un corredor de paredes cubiertas de mosaicos de mármol de colores tenues y en el suelo había tapetes orientales. Una escalera de caracol llevaba a una zona con grandes puertas de caoba. De pronto nos rodearon varios oficiales del ejército, entre ellos algunas mujeres; tenían curiosidad y querían saber quiénes éramos. Mientras tanto, nuestros dos compañeros franceses actuaron como si estuvieran en casa.

Nos convertimos en celebridades. Nos invitaron a cenar con los oficiales y, por supuesto, a pasar la noche ahí. A la hora de la cena nos llevaron a un gran comedor estilo Luis XV donde vimos una pesada mesa de caoba cubierta de un mantel de blanquísimo damasco y rodeada de veinte sillas. Del techo de nueve metros colgaba un pesado candelabro de cristal que se cernía sobre la mesa iluminando varias garrafas de vino tinto distribuidas a lo largo y creando deslumbrantes destellos al chocar con la fina vajilla fina y las copas de cristal. Poco después, el comedor se llenó de oficiales franceses condecorados y, al final, vimos entrar a un caballero de apariencia imponente que provocó que todos se comportaran de inmediato de una manera mucho más formal. Era el oficial a cargo de la división armada en Alsacia y Lorena, un teniente general.

Después de que el teniente se sentó en la cabecera de la mesa, todos los demás ocuparon su lugar. Nuestros dos nuevos amigos tradujeron sus preguntas y comentarios al alemán para que pudiéramos entenderlo. De vez en cuando alguien hacía un brindis y, aunque no entendíamos por qué lo hacían, levantábamos nuestras copas y bebíamos el vino como todos los demás. No sentí que sucediera nada raro, sino hasta muy tarde. Antes de que sirvieran siquiera el primer tiempo, a Yaakow y a Akiva los venció una especie de sopor y sus cabezas cayeron de golpe sobre la mesa. Traté de mantener los ojos abiertos, pero de pronto todo empezó a darme vueltas como si estuviera sentado en un carrusel que giraba demasiado rápido. Me desmayé y, a la mañana siguiente, cuando desperté, estaba en un gran edificio, recostado sobre paja y cubierto con cobijas del ejército. A mi lado estaban mis chicos. En el lugar había varios soldados franceses durmiendo.

Salí del edificio y detuve a un soldado que iba pasando. Le pregunté dónde estaban nuestros amigos, los dos franceses que conocimos en la carretera y que fungieron como intérpretes en la cena, pero no parecían saber nada. Busqué por todas partes y no los encontré: los otrora prisioneros de guerra habían desaparecido. Luego pregunté dónde estaba mi automóvil y sucedió lo mismo, nadie sabía nada. Finalmente me dirigí a la oficina. Un soldado hizo algunas llamadas telefónicas y lo que me dijo me pareció increíble.

—Los dos exprisioneros colaboraron con los alemanes durante su reclusión. Están bajo arresto —explicó.

No nos permitieron despedirnos siquiera. Nos tomó una hora encontrar nuestro automóvil y, cuando por fin lo hallamos, el tanque estaba casi vacío.

—Tienen que volver a la zona estadounidense y solicitar ahí una visa antes de poder entrar a Francia —nos dijo un soldado.

Le supliqué que nos dejara ir por lo menos a Estrasburgo para solicitar los documentos ahí. Argumenté que en Alemania no hay

consulados franceses, pero me dijo que tampoco podía hacer eso y me dejó muy claro que teníamos que volver. Eso fue lo que hicimos.

Tuve que cambiar mis planes. Conduje por la misma carretera por la que llegamos y, una vez más, pasamos por los majestuosos Alpes. Entonces empecé a preocuparme por el futuro de los muchachos. Necesitaban un hogar y educación, y yo no podía ofrecerles ninguna de las dos cosas. Cuando hablé con ellos sobre esto, no quisieron escuchar, preferían la vida gitana. Solo querían seguir viajando conmigo. En Múnich oí hablar de una organización judía estadounidense llamada HIAS, siglas en inglés de la Sociedad Hebrea de Ayuda al Inmigrante. Sus oficinas estaban en Fráncfort del Meno. Camino a Fráncfort me detuve y traté de razonar con los muchachos, pero me dejaron solo y se fueron caminando al bosque. Cuando los encontré, Yaakow me confesó con timidez que estaban orando por que cambiara de opinión.

Al llegar a Fráncfort descubrimos que los sobrevivientes tenían un nuevo nombre: personas desplazadas o DP, por sus siglas en inglés, y que los estaban albergando en el Hotel Olympia, en una zona de la ciudad cerca de la estación ferroviaria principal. Como las bombas aliadas habían dañado el Olympia de forma muy severa, solo se podían usar los dos niveles inferiores. La escalera estaba llena de escombros, pero encontramos un cuarto en el segundo piso y nos instalamos ahí. Al día siguiente fue al hotel Isidor Cohen, rabino y capellán militar de Nueva York.

El rabino Cohen era un hombre robusto con cabello canoso. Era amable y compasivo. Vio a los muchachos y me pidió que se los llevara al aeropuerto. Al día siguiente, cuando fuimos a su oficina, lo acompañaba otro capitán, que también era capellán. Ambos hablaban un yidis estadounidense que sonaba muy peculiar, salpicado de palabas en inglés que no entendía. Luego llegó una mujer de edad mediana con un uniforme verde del ejército y un parche en la manga que decía "UNRRA", y los tres discutieron sobre el destino de Yaakow y Akiva. Entonces la mujer volteó a verme.

—Deje aquí a los muchachos. Irán a Estados Unidos en cuanto podamos obtener visas para ellos —me dijo con firmeza.

Aunque sabía que era lo que más les convenía, pensar en perderlos me resultaba muy difícil. Me había acostumbrado a ellos y, de hecho, para ese momento sentíamos que éramos una familia. Yaakow y Akiva me miraron como acusándome de estarlos abandonando, y el rabino vio cómo ese sentimiento se tradujo en mi mente.

—No tiene por qué preocuparse, aquí cuidaremos bien de ellos —me dijo.

Entonces le pregunté al rabino si no podría ir yo también, y me dijo que no. Debido a mi edad, necesitaría conseguir un benefactor, por lo que me recomendó registrarme en la UNRRA, siglas en inglés de la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación. Como el rabino sabía que yo tenía un automóvil que, de hecho, era el único en el Hotel Olympia, me propuso ir a la cocina del ejército todos los días y recoger algo de comida para las personas desplazadas que ahí se alojaban. Poco después me vi llevando a diario un barril lleno de alimentos al hotel con mi Adler convertible, y de esa forma también pude visitar a mis muchachos. Un día, sin embargo, cuando llegué me dijeron que los habían enviado a Estados Unidos, y eso fue lo último que supe de ellos.

Luego llegaron más PD al hotel y entonces, en lugar de Olympia, le empezaron a llamar Hotel de Refugiados. El Olympia era el lugar central de encuentro para los refugiados que llegaban a Fráncfort. En las paredes había muchos nombres que la gente escribía porque estaba buscando a sus parientes y amigos. Algunos tenían éxito y se reencontraban. Poco a poco, personas pertenecientes a grupos partisanos empezaron a emerger de sus escondites. Las jóvenes empezaron a vestirse con prendas más pulcras y los muchachos empezaron a cortejarlas. Algunas personas incluso aprendieron a sonreír de nuevo, a juguetear y a sentirse ligeras; poco después hubo quienes se casaron. Se formaron comités y surgieron líderes.

Más sobrevivientes comenzaron a llegar del este y el Olympia se llenó de gente. Quitamos los escombros de los dos pisos de arriba, limpiamos las habitaciones y aun así no había suficiente espacio. La gente dormía en los corredores y las escaleras… y seguían llegando personas desplazadas.

Un día, acompañado de un oficial de alto rango del ejército estadounidense, el rabino Cohen anunció que tendríamos que desocupar el Olympia porque lo iban a renovar para albergar a personal del ejército. A nosotros nos moverían a Salzheim, un sitio a cuarenta kilómetros de Fráncfort del que nunca habíamos oído hablar. Cuando algunos fuimos ahí para conocer el lugar, encontramos un campamento con pequeñas chozas idénticas ordenadas en filas. Al verlas recordé de inmediato las barracas en los campos de concentración. En cuanto regresé al Olympia recogí las pocas pertenencias que tenía y me fui.

Era una agradable tarde de verano e iba manejando por Mainzerland-straße sin haber decidido aún qué hacer. Entonces dos muchachas me detuvieron y me preguntaron si podría llevarlas a su hotel; les dije que sí. Eran rusas, tenían más o menos mi edad y eran muy bonitas. Hablaban alemán muy bien porque habían trabajado en hogares alemanes. Cuando se enteraron de que no tenía un lugar para alojarme, me ofrecieron el sofá en su habitación de hotel. Acepté la invitación para quedarme una noche, pero esa noche se convirtió en algo más que una breve visita cuando, para reprimir mi soledad, inicié un romance. Un día llegaron al hotel dos hombres de la policía secreta para forzarlas a regresar a Rusia. Ese fue el inicio de una repatriación general de todos los rusos en Alemania. Entonces decidí volver a Lüdenscheid.

Con la ayuda de un fabricante de aparatos eléctricos, Srulek Lipschitz había abierto una tienda. Mi hermano también tenía un negocio en el que vendía artículos de belleza, perfumes y cosméticos. La Asociación Dental de Westfalia y la Asociación Médica Alemana me

otorgaron un permiso temporal para practicar la odontología en Alemania, y así fue como empecé a trabajar en un campo polaco de personas desplazadas en Menden, Westfalia. Cuando cerraron el campo fundé la Westfälische Zahnwaren Grosshandlung, un negocio de suministros dentales por mayoreo que continuó prosperando incluso después de que me fui de Alemania.

No había dejado de pensar en buscar a Zosia. Hice todo lo que pude por encontrarla además de volver a Poznan, pero fue en vano. Me enteré de que la última vez que alguien la vio fue en algún lugar de Alemania donde tenía que realizar trabajos forzados, es decir, era una *Zwangsarbeiter*. Después de eso no volvió a Poznan.

Un día oí a alguien mencionar el nombre de Harry Spitz en Nordwestdeutscher Rundfunk, la primera estación de radio alemana que empezó a transmitir en Hamburgo después de la guerra. Lo llamé y me invitó a visitarlo a Hamburgo. Las oficinas de la estación en la Oberstraße se encontraban en buenas condiciones para como estaba esa calle. La fachada del edificio era una menorá y, en el interior, una estrella de David colgaba sobre la escalera. Me pareció algo inusual para una estación de radio alemana.

Le di a la recepcionista mi nombre y le dije a quién iba a ver.

—¿Tiene usted cita con el director musical? —me preguntó. Le contesté que no, pero le pedí que le diera a *Herr* Spitz mi nombre.

—*Herr* Spitz, un hombre llamado Bronek Jakubowicz desea verlo.

Harry bajó las escaleras a toda velocidad y cayó entre mis brazos enseguida.

—Este joven salvó mi vida en Auschwitz —repitió una y otra vez.

Me mostró el edificio que, según me explicó, sobrevivió a los bombardeos de los Aliados. Había sido construido a principios del siglo XVIII y, en efecto, fue una sinagoga. En él había varios estudios de grandes dimensiones, uno tenía el tamaño de un anfiteatro. Luego pasamos veinticuatro horas recordando juntos.

Alemania era un enigma. De cierta forma, los alemanes eran menos antisemitas que el resto de los europeos. Pero entonces,

¿dónde encontró Hitler a los criminales que perpetraron aquellos crímenes demenciales contra los judíos?

Para los alemanes la vida volvía a la normalidad poco a poco, pero nosotros estábamos demasiado traumatizados como para vivir en paz en su compañía. En Alemania teníamos que caminar por las mismas calles, comer la misma comida y respirar el mismo aire que ellos. De pronto los pecadores se convirtieron en santos y los culpables en simples testigos. Por razones que no eran difíciles de entender, incluso los nazis más conocidos negaron su participación en el Holocausto y, por lo tanto, teníamos que ser cuidadosos con lo que decíamos y en quién confiábamos. Todo aquello terminaba siendo muy complicado, pero teníamos que mantener la cortesía y, muy a menudo, también mordernos la lengua para evitar decir lo que en verdad sentíamos.

Para mí, los cuatro años que viví en Alemania tras la guerra me proveyeron muchas lecciones respecto a lo bueno y lo malo de la raza humana. En esos cuatro años entré y salí de hospitales, siempre en busca de ayuda para atender los dolores abdominales causados por las úlceras que aún me agobiaban.

Las noticias de Polonia eran aún más desoladoras: el antisemitismo seguía muy extendido. El espíritu de las enseñanzas de Hitler seguía vivo y prosperando. El hecho de que hubiera elegido a Polonia como nuestra tumba no era ninguna coincidencia: los judíos polacos eran el principal objetivo de los nazis. Muchos judíos que se atrevieron a volver para recuperar sus propiedades fueron asesinados por la gente que se adueñó de ellas cuando los alemanes se fueron. Por eso, aunque mi hermano y yo éramos herederos en Polonia, no queríamos nada de ese patrimonio.

Josek, Srulek y yo éramos los únicos judíos viviendo en Lüdenscheid. Aunque mi espiritualidad seguía indefinida debido a que durante muchos años estuve a la deriva, viviendo una vida sórdida, en la oscuridad y alejado de mi herencia, todavía sentía la idea de renunciar a Dios como un ataque a mi conciencia. El vacío

espiritual en el que vivimos los últimos años creó una especie de insensibilidad en mí y necesitaba confirmar mi fe, pero todas las sinagogas en Alemania habían sido destruidas. Por eso, cuando me enteré de que se llevaría a cabo un servicio de Rosh Hashaná en la casa de una persona judía en la ciudad de Hagen, no muy lejos de donde me encontraba, la necesidad de hacer las paces con mi herencia espiritual se volvió una idea irresistible. Sabía que había llegado el momento de enfrentarme a Dios y ofrecerle una disculpa. Al entrar a la casa encontramos a unas treinta personas orando; cuando recitaron las oraciones de súplica y perdón, todos empezaron a cantar y a golpearse el pecho rítmicamente: "He pecado ante ti y pecado contra ti". También oré y le supliqué al Todopoderoso que me perdonara. En ese lugar y en ese momento, por fin hice las paces con Dios.

Cuando terminó el servicio, el hombre que había dirigido las oraciones fue a estrechar la mano de cada uno de los participantes y a desearles a todos buen año: *Leshaná Tová*. Se trataba de Morris Teichmann, un bien parecido y respetado hombre de negocios de mediana edad. El señor Teichmann nos invitó a quedarnos en su casa para el *kidush* y así conocimos a su familia. Afortunadamente todos sobrevivieron a la guerra, pero sus recuerdos no eran menos dolorosos que los míos.

El señor Teichmann emigró de Polonia a Alemania en 1923 y se estableció en Westfalia, donde se casó con Herta Steinfort, una mujer cristiana que se convirtió al judaísmo. En 1938 lo arrestaron y lo enviaron de vuelta a Polonia durante una deportación masiva de judíos polacos. A Herta le dieron a escoger entre quedarse en Alemania con sus tres hijos, Else de trece, Clara de diez y Gerhard de ocho años, o ir con su esposo. Ella lo siguió con sus hijos poco después. Cuando los alemanes ocuparon Polonia, encerraron al señor Teichmann en un campo de trabajos forzados. A Herta la amenazaron con arrestarla y enviarla también a un campo, a menos de que se divorciara. Al principio se resistió, pero con el tiempo tuvo

que ceder a la presión porque esa era la única manera en que podría salvar a sus hijos. Los documentos de los niños decían: "Padre judío y madre alemana".

Else borró las palabras "Padre judío" de sus documentos y, para evitar que detectaran que era judía, adoptó una vida nómada y se cambió con frecuencia de un empleo a otro. Así logró mantener su identidad falsa. Estaba en Praga cuando terminó la guerra. Los soviéticos habían tomado la ciudad y, como no le creyeron cuando confesó su verdadera identidad, la encarcelaron. Su familia la buscó. Llegó un momento en que estuvo a punto de rendirse, hasta que un día simplemente pudo volver a Alemania. El señor y la señora Teichmann se convirtieron en mis segundos padres y Else en mi prometida.

A partir de entonces el principal objetivo de nuestra vida fue tratar de irnos a Estados Unidos, pero la restrictiva ley migratoria nos lo impedía. Luego, en 1948, la remplazó una más justa llamada Ley de Personas Desplazadas. Else y yo queríamos casarnos, pero como hicimos nuestras solicitudes por separado y ambas estaban pendientes, habríamos tenido que renunciar a nuestros turnos y volver a iniciar el proceso. En 1949 nos convocaron a mi hermano y a mí y fuimos a Boston. Ahí conocimos a nuestro benefactor, nuestro tío abuelo Mordechai Baily. El primer día en Estados Unidos cambiamos nuestro apellido: dejamos de ser Jakubowicz y nos convertimos en Jacobs. El nuevo nombre de mi hermano fue Joseph Jacobs, y el mío, Benjamin Jacobs. Algunas semanas después, Srulek se encontró con su benefactor en Oregón.

Aún recuerdo el 22 de agosto de 1949. Los remolcadores empujaban lentamente al transportador de tropas USS Fletcher a través de un velo de densa niebla. Íbamos entrando a la bahía de Nueva York. De repente apareció la mano y la antorcha de la Estatua de la Libertad. Es muy difícil describir de forma adecuada la emoción de entrar a suelo estadounidense después de años de lucha. Era como si estuviéramos saltando a otra era; nos sentíamos muy

agradecidos con la gente de Estados Unidos que nos abrió su corazón y su pensamiento, y que nos permitió entrar.

Seis meses después regresé a Europa, y Else y yo nos casamos. Los ancianos del pueblo nos honraron organizando nuestra boda en domingo. Después de eso, ambos regresamos a Boston para encarar una nueva patria e iniciar una vida juntos.

# Epílogo

Sobrevivir como prisionero de los nazis representó una lucha dura y amarga. En el contexto de las generosas libertades en Estados Unidos, fue incluso más difícil traducir nuestra persecución. Sentí dolor, mucho dolor, pero tuve que reprimirlo. Envidiaba a todas las personas que habían eludido aquel calvario. Para 1949, la gente en Estados Unidos ya había oído hablar de Hitler y de sus actos y no estaba dispuesta a saber más. Solo las generaciones siguientes se quisieron acercar a lo que les sucedió a los judíos europeos. En ese momento ya había un nuevo término para referirse al asesinato masivo y a la tortura de millones de judíos europeos: Holocausto.*

Mi prioridad, por supuesto, era practicar la odontología. Estudié inglés y solicité el ingreso a la Tufts Dental School. Cuando el rector, el doctor Joseph Volker, se enteró de mi experiencia en esta disciplina me dijo que le apenaba informarme que, debido a una ley del Congreso —la mal llamada Ley GI—, se les daba preferencia a los soldados que regresaban al país y que podrían pasar muchos años antes de que se revisara mi solicitud. Para mí no era realista esperar, dado que mi prometida, que pronto se convertiría en mi esposa, no tardaría en llegar a Estados Unidos.

Un día, estando en la sala de espera del hospital Boston, sufriendo la incomodidad de los dolores abdominales que aún padecía, el contralor de una agencia de aparatos electrónicos me ofreció un empleo de ventas. Trabajé ahí dos años, y luego, con la

ayuda de mi hermano, de mi suegro y de mi esposa, establecí mi propia empresa. En 1953, durante la Guerra de Corea, la Tufts Dental School me animó a volver a solicitar la admisión, pero como mi empresa estaba creciendo y tenía bastante éxito, seguí siendo un hombre de negocios hasta 1987. Mi hermano, por desgracia, falleció en 1965, a los cincuenta y un años.

En 1972 acompañé a Else a Hamburgo, donde fue convocada para testificar en un juicio nazi. Para ese momento, Alemania ya había pasado por varias etapas del manejo de su culpabilidad. Después de mucha negación, poco a poco se empezaron a admitir los crímenes. Los indicios más vigorosos se presentaron en la década de los sesenta, cuando Alemania Occidental percibió su responsabilidad y empezó a ayudar a los judíos sobrevivientes y al incipiente Estado de Israel. La actitud cambió, pero no siempre para bien. Algunos alemanes continuaron siendo fieles a los antidemocráticos principios del nazismo y promoviendo la idea "Suficiente es suficiente". Esto sin mencionar a los neonazis, cuyas amenazas siguen siendo las más perturbadoras. Naturalmente, sería injusto no mencionar a todas aquellas personas que plasmaron el pasado en la memoria y que apoyaron a la verdadera democracia.

Después de que Else testificó rentamos un automóvil y fuimos de Hamburgo a Neustadt. Yo quería conocer el lugar exacto de la catástrofe del Cap Arcona. Muchas cosas habían cambiado ahí. Una persona nos indicó cómo llegar a una pequeña colina en la cercana municipalidad de Timmendorf. Ahí, escondido en la colina, había un cementerio descuidado y abandonado con una sola tumba para todas las víctimas que el oleaje arrastró hasta la playa. En el letrero solo se indicaban las nacionalidades de las víctimas. Luego encontramos otro cementerio en el que las tumbas indicaban nombres de todo el mundo. En un letrero se narraba la tragedia de los barcos y en otro se enlistaban las nacionalidades de las víctimas. Toda el área estaba cubierta de hierba descuidada. En comparación con el crimen que simbolizaba, el cementerio se encontraba en un

lugar bastante oculto. La tragedia de muchos años atrás nos miraba fijamente a los ojos. Me quedé confundido y desconcertado. Quienes ahí perecieron no fueron solo prisioneros, fueron luchadores tenaces e implacables, con un corazón lo bastante perseverante para sobrevivir a todo lo que los nazis les infligieron. A pesar de todo, murieron en el umbral de la libertad.

Después nos detuvimos en una pequeña casa que parecía ser la oficina postal. Entré y vi una ventanita y, detrás de ella, a un anciano. No había nadie más. Como me pareció que tal vez podría recordar algo, le pregunté cuánto tiempo llevaba viviendo ahí.

—Toda la vida —respondió.

Decidí no revelar quién era, solo me mostraría interesado, como cualquier turista.

—Noté que hay un cementerio en la colina. Por lo que entendí, mucha gente pereció en este lugar, ¿cierto? —pregunté.

El hombre se alejó de la ventana y se acercó a mí. Me condujo a la puerta y señaló la bahía.

—Tres barcos se hundieron aquí y miles de personas se ahogaron. Yo no estaba cuando sucedió, pero durante años los huesos siguieron llegando a la orilla. Encontré muchos en la playa.

Ahí estaba yo en un peregrinaje, tratando de recuperar secretos que aquel hombre compartió sin reservas. Entonces entró una mujer al lugar y el anciano la saludó. Supe que nuestra conversación había llegado a su fin, que eso sería todo lo que me diría. Salí de ahí con el corazón cargado de dolorosos recuerdos. Acababa de revisitar una pesadilla.

En julio de 1985 me uní a un grupo de hombres y mujeres judíos de Estados Unidos que se propusieron realizar una misión de verificación de hechos en Europa del Este. Fuimos a Polonia y cada lugar me trajo recuerdos amargos. Ahí fue donde todo comenzó. En Auschwitz, el lugar donde la civilización alguna vez cesó, el tiempo y las condiciones ambientales habían podrido las estructuras y las torres de observación del campo de concentración. Ahora había

niños jugando ahí, sin conciencia de que caminaban sobre el mismo sitio donde miles de niños judíos dieron sus últimos pasos. Lo que alguna vez fue un paisaje agreste, ahora lo remplazaban casas y jardines. En Birkenau quedaban los rastros del nocivo crematorio. El ofensivo y obsceno letrero, "*Arbeit Macht Frei*", seguía ahí, sobre la entrada. Había muchos turistas leyendo una tarjeta informativa que indicaba que cuatro millones de personas fueron asesinadas en ese lugar, pero no contaba la verdadera historia.

El *Block Smierci*, el bloque de la muerte donde vi una exhibición de inhumanidad, fue lo más perturbador: pilas de ropa, maletas con nombres, montículos de cabello humano, anteojos, bastones, dientes, objetos personales y zapatos de todos tamaños: grandes, medianos, incluso diminutos zapatos de bebé. Era algo que no había visto; me invadió un dolor tan intenso que no pude comprender lo que sucedía.

Afuera del bloque me quedé transfigurado, mirando al cielo. ¿Dónde están las almas de los millones de personas que se elevaron convertidas en ceniza? "Ahora los culpables prosperan, tienen familias y son buenos padres y abuelos", pensé.

Fui a la oficina de archivos del museo y, cuando di mi nombre, Tadeusz Iwaszko, el archivista, se dirigió a mí.

—Sé quién es usted. Usted fue el dentista en Auschwitz III, en Fürstengrube —dijo antes de tomar un libro de un estante. Se intitulaba *Hefte von Auschwitz*—. Mire en el interior. Aquí encontrará su nombre y su número, también los de su padre y su hermano —me indicó.

Leí, con los ojos vidriosos, mi nombre y mi número, así como los de mi padre y mi hermano. En otra nota se mencionaba mi puesto como dentista en Fürstengrube.

Para cumplir un deseo secreto que tenía, fui a mi antigua casa, en el pequeño pueblo de Dobra, donde nací y viví casi veintidós años. En 1941, cuando me arrestaron, dejé muchos recuerdos en ese lugar. Después de la guerra, ningún judío regresó a Dobra, sitio

donde nuestra gente había vivido durante quinientos años. Las lápidas del cementerio judío cubrían las banquetas del pueblo. Me quedé sentado un largo rato en silencio, abrumado por el dolor. Entonces empecé a llorar.

Cuando levanté la cabeza vi que una anciana con el rostro maltratado por el sol me miraba.

—Vivo a un par de casas de la suya. Conocí a su madre muy bien antes de que ella y Pola, su hermana, fueran deportadas. Un día, Ester me dijo: "¡Milka! Si debemos vernos otra vez, tendrá que ser en otro mundo".

De pronto noté la gran ironía: en polaco, Dobra significa "Está bien".

Conduje a Chelmno por el mismo camino por el que alguna vez transportaron a mi madre y a mi hermana, y de repente la confesión del doctor Schatz me abrió la mente. Me hizo pensar en que los gases envenenaron a mamá y a Pola y en que murieron en el trayecto.

A pesar de que era un día soleado, Chelmno se veía lóbrego y sombrío. Era un lugar tan mórbido y desolado que dolía. Ahí fueron asesinados cuatrocientos mil judíos, pero también doscientos niños cristianos de Lidice, Checoslovaquia, como respuesta al asesinato del *Obergruppenführer* de las SS, Reinhard Heydrich, ocurrido a mediados de 1942. Un monumento en el lugar presentaba una imagen de los desencajados rostros de las víctimas. Sintiendo una indignación que me revolvió el estómago, leí el texto en la parte inferior, palabras escritas por unos cuantos judíos a los que mantenían en un cuarto para que procesaran los cuerpos que llegaban todo el día al crematorio: "Escribimos con nuestra sangre para hacerle saber al mundo que estos son nuestros últimos días. Aquí nos matan con balas y con gas, luego queman nuestros cuerpos ¡y nuestras cenizas se esparcen en este bosque!". Arriba había una sola palabra en letras gigantes: *Pamiętamy,* "recordamos". Nunca olvidaré las imágenes de ese día.

También leí que el crematorio de Chelmno tenía la capacidad de transformar en cenizas cinco mil cuerpos al día, es decir, aún más que la máxima cantidad de cuatro mil seiscientos de Auschwitz. ¡Allí estaban las almas de mi madre y de mi hermana!

Ver Chelmno me resultó más doloroso que estar en Auschwitz. Frente al monumento había algunos estudiantes alemanes que también se veían muy conmovidos. Me pregunté de qué manera les explicarían este suceso sus padres y sus abuelos.

Me fui del país donde mi familia y mis ancestros vivieron durante años porque no era el lugar donde yo quería vivir. Escindí mis vínculos con mi antigua patria y volví a Boston con un espíritu renovado, con la sensación de que volvía a casa.

AÚN NO PUEDO CREER QUE TODO AQUELLO ME HAYA SUCEDIDO... en una sola vida. No he pasado mucho tiempo reflexionando sobre preguntas que aún no tienen respuesta: ¿quién es el culpable de esto? ¿Se pudo haber evitado al menos algo de todo lo que sucedió? De ser así, ¿por qué no se evitó? Responder a estas y muchas otras preguntas es una tarea para el futuro. Tal vez se necesite más luz para explicar esta tormentosa etapa en la historia de nuestra gente.

# APÉNDICE A

# Hundimiento del Cap Arcona

En lo que parece ser el único artículo en inglés sobre el hundimiento del Cap Arcona, J. L. Isherwood escribe en una revista británica:

> El Cap Arcona, que zarpó el 14 de mayo de 1927, fue quizá el buque más lujoso en la ruta entre Hamburgo y Sudamérica hasta la Segunda Guerra Mundial…
>
> En abril de 1945, ante el veloz avance ruso, el buque evacuó, en tres o cuatro viajes y de este a oeste en el Báltico, a 26 000 alemanes. Después de eso, en abril de 1945 recibió a 6 000 prisioneros de campos de concentración.
>
> Con este aforo, y encontrándose rodeado de otros barcos en la bahía de Travemünde, el Cap Arcona estuvo expuesto al ataque que los bombarderos británicos llevaron a cabo el 3 de mayo contra el puerto. Varios barcos fueron hundidos, y los más grandes entre ellos fueron el Deutschland y el Cap Arcona. Incluyendo a los prisioneros, los guardias y la tripulación del buque, en ese momento había a bordo alrededor de 6 000 personas.
>
> Severamente dañado e incendiado por las bombas, el Cap Arcona al final se volcó, provocando la pasmosa cifra mortal de alrededor de 5 000 personas.
>
> Las ruinas del acero achicharrado y retorcido del Cap Arcona, tumba de 5 000 cuerpos, permaneció en el lugar casi cinco años. En 1949 fue destruido para obtener chatarra.*

El recuento de Isherwood fue confirmado por British Operation Record Books y catalogado como "secreto". A mí me lo

proporcionaron la Hamburg-Südamerika Dampfschiffahrts-Gesellschaft y la línea Hamburg-Amerika.

Detalle del trabajo realizado por el Escuadrón 197 para el mes de mayo de 1945

[Tiempo de inicio, 1515; tiempo de finalización, 1635] DD771. Ataque a embarcaciones en la bahía de Lübeck. Todas las bombas fueron soltadas en un buque a motor de 15/20.000 toneladas a 0.0208. El buque ya estaba ardiendo a causa de los ataques del Escuadrón 263, recibimos dos impactos directos. Ahora el buque se quema en cinco lugares y más tarde se le ve volcarse y continuar incendiándose, CAT. I.*

# APÉNDICE B

## Que quede constancia

**De los registros del Museo de Auschwitz**

***ss-Unterscharführer Karol Baga:*** Baga fue *Sanitätsdientsgefreiter* en Auschwitz I y en Fürstengrube entre mayo de 1944 y enero de 1945. Debido a su disposición a cooperar con las autoridades políticas investigadoras, solo cumplió una sentencia breve en la penitenciaría de Cracovia.

***ss-Unterscharführer Gunther Hinze:*** Su nombre fue encontrado en los reportes odontológicos de Fürstengrube como *Sanitätsdienstgefreiter* y en los registros del Instituto de Higiene de las ss. [Log 8, S. Kr 409, BL 87 u. 207, Microfilm 323].

***Miembro de las ss Koch:*** Koch fue chef de cocina en Fürstengrube. Fue juzgado *in absentia* y, como no se presentaron cargos específicos, su juicio fue sobreseído.

***ss-Hauptsführer Otto Moll:*** Moll fue arrestado en 1945. Fue juzgado por el Alto Tribunal de Cracovia y se le encontró culpable de crímenes terribles. Fue sentenciado a muerte y ahorcado ese mismo año.

***Miembro de las ss Ohlschläger:*** Fue guardia en Auschwitz I y en Fürstengrube. Se le juzgó *in absentia*, pero como no se pudieron establecer cargos criminales, el juicio fue sobreseído. [APMO. Sign. Mat. 616ª, Bd, 48, S.71].

***ss-Unterscharführer Pfeiffer:*** En su papel como *Rapportführer* de Fürstengrube, la firma de Pfeiffer fue encontrada en registros del campo de concentración, pero como no había acusaciones disponibles, su juicio fue sobreseído. [GmbH, Nr. 72829, B1.230].

***ss-Unterscharführer Erich Adolf Voigt:*** De acuerdo con los reportes de la estación dental, Voigt fue *Sanitätsdientsgefreiter* en Fürstengrube a principios de mayo de 1943 y en Dora-Mittelbau en 1945. No se pudo establecer una acusación específica. Su juicio fue sobreseído. [SS trial, Sign. Mat. /589].

Muchos de los crímenes llevados a cabo por miembros de las SS en Fürstengrube no fueron documentados. Esto se debió, en gran medida, a que muy pocos sobrevivientes judíos regresaron a Polonia después de la guerra.

Si se desea revisar registros adicionales del equipo de las SS en Fürstengrube, véase T. Iwaszko, *Hefte von Auschwitz*, Verlag Staatliches, Auschwitz-Museum, Auschwitz, 1978.

## Otros registros

***Adolph Eichman:*** Después de la Guerra, Eichman escapó a Sudamérica y se estableció en Buenos Aires. En mayo de 1960 lo capturaron agentes israelíes. Fue juzgado en una corte en Jerusalén y declarado culpable de crímenes contra la humanidad. Lo sentenciaron a muerte y fue ahorcado el 31 de mayo de 1962. [*Encyclopedia Americana*, 199, vol. 9].

***Doctor Josef Mengele:*** Un reporte esperado durante mucho tiempo por el gobierno de Estados Unidos sobre el caso del criminal de guerra nazi Mengele confirma que el "Ángel de la muerte" de Auschwitz, buscado por el asesinato de cuatrocientas mil víctimas inocentes, fue detenido por autoridades estadounidenses en una primera instancia en 1945, en dos campos de prisioneros de guerra, pero luego fue liberado porque se desconocía su verdadera identidad. Mengele huyó a Sudamérica en 1949 y encontró asilo en muchos países, incluyendo Paraguay, Uruguay, Brasil y Argentina. El 7 de febrero de 1979 fue encontrado muerto en una playa cerca de São Paulo. [Gerald Posner y John Ware, *Mengele: The Complete Story*, McGraw-Hill, Nueva York, 1986].

***Walter Rauff:*** Rauff organizó el desarrollo y la producción de las camionetas de gas con las que, según estimaciones, se asesinó a noventa y siete mil judíos y rusos. Murió de cáncer de pulmón en Santiago de Chile en mayo de 1983, tras varios intentos fallidos de extraditarlo. [Posner y Ware, *Mengele*].

***Hauptscharführer Max Hans Peter Schmidt:*** El caso del *Kommandant* Schmidt es muchísimo más complicado que el de los otros oficiales de Fürstengrube. Gracias a los testimonios proveídos a los abogados investigadores de Alemania, Estados Unidos e Israel, se conocieron los hechos siguientes: que Schmidt 1) les disparó a prisioneros exhaustos; 2) mató a un prisionero que regresaba del *Kommando* de trabajo "Humboldt-Deutz"; 3) le disparó a un abogado judío de Checoslovaquia; 4) les disparó a veinte prisioneros que jalaban un vagón cargado de raciones porque no pudieron continuar avanzando; 5) les disparó a prisioneros que no pudieron mantener el paso; 6) ordenó la ejecución de prisioneros a los que encontró ocultos en un granero, y 7) fue testigo de la ejecución de prisioneros durante marchas, incluyendo la marcha a Dora-Mittelbau.

El acusado no subió al estrado, sin embargo, su abogado presentó una declaración de no culpabilidad, aseverando que el *Kommandant* Schmidt no fue responsable de las muertes ni de las ejecuciones y que no tenía conocimiento de ellas.

El 19 de abril de 1979, el *Landgericht*, el Tribunal Regional de Kiel en Schleswig-Holstein, dio el siguiente veredicto:

> No hubo confirmación de que el acusado hubiera participado ni de que tuviera conocimiento de estos incidentes. Es muy posible que no haya estado presente durante esa parte de la marcha. También debe tomarse en cuenta el hecho de que los testimonios de los testigos solo se pueden considerar de forma parcial debido a que se encontraban débiles y a que su capacidad para recordar lo que vieron en ese tiempo había disminuido. Asimismo, después de treinta años, es posible que estén fantaseando. Por lo tanto, no se puede llegar a la conclusión definitiva de que esas ejecuciones en verdad hayan tenido lugar, de quién las llevó a cabo ni de si el acusado participó en ellas.
>
> Con base en lo anterior, no hay suficiente evidencia de que el acusado haya participado o haya tenido conocimiento de estos incidentes. El acusado, el señor Schmidt, tampoco puede ser responsable de la ejecución de prisioneros que marchaban de Turmalien a Magdeburg en abril de 1945. Tampoco se le puede responsabilizar de la ejecución de prisioneros escondidos en el granero ni del asesinato de Eichler, Boot (o Booth) y del prisionero ruso cuyo nombre se desconoce.
>
> Asimismo, el plazo de prescripción para esos juicios ya expiró. El acusado solo podría ser llevado ante la justicia por los crímenes de homicidio, homicidio involuntario o cómplice de homicidio.
>
> Por todo lo anterior, el Tribunal Regional de Kiel sobresee el juicio.
>
> 19 de abril de 1979.

[vgl. BGH St 22, 275. Ordenado por el representante de la Corte de Bartels. Certificado (firma ilegible). Sello oficial del *Justiceminister* des Landes Schleswig-Holstein. Esta cita fue traducida al inglés por Benjamin Jacobs].

Tres sobrevivientes no presentes en el juicio, incluyendo el autor de este libro, testificaron haber visto a Schmidt asesinar prisioneros.

Ninguno de los testimonios apareció en el juicio. Tal vez el veredicto era predecible. La exoneración de Schmidt por todos estos crímenes resulta incomprensible y escandalosa.

La oficina en Boston del cónsul general alemán instó al Departamento de Justicia germano a reabrir el caso. Hasta el momento, el departamento no ha emitido ninguna declaración. Es bien sabido que el Departamento de Justicia alemán sigue plagado de antiguos nazis. A Alemania le tomará varias generaciones liberarse de su pasado.

# APÉNDICE C

## Registro del prisionero 141129

6 de mayo de 1986
1V-8521/2150/1282/86
Museo Estatal, Auschwitz-Birkenau

Estimado señor Benjamin Jacobs:

El Museo Estatal de Auschwitz reconoce su solicitud y por este medio le informa que la documentación de Bronek Jakubowicz, número 141129, como prisionero en el antiguo campo de concentración de Auschwitz, no se preservó de forma completa.

No obstante, con base en los registros existentes, el museo puede confirmar que un prisionero con el número citado, 141129, nombre no disponible, fue entregado al campo de concentración de Auschwitz el 26 de agosto de 1943, en un transporte proveniente de un campo en la región de Poznan. Asimismo, en el registro aparece que el 25 de octubre de 1944, el prisionero mencionado fue enviado a Auschwitz III, Fürstengrube. El museo no cuenta con más información que esta.

Kazimierz Smolen,
Director

[Traducido al inglés por Benjamin Jacobs].



El amado abuelo del autor, Hersh Yankow Jakubowicz, en 1937. Fue acosado por su barba y murió en 1941 debido a un aislamiento autoimpuesto.



La familia Jakubowicz en el verano de 1934. De pie, de izquierda a derecha: el padre de Bronek (Awigdor), su madre (Ester), su hermano (Josek) y su prima (Toba). Sentados: su hermana (Pola) y Bronek, a los quince años.

* Todas las fotografías forman parte de la colección del autor.



Awigdor Jakubowicz, padre de Bronek, alrededor de 1929. Era comerciante de granos. Fue asesinado por un *Kapo* en Fürstengrube en 1944.



Pola en 1940. Pola prefirió morir con su madre en Chełmno, en lugar de enfrentar la tiranía en un campo de concentración.



Bronek en 1941, solo unos meses antes de su deportación a uno de los primeros campos de trabajos forzados cerca de Poznan.



De izquierda a derecha: Josek, Pola, Bronek y el tío Schlomo en 1934, durante una de las visitas anuales de Schlomo a Dobra.







Arriba: Un cínico letrero en Auschwitz: "Has llegado a Auschwitz, un campo de concentración alemán. Este no es un sanatorio. Tal vez sobrevivas algunas semanas aquí, tres meses como máximo. La única forma de salir es por la chimenea. Y si no te agrada, dirígete a la valla y termina con esto ahora mismo". Actualmente se exhibe una fotografía de este letrero en el Museo de Auschwitz. Fotografía de 1985 tomada por el autor.

Izquierda: El bloque de la muerte en Auschwitz, donde Bronek estuvo en cuarentena tres semanas. Fotografía de 1985 tomada por el autor.



Arriba: Miembros de la organización sionista de Dobra, alrededor de 1933. En la primera fila se ve a Bronek sosteniendo un letrero (tercero comenzando a la derecha) y a David Kot (tercero comenzando a la izquierda); Josek es el segundo desde la derecha. Pola es la tercera desde la derecha, en la segunda fila. Salvo por Bronek y Josek, solo otra persona de este grupo sobrevivió a la guerra.



Derecha: Mendele (centro) a los trece años. El prisionero más joven de Fürstengrube, acompañado de otros dos sobrevivientes del hundimiento del Cap Arcona. A su derecha, un *Kapo* no identificado; a su izquierda, el antiguo líder del campo de concentración, Otto Breiten.



Aaron Pacierkowski, primo de Bronek, a la edad de cinco años, en 1945, acompañado de sus padres. Sobrevivió tres años de "Infierno en la Tierra" en el gueto de Łódź, escondiéndose en la carroza fúnebre de su padre tirada por caballos.



Bronek en Lüdenscheid, Westfalia, poco después de haber sobrevivido al infierno en la bahía de Lübeck, en mayo de 1945. Viste el uniforme naval alemán que Mendele encontró y le dio.



Un año después del desastre del Cap Arcona, los sobrevivientes marchan para colocar una corona funeraria en recuerdo de sus camaradas que perecieron.



En 1985, Benjamin Jacobs coloca flores en el Monumento conmemorativo Timmendorf para las víctimas del hundimiento del Cap Arcona y del Thielbek. En la placa del lado derecho se indica que en el desastre murieron prisioneros de trece países.




Arriba: "*Pamiętamy*" (Recordamos). Benjamin Jacobs en el Monumento conmemorativo de Chelmno, honrando la muerte de su madre, su hermana y otros trescientos sesenta mil judíos asesinados en Chelmno, donde también fueron asesinados ochenta y dos niños de Lídice, Checoslovaquia. Sus cenizas yacen en el bosque cercano.

Abajo: En 1985, cuarenta años después del fin de la guerra, Benjamin Jacobs visita a sus antiguos vecinos polacos en Dobra.



[*] En el periodo de entreguerras, los judíos que vivían en Polonia, en especial los de mi generación, se sentían atraídos por la ideología sionista, el *Judenstaat* de Herzel, es decir, la idea de que nadie debía esperar a que el Creador enviara al Mesías para llevar a su gente de vuelta a su tierra, sino que cada uno debería impulsar esta convicción a través de su labor para tener un hogar en Palestina.

[*] Tadeusz Iwaszko, *Hefte von Auschwitz* 16, Verlag Staatliches Auschwitz-Museum, Auschwitz, 1978, p. 71. Cita traducida al inglés por Benjamin Jacobs.

[*] En su libro, *The Curtain Falls*, el conde Bernadotte no menciona haber estado en Neu Glassau, es por ello que no estoy seguro de que fuera uno de los tres suecos. Véase Folke Bernadotte, *The curtain Falls*, en traducción de Eric Lewenhaupt, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1945.

[*] Joachim Völfer, *Cap Arcona: Biographie eines Schiffes*, Koehlers Verlagsgesellschaft, Herford, Alemania, 1977, pp. 120-121.

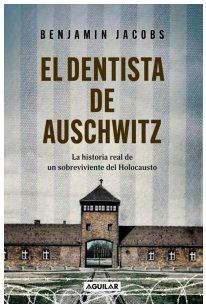
[*] Martin Gilbert, *The Holocaust: A History of the Jews of Europe during the Second World War*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1986, p. 806.

[*] Soy la persona menos importante en este libro. Lo que deberá ser recordado son las memorias y los sucesos que nos sobrepasaron.

[*] J. L. Isherwood, "Steamers of the Past: The Hamburg-South American Liner *Cap Arcona*", *Sea Breezes*, mayo de 1976.

[*] *Operations Record Book*, AIR, 27/1109, 5822, p. 1, Oficina de Registros Públicos, Londres.

# UNO DE LOS TESTIMONIOS MÁS IMPACTANTES SOBRE AUSCHWITZ Y EL PRECIO DE SEGUIR CON VIDA

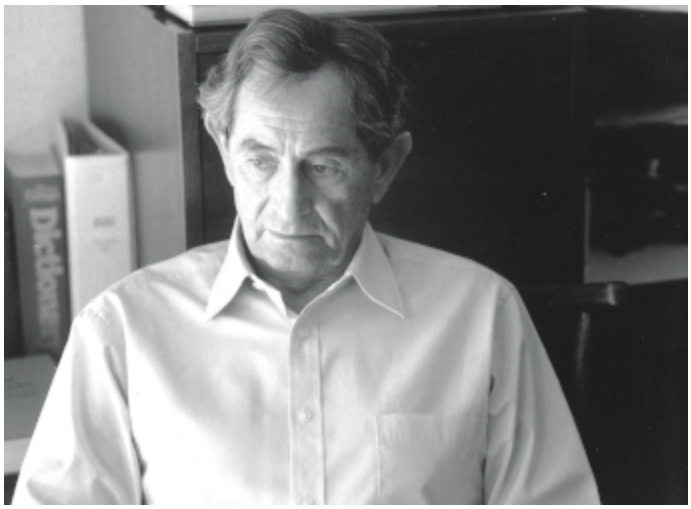



El infame campo de concentración de Auschwitz fue diseñado para borrar nombres, cuerpos y conciencias. Sin embargo, algunos prisioneros sobrevivieron porque el sistema los necesitaba. Este libro cuenta la historia de uno de ellos.

*El dentista de Auschwitz* es el testimonio de Benjamin Jacobs, quien fue obligado a ejercer su profesión en el corazón mismo del exterminio nazi. Día tras día, entre barracas, selecciones y destrucción, su habilidad le permitió seguir con vida, pero también lo enfrentó a una pregunta imposible de responder: ¿qué significa sobrevivir cuando el precio por ello es presenciar el horror y la maldad?

Con una prosa contenida y directa, este relato reconstruye la vida cotidiana en el campo de concentración desde una perspectiva poco explorada, la de quienes fueron utilizados por el régimen nazi para sostener su maquinaria de muerte. Sin heroísmo ni juicios simples, solo la complejidad moral de un hombre que resistió para contar lo que otros no pudieron.

Más allá del horror de Auschwitz, este es un libro sobre la memoria, la culpa y la necesidad de recordar. Un testimonio para comprender que, incluso cuando la vida continúa, nada vuelve a ser igual.



**Benjamin Jacobs** (Polonia, 1919) fue un dentista judío y sobreviviente del Holocausto. Deportado por los nazis en 1941, pasó años prisionero en Auschwitz, Buchenwald y Dora-Mittelbau. Fue obligado a ejercer como dentista dentro de los campos y a realizar tareas impuestas por las ss, como extraer de los cadáveres los dientes de oro. En los últimos días de la guerra sobrevivió al bombardeo de los barcos-prisión en la bahía de Lübeck. Tras la guerra emigró a Estados Unidos, donde retomó su carrera como dentista. En 1995 publicó *The Dentist of Auschwitz*. Murió en 2004, dejando uno de los testimonios más claros y perturbadores sobre la vida cotidiana en los campos de concentración.



**El dentista de Auschwitz**
*La historia real de un sobreviviente del Holocausto*

Título original: *The Dentist of Auschwitz*
*A Memoir*

Primera edición digital: mayo, 2026

D. R. © 1995, Benjamin Jacobs
Publicado por acuerdo con The University Press of Kentucky.

D. R. © 2026, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

D. R. © 2026, Alejandra Ramos, por la traducción
Diseño de portada: Penguin Random House / Paola García Moreno
Ilustración de portada: Composición realizada con material de istock
y fotografía © russ dixon / Arcangel Images
Fotografía del autor: Archivo personal del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-387-250-8

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

# Índice

*Mapas y figuras*

*Prefacio*

1. Deportación
2. Un pequeño *Shtetl* en Polonia
3. La *Blitzkrieg*: la guerra relámpago
4. La ocupación alemana
5. El gueto en Dobra
6. Steineck
7.. Zosia
8. Krusche
9. Gutenbrunn
10. El asesinato de mi familia
11. En vagones de ganado a Auschwitz
12. Auschwitz
13. Fürstengrube
14. El dentista de Auschwitz
15. La marcha de la muerte
16. Dora-Mittelbau
17. Desastre en el mar Báltico
18. Infierno
19. ¿A dónde vamos?
20. La Alemania de la posguerra

*Epílogo*

*Apéndice A: Hundimiento del Cap Arcona*
*Apéndice B: Que quede constancia*
*Apéndice C: Registro del prisionero 141129*

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

# Índice


1. *Mapas y figuras*

2. *Prefacio*

3. 1. Deportación
4. 2. Un pequeño *Shtetl* en Polonia
5. 3. La *Blitzkrieg*: la guerra relámpago
6. 4. La ocupación alemana
7. 5. El gueto en Dobra
8. 6. Steineck
9. 7.. Zosia
10. 8. Krusche
11. 9. Gutenbrunn
12. 10. El asesinato de mi familia
13. 11. En vagones de ganado a Auschwitz
14. 12. Auschwitz
15. 13. Fürstengrube
16. 14. El dentista de Auschwitz
17. 15. La marcha de la muerte
18. 16. Dora-Mittelbau
19. 17. Desastre en el mar Báltico
20. 18. Infierno
21. 19. ¿A dónde vamos?
22. 20. La Alemania de la posguerra

23. *Epílogo*
24. *Apéndice A: Hundimiento del Cap Arcona*
25. *Apéndice B: Que quede constancia*
26. *Apéndice C: Registro del prisionero 141129*

27. Sobre este libro
28. Sobre el autor

29. Créditos

# Table of Contents

Mapas y figuras
Prefacio
1. Deportación
2. Un pequeño Shtetl en Polonia
3. La Blitzkrieg: la guerra relámpago
4. La ocupación alemana
5. El gueto en Dobra
6. Steineck
7.. Zosia
8. Krusche
9. Gutenbrunn
10. El asesinato de mi familia
11. En vagones de ganado a Auschwitz
12. Auschwitz
13. Fürstengrube
14. El dentista de Auschwitz
15. La marcha de la muerte
16. Dora-Mittelbau
17. Desastre en el mar Báltico
18. Infierno
19. ¿A dónde vamos?
20. La Alemania de la posguerra
Epílogo
Apéndice A: Hundimiento del Cap Arcona
Apéndice B: Que quede constancia
Apéndice C: Registro del prisionero 141129
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos